Seix Barral

George Saunders

El día de la liberación

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
El día de la liberación
La madre de las decisiones drásticas
Carta de amor
Una situación en el curro
Gorrión
Gul
El Día de la Madre
Elliott Spencer
Mi casa
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

George Saunders regresa con una colección de cuentos magistral en la que explora las ideas de poder, ética y justicia, y llega al corazón mismo de lo que significa vivir en comunidad con nuestros semejantes. Con su prosa característica, malvadamente divertida, desprovista de sentimentalismo y perfectamente afinada, Saunders continúa desafiando y sorprendiendo: sus cuentos abarcan la alegría y la desesperación, la opresión y la revolución, la fantasía extraña y la realidad brutal.

«Gul» se desarrolla en una sección de temática infernal de un parque de atracciones subterráneo en Colorado, y sigue las hazañas de un personaje solitario y moralmente complejo llamado Brian, quien comienza a cuestionar todo lo que da por sentado sobre su realidad. En «El Día de la Madre», dos mujeres que amaron al mismo hombre llegan a una decisión existencial en medio de una granizada. Y en «Elliott Spencer», a nuestro protagonista de ochenta y nueve años le lavan el cerebro como parte de un proyecto por el que personas pobres y vulnerables son reprogramadas y utilizadas como manifestantes políticos.

El día de la liberación

George Saunders

Traducción del inglés por Javier Calvo

Para Paula

El día de la liberación

Es el tercer día del Ínterin.

Para nosotros, un Ínterin de lo más largo.

Y nos pasamos el día preguntándonos: ¿Cuándo volverá el señor U. a la Consola? ¿Están contentos los Untermeyer (el señor U., la señora U. y el hijo adulto Mike)? En caso de que sí, ¿por qué? Y en caso de que no, ¿por qué no? ¿Cuándo será la próxima vez que nos pedirán que Hablemos? ¿De qué y en qué tono?

Nos lo preguntamos con avidez. Aunque no en voz alta. Porque puede haber una Penalización. Te pueden Desamarrar ante las miradas inquietas de los demás y llevarte a una Zona de Penalización. (Que aquí, en casa de los Untermeyer, es un cobertizo situado en el jardín.) La Penalización te la pasas sentado a oscuras entre palas. Puedes hablar. Pero no puedes Hablar. ¿Cómo ibas a poder? Para disfrutar de la euforia especial del Hablar, hay que estar Amarrado. Al Muro de Hablar.

Si no, uno habla así.

Como te estoy hablando ahora.

De forma vulgar, sin inspiración, sin ninguna belleza.

Oímos acercarse por el pasillo al señor U. y nos preguntamos: ¿Quizá venga Compañía esta noche?

Pero no. Pronto descubrimos que es un simple Ensayo. La intención del señor U.: hacer pruebas.

—Ted, ¿dónde estás y qué haces? —pregunta la señora U. con su voz enfadada desde otra parte de la casa.

—En la Sala de Escucha —dice él—. Haciendo pruebas.

—Oh, por el amor de Dios —dice ella.

Es una sensación especial, la que tienes cuando el señor U. ya te ha mandado la Señal pero todavía no te ha terminado de llegar. Como un presueño o *déjà vu*, es como lo hemos descrito Craig, Lauren y yo,

en las escasas ocasiones en que, arriesgándonos a una Penalización, hemos hablado entre nosotros. En cuanto te ha llegado plenamente la Señal, aparecen tus palabras, que no nacen de tu intención, pero aun así fluyen a través de ti, construidas, por así decirlo, sobre los cimientos que eres tú, supercargado por la Señal, adaptado al Tema elegido, de tal manera que, si el señor U. ha tecleado, digamos, Mundo Náutico, aquel de nosotros que él ha elegido para que vaya primero se pondrá a Hablar de golpe de cosas Náuticas, con su tono propio, pero de forma mucho más cautivadora que si estuviera Desamarrado o Desamarrada. El señor U., cuando hace pruebas, puede decidir ponernos a todos a Hablar de forma simultánea; en voz baja, o bien muy alta; puede hacer una Panorámica de derecha a izquierda (de Craig a Lauren y a mí, según nuestra Disposición actual), y cada uno de nosotros le añadirá su propio matiz al tema Náutico.

Esta noche experimento esa sensación de presueño o *déjà vu* y luego me encuentro a mí mismo declamando: *Sobre la vasta superficie encharcada de la cubierta principal, escorada por la última ola, entre un genuino Babel de gritos de abigarrados acentos y dialectos, las ásperas manos agarran y sueltan los mástiles empapados mientras la lluvia aporrea en sentido transversal la cubierta de madera oscura, surcada de un entramado de sogas vetustas y cubiertas de moho verde, bajo las botas que corren a hacerse cargo de un nudo o un estay aflojado, mientras todos los mozos de a bordo se preguntan si sobrevivirán a la tormenta o bien llegarán a su claustrofóbico final sin aire, hundiéndose más y más, hasta expirar en el fondo del piélago en compañía de las criaturas tentaculadas del abismo...*

Aun mientras Hablo, soy consciente de las miradas de lástima y de conmiseración que me dedican Craig y Lauren, unas miradas que parecen decir: No te estamos siguiendo exactamente, pero buen trabajo, Jeremy, bien Hablado, está claro que estás haciendo lo que puedes para Hablar del Mundo Náutico, y aunque el resultado sea un poco vago y cueste de descifrar, en fin, es culpa del señor U., que parece que te ha subido demasiado la Prolijidad.

Pero no se atreven a juzgarme con demasiada dureza.

Porque pronto les llegarán también las Señales a ellos.

Durante el Descanso nos quedamos Amarrados. Nuestra Pose actual:

brazos y piernas extendidos, en forma de la letra X, cada uno de nosotros ladeado en un ángulo ligeramente distinto.

Como estrellas, o como un trío de personas cayendo desde una gran altura.

El señor U. vuelve a entrar con una cerveza y unas patatas fritas.

—Creo que haremos Ciudad —dice—. Paisaje urbano. ¿Qué os parece?

Como la Penalización por hablar nunca deja de estar en vigor, nos limitamos a asentir con la cabeza, indicando: Claro, sí, una Ciudad está bien.

El Panel de Control permite al señor U. producir muchos tonos distintos de Habla. No es solo de la Ciudad de lo que ahora me pongo a Hablar (otra vez en primer lugar, tal como compruebo con satisfacción); es Ciudad más Triste más Verano; con coloración dominante verde y azul; Ciudad desplegada en sentido norte-sur a lo largo de un ancho río. Se me hace Hablar con frases cortas y enérgicas. Me sigue Lauren Hablando también de una Ciudad con río orientada de norte a sur, pero en su caso añadiendo: Hambre, Lluvia, Exaltación; su sección entera consiste en una sola frase larga. Craig tiene: Ciudad orientada de este a oeste, blanca, Invierno, sin río, invadida de gatos, alternando frases largas y cortas, y hacia el final de su Sección, se pone a rimar, o a intentar rimar, y también está Hablando, o intentando Hablar —el señor U. está intentando que Hable— con pentámetros yámbicos (!).

En la Conclusión, los tres Hablamos de nuestras Ciudades a la vez, mientras el señor U. aplica un Crescendo, de forma que cuando terminamos nos duele a todos bastante la garganta, de lo enérgicamente que nos ha hecho Hablar el señor U. al final.

El señor U. ha estado Grabando. Nos pone un fragmento. Está contento. Por tanto, nosotros lo estamos también. ¿Quién no lo estaría? Bueno, la señora U. Él la hace venir y le pone el fragmento que ha grabado.

—No son más que ruidos sin ton ni son, Ted —dice, y sale.

Miramos de cerca al señor U. ¿Está molesto? Eso parece. Pero todavía cree en nosotros. Se lo vemos en la sonrisa, que dice: ¿Alguna vez le ha gustado una de nuestras piezas?

Y le devolvemos la sonrisa: Todavía no.

El señor U. sube por la escalera de mano para meternos un

caramelo a cada uno en la boca. Jean, la doncella, entra con tres esponjas con agua sujetas a palos, que usa para mojarnos los labios; después llega la Cena, y nos da de Cenar conectando nuestros Tubos de Alimento Personal al Tubo de Alimento Maestro provisto de tres cabezales que sale de la cuba enorme de Mezcla de Comida.

Luego se hace a un lado para leer su libro mientras Cenamos.

Aunque nos duele la garganta, estamos eufóricos: se ha terminado el Ínterin.

Volvemos a ser partes útiles y creativas de un equipo.

De madrugada se abre la puerta con un chirrido. Entra la señora U. en camisón. Viene directa a mí, como siempre.

—Jeremy —susurra—. ¿Estás despierto? No quiero molestar, pero...

—Estoy despierto —susurro.

Hace rodar la Consola hasta mí, despacio, para no hacer ruido, y me la deja al lado. Me acerca un micro de pie a los labios y se pone unos auriculares para no molestar a los demás ni despertar al señor U. Sentada en el suelo frente a mí, estira el brazo hacia arriba y hacia atrás para pulsar el botón de Activar del Panel de Control.

Esta noche toca Mundo Rural más Antiguo; con matices de Escapada.

Empiezo a Hablarle (o, mejor dicho, obedeciendo a sus parámetros, a Susurrarle, por el micro) de su Belleza, y de cómo nos reunimos junto a un plácido lago italiano; con frases sencillas y objetivas, porque somos granjeros, le Hablo de las colinas remotas en las que un día le prometo que desapareceremos; le sigo Hablando de su Belleza; en términos muy Específicos, y descubro que al describirle su Belleza (sus caderas, sus pechos, la forma en que le cae el cabello sobre los hombros bajo la luz de primera hora de la mañana, la forma en que me hace sentirme el hecho de vislumbrarla a través de la mesa comunitaria en los días de banquete), me estoy excitando, y ella también, y además, si se me permite expresarlo así, me estoy enamorando de ella, igual que creo que ella se está enamorando de mí, por mucho que su familia, su familia de granjeros, se oponga a ello, porque está prometida a un pedazo de trol arrogante, el hijo de la familia más rica del pueblo, y cuando pasamos cogidos de la mano

entre un rebaño de ovejas que pertenece a su familia, quienes también son dueños de un molino lejano, ella se inclina hacia mí, para indicarme (todo esto lo estoy Susurrando por el micro): No lo quiero ni a él ni a sus ovejas, solo a ti.

Esta noche se añade un Elemento nuevo: se acerca una tormenta. Pronto estamos empapados y me quito el sobretodo para echárselo sobre los finos hombros. La tormenta es de ella; está en su Configuración, parte de Mundo Rural. Lo de la prenda sobre los hombros, en cambio, es mío; lo he aportado yo y puedo ver que le gusta, a la señora U. real, la que tengo sentada delante con las piernas cruzadas.

Luego, bajo una cascada, o más bien justo al lado, hacemos el amor, y lo describo bien, y aunque estoy aquí Amarrado y por tanto no puedo llegar para tocarme, la señora U. no está Amarrada, de manera que sí puede tocarse, y se toca.

Como pasa a menudo, me pregunto si no se le ocurrirá a la señora U., después de aliviarse de esa manera, ponerse de pie, venir hasta mí y aliviarme también.

Pero no. No parece que se le ocurra. Nunca se le ocurre. Nunca ha sucedido.

Y seguramente —tal como siempre pienso cuando mi excitación ha remitido— sea mejor así.

Se limita a ponerse de pie de golpe, quitarse los auriculares y, como si estuviera arrepentida, empujar bruscamente la Consola de Control de vuelta adonde estaba, devolver los indicadores del panel a las posiciones previas y acercarse a Lauren y después a Craig, enfocándolos con la luz tenue del móvil para ver si estaban despiertos durante lo que acaba de pasar. Como de costumbre, llega a la conclusión de que no. Y, a veces, es verdad que no lo estaban. (Paradójicamente, aunque Amarrados e inmóviles todo el día, por la noche siempre estamos agotados.) Las veces en que sí estaban despiertos, al acercárseles ella con el móvil, siempre se han apresurado a fingir que dormían, decididos a no inquietarla de ninguna manera.

En estos cuatro años no ha ido ni una vez a sentarse delante de Craig. Solo delante de mí. Y últimamente ha empezado a sentarse delante de

mí más a menudo, y durante ratos más largos, hasta el punto de que a veces ese tenue presagio del alba, una franja de luz amarilla que entra por lo que creemos que antes era una ventana pero que ahora está entablada, aunque no muy bien, se le extiende por el regazo, y ella se pone de pie de un salto, murmurando, por ejemplo: «Demonios, ¿ya es por la mañana?».

Se está enamorando de mí, o, bueno, por lo menos eso creo. Y yo de ella. Cuando empecé a Hablarle de su Belleza, es cierto que casi todo lo decía la Configuración. La Configuración decía: Jeremy, Habla, mirándome, de mi Belleza. Además, ella siempre me subía al máximo la Especificidad. Hablar tan a menudo de su Belleza, y con tanta Especificidad, hizo que su Belleza me resultara real; me llevó a fijarme en ella. (Es realmente muy Bella.) Y, a medida que empezaba a Hablarle de su Belleza con mayor fervor (sintiendo más fervor, porque estaba percibiendo su Belleza con mayor Especificidad, y, por tanto, Hablando de ella con mayor precisión), ella empezó, allí sentada en el suelo, a adoptar cierta expresión de ternura, una expresión excitada, sí, pero también de amor. O eso creo.

Casi nunca habla conmigo. No conozco sus sentimientos. ¿Acaso siente amor por mí cuando no estoy Hablando con ella, cuando se encuentra, por ejemplo, en otra parte de la casa, perdida en sus pensamientos, en mitad de su jornada?

No lo puedo saber.

Pero sí sé que nunca en la vida he sentido que nadie fuera tan tremendamente Bella como siento que es la señora U. cuando, tras recibir la Señal, estoy Hablando con gran Especificidad de su Belleza y ella tiene la vista levantada hacia mí, con una expresión que da toda la impresión de que quizá me ame.

¿Es un sentimiento pasajero? Pues sí.

Pero también es duradero.

Es decir, últimamente pienso en ella constantemente, y me da la sensación de que la amo incluso cuando no estoy Hablando con ella, ni de ella, y cuando ella no está cerca de mí para nada.

Esta mañana viene el señor U.

—Esta noche tenemos Compañía —dice—. Haremos la Ciudad.

Así pues, un día lleno de ansiedad. Nos encantaría Ensayar, pero

el señor U. se tiene que ir al Trabajo. Lo que hago yo para prepararme: pienso en la Ciudad, todo el día. En cuanto empezamos, ya casi todo lo hacemos nosotros. Nuestra Habla está supercargada y es más expresiva gracias a la Señal, sí; está moldeada, claro, por la Configuración. Aun así, a fin de cuentas, casi todo lo hacemos nosotros. Lo hacemos Craig, Lauren y yo, y no Hablamos todos idénticamente bien, si se me permite decirlo, y la preparación es una (pero solo una) de las razones de que uno de nosotros pueda, por ejemplo, mostrar tendencia a Hablar mejor (de forma más elevada y emocionante) que los demás. También hay algo que es innato: podríamos llamarlo talento.

No es ninguna competición. Pero sí lo es.

Lo que he descubierto: que cuanto más vivo —mentalmente, de antemano— dentro de mi Tema, mejor fluyo cuando empiezo.

El señor U. lo denomina «calentar motores».

Me paso el día calentando motores, familiarizándome con mi Ciudad a base de pensar en ella.

Es una Ciudad Triste, sí, porque así viene en la Configuración, pero me imagino un barrio más animado de la Ciudad, donde tienen lugar todas las celebraciones locales, en una pequeña isla a la que solo se puede llegar en canoa (hay una flotilla de canoas esperando en un embarcadero cercano).

¿De qué color son las canoas? ¿Tienen pilotos? ¿En qué dirección va la corriente, cuando los pilotos impulsan sus canoas a través de la bahía, rumbo a la isla de las celebraciones? ¿Hay fuegos artificiales iluminando las caras de los tenderos y de los trabajadores que se han apretado el cinturón y ahorrado para venir de celebración aquí, con la esperanza de poder, al menos durante esta única noche, dejar atrás su tristeza? Imagino que los fuegos artificiales deben de reflejarse, ondeando, en las aguas poco profundas que lamen las estrechas calas que salpican la isla, donde se acurrucan cafés de color marrón-anaranjado, con sus ristras de lucecitas que se mecen al menor asomo de brisa, cafés donde cada noche resuenan las risas de quienes viven el consuelo de experimentar un placer pasajero.

Y, de esta manera, durante todo el día, mientras Lauren y Craig dormitan, caliento motores.

Lauren se despierta a veces y se me queda mirando, como diciendo: Jeremy, espera, ¿estás calentando motores?

Mi mirada de respuesta dice: Pues sí. ¿Algún problema?

A Lauren y a Craig les parezco extraño, demasiado sensible. Es cierto que me dejo llevar por la Configuración, y con mayor entusiasmo que ellos. Siempre ha sido así. Pero es que me encanta mi trabajo. Mi aspiración es sentir siempre más, y de esa forma Hablar con más brío, evocando en mis Oyentes una mayor emoción y embeleso.

Eso es lo que creo que me hace único entre los tres.

Alrededor de las cinco el señor U. vuelve a casa del Trabajo. Sin quitarse el atuendo del Trabajo, entra en la Sala de Escucha y anuncia que le ha venido una inspiración en el Trabajo para una nueva Disposición: yo a la izquierda de todo, a tres metros del suelo; Lauren en el centro, a seis metros del suelo, y Craig a la derecha del todo, a nueve metros. De esa manera formaremos una línea ascendente de tres puntos. También recibiremos una Pose nueva, más acorde con el tema Ciudad: los tres bien erguidos, con las manos puestas a modo de visera, como si estuviéramos escrutando las Ciudades remotas de las que estaremos Hablando pronto.

Llega Jed Dillon para administrar los Estiramientos Requeridos entre Poses. O como dice él: «*Pa'* estiraros un poco a *tós*».

Como es fácil imaginar, después de nueve días en forma de letra X, los estiramientos resultan agradables y a la vez desagradables.

A continuación nos visten a la manera de la gente de Ciudad: esmoquin para mí y para Craig y un vestido largo y holgado para Lauren.

El hijo adulto Mike trae una escalera de mano, andamios y esas plataformas recubiertas de caucho sobre las que nos hemos de apoyar para el Reamarraje. Una vez en posición, cada uno de nosotros apoya la parte de detrás de la cabeza en el Cabezal Fahey, permitiendo que las tres Clavijas Fahey se inserten suavemente en los Receptores Fahey que tenemos en la base del cuello.

Luego se hacen pruebas: el señor U. nos hace recitar a todos el alfabeto extremadamente deprisa y después extremadamente despacio.

Y ya estamos listos.

Esperamos nerviosos, oyendo el murmullo de la Compañía, que disfruta de su Bufé en la Zona Residencial Principal.

Y luego van entrando, sonriéndonos con cortesía, para tomar asiento en las sillas plegables que ha desplegado antes a regañadientes el hijo adulto Mike. El señor U. entra con brío, con la americana que lleva siempre para las Actuaciones, y se posiciona frente a la Consola. La señora U. ocupa su puesto al fondo de la sala, con cara, si se me permite decirlo, de angustia, como si tuviera ganas de incurrir en Penalización para que la obliguen a ir a sentarse en el cobertizo de la Penalización hasta que concluya la Actuación.

Pero por desgracia están casados, o sea que debe quedarse.

Y empezamos.

Lauren va primero y se pone a Hablar de su Ciudad (orientada de norte a sur a lo largo del río, Hambre, Lluvias, Explotación) con una sola frase larga. En mitad de esa frase se le une Craig, Hablando de su Ciudad en pentámetros yámbicos: orientada de este a oeste, sin río, blanca, Invernal, invadida de gatos. Por fin, mientras Lauren y Craig todavía están Hablando, me sumo a ellos y Hablo de mi Ciudad (Triste, Verano, verdiazul, orientada de norte a sur a lo largo del río, con las canoas verdiazules apuntando hacia la isla de las celebraciones como si fueran agujas imantadas, y los afortunados tenderos y trabajadores sumergiendo con gesto ensoñador las manos en las aguas limpias y frías, mientras, con los fuegos artificiales estallando en el cielo, los llevan en canoa más allá de los cafés de color marrón anaranjado, hasta el único bastión de felicidad de sus decepcionantes vidas).

Me da la impresión de que Hablo con gran belleza de mi Ciudad; de que la represento bien. Craig y Lauren también Hablan bien. Bastante bien. Es como si estuviéramos creando, para la Compañía, esas tres Ciudades, en sus remotas llanuras, oteando al mismo tiempo nuestras creaciones, con las manos a modo de visera.

Sin embargo, mientras estamos creando nuestras Ciudades, podemos notar que la Compañía no está emocionada. Sus integrantes se miran los pies y fingen leer los programas que ha imprimido antes el hijo adulto Mike en su habitación. Algunos bostezan, otros miran el techo como si ansiaran escapar a través de él. Las esposas dan codazos a sus maridos, como diciendo: No me susurres ese comentario sarcástico ahora mismo, Roland, no quiero ser una maleducada y que me entre la risa. Cuando los miembros de la Compañía se giran para mirar a la señora U., esta se limita a levantar las manos, como

diciendo: Sinceramente, yo no tengo ni idea.

También el señor U. se da cuenta de que no estamos triunfando. Con la cara roja, se dedica a afinarnos desesperadamente la Configuración, sin éxito, sudando literalmente la americana de las Actuaciones.

Al terminar, y con cara de estar a punto de llorar, acepta una serie de felicitaciones falsas y forzadas de la Compañía y se retira con sus miembros a la Zona Residencial Principal para comer pastel.

En la Sala de Escucha nos quedamos a solas Craig, Lauren, yo y las sillas plegables, muchas de las cuales han sido desplazadas de sus hileras por culpa de las prisas con que ha huido la Compañía.

El señor U. vuelve a entrar apresuradamente, con la corbata aflojada.

—No ha sido culpa vuestra —dice—. Habéis hecho todo lo que os pedí. Me culpo a mí mismo. Vamos a pensar en esto. Y después probaremos algo nuevo.

Nuestros corazones van con él. Trabaja muchísimo. Y siempre se ve decepcionado.

Luego nos manda pastel, que Jean nos acerca a la boca en su Bandeja de Ofrecimientos, sujeta al final de su Pértiga, y esta noche en las esponjas hay vino, y el Alimento parece más sabroso de lo normal, como si el señor U. le hubiera metido a la cuba algún suplemento de caldo de ternera.

Craig, Lauren y yo intercambiamos miradas de: Madre mía, vaya día.

Luego, todavía erguidos, y vestidos con elegancia, y con las manos haciendo de viseras, nos dormimos.

En plena noche irrumpe ruidosamente el hijo adulto Mike.

—Caray, lo siento —dice—. ¿Os he despertado? ¿Necesitáis algo? En serio, esta noche me he sentido fatal por vosotros. Ha sido lo peor.

Nos habría gustado contestar: Sí, hijo adulto Mike, ya sabemos que ha sido lo peor. Lo que necesitamos ahora es dormir. Por favor, sal de aquí.

Pero si contestamos, el hijo adulto Mike nos puede imponer Penalización. Ya lo ha hecho antes. Nos ha impuesto Penalización por contestar a alguna pregunta que nos acababa de hacer, y que luego

afirmaría que había sido retórica.

El hijo adulto Mike no es una persona de fiar. Hemos comprobado que es mejor no interactuar con él.

Por tanto, nos limitamos a mirar al frente de forma implacable.

—Solo quiero que lo sepáis todos —dice—. No estáis solos. Somos muchos quienes vemos todo esto como el exceso monstruoso que es. Sois seres humanos. Lo sois. Por mucho que el mundo, e incluso mis padres, parezca haberlo olvidado. Pero está viniendo ayuda. De verdad. Y pronto.

Luego hace una reverencia con las palmas de las manos juntas y se marcha.

Lauren, Craig y yo intercambiamos miradas de: Caray, gracias, hijo adulto Mike, hasta que nos lo has dicho no sabíamos que éramos seres humanos.

Entonces intercambiamos miradas de preocupación.

Siempre es lamentable haber atraído la atención del hijo adulto Mike.

Nos acordamos bien de aquella vez en que, tras aprender en los cursos de posgrado que disfrazarse era una de las modalidades más fundamentales y antiguas de expresión humana, exigió al señor y a la señora U. que prestaran más atención a nuestra manera de vestir. El hijo adulto Mike puede ser un incordio incesante. Simplemente no para nunca. No tardaron en aparecer montañas de pantalones de tela y casacas diversas y chaquetas de tela vaquera y gorros de colores, todo desplegado ante nosotros en el suelo de la Sala de Escucha, y cada uno de nosotros se vio obligado a elegir las prendas que le resultaban más atractivas. A partir de aquel día nos tocó cambiarnos de ropa, por orden del hijo adulto Mike, tres veces al día. Y así nos quedamos sin tiempo libre. Daba la impresión de que Jean siempre nos estaba cambiando de ropa. Cuando Jean se quejó de exceso de trabajo, la reacción del señor y la señora U. fue rápida e inteligente: decretaron que el hijo adulto Mike ayudara a Jean. El hijo adulto Mike, siendo una persona de poca altura moral, poco amigo del trabajo y dado a incomodarse visiblemente cuando se veía obligado a manipular la ropa interior de los Hablantes varones, Craig y yo, no tardó en retirar sus reivindicaciones indumentarias. Y las cosas volvieron a la normalidad, es decir, volvimos a llevar el Chándal n.º 1 durante cuatro días seguidos, después de lo cual Jean nos lo cambiaba por el Chándal

n.º 2 y se llevaba el Chándal n.º 1 para lavarlo.

Y así recuperamos nuestro tiempo libre.

Desde entonces, el hijo adulto Mike no ha dicho ni pío sobre nuestros atuendos.

Así pues, esta noche nos quedamos preocupados. ¿Qué ha querido decir con que «está viniendo ayuda»?

¿De dónde? ¿Y para qué? ¿Por qué íbamos a necesitar ayuda aquí, donde todos nos llevamos bien y, con la excepción del hijo adulto Mike, todos tenemos trabajos creativos y gratificantes?

La mañana siguiente trae una atmósfera de derrota. El señor U. viene a las nueve. Con una bandeja de galletas danesas. Parece que nos quiere dar a cada uno de nosotros una galleta danesa a modo de disculpa, pero estamos demasiado arriba en la pared para que nos pueda alcanzar. Así pues, de momento deja las galletas danesas sobre una silla plegable. La verdad es que ninguno de los tres llegará a comerse su galleta danesa. Se quedarán todo el día en la silla.

Porque menudo día resulta ser.

—Confío en que me perdonéis por la debacle que fue anoche —dice el señor U.—. Hoy se trata de empezar de nuevo. Y de enmendarse. A veces, tanto en el arte como en la vida, hay que invertir. Sin importar que tu mujer lo apruebe o no. En el caso de que se entere.

Luego traga saliva nerviosamente. Como si lo hiciera de manera humorística. Y al mismo tiempo no.

Cuánto queremos al señor U.

Entran Jed Dillon y Jean. Jean nos quita la ropa de Ciudad y nos ayuda a volver a ponernos los Chándales n.º 1. Hacemos los estiramientos y adoptamos una Pose nueva (erguidos, con las manos colgando libremente) en una Disposición nueva: de pie en el suelo, muy cerca los unos de los otros, Craig pegado a la pared, después Lauren y después yo. Nunca hemos estado tan cerca entre nosotros. ¿No le parecerá esto un desacierto a la Compañía?, nos preguntamos. Tienen un Muro de Hablar gloriosamente amplio y los tres Hablantes están apelotonados en una esquina, como si la Sala de Escucha se hubiera escorado en plena noche y todo hubiera resbalado hacia un lado.

El señor U. desaparece detrás del Muro de Hablar para recolocar nuestros Receptores Anteriores.

—Quizá os estéis preguntando qué está pasando —dice desde allí atrás.

Así es.

—¡Jed! —llama.

Y Jed entra trayendo a once Cantores. Sabemos que son Cantores por sus chalecos. El primero se me acerca, se detiene a mi lado, con su brazo pegado al mío, y los demás se van desplegando a lo largo de la pared.

Luego vuelve a salir el señor U., sosteniendo una cajita en alto.

—¿Alguien sabe qué es esto? —dice.

Lo sabemos, gracias a Ed el Caído, nuestro colega, que estuvo brevemente con nosotros hasta que lo echaron por difundir mentiras.

Es un Módulo de Conocimiento.

Lo reconocemos por el revestimiento de color rojo vivo.

Caray, pensamos. El señor U. no está para bromas. Por lo que nos dijo Ed el Caído, los Módulos de Conocimiento no son baratos.

El señor U. se pasa los diez minutos siguientes tumbado de costado, con la camisa subida, gruñendo, soltando palabrotas y conectando el Módulo al Panel de Control.

Luego es momento de probarlo.

Descubrimos que la Señal de un Módulo de Conocimiento es más voluminosa y está llena de picos, una especie de meseta pinchuda. Tiene una buena eclosión final, como si te obligaran a bailar una giga al final de un día largo y tedioso.

Y de pronto sabemos muchísimo. Sobre la «Batalla de Little Bighorn». También conocida como el «Combate de Custer». O, más popularmente, el «Asedio de Custer». Nada de lo cual sabía yo hasta ahora, lo aseguro.

—¿Cómo se llamaba el caballo que montaba Custer al entrar en batalla? —dice el señor U., poniéndonos a prueba.

—Vic —decimos los tres Hablantes al unísono.

—Aunque también llevaba a Dandy —dice Craig.

—Y mucha gente cree incorrectamente que era Comanche —dice Lauren—, que es como se llamaba el único caballo que sobrevivió del Séptimo de Caballería.

—Pero que al entrar en batalla cabalgaba el capitán Myles Keogh

—añado, sonriendo por lo agradable que me resulta saber repentinamente todo esto.

—¿A qué tribus, congregadas pacíficamente en el valle de Little Bighorn, atacaron Custer y sus hombres? —dice el señor U.

—A los lakota, arapaho y cheyene del Norte —dice Lauren.

—¿Los miembros de qué tribu, enemigos históricos de los lakota, hicieron de exploradores para Custer? —dice el señor U.

—Los crow, también conocidos como absaroka —decimos los tres al unísono.

Los Cantores, que no saben Hablar, o ni siquiera hablar, se limitan a asentir con la cabeza, como diciendo: Por mucho que, como parte de nuestro desarrollo, se nos haya hecho mudos, salvo cuando recibimos la Señal de Cantar, estamos de acuerdo con todo lo que acaban de Hablar nuestros colegas.

El señor U. da una palmada, fuerte, como si estuviera satisfecho.

—Esto va a ser genial —dice, y se va a Almorzar.

Los Cantores emiten un murmullo prolongado de una sola nota, las mujeres una octava por encima de los hombres, que entendemos que significa: Hola, qué tal, tenemos muchas ganas de trabajar con vosotros en lo que promete ser un proyecto realmente emocionante y original.

Estar conectado a un Módulo de Conocimiento es, digamos, distinto.

Ya no somos nosotros improvisando vacuamente, como de costumbre, sobre conceptos generales como el Mundo Náutico o la Ciudad. Ahora nos proporcionan datos. Datos reales. Que resultan útiles. Para formar estructuras persuasivas. Es como caminar por un pasillo estrecho, constreñidos a ambos lados por muros grises de datos. Es como ir dando tumbos por un desierto y que de pronto se te venga encima una neblina de conocimiento compuesta de los detalles exactos que estabas anhelando pero que ni siquiera sabías que anhelabas.

El señor U. despliega el Diagrama Cronológico que venía con el Módulo y lo sujeta con pinzas sujetapapeles de lado a lado de dos atriles. Resulta que es un genio de Estructurar; de Estructurar quién Habla qué datos, durante cuánto tiempo y en qué orden.

Y el resultado es como una historia.

Y hasta nosotros nos sentimos más interesados.

Yo soy el soldado Fritz Neubauer, aterrado inmigrante alemán que se unió al Séptimo de Caballería porque no pudo encontrar otro empleo retribuido. Las botas que llevo no son de mi talla y me duelen. Hablo mal el inglés. No estoy seguro de cómo cargar bien mi arma. Craig es Perro Amarillo, un joven lakota del que sus compañeros se burlan por lo guapo que es, y que ahora está nadando en el Little Bighorn, después de haberse quedado anoche danzando hasta demasiado tarde y haciendo amigos entre las tribus congregadas. Ha elegido esta parte del río porque en ella, bajo los álamos, hay unas cuantas mujeres jóvenes, entre ellas Cierva de Pata Negra, recolectando nabos silvestres. Y allí está ella ahora, con el ceño fruncido, fingiendo que examina el suelo cercano a la otra orilla, para que Perro Amarillo la pueda ver y a fin de poder, tal como hace ahora, levantar la cabeza, verlo, fingir sorpresa y luego sonreír, admitiendo con esa sonrisa que su sorpresa ha sido fingida. Se miran con franqueza durante unos segundos y después ella se gira para volver con sus amigas, sabiendo que él la está viendo irse. Todo el mundo está feliz. Es una gloriosa mañana de verano y no hay nada más que hacer durante el resto del día.

Lauren es el mayor Marcus Reno, a quien Custer ha ordenado atacar con su batallón el poblado por el extremo sur. Custer le ha prometido su apoyo en esta empresa. Reno preferiría quedarse con el grupo principal. Nunca ha participado en un combate real con los indios. Pero pone rumbo allí. Cuando aparece frente a ellos el poblado, el batallón echa a galopar. Los hombres sueltan gritos de alborozo. Pronto estarán cubiertos de gloria. A lo lejos: formas blancas, estructuras frágiles, que contienen seres humanos. La meta es disparar a los tipis, pasarles por encima con los caballos, desatar el pánico y perseguir y matar a todo el que huya a pie.

Pero de pronto aparece una docena aproximada de indios hunkpapa, cruzándose de lado a lado en su trayectoria y levantando una polvareda destinada a dar tiempo a las mujeres y los niños para que escapen.

Experimentamos una sensación de tensión configurada por los datos. Esto sucedió de verdad, está sucediendo de verdad. ¿Cómo acabará? ¿Conseguirá el soldado Neubauer sobrevivir al combate que se avecina? ¿Y Perro Amarillo? ¿Y Cierva de Pata Negra? ¿Acaso no

hay niños en el poblado? ¿Qué será de ellos? ¿Por qué están esos soldados a caballo tan decididos a atacar esa reunión pacífica? Sinceramente, no lo sabemos. O bien el señor U. solo nos ha cargado una parte del Módulo o bien el Módulo en sí posee una función de confinamiento temporal estricto, es decir, solo se revela de forma gradual, es decir, está organizado en forma de «capítulos». En cualquier caso, estamos, por así decirlo, mordiéndonos las uñas. Todavía nos dedicamos a improvisar un poco a partir de los datos (por ejemplo, le he dado al soldado una lesión de espalda causada por ir a caballo que el Módulo no sugería), pero con tantos datos a nuestra disposición, resulta menos necesario y también hay menos espacio para improvisar.

Luego se nos unen nuestros Cantores.

Y es un prodigio.

A veces duplican con su Canto las palabras que estamos Hablando. Otras veces se organizan en grupos de dos y de tres Cantores y Cantan las experiencias de individuos que están en la periferia de la acción principal (quienes están cerca del soldado Neubauer, de Reno, de Perro Amarillo o de Cierva de Pata Negra, por ejemplo). En un momento dado, cada Cantor se convierte en un joven lakota distinto que corre a orillas del río, de regreso al poblado y dando la voz de alarma. En un momento realmente sorprendente, los once Cantores emprenden una compleja fuga musical que representa el estado mental colectivo de las tropas de Reno al atacar (su excitación, la nostalgia que sienten del hogar y su expectativa de una victoria rápida e indolora).

Por mucho que formemos parte de la historia, y que estemos en parte perdidos en ella, aun así sabemos que es increíble.

El señor U. nos pone en Pausa.

—Caramba —dice—. Dios bendito.

Los Hablantes y los Cantores nos quedamos allí, jadeantes, orgullosos y hermosos en nuestro agotamiento.

Como los caballos del Séptimo de Caballería, pensamos; como los potros de las tribus.

Ensayamos hasta bien entrada la noche, repasándolo todo una y otra vez, añadiendo capas nuevas de detalles con cada repaso.

Empiezan a aparecer guerreros montados por los flancos de Reno. Se ha pasado la mañana entera bebiendo whisky de una petaca. Presa de la ansiedad, y temiendo una emboscada, detiene la carga y ordena a los hombres que formen una línea de choque. De esta manera se pierde toda esperanza de una victoria rápida. Se materializan cientos de guerreros, como si salieran del polvo. Entre la tropa de Reno, el orden se empieza a venir abajo. Hay hombres que se escapan de la formación para refugiarse en una arboleda cercana. En la arboleda, el explorador arikara de Reno, Cuchillo Sangriento, recibe un disparo en la cabeza. Sus sesos le salpican la cara a Reno. Este traumático evento (que los Cantores señalan con una serie de acordes discordantes y atonales) desquicia a Reno. Ordena a sus hombres que desmonten y después que vuelvan a montar. De golpe sale disparado por delante de su tropa sin tocar a retirada. Más adelante afirmará que esto pretendía ser una carga a través de las líneas de los indios. La verdad es que, presa del terror, se ha olvidado por completo de sus hombres, de esos hombres que le han confiado sus vidas. Muchos mueren ahora, cazados como búfalos por los guerreros mientras intentan alcanzar primero y después cruzar el río. Algunos que han perdido sus caballos mueren intentando trepar a gatas lo que ya para siempre se conocerá como la Colina de Reno.

Tras sufrir bajas considerables, el batallón, o lo que queda de él, se congrega en lo alto de la colina, rodeado, desanimado, desorientado y asediado.

¿Dónde está Custer?, Hablamos o Cantamos.

Los Hablantes lo preguntamos usando toda una gama de acentos americanos que nos ha proporcionado el Módulo. Los Cantores lo repiten una y otra vez, con una melodía (incluso esto nos lo transmite el Módulo) adaptada del tema central de una ópera italiana poco conocida de un compositor llamado Federici.

Pero no hay respuesta; nadie sabe dónde está Custer. Lo vieron por última vez hace una hora, en el promontorio de más arriba, mientras nos embarcábamos en nuestro fatídico ataque, saludándonos con el sombrero, convencido de que pronto obtendríamos la victoria, y cabalgando hacia el norte con las diversas compañías que tenía a su cargo.

Nos pasamos toda la tarde esperando en la Colina de Reno, en medio del calor abrasador, desesperadamente sedientos, recibiendo

disparos cada vez que nos movemos y esperando ver nuestra posición invadida en cualquier momento por esos poderosos diablos que, tras habernos derrotado, ahora parecen una fuerza completamente sobrenatural, que estamos incapacitados para resistir.

Y luego nos convertimos en esos «diablos», en esos lakota, arapaho y cheyene del Norte, en esos hijos, maridos y hermanos, a quienes ya no aterran los demonios blancos de la colina (como sucedía en los primeros momentos del ataque, cuando el poblado dormido se ha visto cogido por sorpresa), sino que nos dan lástima y asco; han venido de muy lejos para matar a nuestras criaturas, y cuando les hemos plantado cara como hombres, han caído presas del pánico, han dejado de luchar, se han puesto a llorar y a suplicar y a escaparse a cuatro patas.

Desde todos los confines del poblado salimos en tromba hacia el sur para enfrentarnos a ellos.

Esperamos poder matarlos a todos antes de que caiga la noche.

De pronto, el señor U. nos apaga.

Nos causa un ligero shock volver a ser simplemente nosotros.

—Me estáis haciendo muy feliz —dice el señor U.

Levanto la mano.

El señor U. me señala, indicándome que puedo hablar sin miedo a Penalización.

—¿Cuánto tiempo hace de todo esto?

El señor U. parece contento de que se lo haya preguntado.

—Pues, mira, lo que hemos cubierto de momento —dice— sucedió el 25 de junio de 1876.

—¿Y ahora a qué estamos? —digo.

Sonríe, niega con la cabeza y suelta una risilla.

—Me parece que ya es hora de dormir.

El señor U. apaga las luces y sale de la Sala de Escucha.

Lo que sabemos, lo que retenemos de lo aprendido hace un momento, se nos queda flotando en las cabezas como el polvo que levantábamos al cabalgar. En los sueños que nos llegan enseguida, somos lakota, arapaho, blancos, cheyene, crow, moviéndonos libremente por un modelo a escala tamaño habitación del campo de batalla, bromeando a voz en grito, espoleando nuestras monturas y habiendo olvidado por completo que hace un momento de nada, a plena luz del día, nos queríamos aniquilar entre nosotros.

Me despierto de noche para encontrarme con la señora U. haciendo rodar la Consola. Me acerca el pie de micro, ajusta su Configuración, se pone los auriculares y se reclina hacia atrás.

Todavía tenemos puesto el Módulo, el Módulo que ella no sabe que ha comprado su marido, y que, cuando estira el brazo hacia arriba y hacia atrás para pulsar el botón de Activar, se conecta automáticamente conmigo en una Ubicación aleatoria de sí mismo, imponiéndose a la Configuración que acaba de establecer ella.

Me sorprendo a mí mismo Susurrándole la carta de un capitán, un tal capitán Evers de Minesota, que la echa de menos, a su mujer, mientras él, tumbado bocabajo, espera a que los asaltantes tomen la Colina de Reno. Cerca de él, sus amigos, a quienes tanto aprecia tras muchos años de servicio, lloran de terror. El cuerpo de Carvelli yace donde cayó, con un disparo entre los ojos que ha recibido mientras buscaba agua entre delirios. Ninguno de nosotros ha tenido nunca tanta sed. Es una sed que experimentamos como una forma de locura. En alguna parte hay una mujer que chilla. Pero no es ninguna mujer. Es Dietzen, el trompetista. Nuestros enemigos parecen capaces de matar al instante a todo el que no esté tumbado en el suelo, mordiendo el polvo reseco. Alguien le dice a Dietzen que se calle; alguien lo reprende para que muestre algo de orgullo. Dietzen continúa chillando.

¿Cómo hemos llegado a esta situación el orgulloso Séptimo? Nos horroriza vernos reducidos a esto por lo que imaginábamos que sería un contingente insignificante de débiles salvajes, pero que ha resultado ser una rauda máquina de matar perfectamente adaptada a las condiciones geográficas y del paisaje. Queremos irnos a casa, empezar desde cero, no haber venido nunca aquí.

Pero ahora, por culpa del error de haber venido, debemos morir aquí, y a mano, por así decirlo: víctimas de garrotazos, disparos a bocajarro, flechas o puñaladas. Solo hace unas horas que hemos visto a amigos muy queridos morir exactamente de las mismas maneras.

Sucederá. Sucederá pronto.

Y temo que me sucederá pronto a mí. A este cuerpo tan preciado, que he conocido y he amado toda la vida.

No menciono nada de todo esto en mi carta a mi mujer. Es una

criatura delicada. Y en cualquier caso no estoy componiendo una carta de verdad, porque no tengo nada con que escribir ni tampoco luz para ver; se la estoy redactando mentalmente, para reconfortarme a mí mismo. Aunque la situación es extrema, le confieso (le Susurro, a la señora U.) que me proporciona alivio cierto recuerdo de ella que, en otras circunstancias, no me atrevería a mencionar, pero que esta noche parece una negligencia no evocar con la más profunda gratitud: ella, arrodillada en nuestra cama, en la Nochebuena del primer año de nuestro matrimonio, con el camisón que le traje de Cleveland y el viento aullando fuera, mientras que dentro de nuestra casa todo era cálido e íntimo.

A continuación, escribo (Susurro), tuviste la generosidad de permitir que cayera aquella prenda, y la imagen que contemplé a la luz de la chimenea me inspiró una admiración con la que jamás podrá rivalizar ningún paisaje del Oeste.

Durante todo esto, la señora U. no hace para nada el gesto de aliviarse, sino que se limita a dedicarme toda su atención, cautivada.

Y eso me envalentona un poco.

Todo hombre (Susurro) nace con ciertas reservas de deseo. Es un tesoro que le ha sido legado y que debe gastar con sabiduría a lo largo de su vida. Y se dedica a buscar por el mundo objetos en los que invertirlo. Bienaventurado el que encuentra un objeto digno de tal inversión —moldeado por Dios y concedido de forma fortuita—, que le suscita un anhelo tan fuerte que todo lo demás se retira brevemente y convierte a ese hombre en deseo puro. Y luego, oh, maravilla: eso que desea, encarnado, se puede convertir también en deseo puro que lo desea a su vez a él. Y esto es lo que quiero decirte, amor mío, aquí atrapado en esta colina desolada e impía, rodeado de demonios que me quieren destruir: gracias a que viví aquel momento contigo (la luz del fuego bailando en las paredes; el perro dormido junto a la puerta; la cama moviéndose bajo nosotros, como si estuviera haciendo comentarios de aprobación en su lenguaje único), ya puedo morir, si debo, sabiendo que he vivido de verdad.

La señora U. se pone de pie, se acerca y deja caer su albornoz.

Se queda desnuda ante mí.

—Elógiame —susurra.

Y lo hago.

La elogio.

Elogio sus piernas, sus caderas, su cintura, sus pechos, cuello, cabello y ojos. Lo elogio todo. No soy ningún capitán de Minesota, le digo. Soy yo, soy Jeremy, uno de tus Hablantes. Y te adoro. Ella parpadea dos veces, sorprendida, pero no aparta la vista. Le digo que, aquí Amarrado, soy capaz, a base de escuchar con atención atenta, de saber en qué parte de la Zona Residencial Principal se encuentra ella en cada momento y qué está haciendo allí; es decir, qué tarea está desempeñando. Hace muchísimas cosas por la casa. Siempre está mejorando algo, organizando algo, poniendo en juego algo que facilitará y mejorará las vidas del señor U. y el hijo adulto Mike. Ella mejora sus vidas con sus atenciones, aunque ellos no parecen darse cuenta y casi nunca se lo reconocen. Quiero que la señora U. sepa que yo, que he tenido tiempo de sobra (cuatro años y dos meses) para observarla con objetividad, la considero maravillosa, gloriosa y completamente adorable.

Cuando termino, se me acerca y me besa.

—Me siento muy sola aquí —dice.

—Lo sé —le digo, arriesgándome a Penalización.

Me vuelve a besar, de forma más impetuosa y duradera, y añadiendo un lento gesto como de morder.

Viene un ruido de la Zona Residencial Principal.

Se vuelve a poner el albornoz, devuelve a su sitio la Consola, lo apaga todo y se aleja rápidamente.

Craig emite un largo silbido por lo bajo.

Lauren chasquea la lengua.

Los Cantores emiten una serie de rápidas salvas cromáticas, como preguntando: Caray, ¿en qué clase de casa nos encontramos?

Pero a mí la felicidad apenas me deja dormir.

Es complicado, sí, claro. Quiero al señor U. ¿Y acaso lo que estoy haciendo no es una traición a su confianza? Lo es; sé que lo es. No quiero trastornar la felicidad de nuestra familia. Llevo conociendo a esta gente tan querida toda mi vida.

Aun así...

La señora U., que también es miembro de la familia, desea, e incluso necesita, esas veladas conmigo.

Y yo (otro miembro de la familia) también las deseo y las

necesito, francamente.

El mundo en el que he recibido un beso con mordisco de la preciosa señora U. es mejor que el mundo en el que no lo he recibido. Me niego a actuar —o, mejor dicho, prefiero no hacerlo— de una manera que impida dichos besos con mordisco, que impida la posibilidad de que, alguna noche no muy lejana, la señora U. pueda, movida por los nuevos riesgos que tengo intención de asumir en mi Habla, permitirme (qué dulce idea) tocarla, con mis manos (en caso de que mi Pose operativa, en ese momento, me deje las manos Desamarradas), o incluso besar otras partes de ella; o la posibilidad (Dios bendito) de que me haga ciertas cosas atrevidas, con las manos, con la boca, cosas que conozco, aunque, para ser sincero, no estoy del todo seguro de cómo las conozco.

¿Qué está bien y qué está mal en esta situación?

¡Qué pregunta tan pequeña!

¿Qué es maravilloso?, es lo que mi corazón anhela preguntar. ¿Qué es exuberante? ¿Qué es atrevido?, ¿qué es valiente? ¿En qué dirección se hallan la riqueza, la abundancia y el placer máximos?

Todo esto me viene de nuevo, esto de querer algo. Quiero nuevos actos íntimos con ella más de lo que he querido nada hasta ahora, a saber: hacer tan bien lo que hago que nadie me pueda encontrar defectos y todo el mundo se quede supercontento conmigo y esté de acuerdo en que no tengo competencia en mi terreno.

¿Seré capaz de alcanzar esta meta al mismo tiempo que busco y obtengo el afecto de la señora U.?

Eso creo.

Eso espero.

Su matrimonio, lo sé porque lo he observado de cerca (y me duele decirlo), está muerto. Y a base de ser la vida nueva que le empezará a circular por las venas a la señora U., en cierta manera, los salvaré a ambos. El señor U., cuando vea el amor nuevo y joven que nos une, nos cederá el terreno, por así decirlo, y encontrará un placer renovado y más centrado en su trabajo con la Consola, dejándonos discretamente las noches. Y, con el tiempo, llegará a encontrar también a alguien nuevo, quizá con la ayuda de la señora U. Quizá a su amiga Hazel, que a veces viene de visita, o a su otra amiga Sandra, en mi opinión más guapa y alegre que Hazel, que cuando entra en la Sala de Escucha solo tiende a hacer muecas de dolor y a alejarse,

quién sabe por qué.

Que sea Sandra, pues.

Tomo nota mentalmente de sacar este tema con la señora U. durante la próxima velada que pasemos juntos.

Nos pasamos los dos días siguientes Ensayando.

Y por fin llega el día de la Actuación.

A las tres viene Jed a Recolocarnos. Los Hablantes, en posturas erguidas, quedamos formando un estrecho triángulo a media altura del Muro de Hablar, rodeados por nuestros Cantores. A una de nuestros Cantores le dan miedo las alturas, y después de que los demás Cantores se pasen un buen rato tranquilizándola, tiene que venir Jean a darle un Ativan.

Como todos vamos a estar Hablando/Cantando desde puntos de vista múltiples, la indumentaria es simple: todos vamos a llevar Chándales negros nuevos. El hijo adulto Mike, a regañadientes, se dedica a sacar de la caja de Target los Chándales envueltos en precintos de plástico, y a dejarlos en el suelo de la Sala de Escucha, para que Jean y él puedan comprobar las tallas y ver quién se lleva cuál.

—Menudo evento, menuda noche —dice.

—Mike —dice Jean—. Nada de sarcasmos. Tenemos mucho por hacer.

—Una panda de viejos ricos viene a escuchar cómo otro viejo rico les cuenta la historia de cómo muere de forma gloriosa una panda de opresores imperialistas tirando a jóvenes —dice el hijo adulto Mike—. Todo representado por un grupo de personas que, aunque no lo saben, están siendo oprimidas por el viejo y sus amigos ricos del público, a quienes él insiste en matar de aburrimiento cada pocas semanas, y que consienten en ello en nombre de la amistad y, por tanto, son cómplices de todo el puñetero festival de opresión.

—¿Hay alguien aquí que te parezca oprimido, Mikey? —dice Jean—. Aparte de ti, claro. Mira a tu alrededor.

Los Hablantes, contemplándonos a nosotros mismos vestidos con nuestros Chándales negros nuevos, estamos sonrientes. Los Cantores, con sus Chándales negros nuevos, lo mismo. Y sonreímos porque nos gusta nuestro aspecto, sí, pero también porque estamos sumidos en

una gran expectación, porque hemos estado trabajando en algo profundo y complejo y sorprendente que pronto vamos a tener la oportunidad de regalar a un grupo de gente que no se espera para nada que la dejemos alucinada.

Un sentimiento que, por desgracia, no ha experimentado nunca el hijo adulto Mike.

No tiene trabajo, ni actividad artística, ni sueños ni alegrías. Solo tiene rabia y el deseo de llevar la razón en su desaprobación vehemente y farisaica de todo lo que ve.

Se acerca y se nos planta delante.

—Jeremy, ¿cuántos años tienes? —dice—. ¿Unos treinta?

Me lo quedo mirando, como diciendo: Muy gracioso, hijo adulto Mike.

—No, en serio —dice—. ¿Cuántos años tienes?

Levanto la mano.

—Habla —dice.

—Cuatro —le digo.

—Cuatro, claro —dice—. Tienes cuatro años.

—Y dos meses —digo.

Lauren y Craig asienten con la cabeza, como diciendo: Nosotros también, cuatro años y dos meses.

—Se os ve muy mayores para tener cuatro años —dice—. Además, Craig, se te está cayendo el pelo.

Craig se sonroja y echa un vistazo de ojos tristes en dirección a su pelo.

—Mike, en serio —dice Jean—. Necesitas madurar y mostrar algo de respeto al trabajo de tu padre.

Jean debe de llevar mucho tiempo trabajando aquí de doncella para que el hijo adulto Mike, normalmente tan picajoso y combativo, se limite a contestar a su regañina con un encogimiento de hombros.

—Así pues, ¿los tres nacisteis ya con tamaño adulto el mismo día de hace cuatro años? —dice—. ¿Y os parece que ese fue el día de vuestro, hum, parto? ¿De vuestro parto colectivo?

Asiento con la cabeza, Lauren sonríe y Craig levanta el pulgar, con lo cual queremos decir: Por lo que sabemos, es correcto.

—¿Quiénes eran vuestras madres? —dice—. ¿No os lo habéis preguntado nunca?

Sí que nos lo hemos preguntado. Incluso hemos hablado del tema

en voz baja. Uno de los primeros recuerdos que compartimos es el día en que Jean nos dijo que nuestras madres respectivas nos dieron a luz aquí, pero luego tuvieron que marcharse, porque necesitaban alumbrar a otros bebés en otras partes. Nuestras madres estaban muy ocupadas dando a luz a Hablantes por todo el país, nos explicó Jean, prestando un gran servicio al mundo a base de llenarlo de Hablantes de nivel avanzado. Gracias a nuestras madres, mucha gente iba a experimentar una gran felicidad en las Salas de Escucha del país entero.

Fue una larga explicación, tan larga que tuvo que leerla usando una tarjeta plastificada, y hubo algo en el hecho de leerla que hizo que Jean se enterneciera de tal manera que nunca llegó al final del texto, sino que tiró la tarjeta a la basura y usó su Pértiga para ofrecernos una serie de dulces, y fue entonces cuando tuvimos por primera vez la sensación de que este lugar nos iba a gustar de verdad.

Y nos ha gustado. Nos ha gustado de verdad.

—¿Pero dónde estabais antes de venir aquí? —nos dice el hijo adulto Mike.

—Voy a buscar a tu padre —dice Jean.

—Adelante —dice el hijo adulto Mike—. Mi padre ya sabe qué opino de esta mierda.

Jean se marcha.

—En el Cielo —digo.

—En el Cielo, vale —dice el hijo adulto Mike—. Digamos que es verdad. ¿Y luego qué? ¿Salisteis ya crecidos de la vagina de vuestra madre? ¿De las vaginas de vuestras madres? Pensadlo, colegas. ¿Qué tamaño deberían tener esas mujeres para que eso se pudiera hacer? O sea, haced cálculos.

Entra el señor U.

—Creía que habíamos acordado que no volverías a hacer esto —dice.

—Muy bien, papá —dice el hijo adulto Mike—. Que te diviertas con tu «espectáculo». Que te diviertas coreografiando tu versión reaccionaria de mierda del History Channel. Que, por cierto, parece que está pasando por alto gravemente la perspectiva indígena. Pero a mí no me eches la culpa. Yo no tengo la culpa de nada de esto.

—Michael, Mikey —dice el señor U.—. No lo estás entendiendo. Fue un acontecimiento histórico señero. La *Ilíada* americana, si quieres

llamarlo así.

—¡Uf, Dios mío! —grita el hijo adulto Mike.

Sale dando zancadas; apaga las luces, las enciende y las apaga.

El señor U. sale detrás del hijo adulto Mike.

Jean va hasta el interruptor y vuelve a encender la luz.

—Olvidaos de él —nos dice—. Haced vuestro trabajo y divertíos.

Esa es nuestra intención. Hacer nuestro trabajo y divertirnos.

El señor U. regresa aproximadamente al cabo de una hora, cargado de libros de historia. Se sienta con las piernas cruzadas junto al Módulo y se dedica a introducir laboriosamente a mano gran cantidad de material nuevo destinado a responder a la crítica que le ha hecho el hijo adulto Mike sobre la escasez de voces indígenas. En cuanto termina, debemos Ensayar, claro, porque somos profesionales, en especial las partes nuevas, para que todo salga impecable, y eso nos ocupa la mayor parte de la tarde.

La Compañía llega a las siete.

Son menos que antes. Como si hubiera corrido la voz de nuestra última Actuación.

Pero no pasa nada.

A los quince más o menos que han venido les espera, lo sabemos, algo especial.

La señora U. está en la última fila, como de costumbre, con aspecto molesto ya de antemano. Me gustaría que se encontraran nuestras miradas. Pero estoy en modo trabajo. Mentalmente, le dedico mi Actuación a ella, con la esperanza de que presencie algo que la cautive y la impresione lo bastante como para hacer que venga a mí esta noche, después de la Actuación.

Creo que tengo bastantes números.

Porque me han concedido un Solo importante.

El señor U. da unos golpecitos con su batuta en la Consola de Control.

Y empezamos.

Reno avanza hacia el poblado. Los jóvenes lakota corren junto al río, dando la voz de alarma. Vuelvo a ser el soldado Neubauer, Craig vuelve a ser Perro Amarillo y Lauren es Reno. La carga vacila, se forma la línea de choque y los responsables de retener a los caballos, a

cargo de cuatro monturas nerviosas por cabeza, tiemblan a la sombra de los arces. Cuchillo Sangriento recibe un disparo; Reno sucumbe al pánico y sale corriendo por delante de sus hombres aterrados en dirección a la cima de la colina. Sin monturas, sin munición y aterrados, ellos lo siguen, y nuestros Cantores transmiten su terror en forma de contrapuntos disonantes. Muchos soldados mueren por el camino, al cruzar el río o al trepar por el abrupto terraplén que hay al otro lado, a garrotazos, hachazos o culatazos de rifle.

En la Colina de Reno, el calor abrasador empieza a inflar los cadáveres. Reno está borracho, huraño, no sirve para nada. Nosotros, sus hombres, nos sentimos aterrados y confusos. Algunos despotrican. Carvelli cae. Dietzen chilla. Algunos empezamos a atrincherarnos. Se construyen parapetos rudimentarios con paquetes y latas de comida. Trasladamos a los caballos a un ligero declive que hay en el centro del perímetro defensivo, donde se ha establecido un hospital de campaña improvisado.

Rodeados en la colina, todos, Hablantes y Cantores por igual, llamamos a gritos a Custer. ¿Por qué no ha venido en nuestro apoyo, como prometió?

No hay respuesta.

Lo vimos por última vez en el promontorio, pero ya no está allí.

Abandonados, reflexionamos sobre el hombre que creemos que nos ha abandonado. Y, para ello, nos convertimos en él. Craig, Lauren y yo lo encarnamos, respectivamente: de niño, de aguerrido cadete en West Point y como héroe de la guerra de Secesión y joven pretendiente de Libbie, con quien intercambia cartas tórridas y pornográficas. Seis de los Cantores dan voz a Custer en sus momentos más arrogantes y cinco en los más inseguros. Transmitimos su ansiosa ambición americana, su amor por los perros, su forma de hablar frenética y entrecortada cuando se emociona, sus habilidades comunicativas erráticas y su confianza descabellada en sí mismo en plena batalla.

Luego, en el camino de bajada al valle, y mientras los Cantores entonan una exuberante tríada a modo de intermedio, Rebobinamos, retrocedemos en el tiempo y empezamos a vivir la mañana desde la conciencia colectiva del poblado.

El día empieza tranquilo. Nos sentimos felices y en paz. Perro Amarillo coquetea con Cierva de Pata Negra. Resuenan disparos. En

los primeros compases del ataque, Toro Sentado manda a su sobrino, Toro Solitario, y al amigo de su sobrino, Buen Osezno, a que negocien un alto el fuego con los hombres de Reno. Buen Osezno recibe disparos en ambas piernas y Toro Solitario lo arrastra heroicamente de regreso al campamento, usando un lazo. A Toro Sentado le matan al caballo que estaba montando. Abandona toda idea de paz y ordena el contraataque. Demasiado viejo para combatir, ayuda a las mujeres y a los niños a huir al norte, donde puedan estar a salvo.

Uno de quienes cabalgan para hacer frente a Reno es Caballo Loco. Craig, Lauren y yo le damos voz, respectivamente: como atleta infantil precoz; como joven amante aguerrido que corteja a la mujer de otro y recibe un disparo en la cara por ello, y como místico apostado en la cima de una colina, buscando una visión sin haber pasado antes por los rituales de purificación necesarios.

Seis de los Cantores dan voz a Caballo Loco en su faceta de chamán trascendente (instruido por su visión a abandonar todas sus posesiones y cabalgar siempre a la batalla sin adornos; amado no solo por su valentía, sino también por su abundante caridad hacia los pobres), y cinco, a la faceta de ermitaño ligeramente loco. (Conocido en el seno de la comunidad como «Nuestro Excéntrico», sigue cortejando a Mujer Búfalo Negro, la esposa de Sin Agua, aun después de que esta alumbre a su tercer hijo, y su versión del cortejo es pasarse días enteros rondando las inmediaciones de su choza sin que nadie lo haya invitado.)

Y aquí lo tenemos ahora, pasando como una exhalación, con una pluma solitaria en el pelo, una piedra detrás de una oreja y sin más pintura en el cuerpo que unas pocas manchas rápidas que representan centellas y nieve, rumbo a enfrentarse con Reno.

Lauren se convierte en Mujer Ciervo Rojo, cuyo hijo, Conejo, nació con una pierna atrofiada; tiene diez años y ya es demasiado grande para llevarlo a cuestas. A su alrededor pasan huyendo amigas, tías, madres y niños pequeños. Tiene la boca reseca por el polvo. ¿Por qué han venido de tan lejos para matarnos, para matar a gente como su hijo, que siempre es tan amable con todos y con todo (protege a los pájaros caídos y se preocupa por los búfalos que se han desplomado)?

Su marido es Tres Cuernos. Que se ha ido con Caballo Loco a atacar las filas de Reno. Que no le pase nada. Es temerario, orgulloso e impulsivo. Uno de los rituales más agradables de su matrimonio es

que, por las noches, ella acuesta su cuerpo pequeño y frío sobre el corpachón de él y de esa manera se calienta. ¿Acaso he de ser siempre tu fogata?, le dice su marido, y a oscuras se le adivina una sonrisa en la voz.

Ahora el niño avanza bien. Solo hay que tener paciencia.

De momento, todo se ve tranquilo. No hace falta meterle prisas.

El chico levanta la vista y le dedica una sonrisa de disculpa; ella le alborota el pelo y siguen adelante.

¿Por qué los han de acosar perpetuamente esos asesinos redomados y estúpidos? ¿Qué es lo que impulsa a esas criaturas desquiciadas a dejar a sus familias y cabalgar tantas millas para atacarnos? Su apariencia es humana, pero sus mentes no parecen funcionar de forma humana, sino con la cortedad de vista egoísta de los animales. Su coloración y su actitud los asemejan a los cerdos. Y ahora esos cerdos con ropa han venido, montados a caballo, al esqueleto vulnerable del poblado, con esputo en las barbas desaliñadas, con los ojos inyectados en sangre, como ya hicieron en el Washita (ella estaba presente; dos de sus hermanos murieron allí), donde tomaron como rehenes a muchas mujeres y niños, y luego hicieron uso de las mujeres, algunas de las cuales después volverían a nosotros, rotas.

Es un buen día para morir, gritan los guerreros mientras cabalgan hacia los invasores blancos, y tratan de creérselo, pese a que tienen las gargantas secas, y los corazones les van a cien, y sus seres queridos, a los que quizá no vuelvan a ver, se alejan rápidamente tras ellos; es un buen día para morir, gritan, y necesitan creérselo, a fin de poder hacer lo que se exigirá de ellos en los momentos terribles que se avecinan, sin que se lo impida ningún deseo de quedarse en este mundo dulce y todavía abierto a ellos.

Le echo un vistazo al señor U. Es pura concentración. ¿Lo estamos haciendo bien? Sí. Y lo sabe. Se ha hecho con ellos. Se ha hecho con la Compañía. Es una clase distinta de sudor el que lo cubre ahora: el sudor de un hombre decidido a llevar algo a su gloriosa conclusión después de muchos años de humillación.

Echo un vistazo a la Compañía. La Compañía está embelesada. No hay nadie examinando sus programas ni con ganas de salir volando por el techo. Una mujer da un apretón a las manos juntas de su marido y de ella, como diciendo: Es bueno, ¿no? Él le devuelve el

apretón: Sí, me alegro mucho de que hayamos venido.

La señora U., en la última fila, está de pie, como en posición de firmes, como si algo dentro de ella la estuviera apremiando a ver con ojos nuevos a ese hombre al que lleva tantos años subestimando. En esta Actuación, el señor U. está poniendo en juego el brío enérgico y la atención absoluta que da la sensación de que le ha estado negando a ella todos estos años.

Aparece en la puerta el hijo adulto Mike; sale y vuelve a entrar, como si estuviera esperando a que llegara alguien.

¿Quizá el hijo adulto Mike haya invitado a alguna chica? Estaría bien. Quizá, para ser más amable, lo único que necesita el hijo adulto Mike es un poco de compañía. A fin de cuentas, sus padres son superamables.

Y de todas las veladas en las que el hijo adulto Mike podría haber invitado a una chica, esta es la mejor.

Porque lo estamos haciendo de maravilla y todos los presentes se dan cuenta.

Desciende el silencio sobre el valle del Little Bighorn. Los hombres de Reno, todavía inmovilizados en el suelo, solo oyen sus propias respiraciones entrecortadas. A su alrededor, en los barrancos y las torrenteras, los guerreros avanzan con sigilo a gatas, vigilando las laderas de las colinas en busca de movimientos. Son jóvenes, muchos de ellos, y están nerviosos, pero es una oportunidad con la que llevan tiempo soñando: tienen realmente al enemigo en sus manos.

Al otro lado del valle y al norte, Custer se detiene sobre un promontorio.

Ante él se extiende el poblado indio más grande que ha visto nunca.

Se detiene a pensar.

Muchas cosas dependen de su siguiente acción.

En una especie de interludio, los Cantores describen a los ciervos, los linces y los pumas que abundan en las inmediaciones. Cantan sobre las hojas que se agitan en los álamos temblones; sobre el discurrir del arroyo, que, indiferente a la batalla y a la no batalla, fluye como siempre entre las rocas; sobre el ruido que hace el viento al cruzar el llano, adaptándose de forma natural a las lomas, las

torrenteras, los riscos y los barrancos.

Pero el silencio no puede durar.

Las muertes deben empezar otra vez implacablemente.

Los Hablantes y los Cantores, todos a una, nos ponemos a articular la sílaba «O», con dolor, sobrecogidos, asombrados ante lo que está a punto de suceder aquí, en mitad de la nada, en esta región de hierba seca y colinas suaves que, de no haber venido el ejército, se habría quedado al margen de la historia, igual que los incontables lugares similares que hay por todo el Oeste, ignorados por la historia porque en ellos nunca tuvo lugar ninguna matanza enorme.

Congregada en esta tarde de verano, sobre los promontorios y en el valle de más abajo, hay una cantidad específica de seres humanos que todavía viven y respiran y cuyo destino es morir hoy, unos trescientos individuos que se despertaron esta mañana sin imaginar que sería la última que verían.

¿Por qué? ¿Por qué ha de suceder esto? ¿Acaso no hay la bastante abundancia y belleza para que todos puedan subsistir en paz, si esa fuera la intención general?

Las hay.

Pero la paz no es la intención general. No es la intención del ejército. No es la intención de la nación que el ejército representa. La intención de esa nación es quedarse con estas tierras, sin rival.

La intención de las tribus es seguir existiendo aquí, en esta tierra, que, a decir verdad, ha cambiado muchas veces de manos en el pasado, a menudo de forma violenta, es decir, en una tierra que le ha sido arrebatada a la fuerza a otra gente. Los miembros de las tribus también han asaltado hogares pacíficos, secuestrado a mujeres y matado a niños.

Parece que la paz no es la intención general de la humanidad, aunque haya momentos (en el amado hogar, en el corazón individual) en que pueda parecer que lo es.

En cualquier caso, la situación ya ha llegado demasiado lejos, y ahora hay que llevarla a su conclusión.

Sabemos por los Ensayos cómo va a terminar; Custer, en su intento de atacar el extremo norte del poblado, será repelido por los actos heroicos de Toro Blanco, Oso Ruano, Escudo Blanco, Caballo Rabón, Cuchillo Sin Filo, Ternero de Búfalo y Lobo Loco, entre otros, que a base de disparar deprisa y con puntería sus rifles de repetición

Winchester y Henry, escondidos en una hondonada entre los sauces, darán la impresión de ser un contingente mayor. La carga se detendrá; los atacantes se verán obligados a recular por donde vinieron. Miles de guerreros, confluyendo desde todas las direcciones, rodearán a los soldados y descenderán sobre ellos, y los soldados, pugnando por encontrar un lugar desde el que presentar batalla, morirán en grupos separados, algunos formando líneas de choque, otros paralizados de terror, perdiendo toda noción de la realidad. Algunos, por miedo a las torturas, se suicidarán (de forma individual o en parejas acordadas de antemano). Otros seguirán luchando con valentía hasta el fin. Algunos, al acabárseles la munición, tirarán las armas y huirán a lo loco, solo para que les den caza rápidamente los guerreros a caballo.

¡Oh, John!, le gritará un soldado al guerrero montado que está a punto de reventarle la cabeza, usando el nombre que los soldados aplican a todos los indios.

Al final solo quedará un pequeño corro de hombres, Custer entre ellos, en una pequeña loma que llevará para siempre el nombre de Cerro de la Resistencia Última.

Y allí morirán.

Todo esto sucederá en los próximos cuarenta minutos.

Pero no ha sucedido todavía.

Custer está a lomos de Vic, escrutando por primera vez la extensión entera del poblado.

Ooo, Cantamos.

Ooo, Hablamos.

¿Dónde está Custer?, se lamentan los hombres de la Colina de Reno. Nos da miedo que nos haya abandonado a nuestra suerte aquí arriba.

¿Dónde está Custer?, se lamenta el poblado. Nos da miedo que nos haya engañado y ahora venga a aniquilarnos desde el norte.

Y es en este punto donde el señor U. ha decidido poner el Intermedio.

Dejamos todos de Hablar y dejamos todos de Cantar. Siguiendo las instrucciones del señor U., nos quedamos yertos, inmóviles, con las cabezas caídas, sobre el Muro de Hablar.

Frente a la Consola, el señor U. también se queda cabizbajo. No

necesita girarse para saber qué está pensando la Compañía. Lo sabe él y lo sabemos nosotros.

Somos muy conscientes de la intensidad que hemos alcanzado.

La Compañía se pone de pie, y su entusiasmo irrefrenable parece frustrado por no tener más vía de entrada al mundo que esos cuerpos limitados de mediana edad que ahora aplauden.

La señora U. se acerca por el pasillo (más bien viene bailando por él), abraza al señor U. y lo besa en plena Sala de Escucha, delante de la Compañía.

Admito que siento una punzada de celos.

Sin embargo, es agradable verlos felices juntos. Lo es. Son una familia. Son nuestra familia. Somos una familia. Que sean felices es bueno para todos.

Por otro lado, si son felices, ¿cómo lo voy a ser yo, si mi felicidad futura depende de que me lleguen más besos con mordisco? Me imagino las noches solitarias que me esperan si se reconcilian, aquí abandonado en el Muro de Hablar, oyendo sus risas, quizá oyéndolos hacer el amor (!), un sonido que me llegará, quizá, del sofá de la Zona Residencial Principal, desde donde, hace mucho, poco después de nacer, en los días previos a que se distanciaran, oí una vez que venían aquellos ruidos, los pequeños gañidos sobresaltados que soltaba la señora U., y que, incluso entonces, por mucho que acabara de nacer, ya me excitaron.

Pero repito: es su esposa, su amiga más antigua, su compañera. Puede que ese beso no sea más que un beso de amistad, que significa: cariño, estoy genuinamente feliz de ver que no has fracasado una vez más.

Al señor U. se le ocurre pedirle a Jean que nos traiga agua. Mientras bebemos se redoblan los aplausos de la Compañía, como diciendo: Por supuesto, sí, son ellos quienes han hecho el trabajo, por el amor de Dios, que beban.

La Compañía abandona la sala para disfrutar del Descanso, echándonos miradas de admiración por encima del hombro.

Pero no va a haber Descanso para nosotros: tenemos mucho que hacer si queremos que la Segunda Mitad supere a la Primera.

Jed y Jean sacan a toda prisa la escalera de mano, los andamios y las

plataformas recubiertas de caucho.

—¿Dónde está Mike? —dice Jed—. Se supone que ha de ayudar.

—Olvídate de ese capullín —dice Jean—. Lleva todo el día distraído.

Nos colocan las plataformas debajo. Nos Desamarran y bajamos uno tras otro por la escalera de mano. Intentamos descender deprisa sin atropellarnos. Después Desamarran también a los Cantores para que bajen. Jed va recorriendo la fila que hemos formado, insertándonos con cuidado en los Receptores Fahey el pequeño dispositivo inalámbrico llamado Itinerando.

Equipados con el Itinerando, ya no necesitamos estar pegados al Muro de Hablar, sino que podemos tener libres las manos y los pies y Hablar y Cantar desde cualquier lugar.

Se hace una prueba: Jed nos pone a los Hablantes a pasear por la Sala mientras recitamos el alfabeto extremadamente deprisa y después extremadamente despacio.

Luego pone a los Cantores, mientras pasean, a Cantar escalas mayores y después menores, hasta la nota más alta y hasta la más baja.

Por fin nos colocamos a lo largo de la pared delantera, con las cabezas echadas hacia atrás, para que, cuando regrese la Compañía, parezca que tenemos las cabezas encajadas en los Cabezales Fahey, igual que antes. En el momento crucial (cuando Custer llegue a la pequeña loma donde morirá, entendiendo, por fin, que ha fracasado el asalto de Reno al poblado, que sus fuerzas se ven superadas en número en proporción aproximada de diez a uno, y que se ha agotado su famosa suerte) nos despegaremos de la pared (sorpresa, sorpresa) y, dando voz a los lakota, arapaho y cheyene, que avanzan cada vez más, rodearemos a la Compañía, nos meteremos agresivamente entre ellos y recorreremos sus filas. Esto aumentará la inmediatez de su experiencia y les hará sentir, igual que debieron de sentirla Custer y sus hombres, la imposibilidad de escapar. La muerte se acerca, se avecina, ya casi está entre ellos; ya está entre ellos. El señor U. nos ha animado a que, mientras Hablamos y Cantamos, toquemos a los miembros de la Compañía, a que nos pongamos encima de ellos y les hagamos sentir nuestra presencia. Nuestra meta es incomodarlos, dice, para hacerles entender que todo esto sucedió de verdad, que afectó a gente real, a gente como ellos.

El señor U. se asoma un momento para ver si todo avanza bien; nos dedica un pulgar levantado y varios de nosotros le devolvemos amigablemente el gesto.

Esto va a ser bueno.

Contemplamos las caras de la Compañía cuando, al regresar del Intermedio, nos ven de pie en el suelo, descolgados del Muro.

El señor U. se acerca dando zancadas a la Consola, visiblemente animado por los sinceros elogios que ha recibido durante el Intermedio.

Da un golpe seco con su batuta a la Consola.

Y empezamos.

Custer intenta atacar el extremo norte del poblado, pero lo repelen Toro Blanco y compañía. En pleno intento, un oficial recibe un disparo, quizá el mismo Custer. Los hombres se quedan confusos, paralizados, por el incidente inesperado, la primera baja del día en esa ala del Séptimo. Ahora se les echan encima miles de guerreros. Es el principio del fin. Terminan perseguidos por el barranco, y al principio pelean bien, aunque los entorpece tener que cargar con el oficial herido. Luego todo pasa deprisa, demasiado deprisa, más deprisa de lo que ninguno de ellos podría haber imaginado. No hay tiempo para pensar, para replantearse las cosas ni para rezar. Un hombre de Kansas —en realidad, un muchacho— se queda petrificado de horror, mirando cómo se acercan cuatro guerreros indios a caballo. Ha perdido la pistola y la bota izquierda. Quiere decirles: Parad, por favor, parad, dejadme que me aclare las ideas. ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿No hay ninguna manera de que pueda hacer retroceder el tiempo e irme a casa?

Pero ya están encima de él.

¡Oh, John!, exclama su amigo desde algún lugar cercano, y, mientras muere, el chaval de Kansas lo oye vagamente; es lo último que oye en vida. (En Kansas, la madre del chico se detiene en ese mismo momento frente al pozo, con el cubo en la mano, sintiendo brevemente la presencia del hijo —tal como dirá más adelante, y se dedicará a repetirlo una y otra vez hasta el último día de su vida— con un miedo y un pánico superpuestos tan grandes que deja caer el cubo y se desploma de rodillas.)

El grito se eleva entre las tribus: los podemos matar a todos. Las flechas trazan parábolas ascendentes y matan a los caballos y a los encargados de los caballos. Les atraviesan los cráneos, los cuellos y los ojos a los soldados. Los guerreros agitan mantas para provocar la estampida de los caballos. A un guerrero le arrancan la mandíbula de un disparo y se queda vagando por el campo de batalla, desorientado, sin la mitad inferior de la cara. Es Tres Cuernos, el hombre que, por las noches, calienta a su mujer, Mujer Ciervo Rojo. Y esta, igual que la madre de Kansas, siente un presagio de desastre mientras está conduciendo a su hijo a un lugar seguro. Al ver a Tres Cuernos desfigurado de esa manera, Pata de Palo se retira a un barranco cercano para vomitar. Los caballos huidos del Séptimo se entremezclan con los potros de los guerreros, que han desmontado para ponerse a cubierto en las incontables hondonadas y torrenteras que llevan al lugar elevado adonde ha huido para resistir el último grupo de blancos. La polvareda es espesa; solo son las cuatro de la tarde pero parece que ya sea de noche.

Cierro y abro los puños con nerviosismo, como diciendo: Allá vamos.

Ya casi ha llegado el momento de mi Solo.

Me pongo de pie, calentando motores nerviosamente.

Voy a ser el teniente Henry Harrington, conocido entre los guerreros indios como «el Hombre Más Valiente», por la forma en que combatió durante aquellos últimos momentos frenéticos, mientras la compañía a su mando, la C, intentaba en vano reunirse con la fuerza principal de Custer, y, en cuanto quedó claro que todos sus hombres ya estaban muertos o a punto de morir, hizo girar su caballo (un magnífico alazán ancho de pecho) directamente hacia las filas indias y se metió entre los sorprendidos guerreros, alejándose del campo de batalla y adentrándose como una exhalación en un campo abierto que había al oeste.

Dos guerreros se descolgaron de la batalla para darle caza (Hablaré, Gritaré). Pero su montura era superior y no tardó en dejar atrás a sus perseguidores. Luego, cuando estos abandonaron la persecución y frenaron a sus caballos, Harrington se llevó el revólver inexplicablemente a la cabeza y...

—¡Hola! ¡Hola! —llama el hijo adulto Mike desde la puerta de la Sala de Escucha—. ¿Pueden dedicarme un momento de su atención?

El señor U. pulsa el botón de Pausa.

Es todo un shock, dejar atrás de golpe la atmósfera de calor/miedo/pradera en la que los Hablantes y los Cantores acabábamos de reasentarnos agradablemente.

—Hijo —dice el señor U., y su sonrisa llena de incertidumbre parece indicar que, por supuesto, estará encantado de incluir al hijo adulto Mike en esto, en su momento de triunfo, de la manera en que prefiera ser incluido el hijo adulto Mike, aunque también se está preguntando, un poco, quizá, por qué el hijo adulto Mike no podría haber dicho un poco antes lo que sea que parece querer decir (durante el Intermedio, por ejemplo).

El hijo adulto Mike se retira a un lado de la puerta y hace una reverencia con el brazo, como diciendo: Mirad, mirad a quién estoy dando la bienvenida aquí.

Y entran deprisa: varios hombres y mujeres jóvenes con gorros de lana blancos bajo las capuchas subidas de sus sudaderas de color esmeralda, todos con armas de fuego; se parecen un poco a esos conjuntos musicales adolescentes que el hijo adulto Mike, cuando está aburrido, nos hace ver en su teléfono.

Su líder pide calma a la Compañía. La Compañía no se calma: dos hombres exigen saber qué es esto, qué está pasando, ¿es que no saben que esto es una vivienda privada? El líder invita a los dos hombres a que salgan al pasillo y digan lo que piensan, porque ha venido (han venido) a escuchar.

—Eso espero —dice el más orondo de los dos, aunque los dos son orondos; se reúne con el líder en el pasillo y le ofrece una mano al menos orondo de los dos, que está teniendo problemas para salir.

Los dos hombres orondos ya están en el pasillo, listos para exponer sus sentimientos.

El líder levanta el arma y los mata de sendos disparos, primero a uno y después al otro.

¡Qué sonido! Los Hablantes, los Cantores, la Compañía, el señor y la señora U. nos estremecemos todos como un solo hombre, como un nido de ratones bajo la sombra negra de las alas enormes de un águila que pasa volando.

Los hombres orondos son dos amasijos sanguinolentos en el suelo, mientras sus mujeres, sentadas, chillan.

—¡Vamos a traer algo de decencia a este mundo! —grita el líder

—. De una vez por todas. Y empezaremos esta noche.

¿Cómo pueden hablar de decencia, pregunta una mujer mayor con cabellera joven, cuando acaban de matar a Keith Durtz y a Larry Reynolds, que tanto habían donado a muchas causas benéficas? ¿No es verdad, Leah?

—Y ni siquiera quería venir a esto —solloza Leah, la mujer del malogrado Keith.

El líder agarra a la mujer mayor por la cabellera joven y la arrastra hasta el pasillo.

¿Le importaría explicar un poco mejor su declaración, en la que alegaba hipocresía entre este grupo que ahora tiene su vida en sus manos?

La mujer prefiere no hacerlo.

Él la aparta de un empujón. La mujer cae al suelo con elegancia inadvertida y melodramática y se queda ahí, con los ojos abiertos.

Parpadea varias veces.

Uno de los intrusos, una chica con zapatillas de tenis amarillas, empieza a moverse entre la Compañía, recogiéndoles los móviles en una bolsa de tela de *tie-dye*.

A continuación, la Compañía, anuncia el líder, se trasladará al sótano. Al cabo de unas horas llegará ayuda y los podrán liberar. Ellos, el Consorcio del Gorro Blanco, entienden el concepto de culpa diferencial. ¿Acaso la Compañía, por el mero hecho de asistir a un evento, es igual de culpable que el señor y la señora Untermeyer? No. Es cierto que quizá algunos de ellos tengan también Hablantes y/o Cantores en sus hogares. Pero el Consorcio ha decidido pecar de piadoso. La Compañía se puede quedar tranquila: nadie les va a hacer daño. Por lo menos esta noche. Sin embargo, confía en que aquellos miembros de la Compañía que sí tienen Cantores y/o Hablantes en sus casas reflexionen mientras están en el sótano acerca del rol que ha desempeñado el azar esta noche; esta acción está teniendo lugar aquí, en este hogar (y no en los de ellos), simplemente porque a los líderes del Consorcio les presentó recientemente una oportunidad cierto individuo/excompañero de clase con las ideas claras (y le dedica un saludo militar juguetón a Mike), pero la Compañía puede estar segura de que llegará el momento, y recemos para que llegue pronto, en que ninguna familia que participe en esta práctica bárbara y degradante vuelva a sentirse nunca más segura en su propio hogar.

Estos individuos (dice, señalándonos a los Hablantes y a los Cantores) no son animales, no son juguetes y no son muñecos. ¿Qué les parecería a los miembros de la Compañía que a ellos, o a sus cónyuges, o a alguno de sus hijos, o de sus padres, les erradicaran la memoria por medio del Procedimiento Morley (o del Morley II, en el caso de los Cantores) y de esa forma perdieran toda conciencia de quiénes son, de cómo han vivido, de qué valores han tenido y de a quién han amado, y al despertarse se encontraran montados en el Muro de Hablar de algún desconocido, obligados a actuar como bestias entrenadas para diversión chabacana de una multitud rebuznante?

—Me gustaría contestar —dice el señor U.—. Pero no quiero que me peguéis un tiro. ¿Sería posible?

—Que sea rápido —dice la chica de las zapatillas amarillas.

—Protesto ante vuestra descripción —dice el señor U.—. Aquí no se ha coaccionado a nadie. Al contrario, estos Hablantes y estos Cantores solicitaron el trabajo. Y consideraron un gran privilegio que los aceptaran. Y se les compensa bien. Se manda dinero (creedme, yo relleno los cheques todos los meses) a sus personas designadas. Y, sinceramente, esta gente es como de nuestra familia. Puede que a vosotros no os guste, pero todos los presentes han dado su consentimiento a esta situación. Y, si me permitís que lo diga, por muy terrible que podáis creer que soy, por lo menos nunca he matado a nadie.

Me vienen ganas de aplaudir. ¿Por qué han tenido que venir estos individuos tan descorteses a nuestra casa, trayendo su violencia? No tengo ni idea de «compensaciones» ni de «personas designadas» ni nada de eso, pero me enorgullece la valentía del señor U., y confío en que su elocuencia salve la situación.

Los intrusos parecen impertérritos.

—Basta —dice el líder—. Basta de cháchara reaccionaria predecible.

—No es exactamente «presentarse voluntario» si te obligan las penurias —dice la chica de las zapatillas amarillas.

Saca un cuaderno y se acerca a Craig.

—Hector —dice—. Esposa: Danielle. Sin hijos. Siete años desempleado. Tres caniches: Rudy, Phipps y Esmerelda II.

Luego se acerca a Lauren.

—Cindy —dice—. Enfermera con desgraciados problemas de adicción. Y con un hijo. Un bebé. Stuart.

De entrada, Lauren pone cara de no entender. Luego emite un ronquido nasal de sorpresa; como si le sonara de algo.

La Compañía debe trasladarse al fondo de la sala, dice el líder. Nada de heroísmos, por favor, nada de dramatismo.

A fin de obedecer, quienes están en las primeras filas necesitan pasar por encima de los dos cadáveres orondos. Un viejo se detiene para ayudar a la mujer mayor (que no es tan mayor como él) a levantarse. Su cabellera joven, que era una peluca, se queda atrás, donde se ha caído.

Antes de poner rumbo al sótano, la chica de las zapatillas amarillas dice que les van a pedir que presencien una cosa. Para su edificación. Para ayudarlos a cambiar su comportamiento. Y a ver la luz.

El hijo adulto Mike no tiene buen aspecto. Da la sensación de que quizá no lo informaron plenamente, cuando estaba ayudando a facilitar esto, de que, por ejemplo, iban a matar a tiros a dos hombres orondos y a tirar al suelo a una anciana con tanta fuerza que su cabellera joven saldría volando.

—Mike —dice el líder—. ¿Dónde está tu madre?

—Mi mujer odia estas cosas —dice el señor U.—. Se ha ido de viaje.

—Mentira —dice el líder—. Tu hijo nos ha dicho que estaríais los dos aquí. Hace una media hora. Cuando nos ha llamado para darnos luz verde. ¿Dónde está tu madre, Mike?

El hijo adulto Mike tiene los ojos cerrados con fuerza y da la impresión de bambolearse un poco.

—Tiene miedo —dice el señor U.—. Parece que no entiende lo que está pasando.

—Es él quien lo ha organizado, memo —dice el líder.

—Ya lo sé —dice el señor U.—. Claro que lo sé.

—Estoy a favor de la libertad —dice el hijo adulto Mike—. Pero no de matar.

—Pues mira, no puedes estar a favor de la libertad y en contra de matar —dice la chica de las zapatillas amarillas.

—¿Cuál de vosotros es Angela Untermeyer? —pregunta el líder.

Se hace un silencio largo en la Sala de Escucha.

—Yo soy Espartaco —bromea un miembro masculino de la Compañía, pero parece arrepentirse de inmediato y se tapa la boca con las manos.

—Es esa —dice Lauren—. La del fondo.

La señora U. hace una mueca, se despega de la pared y se une al señor U. al frente de la sala; le coge la mano y se la lleva a los labios para besarla.

El líder le pone la pistola en la cabeza al señor U. y la chica de las zapatillas amarillas empieza a filmar con el teléfono.

—Por el crimen de degradar a hombres y mujeres que merecen igual que tú unas vidas llenas de dignidad, respeto y autonomía —dice el líder—, te condenamos a muerte.

—¿Qué? —chilla el hijo adulto Mike.

—Os condenamos a muerte —dice la chica de las zapatillas amarillas.

—Os condenamos a los dos a muerte —dice el líder—, con la esperanza de que, por todo el país, otros de vuestra ralea vean esto y entiendan que los maltratos sistemáticos a seres humanos inocentes tienen consecuencias.

—Consecuencias graves —dice la chica de las zapatillas amarillas.

—Jamás hemos maltratado a nadie —dice la señora U. con una voz ronca que apenas le sale de la garganta.

—Perdón, pero no es verdad —dice Lauren.

Todo el mundo mira a Lauren.

—Abusa sexualmente de Jeremy —dice—. A menudo.

Todo el mundo me mira.

—Viene aquí de noche y lo obliga a Hablarle mientras ella, ya sabéis... —dice Lauren.

—Se da placer —dice Craig.

Todo el mundo mira a la señora U.

Que se está sonrojando.

—Yo nunca... —tartamudea—. Era...

—¿Era qué? —pregunta en tono imperioso la chica de las zapatillas amarillas.

—Consensuado —dice la señora U.

—¿Cómo puede ser consensuado cuando a tu víctima le han borrado la memoria y la han Amarrado a un Muro y no tiene ningún

recuerdo de haber estado en otro lugar que no sea esta sala? —dice el líder—. Explícanoslo.

—Lo es —digo.

Todo el mundo me mira.

—Muy consensuado —digo—. Me gusta. Me gusta ella. Me da la vida. La amo.

—Oh, Dios —dice el líder—. Que alguien haga callar a este pobre bobo.

Menuda tontería. Ni siquiera estoy Activado. Estamos en Pausa. Soy yo quien está hablando, hablando de corazón.

La chica de las zapatillas amarillas camina hasta la Consola y, manipulando algo, nos quita, sin darse cuenta, la Pausa y sube nuestra Intensidad no solo al nivel alto, sino a lo que parece el nivel más alto, al que no llegamos nunca.

Siento la pre-Señal más potente que he sentido nunca.

Y soy Harrington.

Al máximo.

Samuels se está retorciendo en el polvo, con una flecha atravesándole la garganta. Riverton, descabalgado por un grupo de tres guerreros, es el objetivo de tres hachas que se mueven bajo el sol como pistones. Me doy cuenta de que debo alejarme de aquí o morir. Veo la oportunidad. Hago girar a mi alazán magnífico y ancho de pecho hacia las filas indias y cabalgo entre los sorprendidos guerreros, alejándome del campo de batalla, adentrándome como una exhalación en un campo abierto que hay al oeste.

Y soy libre.

¿Me están persiguiendo?

Sí.

Se nos suman los Cantores. No tienen otra opción. También a ellos les está llegando la Señal a Intensidad máxima. Cada uno Canta una línea melódica irregular distinta. Tal como estaba Ensayado. La intención de su Canto: indicar la agitación mental con que cabalgo. Si me atrapan, y lo hemos hablado muchas veces entre nosotros, ¿acaso no me capturarán y me torturarán, como al pobre desgraciado de Dennison, al que encontraron en mitad del camino con las pelotas clavadas a la frente? Yo, Harrington, soy un hombre ecuánime, y reconozco que este sería un simple caso de «cambio de tornas justo». Recuerdo haber visto, en una exposición en Denver, los genitales de

una mujer cheyene, obtenidos por un soldado después de la batalla del Washita y expuestos en una vitrina. Sin embargo, jamás he participado en semejantes salvajadas, y lo que es justo deja de parecer justo cuando eres tú quien va a ser víctima dentro de pocos minutos de las fechorías que decidan cometer estos tipos con sus cuchillos afilados.

A lomos de mi magnífico alazán empiezo a dejar atrás a los guerreros.

Pero entonces, cuando ya están abandonando la persecución y frenando a sus caballos, me llevo de forma inexplicable el revólver a la cabeza. En cualquier momento (Hablo), voy a disparar y matarme a mí mismo al instante, y mi cuerpo se desplomará por un costado del alazán, dejando estupefactos a los guerreros que me miran.

¿Por qué voy a hacerlo?, pregunto.

Nadie lo puede saber, contesto.

—¡Colega, apágalo! —grita alguien desde la distancia.

—Pasa de él, Darren, joder —dice una segunda persona.

—No puedo pensar con este estruendo —dice el primero en tono frenético.

Quizá (Hablo, Grito) mi cuerpo no pueda evitar huir (el polvo, esos gritos, el sonido percusivo de los golpes de la piedra sobre la carne que viene de todas direcciones), pero ahora, huyendo, se me ocurre que esto es la cobardía personificada: dejar que sea el cuerpo el que dicte tus acciones sin un fin honorable. ¿Cómo puede justificarse esta huida, por mucho que consiga escaparme, cuando Custer y compañía siguen vivos en este momento, mientras huyo? ¿No debería dar media vuelta y volver a unirme a los combates? Pero no puedo, me niego, es todo demasiado terrible, mis brazos y piernas están de acuerdo con mi caballo en que *atrás* no es una dirección en la que podamos ir, pero mi mente, mi mente de héroe, gobernada por el honor, sabe que no seré capaz de vivir con esto, que no seré capaz de recorrer los cientos de millas que me separan de cualquier avanzada de la civilización y, una vez allí, mentir sobre lo sucedido *(quedé inconsciente y cuando me desperté al cabo de unas horas me encontré a mis compañeros muertos a mi alrededor)* o bien confesar con honradez *(hui cuando todavía podría haber hecho algo para ayudar a Custer y a sus hombres, que seguían vivos y luchando cuando abandoné el campo de batalla)*.

Es una disyuntiva terrible.

Solo hay una salida, me parece mientras cabalgo: morir por mi propia mano y de esa forma conservar el honor.

Luego se detiene a mi lado uno de los guerreros que me perseguían. Que ha venido caminando desde donde estaba. Al lado de los temblorosos Untermeyer. Se pone a cabalgar a mi lado, con la pistola colgándole de la mano al costado.

Estiro el brazo y le robo la pistola.

Me resulta muy fácil.

—Eh, eh —dice, y trata de recuperarla.

Pero soy un oficial, el Hombre Más Valiente, y me sigue corriendo por las venas la adrenalina de la huida.

Y ahora tengo su pistola en la mano.

¿Por qué no la uso?

Con ella podría salvar a mis queridos amigos, los Untermeyer, rodeados en el Cerro de la Resistencia Última, a punto de morir, cerca de la Consola...

Llevo la pistola a la cabeza del guerrero. El sol en el cielo es un orbe atenuado por el polvo. Allí arriba, junto a los dos familiares aspersores antiincendios. La hierba de la pradera se mece. Entre las sillas plegables. Siento que, desde la colina donde están a punto de morir, mis amigos me apremian para que dispare y los salve.

Disparo.

El guerrero cae. El segundo guerrero desmonta y corre junto al primero. También él ha de morir si quiero salvar a mis amigos. Disparo y se desploma. Se queda con los pies cruzados, calzados con sus zapatillas amarillas. Los pies de ella. Los pies de la guerrera de las zapatillas amarillas están cruzados. Y se muere.

El Canto de los Cantores cambia y se convierte en gritos.

El primer guerrero, que todavía se mueve, me hace un gesto para que me agache y me acerque a su boca.

Y lo hago.

Porque, aunque sea un enemigo, es un guerrero como yo, un hombre de acción.

—¿Quién eras antes? —me dice, en un inglés perfecto y sin acento—. Antes de esto. Eras *alguien*. ¿Tenías mujer? ¿Hijos? Mira en el cuaderno. Esta gente... no son tus amigos. Te han usado y te seguirán usando y degradando, a ti y a miles de personas como tú, hasta que alguien los detenga.

¿Mujer? ¿Hijos?

Le aplico a mi mente la concentración más feroz y sincera.

Y no encuentro nada.

—No —digo—. Ni mujer ni hijos. Y creo que esas cosas no se olvidan.

—Tú sí —dice—. Tú las podrías haber olvidado del todo. Y es lo peor que te han hecho esos cabrones.

Y se muere.

¿Mujer? Es gracioso. Si tuve una mujer, ¿no podría por lo menos acordarme de su nombre? ¿Acordarme de cómo se movía? ¿De cómo se movía por nuestra... por nuestra bonita casa amarilla? Entre los sauces, al final de un camino polvoriento. Por cuya ventana lateral se podían vislumbrar dos corrales de pollos, ladeados de tal manera que siempre parecían estar conversando entre ellos, bajo la luz filtrada por los sauces...

Dios bendito, recuerdo con una sacudida de asombro: sí que tengo mujer. ¡La tengo! En Míchigan. Grace Berard. E hijos: Grace Aileen Harrington, hija. Harry Berard Harrington, hijo. De Clinton. Clinton, Míchigan. Dios bendito, ¿qué he hecho? ¿Por qué he venido aquí, a este poblado?

He venido a arrasar tipis llenos de niños y a atar con sogas las manos de mujeres desconsoladas.

Niños como mis hijos y mujeres como la mía.

Y lo habría hecho.

De no ser por la intervención de estos dos.

Los dos a los que he matado.

Ahora el Módulo me apremia para que regrese: la noticia de la muerte de Harrington (Hablo, Grito, obligado por el Módulo) ha encontrado a la señora Harrington en su casa de Míchigan. Al principio se ha tomado la noticia con calma, pero esa misma tarde ha desaparecido, dejando a los niños en la casa vacía. No se volverá a saber nada de ella durante dos años, que pasará deambulando por el Oeste en busca de su marido. En un momento dado la encontrarán varios miembros de la tribu crow vagabundeando por el campo de batalla: una mujer blanca loca con un vestido mugriento y roto, el mismo vestido que llevaba la noche en que se enteró de la muerte de su marido, una mujer perdida, de la que seguramente se han aprovechado los hombres por el camino, degradada por el hambre y la

sed.

Mi querida esposa.

Soy yo quien te ha hecho esto, soy yo quien te ha legado este destino de pesadilla.

¿Por qué estoy aquí?, Hablo. En esta marcha asesina. En este Muro de Hablar. ¿Acaso alguna vez han sido míos mis pensamientos y mis acciones? ¿Acaso no cuelgo aquí perpetuamente inerte, hasta que me llega la Señal? ¿Por qué debo colgar aquí, igual que Lauren, Craig y nuestros Cantores, cuando incluso Jean, la humilde Jean, y hasta el reprobable hijo adulto Mike, pueden salir cuando les plazca de la Sala de Escucha? ¿Acaso alguien ha Hablado palabras que yo le he dado para que Hable, solo para mi diversión? ¿Acaso alguien ha Cantado, aunque sea una sola vez, para mi placer?

Y de pronto la pradera desaparece, junto con el miedo, y ya no estoy desfondado por la huida; ni tampoco puedo oler caballos, sangre ni hierba abrasada por el sol y alta hasta la cintura.

Ya no soy Harrington. Bueno, lo soy un poco. Y luego dejo de serlo del todo.

El señor U. está de pie frente a la Consola, con la que acaba de apagarnos.

Regreso a mí mismo y me siento avergonzado. Por lo que acabo de Hablar. Acabo de Hablar en voz alta y en público en contra de mi oficio, de mi vida, en contra de los queridos Untermeyer, mi familia.

Si por el mero hecho de hablar sin permiso a uno ya lo mandan al cobertizo de Penalización, ¿qué castigo debe de aguardarme ahora?

Las dos personas a las que he matado están muertas, pero siguen siendo jóvenes. A la chica se le han desatado los cordones de una de las zapatillas amarillas. El joven, esta mañana, quizá nervioso por lo que se avecinaba, se ha saltado una trabilla del cinturón. ¿Es posible que estos dos, en otra vida, hubieran sido amigos míos? ¿Es posible que hubieran disfrutado de oírme Hablar de temas que les interesaran? Ahora ya no puede ser. En adelante, ya nada puede ser, para ellos.

Y el causante soy yo.

La Compañía manifiesta su aprobación a gritos: he salvado a los Untermeyer de estos fanáticos que han venido a asesinarlos.

Los miembros restantes del Consorcio del Gorro Blanco se quedan con unos ojos como platos entre el desorden de sillas plegables. Parece

que todo este tiempo su líder era el único que tenía pistola. Es decir, los intrusos solo tenían una pistola entre todos.

Y ahora la empuño yo.

Inspirada por mis acciones, la Compañía se vuelve contra los intrusos y la Sala de Escucha se llena del ruido de puñetazos y gritos ahogados, de cabezas siendo estrelladas contra paredes, de hombres estrangulando a otros hombres, de mujeres respirando agitadamente, asombradas de encontrarse tirando del pelo de otras mujeres.

La Compañía tiene superioridad numérica; está imbuida de la seguridad que confiere la riqueza; carece de inclinación a perder, tras haber decidido mucho tiempo atrás acomodarse en la abundancia y de esa manera evitar todas las pérdidas.

Pero entonces Lauren, la querida Lauren, siempre tan amable, atraviesa dando zancadas la Sala de Escucha, le arrea un puñetazo en la cara a la señora U., gritando que ella, Lauren, antes tenía un bebé, el pequeño Stuart. ¡Y que ahora se acuerda de todo, zorra! El señor U. acude en ayuda de la señora U. y Craig lo derriba de una patada desde atrás. Los Cantores salen en tromba, aullando melodiosamente. Dejan al hijo adulto Mike hecho un ovillo junto a la puerta; Jed, sangrando por la boca, lucha para levantarse de una pared contra la que lo han arrojado dos miembros del Consorcio; Jean, que ha recibido un codazo en la cara de la Cantora que antes necesitó un Ativan pero ahora parece ir sobrada de determinación, deambula entre dos sillas plegables, murmurando, con pinta de estar perdida.

Qué extraño resulta ver a estos queridos y familiares amigos míos (el señor U., la señora U., Jean y Jed) rebajados a esto.

A manos de otros amigos míos queridos y familiares (Lauren y Craig).

La pistola me pesa mucho en la mano.

No nací de una mujer gigante, sino de una mujer de tamaño humano. Ahora lo sé. Es posible que tuviera una esposa. Debí de amarla, pero no la recuerdo. A quien amo ahora es a la señora U., la de los besos con mordisco. No pienso tolerar que le hagan daño, por todo lo que hemos compartido. Y no quiero que hagan daño al señor U., que en tantas ocasiones me ha llevado a lugares provistos de una expresividad tan deliciosa y exaltada. Tampoco quiero que salgan

heridos Lauren y Craig, compañeros y cocreadores de toda la vida, pero sé que, si fracasan en esto, sufrirán toda la virulencia del poder vengativo y aplastante de la Compañía.

La señora U. se escabulle de Lauren, viene gateando hacia mí e incluso en esa situación se la ve bastante elegante.

—Jeremy —dice en tono lastimoso—. Sálvanos, por favor.

¿Cómo puedo negarle mi ayuda a la fuente de la felicidad más grande que he conocido nunca? Los intrusos la matarán. Sin dudarlo. Ya estaban a punto de matarla, y si vencen, la matarán.

En sus ojos (verdiazules) veo: deseo, aceptación, la cálida garantía de que, si le entrego la pistola, hará lo correcto.

Para nosotros dos.

Para todos nosotros.

Le entrego la pistola. Ella se la da al señor U., que ordena al Consorcio del Gorro Blanco, a Lauren, Craig y los Cantores que se tumben en el suelo. Pronto todo el mundo salvo la Compañía está en el suelo junto con los hombres orondos caídos y con los dos que he matado yo, que al morir se han quedado en unas poses como de bailes frenéticos: la chica de las zapatillas amarillas parece estar arrojándole el cuaderno al líder, que parece a punto de atraparlo.

El señor U. corre hasta allá, recoge el cuaderno y se lo guarda en el bolsillo de su americana de las Actuaciones.

Y de esa forma se evita una gran tragedia.

Pero debo admitir que después me quedo bastante abatido.

La policía se lleva a Craig, a Lauren, a los Cantores y a los intrusos. La Compañía, tras ser interrogada, abandona la Sala de Escucha, manifiesta en tono animado su satisfacción porque se haya impuesto la justicia y habla de la pestilente insolencia de los intrusos, de mi valentía y de mi admirable entereza.

—Sí, lo has hecho bien, colega —dice Jed mientras, todavía tembloroso, me vuelve a Amarrar a la altura del suelo, me saca el Itinerando y me recoloca la nuca en el Cabezal Fahey—. Esos sinvergüenzas eran unos animales.

—Y en cuanto a esos dos —dice Jean, echando un vistazo a los dos Cabezales Fahey vacíos, donde se encajaban las cabezas de Lauren y Craig—, no les pasará nada. En realidad, ni siquiera se enterarán de

lo que ha pasado.

Jed y Jean salen. Me quedo a solas.

Caray, pienso, rompiendo a llorar, yo no quería matar a nadie; al contrario, lo que quería era no hacer daño a nadie. Y ahora mira: he matado a dos personas. Y también tengo presentes a Craig y a Lauren, cuyas miradas alicaídas de decepción, dirigidas a mí, forcejeando mientras se los llevaban a rastras con rudeza, no olvidaré pronto.

Cae la noche.

Entran un hombre y una mujer silenciosos con una fregona y un carrito para limpiar la sangre y llevarse a los dos que he matado.

Gracias al cielo.

Lo he hecho por amor, me digo en voz baja una y otra vez, mientras la salida de la luna traza un cuadrado de luz alrededor de los bordes de la ventana entablada y, simultáneamente, en el suelo, un paralelogramo de luz asociado se mueve lentamente hacia la Consola y después, fracturado, sube por ella.

Alrededor de la medianoche entra el señor U.

—Tampoco puedes dormir, ¿eh? —dice.

Levanto la mano.

—Habla —dice.

—¿Qué les pasará a Craig y a Lauren? —digo.

—Están recibiendo ayuda —dice—. En un hospital. Una especie de hospital. Están trabajando en ellos, para ayudarlos a olvidar todo este episodio estúpido. Bueno, para olvidarlo todo, en realidad. Para devolverlos a la casilla de salida. Y que puedan empezar a Hablar otra vez. Aquí o en otra parte. No lo he decidido.

—Oh —digo.

Oigo a la señora U. por ahí fuera, yendo por la Zona Residencial Principal.

El señor U. ve que estoy escuchando.

—Y en cuanto a eso... —dice—. Mi mujer ya no vendrá más por aquí. Lo hemos hablado y está de acuerdo. Se ha acabado. No volverá a pasar. Pero si vuelve, si entra aquí otra vez, llámame. Es una orden, o como lo quieras llamar. Una directiva. Vamos a intentar arreglar nuestro matrimonio. ¿Estarías dispuesto a ayudarme con eso, colega? Llamándome, ya sabes. ¿En caso de que, hum, mi mujer tenga un

momento de debilidad y venga aquí?

Asiento con la cabeza.

—Para que lo sepas —me dice—. No te culpo a ti. Para nada. Es una mujer hermosa. Lo entiendo. ¿Cómo se suponía que iba alguien con tus, hum, limitaciones, a saber nada de autocontrol, moralidad, lealtad y todo eso? Lo gracioso es que tampoco la culpo a ella. Hemos pasado por una mala racha. Me he refugiado en mi hobby. Y tú eres un joven apuesto. Seguro que te la camelaste bien. Con tu Habla. ¿Tengo razón?

Me sonrojo.

—Es la historia de mi vida —dice—. Arrastrado por mi propio cohete.

Se saca una pera del bolsillo y me la pone en la mano.

—Sin rencores —dice—. Me has despertado. En serio. Nos has despertado a todos. Nos has salvado. Literalmente, sí, a base de, ya sabes, matar a esos dos. Ha sido magnífico, ciertamente. ¿Dónde estaríamos ahora mismo sin ti?

—Muertos —digo.

—Muertos, es verdad —dice—. Pero también, ¿dónde estaríamos emocionalmente?

Sin mí, pienso, no estaríais en ninguna parte emocionalmente, porque estaríais muertos.

—Y en caso de que te lo estés preguntando, porque sé que erais amigos… —dice—. Mikey está con unos parientes compasivos. También está recibiendo ayuda. Esto ha sido muy doloroso para él, obviamente.

Y se marcha, empieza a recolocar sin mucho aplomo unas cuantas sillas por el camino y después lo deja correr, como si fuera un trabajo indigno, del que es mejor que se encarguen gente como Jean y Jed.

Aunque estoy cansado, espero despierto.

A la señora U.

Seguro que él está ahí fuera, vigilándola como un halcón.

Ven a mí, amor mío, pienso. He matado en tu nombre. Y necesito saber que ha valido la pena.

Y entonces llega.

Sí, aquí está, en contra de los deseos de su marido.

Se apoya en silencio en la Consola y se lleva un dedo a los labios, para indicar: Silencio.

No hago caso de la directiva del señor U. y no lo llamo. Quiero que su mujer sepa que estoy a su disposición, que haré con ella todo lo que desee, hasta llegar al final mismo, sea cual sea.

—Quiero darte las gracias —susurra, acercándose; huele bien, como una rosa, si una rosa pudiera estar un poco enfadada—. Me has ayudado a sentirme bien conmigo misma durante un periodo que estaba siendo muy duro para mí. Has sido una presencia que me ha apoyado en un punto de mi viaje en que literalmente no tenía a nadie más a mi lado. En un mundo distinto, ¿quién sabe? Pero en este mundo... Pues no, claro que no. Estoy segura de que, siendo inteligente como eres, has entendido esto desde el principio. Mi esperanza es que tú, aquí dentro, siempre me consideres a mí, ahí fuera, una amiga. Aunque ya no vamos a estar, hum, interactuando mucho. O, ya sabes, nunca más. Por desgracia.

Luego me da un beso en la frente y sale.

Quiero hacerle más preguntas. Pero ella se aleja rápidamente y dándome la espalda y no ve que tengo la mano levantada.

Pronto, desde el Dormitorio, oigo ruidos, ciertos ruidos bruscos, enérgicos, extáticos y conciliadores, como los que vendrían poco después de un aterrador y clarificador roce con la muerte.

La cosa sigue y sigue.

Menos mal que no está en casa el hijo adulto Mike, pienso.

Más tarde, los ruidos del Dormitorio se vuelven más quedos y confidenciales, menos parecidos a un impacto y un alivio: promesas en voz baja, confesiones suaves de admiración, murmullos urgentes que señalan que se ha vuelto a encender la llama de un vínculo antiguo y valioso.

A la mañana siguiente entra Jed.

Con Craig y Lauren.

—Ed, Sharon —dice Jed—. Este es Jeremy.

Ed y Sharon me saludan con la cabeza, como diciendo: Hola, colega nuevo.

No parecen acordarse de la Sala de Escucha ni de mí. Se limitan a sonreír con timidez cuando Jed les acopla las nucas en los Cabezales

Fahey.

Entra el señor U., sonriendo, radiante.

—Menuda mañana —dice—. Dios está en el cielo, y todas esas tonterías que se dicen cuando uno está feliz. Colega, me siento de maravilla. ¿Qué tal si acabamos ese experimento puntual de Custer? Que te interrumpan de esa manera deja mal sabor de boca, ¿no?

Me lo dice a mí, supongo. Dado que Ed y Sharon, recién Amarrados, están ahí colgados y sonriendo como idiotas sin memoria, dicho sea sin ánimo de ofender.

Pero sí: la interrupción abrupta de nuestra Actuación me ha dejado varios balones en el aire, por así decirlo. Después de estar en el Cerro de la Resistencia Última, a la Intensidad máxima, una parte de mí sigue ahí, con Custer, temiendo mi muerte, mientras que otra parte se ha quedado con Caballo Loco y compañía, rodeando la colina y lanzando flechas sobre ella.

El señor U. va a la Consola.

Y empiezo.

Una vez más: la sed, el miedo, el olor a sangre, a caballos, a hierba en verano, a cuero recalentado por el sol. Custer y sus hombres llegan al pequeño promontorio en el que morirán. Custer entiende que el ataque de Reno ha fracasado, que está en franca inferioridad numérica, que se le ha terminado su famosa suerte. La visibilidad es nula, por culpa del polvo. En esos últimos momentos sus pensamientos están con su hermano menor, Boston, y con su sobrino Autie, que solo tiene dieciocho años. Boston y Autie no son soldados, pero él les permitió que vinieran igualmente, de forma impulsiva, por la pura aventura. Y ahora, por culpa de esa indulgencia, van a morir. Es posible que vaya a verlos morir; es posible que él muera antes y sean ellos quienes lo vean morir. Es posible que, en medio de todo el polvo y el caos, ninguno de ellos vea morir a los demás. Nadie lo sabe con seguridad. Nadie lo sabrá nunca. Pero ahora están muriendo todos, entre el polvo, entre el ruido de los gritos, las maldiciones, los lamentos y las risas histéricas.

Y entonces se hace el silencio.

La cortina de polvo desciende lentamente mientras los guerreros se acercan para ver el resultado de sus acciones. Algunos, asqueados, van a sentarse a solas. Otros, alborozados por la victoria, dan gracias. Algunos de los hombres de más edad intuyen la verdad: que esta

espectacular victoria es un simple preludio; que el coloso que es la nación blanca, impulsado por esta humillación, pronto se cobrará una venganza despiadada.

Ahora se me unen Ed y Sharon.

Los tres nos convertimos en las mujeres que caminan entre los blancos caídos, desnudando y mutilando sus cuerpos para entorpecer e irritar a sus almas en el otro mundo. Catalogamos flechas en rectos, genitales serrados y cosidos dentro de bocas; el borrado total, a golpes de piedra, de la cara del hermano de Custer, Tom; la perforación de uno de los tímpanos de Custer con un punzón por no haber sabido, en vida, escuchar. No nos produce alegría; sabemos que estos hombres, incluso estos, eran hijos, maridos, padres y hermanos. Pero nuestros corazones están mal. Los odiamos, sí, por ser los idiotas agresivos y asesinos que eran. Muchos de nuestros hijos, maridos, padres y hermanos yacen recién muertos por su mano. ¿Por qué vinieron? ¿Por qué no se quedaron en casa, amando lo que les correspondía amar, sin desear más que lo que tenían, disfrutando de las asombrosas bendiciones que ya les habían sido concedidas? Ahora nos toca a nosotras interrumpir la energía de su terrible estupidez; no hay que permitir que fluya sin trabas hasta el otro mundo.

Llegado este punto, nuestros Cantores deberían haber hecho un sonido que imitara al del viento barriendo las llanuras sobre los caídos, sobre las mujeres que siguen mutilando, sobre quienes lloran a sus seres queridos en el poblado, sobre los potros agotados y heridos que caminan cojeando hasta el río para beber.

Y ese debería haber sido el final.

Pero como no tenemos Cantores, la Sala de Escucha queda en silencio. Hasta que el señor U. se echa a llorar. A llorar de gratitud. La mujer descarriada ha regresado. Allí donde solo había falta de amor, ahora el amor abunda. La vida se volverá a convertir, una vez más, en lo que siempre fue para él, antes de los problemas recientes: una gran aventura, marcada por las victorias frecuentes y casi predecibles; el dominio en todos los frentes; la confirmación diaria de su ubicación en el centro del universo.

Miro a Ed y a Sharon. Sus caras reflejan la gran transformación que acontece cuando uno Habla por vez primera.

Cómo los envidio.

Porque, sea lo que sea que el señor U. me dé para Hablar en el

futuro, nunca lo volveré a disfrutar; igual que un títere recogido del suelo no disfruta de la mano que lo manipula de repente.

La madre de las decisiones drásticas

Ya volvía a estar dedicando su preciado tiempo de escritura matinal a dar vueltas sin avanzar *en absoluto* por aquella pocilga encantadora que era su cocina. ¿Por qué tenía un abrelatas en la mano?

Hum.

Quizá hubiera algo interesante allí.

«El pequeño abrelatas fiel.» Gerard el Abrelatas era un soñador. Quería abrir cosas GRANDES. Cosas MÁS GRANDES. ¡Las cosas MÁS GRANDES de todas! Pero lo único que conseguía abrir eran, hum, ¿alubias? ¿Maíz? ¿Atún?

Había que darle algo esencial para abrir, algo que lo convirtiera en el héroe. ¿Medicina? ¿Medicina para el corazón? La medicina para el corazón no se abría con abrelatas. ¿Tomate triturado? ¿Quizá hubiera alguna persona muy querida para la familia que se moría por comer unos espaguetis? Una viejecita italiana. Amiga de todos. Y que se estaba muriendo. ¿Quizá los espaguetis la devolvían a Florencia, o algo así? Pero el abrelatas moderno y de alta tecnología, Cliff, se había ido de fiesta con un colador malvado y una lechuga cínica. Gerard vio su oportunidad. Aunque lo habían fabricado en la década de 1960 y no tenía un mango de goma pijo como el de Cliff, aun así podía abrir cosas. ¡Eso mismo! Era su oportunidad de ayudar a la querida Mamá Tinti a comerse antes de morir su último plato de...

Uf.

Anda ya.

¿Por qué estaba el Señor Potts armando aquel jaleo al otro lado de la barrera del vestíbulo? Ella ya le había dado tres galletitas de aquellas de mantequilla de cacahuete.

«El perro descontento.» El Perro Descontento nunca estaba feliz. Daba igual cuántas galletitas de mantequilla de cacahuete le dieran. Cuando estaba dentro, quería salir. Cuando estaba fuera...

«La galletita de mantequilla de cacahuete que se sacrificó para

que pudieran sobrevivir en la caja las demás galletitas de mantequilla de cacahuete.» Jim la Galletita de Mantequilla de Cacahuete elevó más y más su cuerpo en forma de cacahuete, en dirección a aquella mano humana que buscaba. Jake y Polly lo miraron asombrados. ¿Acaso Jim estaba *intentando* que se lo comieran? «¡Adelante, vivid vuestros sueños!», les gritó Jim mientras un pulgar y un índice lo agarraban por su, hum, su parte estrecha. Aquella parte que les servía de cintura a las galletitas de mantequilla de cacahuete.

Apartó la barrera, le dio al Señor Potts la galletita, se asomó por la puerta y llamó a Derek para que fuera a ponerle la correa al Señor Potts.

No hubo respuesta.

«El hijo que no contestaba nunca.» Había una vez un hijo que, cuando lo llamaban, jamás contestaba. ¿Acaso estaba fingiendo que no la oía porque era preadolescente? ¿Quizá ya se estaba masturbando? ¿Y era asunto de ella? La madre examinaba fielmente ropa interior y sábanas en busca de indicios de masturbación, a fin de poder comunicarle cuando fuera necesario, a su manera discreta, que todo el mundo, incluso la gente famosa, incluso nuestras grandes figuras de la...

«Momentos de intimidad.» George Washington, a los doce años, estaba en la cama. Una cama con dosel, fabricada a mano, igual que todas las camas de aquellos tiempos. ¿Y acaso era extraño que hubiera estado fantaseando con su vecina, la señora Betsy Alcott, con aquel corpiño ajustado, estirando el brazo para quitarle el tricornio? Pues no: si una persona sentía algo, ese algo era, por definición, «normal». Y si George se sorprendía a sí mismo tocándose mientras se imaginaba a la esbelta señora Alcott llevándose la pluma a los labios carnosos con gesto pensativo, entonces estaba claro que otros chicos de otras épocas y lugares también habían sentido inclinación a tocarse mientras se imaginaban cosas parecidas. ¡Por tanto, lo que estaba haciendo no tenía nada de malo! De pronto, George se sintió muy libre y, al sentirse libre, empezó a soñar con una tierra nueva, una tierra donde todos pudieran sentirse igual de libres que...

Dios. Ya era casi mediodía.

Hora de sentarse a escribir algo de verdad.

¿Pero dónde estaba Derek? En serio. No podía evitar preocuparse. De bebé había sufrido un neumotórax.

¿Estás bien?, le había preguntado la noche anterior, levantando la voz desde la cama.

Lo estás convirtiendo en un manojo de nervios, le había dicho Keith.

Estoy bien, contestó Derek desde su habitación. Y tampoco estoy sordo.

¿Todavía te funcionan los pulmones?, le preguntó Keith.

Creo que sí, dijo Derek.

Es solo que nos preocupamos por ti, dijo ella. Te queremos mucho.

Igualmente, dijo Derek.

Y se había hecho un silencio dulce.

Ella adoraba tener una familia. Las familias de la tele siempre eran un puñetero desastre, pero la suya era otra historia. Se caían bien entre sí. Se divertían mucho. Confiaban los unos en los otros y se contaban secretos y se aceptaban entre sí tal como eran, pasara lo que pasara.

Derek no estaba en el jardín de delante ni tampoco en el de detrás.

Demonios, ¿en serio? Había prometido que se quedaría en el jardín. Y era un chico que nunca rompía sus promesas.

«El chico al que le falló el pulmón enfermo en el bosque.»

«El chico que yació agonizante llamando a su madre.»

«El chico que murió completamente solo y se fundió con los espíritus del bosque.»

Y la madre se pasó el resto de su vida deambulando entre los árboles, buscando a su hijo perdido.

Puaj.

«La madre que fue corriendo al bosque pero al llegar no se acordaba de cómo hacer la reanimación cardiopulmonar, hasta que lo recordó de repente.»

Oh, Dios, oh, Dios. Tenía las mejillas ruborizadas.

Derek estaba herido en alguna parte. No le cabía duda. Las madres intuían aquellas cosas.

Agarró el móvil y el botiquín y…

A ver, a ver, calma, espera.

Estaba pasando lo que Keith le decía siempre que pasaba. Estaba perdiendo los papeles. Tenía tendencia a alterarse por todo. A veces

las madres *no* intuían aquellas cosas. El mes anterior, por ejemplo, había intuido que secuestraban a Derek en la parada del autobús. Había ido corriendo hasta allí en albornoz y alpargatas. El chico la había visto venir y se había puesto a negar con la cabeza, en plan: Mamá, no, no, no. Pero era demasiado tarde. Los chicos mayores ya estaban imitando su forma torpe de correr.

Otra vez había soñado que Derek empezaba a fumar. En el sueño lo había visto fumarse un puro. En una reunión de alevines de los Boy Scouts. Vanagloriándose de ello. Tenía voz de hombre adulto y con aquella voz le había preguntado al señor Belden si concedían alguna Insignia al Mérito de Fumar. A la mañana siguiente, en la vida real, Derek la había pillado oliéndole la ropa y se había puesto a berrear como hacía siempre que estaba diciendo la verdad pero nadie le hacía caso.

—¿Por qué iba a *fumar*? —dijo—. Mamá, pero si es *asqueroso*.

Lo que ella necesitaba era imponerse a sus miedos irracionales. A base de esclarecer los hechos. Lo había leído en la revista *Best Life*. Una chica con miedo a volar se había pasado el mes previo a su viaje a China memorizando estadísticas de accidentes aéreos. Un hombre que tenía miedo a las serpientes se había inventado un mantra que repetía que la mayoría de las serpientes no eran venenosas. Otro artículo hablaba de padres y madres que, con la mejor intención, habían ido demasiado lejos. Una madre, supermotivada por comer bien, había vuelto anoréxica a su hija. Un padre había sido demasiado estricto con los ensayos del violín y ahora su hijo odiaba la música. Y le daban ataques de pánico cada vez que estaba cerca de algo hecho de madera barnizada.

Por todo el mundo había ahora mismo miles de chavales haciendo el tonto y rompiendo sus promesas de quedarse en el jardín.

La mayoría de los bosques no eran peligrosos.

Por lo general, los pulmones no fallaban sin más.

El mundo no era un lugar aterrador y hostil, y Derek era un chaval listo y con sentido común.

No le había pasado nada. Lo que iba a hacer ella era sentarse a escribir.

Y lo que no iba a hacer era quedarse mirando por la ventana.

No mucho.

«El árbol que quería entrar en la casa.» Había una vez un árbol

que anhelaba entrar en la casa y sentarse junto a la estufa de leña. El árbol sabía que era un deseo raro. Sabía que allí dentro quemaban a los árboles como él. Pero, caray, la cocina parecía muy acogedora. Gracias a lo mucho que había trabajado en ella la mujer. Pintando y haciendo de todo. Cuando debería haber estado escribiendo. El humo que salía por la chimenea olía muy bien. La carne de los árboles como él, al arder, tenía un olor fabuloso.

Uf.

Volver a empezar.

Había una vez un árbol que anhelaba entrar en la casa. A Tim el Árbol lo atraía mucho la gente. Ya cuando era un brote le encantaba oír hablar a las personas. Caray, ¿qué era un «fallo de la transmisión»? ¿Qué quería decir el padre cuando decía «te obsesionas demasiado»? ¿Y qué quería decir la madre cuando contestaba que «obsesionarse» era su «superpoder» y que «lo usaba a diario en el trabajo»? ¡Había muchas palabras que aprender! ¿Qué era una «disculpa»?, ¿qué significaba «perturbado»?, ¿qué quería decir «cariño»? Si venía viento del este y lo doblaba un poco a la izquierda, podía asomarse a la cocina por la ventanita sucia de encima del fregadero, que hacía una eternidad que nadie limpiaba, y a través de la cual la madre lo estaba mirando ahora a él, con cara de preocupación...

Volver a empezar.

A Tim el Árbol le encantaba el lugar donde vivía, cerca del camino que entraba en el bosque; desde allí podía observar las idas y venidas de los diversos habitantes del bosque, grandes y pequeños, como por ejemplo los osos, los zorros, los excursionistas, los cazadores y hoy...

Un extraño retablo.

La expresión le vino a la cabeza. Y entonces apareció Derek en el jardín. Dando tumbos. Con sangre en la cara. Madre de Dios. Haciendo eses, como un pequeño borracho.

Ella salió en tromba de la casa, seguida del Señor Potts, que cruzó el jardín ladrando como un loco y pisoteándolo todo. Ella también cruzó el jardín pisoteándolo, cogió a Derek, volvió a cruzar el jardín y se sentó en los escalones del porche con el chico en brazos.

¿Qué ha pasado, cielo?, dijo. Cielo, ¿qué ha pasado?

Un viejo, dijo él.

¿Un viejo?, dijo ella. ¿Qué viejo?

Se me ha acercado por detrás, dijo. Me ha tirado al suelo.

¿Dónde?, preguntó ella.

Derek no se lo quiso decir.

Cariño, ¿dónde estabas?, preguntó ella.

En Church Street, dijo él.

Aquello..., oh, Dios, aquello estaba casi en el centro del pueblo. Completamente prohibido.

Pero ahora no era el momento.

Lo hizo entrar en casa. La nariz no estaba rota. Tampoco había dientes mellados. Llamó a Keith al trabajo. Llamó a la policía. Le limpió la cara. Parecía que algo le había arañado.

¿Te ha empujado al suelo... y ya está?, preguntó ella.

A unas matas, dijo él.

Debía de haber sido un rosal o una zarzamora.

Dios.

Keith llegó al cabo de diez minutos.

¿Qué es todo esto?, preguntó.

Sonó el teléfono de ella.

La policía ya había cogido a alguien. A un viejo. Estaba como alelado. Lo habían encontrado deambulando de un lado para otro entre Church y Bellefree. ¿Quería ir a echarle un vistazo? Podía llevar al chico, si se veía con ánimos.

Ya lo creo que se ve con ánimos, dijo ella.

Sí que era viejo.

Llevaba el pelo largo, le faltaban dientes, tenía unas sandalias asquerosas y no paraba de lanzar miradas nerviosas a todas partes.

Por supuesto, lo negó todo. ¿Por qué iba a empujar a un crío? Solo estaba pasando por una mala racha. Pero eso no significaba que se dedicara a empujar a críos. Aquella falsa acusación era *parte* del problema. ¿Acaso venía de Glenda? Glenda tenía una red de contactos que al parecer incluía a la policía. Y también a Jimmy Carter.

Keith, ella, Derek y el policía estaban mirando el interrogatorio del tipo por el portátil del policía.

No estoy seguro, dijo Derek.

El policía los miró a Keith y a ella, como diciendo: Pues necesita estar seguro.

Venga ya, ¿cómo podía no ser el mismo? ¿Un viejo tira a un niño al suelo y al cabo de media hora encuentran a un viejo a una calle de distancia y diciendo locuras?

Había llegado el momento de hacer de padres.

De orientar sutilmente al chico.

Si ese hombre sale de aquí, cielo, dijo ella, ¿no ves que es posible que vaya a empujar a algún otro chico? Y ese otro chico puede acabar con algo más que unos cuantos arañazos.

Alguien capaz de hacer algo así necesita ayuda, hijo, dijo Keith. Y la única forma de que la consiga es que nosotros empecemos el proceso ahora mismo.

¿Cómo lo va a ayudar estar en la cárcel?, dijo Derek.

La cara del policía dijo: Razón no le falta.

Quizá en la cárcel le puedan dar orientación, dijo ella.

Si un hombre adulto empuja a un niño sin razón alguna, es que algo le ocurre, dijo Keith.

Es una irresponsabilidad dejárselo pasar, dijo ella.

Derek pidió un par de minutos para pensarlo.

Qué mono era.

Sonó un teléfono fijo en un despacho y el policía fue a contestar la llamada.

«La difícil decisión.» El chico estaba sentado en una silla de oficina plateada, haciéndola girar nerviosamente, tocándose con el meñique uno de los arañazos de la cara. Su madre fingió que leía un tablón de anuncios para que no pareciera que lo estaba presionando; le sabía mal que el pobre se tuviera que ver en aquella tesitura por culpa de... aquel cabrón de mierda. De aquel hippie cabrón desdentado. Debería entrar ella en la sala de interrogatorios y tirarlo al suelo de un empujón, a ver si le gustaba. Aunque era corpulento. Y se le veía en la cara que era un mal bicho.

El policía salió del despacho más deprisa que..., bueno, más deprisa de lo que esperarías que saliera un policía de un despacho. Salió a toda prisa, pasó de largo junto a ellos y volvió atrás. Como en unos dibujos animados. Casi esperabas que al cabo de unos segundos saliera disparada del despacho su corbata de goma.

Esto es para no creérselo, dijo.

¿El qué?, preguntó ella.

Hay otro, dijo el policía.

¿Otro qué?

Otro viejo, dijo el policía. En Church Street. Deambulando. Lo están trayendo.

El segundo viejo era casi idéntico al primero. Podrían haber sido hermanos. Otro hippie viejo, melenudo, con sandalias y desdentado.

Le faltaba un diente distinto.

Pero aun así.

Keith y ella se miraron, como diciendo: Anda.

El segundo tipo también se declaró inocente. Parecía quizá un poco más lúcido que el primero. Tenía una bola de cinta americana que no paraba de manosear. ¿Por qué no se la había quitado la policía? ¿Quizá lo consideraban una «pertenencia»? ¿Quizá «estaba en su derecho» de ir pasándosela distraídamente de una mano a otra?

Dios bendito.

Qué país.

Volvieron a traer al primero y los dos viejos hippies quedaron sentados codo con codo, con pinta de recelar el uno del otro. A ella le dio la sensación de que ambos estaban intentando mentalmente parecer el exhippie chiflado más inteligente y auténtico de los dos.

Derek estaba a punto de llorar. Ella lo vio. Era demasiada presión.

De verdad que no lo sé, susurró.

De forma que ella se calló. Y eso fue todo. Los dos viejos hippies quedaron en libertad. Ella los vio desde la ventana. Llegaron al césped y salieron disparados en direcciones distintas, como pececillos cuando metes la mano en el agua.

Por lo menos no hemos metido en la cárcel a la persona equivocada, dijo Derek durante el trayecto en coche a casa.

Largo silencio.

Bueno, sí y no, pensó ella. Uno de los dos lo había hecho. Había tirado al suelo a Derek. Lo había hecho de verdad. Se le había acercado y le había dado un empujón. Luego se había largado pateando con sus sandalias, satisfecho de sí mismo. Era seguro que aquello había sucedido en la vida real. Si metías a los dos en la trena, por lo menos habrías acertado en un cincuenta por ciento. Ahora, en cambio, se estaban equivocando en un cien por cien. ¿Y quién lo

estaba sufriendo? Pues su niño. ¿Y quién no estaba sufriendo? Pues el que fuera de los dos que lo había hecho. Y que ahora estaba libre, dando vueltas por el pueblo, con la chifladura estimulada por aquella pequeña victoria, que demostraba (para él) que su idea del mundo era, no sé, visionaria o algún rollo parecido.

Increíble.

Mierda.

«La madre de las decisiones drásticas.» Le había resultado sorprendentemente fácil conseguir la pistola. Llevaba el vestido amarillo y el pelo recogido en una coleta. Se la veía guapa pero normal. El tipo de la tienda aplaudió su decisión de dejarse enseñar. Le pasó de inmediato la [introducir nombre del tipo de arma]. Ella le pidió al hombre que le enseñara a cargarla. Pues claro. El hombre se lo enseñó. Luego ella cogió el coche y se puso a conducir despacio por Church. Allí estaba el tipo. El viejo hippie. El que lo había hecho. Nada más ver la pistola, el viejo confesó. No. Ella se le acercó con el coche desde atrás. Allí estaba, a punto de tirar al suelo a otra criatura. A una niña. Vestida de comunión. Era lo que le gustaba, tirar niños al suelo. ¿Quién sabía por qué? Quizá también lo hubieran empujado a él cuando era...

No, nada de eso.

Era un simple tarado.

Salió de un brinco del coche, se apoyó en una rodilla, apuntó y *pum*. Impacto directo. En la pierna. Que había sido su intención, compasiva. Era asombroso lo bien que disparaba. Y eso que era la primera vez. Bueno, siempre se le habían dado bien los deportes. El viejo cayó. Una vez herido, lo confesó todo. Suplicó compasión. Pero no parecía arrepentido en absoluto. ¿Acaso estaba intentando quedarse con ella? ¿No había quizá un asomo de burla en su mirada mientras se disculpaba falsamente? Ella le puso el cañón del arma contra la frente sudorosa.

Ay, caray, pero ¿qué estaba...?

Estaban yendo con el coche junto al río. Había un tipo en un kayak, remando contra la corriente y gritando, ya fuera porque era un chiflado o porque iba hablando por el móvil. Derek iba en el asiento de atrás, apoyado en la portezuela, con cara pensativa y desanimada, sintiéndose mal, ella se daba cuenta, por no haber estado seguro de cuál de los dos hombres había sido, y por haber causado aquella

tensión silenciosa y extraña en el coche.

Y de pronto ella se dio cuenta de que la tensión seguía allí.

Creo que lo has hecho perfecto, dijo. No ha sido fácil, pero lo has manejado de maravilla.

Amén, dijo Keith.

Ojalá pudiera haberme acordado, dijo él. No paro de darle vueltas.

¿Y?, dijo Keith.

Bueno, estoy seguro de que llevaba vaqueros.

El coche se detuvo frente a su casa de siempre. Que ahora se veía triste. La Casa de las Víctimas. El año anterior le habían cambiado el tejado y le habían puesto un porche nuevo. ¿Y para qué? ¿Qué era aquello tan importante de lo que estaban esforzándose por ser parte? ¿Era bueno? ¿Tenía alguna lógica? ¿Para qué habían hecho todo aquello? ¿Para que a su hijo lo pudiera empujar un tarado? Aquello era, de momento, lo más importante que les había pasado como familia.

Las demás casas del vecindario parpadeaban con aquellos ojos que eran sus ventanas.

Mejor vosotros que nosotros, pensaban.

«La casa que de pronto se vio condenada al ostracismo.»

«La casa que devino solitaria sin ser culpa suya...»

Anda ya. Bah. Chorradas.

Los tres se quedaron un rato sentados mientras se oía el clic-clic del coche al enfriarse.

Ya sé que no debería haber estado en el centro, dijo Derek. Solo quería ver cómo era.

No pasa nada, dijo Keith.

Qué buen padre. Y un hombre razonable. Qué majo. Siempre le parecía bien..., en fin, todo. Incluso aquello, por lo visto. Le parecía bien que Derek rompiera su promesa. Le parecía bien que un asqueroso asaltara a su hijo y se fuera de rositas.

Le daba la sensación —si tenía que ser completamente sincera— de que, en comisaría, Keith les había... Bueno, no es que les hubiera fallado, exactamente. No iría tan lejos. ¿Pero acaso no había habido un tiempo, antaño, en que Keith, el hombre que tenía el poder en la

casa, se habría llevado aparte al otro hombre provisto de poder, el policía, y habrían llegado a un acuerdo entre ambos y se habrían llevado discretamente fuera a los dos tarados para «charlar un momento» y, ups, estando allí fuera, les habrían reventado la cara a hostias?

¿A los dos?

¿Solo para estar seguros?

Vale, eso no hubiera sido lo mejor.

Y, ¿sabes?, tampoco hubiera sido justo.

Y tal y cual.

Pero caray. Ninguno de aquellos dos pringados estaba haciendo maravillas por la humanidad. Solo como hipótesis, digamos que Keith y el policía decidían pecar ligeramente de prevenir en vez de curar y les arreaban una paliza (ligera, teatral) a aquellos dos memos. El que lo había hecho no lo volvería a hacer. Y el que no lo había hecho..., pues, bueno, si en el futuro se planteaba hacer algo malo, cosa que seguramente pasaría, teniendo en cuenta la vida que llevaba, se lo pensaría dos veces. ¿Y el resultado neto? Pues que Church Street sería un lugar más seguro. Por donde podría pasear un chico como Derek. En la imaginación de ella, Derek, paseándose por una Church Street de otros tiempos, saludaba con la mano a una pareja de ancianitos que bebían té helado en su porche. ¡Ve detrás de la casa, hijo, y usa el columpio de neumático que hemos colgado en el viejo manzano!, le decía el marido. Su mujer estaba haciendo punto. ¡Nos recuerdas a nuestro hijo, que ahora es un médico famoso!, le decía la mujer, y en aquel momento se le caía el ovillo de lana, que se alejaba rodando por el porche, y el anciano hacía una broma sobre su espalda mientras bajaba renqueando la escalera para recogerlo.

Buena gente.

Gente como Dios manda.

Pero Church Street no les pertenecía a ellos. Ni tampoco a Derek. Pertenecía a aquellos dos tarados, que, precisamente por ser tarados, habían acabado siendo los actores más poderosos de toda la estúpida situación. ¿Por qué eran aquellos marginados los que cortaban el bacalao? ¿En serio? Todo funcionaba al revés, porque nadie quería herir los sentimientos de nadie, nadie se atrevía a decir lo que pensaba en realidad y a nadie le importaba nada lo bastante como para defender lo que estaba bien.

Y todo seguía cayendo en picado.

Caminaron hasta el porche atravesando un montón de hojas. Lo cual no era divertido. Hoy no. Hoy era una simple cosa más que necesitaban hacer para llegar a la siguiente cosa no divertida. Que era la cena.

Aquello era real. Aquello había sucedido. Un tipo había atacado a su hijo y no había sufrido ninguna consecuencia, y seguramente ahora estaría jactándose delante de otros vagos en torno a una fogata o algo parecido.

¿Y qué estaba haciendo ella al respecto?

Pues entrando dócilmente en casa para hervir pasta.

Después de la cena se decidió a poner algo de todo aquello por escrito. Fue fácil. Le vino solo. Le salió del alma. Un artículo. Lo tituló: «Justicia». Adiós, abrelatas con grandes sueños; adiós, árboles parlantes; adiós, Henry el Obediente Neumático de Furgoneta de Helados, aquella mierda en la que había estado trabajando la mayor parte del año anterior; adiós, optimismo forzado; adiós, corrección política. Esto de ahora era puñeteramente genuino. Guau. Sabía exactamente qué decir. Fue como atravesar un arroyo y que no pararan de aparecerle rocas bajo los pies. Fue como hablar en voz alta. Pero sobre el papel. Era lo más sincero y original que había escrito nunca. No sonaba a ella y sin embargo *era* ella, de verdad.

Bang, sí, perfecto.

Estuvo escribiendo hasta muy entrada la noche.

Por la mañana bajó la escalera para encontrarse a Keith leyendo lo que había escrito. Su artículo. O sea, leyéndolo de verdad. Se quedó en la puerta, mirándolo. Caramba, aquello era nuevo. Era distinto. Normalmente Keith leía el trabajo de ella con cara de angustia y al terminar le decía que tenía «una imaginación tremenda» y que «estaba claro que lo había vivido intensamente», aunque seguramente «él no lo entendía», porque era «un memo sin formación literaria».

¿Bien?, dijo ella hoy.

Guau, dijo él.

Keith tenía la cara roja y la pierna le brincaba por debajo de la mesa.

Ja. Era agradable. Era… halagador. Estaba completamente

agotada, pero qué importaba. Fue hasta la cocina y despejó el pequeño escritorio que habían comprado en el Target. A fin de que estuviera listo para el siguiente arrebato de creatividad. Keith le gritó que salía a correr. Vaya. Hacía años que Keith no salía a correr. Parecía que leer su artículo le hubiera dado ganas de hacer algo igual de bien que ella cuando escribía. No era por jactarse, pero se daba cuenta de que ese era el efecto de la buena escritura: decías lo que creías de verdad y eso creaba una especie de energía, y aquella energía sincera fluía hasta la mente del lector. Asombroso. Era *articulista*.

Llevaba todos aquellos años trabajando en el género equivocado.

Había tenido que pasarle algo terrible a Derek para dejarlo claro. Por sí misma no lo habría decidido. Pero había sucedido. Y ahora debía obrar en consecuencia.

Se sentó a escribir.

Le sonó el teléfono.

Como siempre, vaya.

Habían pillado intentando robar un coche al segundo tipo, le dijo el policía, el de la bola de cinta americana, y había confesado haber empujado a Derek. El policía le leyó la declaración del tipo: «Sí, lo tiré al suelo. Me pareció un mequetrefe petulante. La verdad es que no sé por qué lo hice, pero ha sobrevivido. O sea que ahora quizá sea menos petulante. Aunque lo dudo. De nada».

Hay un detalle gracioso, dijo el policía. Resulta que son primos.

¿Quiénes?, dijo ella.

Los dos, hum, sospechosos. ¿Conoce Dimini's, la tienda de muebles? Pues Gus Dimini es su tío.

Caray, Dimini's. Ahí era donde habían comprado la tele. Una tienda maja. Un poco de capa caída. Lo más llamativo que hacían era regalar calcetines verdes el Día de San Patricio; durante aquella semana se hacían llamar «O'Dimini's». Durante la infancia de ella aquel había sido un barrio irlandés. Ahora era..., ¿quién sabía lo que era? Todo estaba abandonado y entablado. Pasabas por un jardín y veías un montón de carros de la compra. Una piscina infantil llena de cigüeñales. Alguna que otra bandera confederada. Pero Gus Dimini era un encanto. Grande y orondo, con una tupida barba blanca. Siempre dando vueltas con aire benévolo por su local, como si fuera un restaurante. Como si estuviera a punto de sentarte al aire libre en una de sus mesas de patio.

Debería entrar e identificarse como una buena clienta que a lo largo de los años se había gastado allí miles de dólares. Y exigirle que hiciera algo con aquellos perdidos de sobrinos que tenía. Bueno, no es que se hubiera gastado literalmente miles de dólares. Solo le había comprado una tele. De saldo. Así pues, unos trescientos dólares. Pero lo importante es que era *clienta*. Quizá debería organizar un boicot. ¿Pero entre quiénes? Siempre que pasaba por delante del aparcamiento, el único vehículo que había era la furgoneta de reparto. Y a veces estaba allí fuera Gus, sentado en un badén, con la cabeza apoyada en las manos.

En fin, no era trabajo suyo controlar a los idiotas de sus sobrinos.

Se acordó de Ricky. El primo de ella. Que, el día en que tenía que casarse, se había puesto como una cuba, había roto con una barra de hierro el escaparate de una tienda de artículos deportivos y se había metido en ella a dormir. Lo habían encontrado a la mañana siguiente, con un guante de béisbol en cada mano. Ricky había dejado a tres chicas embarazadas en el mismo mes, y en pelea simultánea con los padres de dos de ellas, le había roto la nariz a uno y el otro le había roto las costillas a él. Había robado un coche —en un momento distinto de la vida, muchos años más tarde, cuando ya tenía dos hijos (adultos)— y se había marchado a California, o por lo menos en dirección a California, pero en Ohio se había ido de la boca con unos moteros en un área de descanso de la carretera y lo habían mandado de vuelta a casa escayolado de la cabeza a los pies; luego había atacado a una enfermera en el hospital y por fin, estando detenido, había sufrido un derrame cerebral y se había muerto.

¿Había intentado ella hablar con Ricky? Dios mío, sí, una y otra vez, siempre que lo veía. Él terminaba llorando, prometía cambiar y a continuación le pedía dinero para montar su taller de reparación de automóviles. Su gran idea de negocio era revisar los coches de cabo a rabo. Ella no entendía por qué era una gran idea. Cuando te negabas a prestarle el dinero, te decía: ah, o sea que eres como todos los demás. Al cabo de una semana te enterabas de que había robado un carrito motorizado y se había caído con él al lago, o bien había hecho algún comentario racista en la iglesia, o bien había muerto de sobredosis y regresado de entre los muertos, había tenido otra sobredosis, se había escapado del hospital y había intentado reventar un parquímetro.

Con el tiempo, todos lo habían terminado dejando por imposible.

Salvo la tía Janet, que también había tenido sus dificultades en la vida (el coñac, los pánicos nocturnos), pero nunca había abandonado a Ricky, ni siquiera después de muerto. Había patrocinado un rinconcito de la biblioteca, el Rincón de Lectura Memorial Ricky Rodgers, y lo había llenado de libros sobre drogadicción, cristianismo y reparación de coches.

Por lo menos Ricky nunca había tirado a ningún niño al suelo. Bueno, al menos que ella supiera. Aunque sí que había dado un puñetazo a un conserje después de hacer aquel comentario racista en la iglesia. Y en un momento dado, hacia el final de su vida, había dejado embarazada a una chica de diecisiete años. También había quemado la tienda de comestibles del padre de la chica, después de que una cajera se negara a dejarlo entrar en la trastienda y rebuscar entre las cosas que estaban a punto de tirar. Su plan era llevárselo todo a casa gratis y encima cobrar veinte pavos a la tienda por el trabajo de ir a recogerlo.

Así era Ricky.

Ah, Ricky, pensó. Cuando eran pequeños había estado loca por él. Solo le llevaba unos años. Y había sido un chaval divertidísimo. Todavía no era malo, no del todo, simplemente tenía mucha energía, y se dedicaba a tirar petardos al gallinero y a meter arañas en las alpargatas de la tía Janet.

Y ahora estaba muerto.

Un idiota muerto, arrogante, bocazas, descerebrado, cuasipedófilo y racista.

Y a quien ella había considerado, durante un timpo, lo mejor del mundo.

Se había pasado todos aquellos años defendiendo interiormente a Ricky, sintiendo compasión por él, o intentándolo, ¿pero sabes qué? A la mierda Ricky. Se acordó del padre de aquella chica de diecisiete años embarazada, de aquel conserje que se había llevado un puñetazo en el estómago y del dueño de aquella tienda de artículos deportivos. A la mierda Ricky. Alguien tendría que haberle dado un escarmiento a aquel idiota mucho antes.

O sea, vale, sí; estaba claro que ya se había llevado algunos escarmientos. La cárcel, la venta judicial de aquel cuchitril de Webster que de alguna manera había conseguido juntar el dinero para comprar, la cárcel otra vez, los moteros, aquel padre que le había roto

las costillas, el grupo de feligreses de la iglesia que le había hecho saltar los dientes en el nártex porque resultaba que el conserje al que había pegado un puñetazo tenía cáncer y era el tío más majo del mundo y le había donado un riñón al pastor hacía unos años y todo el mundo lo quería mucho.

Pero no había bastado, nada de aquello había bastado para que Ricky dejara de portarse como un imbécil.

Le vino una imagen a la mente: Ricky, en el Infierno, con aquel mono de trabajo inmundo que solía llevar (y que había robado del único taller de coches donde había conseguido conservar un empleo durante más de un mes), en llamas y con lágrimas cayéndole por la cara.

Y era pequeño. Muy pequeño. Le cabía a ella en la palma de la mano.

¿Te arrepientes?, le preguntó. ¿De todo lo que hiciste? ¿Te arrepientes de verdad?

Ginnie, aquí abajo hace mucho calor, dijo él.

¿Pero te arrepientes?, preguntó ella.

¿De qué?, dijo él.

Todavía tonto y todavía terco. Pues claro, por eso estaba en el Infierno.

Había nacido tonto y terco y se había quedado tonto y terco de tan tonto y terco que era.

Bastante injusto.

Lo sacó del Infierno y lo puso en el Cielo. Allí arriba todo era puro y blanco. Ricky empezó inmediatamente a caminar furioso de un lado a otro, dejando pisadas grasientas por todas partes. Los ángeles la miraron a ella en plan: ¿Te importa sacar a ese personaje de aquí?

Cerró ambas manos en torno a Ricky como si fuera un ratoncillo, se concentró al máximo y eliminó toda su grasa; pudo ver entonces, a base de leerle la mente, que, gracias a la concentración amorosa de ella, se había convertido en una persona distinta. Del Ricky de antes no quedaba ni rastro. Del Ricky real y original no quedaba ni rastro.

Lo devolvió al Cielo y aquel individuo nuevo se quedó allí, aturdido, fuera quien fuese.

Oyó que Keith subía al porche dando zancadas.

Adiós a su rato de escritura.

Keith entró en tromba, sonrojado y sudoroso, con el pañuelo de

la cabeza caído sobre el hombro.

¿Has corrido mucho?, preguntó ella.

No he ido a correr, dijo él.

Era verdad, qué raro, llevaba pantalones militares.

Había encontrado al tipo, al primer tipo, le explicó, el que odiaba a Jimmy Carter, y le había arreado en la rodilla. Con el bate de béisbol autografiado de Derek. No le había... no le había salido demasiado bien. El tipo había estado a punto de quitarle el bate de las manos. Se las había apañado para golpearlo, sí, pero solo aquella primera vez. Un golpe un poco, ya sabes, de refilón. Y el problema era que, al golpear..., se le había caído el pañuelo de la cara. Y el tipo lo había reconocido. Anda, pero si eres el padre del otro día, le había dicho, en tono asombrado, agarrándose la rodilla. Así que había aquel problema. El plan era, o había sido, ya sabes: cargarse a los dos tipos. Tal como decía el artículo de ella. Enseñarles una lección. Sobre las reglas. Sobre el orden. Sobre «mostrar reverencia a la justicia». Pero después de aquel primer golpe, y del ruido que había hecho, se había desinflado por completo. El bate estaba en el río. Lo había tirado desde el puente. Le iba a tener que comprar uno nuevo a Derek. Y conseguirle un autógrafo. ¿Pero de quién? ¿Se acordaba ella..., se acordaba de quién había autografiado el otro?

Luego se desplomó en el sofá y rompió a llorar. Frunció la cara como si acabara de chupar un limón y se puso a dar puñetazos en el brazo del sofá, en silencio y a cámara lenta.

¿Tal como decía el artículo de ella?

¿Qué demonios?

Espera, dijo ella. ¿A cuál de los dos has pegado?

Al primero, dijo él. Al que detuvieron primero.

Ella le contó lo de la confesión. Que el segundo había confesado. Y que básicamente le había, hum, jodido la rodilla al que no era.

Oh, genial, dijo Keith, como si la víctima de la injusticia fuera él.

Derek bajó la escalera.

¿Por qué está llorando papá?, preguntó.

Se ha muerto su tía, dijo ella.

¿Qué tía?, dijo Derek.

Una a la que no conoces, dijo ella.

¿Cómo no voy a conocer a una tía de papá?, dijo el chico.

Keith se levantó y fue al sótano. ¿Qué iba a hacer allí abajo? En

el sótano no había más que la lavadora, la secadora y una cinta de correr rota. ¿Acaso tenía intención de hacer la colada? Seguramente. A veces la hacía, cuando estaba disgustado por algo.

Muy pronto se oirían la lavadora y la secadora en marcha.

Dios.

Qué hombre tan poco habitual.

¿Le puedo mandar una nota al tío de papá?, dijo Derek.

Ella veía que su hijo no se había creído la mentira.

También está muerto, le dijo. Murió en un trágico accidente de globo.

Ah, ya sé qué tío dices, dijo Derek.

Escucha, dijo ella. ¿Por qué no te vas a tu habitación?

¿Papá ha pegado a alguien con un bate?, dijo Derek.

Pues..., dijo ella.

¿Al tipo que me empujó?, dijo.

Sí, dijo ella.

El chico pareció contento, cruzó la habitación derrapando con los calcetines y fingió que golpeaba algo con un bate.

El artículo de ella estaba encima del escritorio del Target.

Posado allí, lleno de orgullo.

Se sentó y se puso a leerlo. Era... Dios. Era terrible. Estridente. No tenía lógica, leído hoy. Era buena escritora y todo eso, de manera que sí, se leía bien, pero cuando lo analizabas y veías lo que decía en realidad...

Caray, Dios santo.

Rompió las páginas por la mitad, las tiró a la basura, sacó la bolsa del cubo y la llevó al contenedor del costado de la casa.

Se acabaron los artículos.

Se acabó el escribir.

Prestaría un mejor servicio al mundo, no sé, haciendo pasteles.

Se sentó en el balancín del porche. Se imaginó que el tipo al que Keith había pegado, aquel tipo inocente, venía correteando por la calle y se dejaba caer en el porche.

Escucha, le decía ella, aquí no ha pasado nada, ¿vale? Se te ve perfectamente bien. Ha sido, hum, un golpe de refilón. ¿Y verdad que tú habrías hecho lo mismo si fuera tu hijo?

No, contestaba el tipo. No habría pegado con un bate a alguien completamente inocente solo porque se pareciera al culpable.

Bueno, sí, decía ella. Muy admirable. Pero es fácil decirlo cuando no eres tú quien está en la...

Se llama carácter, decía el tipo.

No he sido yo, decía ella. Ha sido Keith.

El tipo enarcaba las cejas. De alguna manera sabía lo de aquella idiotez de artículo.

Las palabras importan, decía el tipo.

Anda, cállate, decía ella.

Ahora se iba a armar la de Dios. El sistema estaba a punto de echárseles encima. Encima de la buena gente. De la gente que siempre, hasta ahora, lo había hecho todo bien. O por lo menos lo había intentado.

Le sonó el teléfono dentro de la casa.

Perfecto.

El mismo policía.

Hay un problemilla, dijo el policía. Acaba de venir Leo Dimini. Dice que lo han atacado. Con un bate. Y afirma que ha sido el marido de usted. ¿Sabe algo del tema?

¿Atacado?, dijo ella. ¿Con un bate?

La falsedad de su voz quedó allí suspendida, sometida a la consideración mutua de ambos.

Voy a tomarlo como un no, dijo el policía.

Keith es buen tipo, dijo ella.

Eso me pareció, dijo el policía. Pero dígale, ya sabe..., que no juegue más al béisbol.

Que no juegue más al béisbol, dijo ella.

¿Y me permite que le sugiera algo más?, dijo el policía.

Vale, dijo ella.

Quizá deberíamos olvidarnos, dijo el policía, de la, hum, acusación del empujón. Quizá eso simplifique las cosas. La familia ha estado debatiéndolo. Han pensado que ustedes podrían olvidar lo del empujón y ellos lo del bate. De esa forma el Babe Ruth que tienen ustedes en casa podrá, ya sabe, dormir. Dormir mejor, más tranquilo. Y usted también.

Y en aquel instante ella fue consciente: Dios, amaba muchísimo la vida que tenía. La familia de patos que a veces venían contoneándose por el jardín como si fueran los dueños de la casa. El hecho de que Derek había empezado hacía poco a cenar con el gorro de invierno

puesto y los codos en la mesa, como si fuera un camionero en miniatura. La semana anterior, Keith había colocado los minianimales de plástico sobre la repisa de la ventana (jirafa, vaca, cigüeña, pingüino, ciervo), alrededor de un grano de maíz, y luego había pegado un pósit en las astas del ciervo que decía: «Adorando un objeto misterioso».

¿Y cómo lo hacemos?, dijo ella. Lo de olvidarlo.

Pues me dice usted que lo olvide, dijo el policía.

¿Ahora?, dijo ella.

Ahora podría ser, dijo él.

Después de colgar, bajó al sótano. Se encontró a Keith sentado en una vieja silla de jardín. Había un montón de ropa limpia sobre la consola de la cinta de correr.

O sea que el cabrón se va de rositas, dijo.

A menos que te compres un bate nuevo y lo encuentres y le pegues otra vez, dijo ella.

Se suponía que era una broma, pero ella se dio cuenta de que su marido no estaba listo para oírla.

Ella le ofreció la mano. Él se la cogió y le dio un apretón.

Dame un momento, dijo.

Claro, dijo ella.

En cierta manera tenían suerte. A Derek se le curaría la cara. Sin duda. Los arañazos eran pequeños. Y el tipo aquel le podría haber quitado el bate a Keith y haberle dado una paliza. O Keith podría haberle pegado en la cabeza y haberlo matado. Ahora, gracias a aquella única concesión, todo podría volver a la normalidad.

Y así fue.

Pasó una semana, otra semana, un mes.

Y justo antes de Navidad se encontró a sí misma con el coche parado en un semáforo.

En la acera, cerca del monumento conmemorativo de la guerra, estaba el tipo. Uno de los tipos. No pudo distinguir cuál.

Aquellos dos cabrones eran realmente idénticos.

Luego salió el otro de detrás de una caseta de mantenimiento, farfullando y tirando de una ristra de luces de Navidad que arrastraba un reno de plástico probablemente mangado del jardín de alguna casa.

Y lo vio; vaya... Iba bastante cojo. Tenía una buena cojera.

Una buena cojera que le venía de algún sitio.

Los dos se metieron entre los árboles, pasándolo bomba y rodeándose mutuamente el hombro con los brazos; ahora parecía que fuera aquella unidad de dos personas la que cojeaba, con el reno dándoles tumbos detrás.

Detrás de ella, alguien hizo sonar un claxon. Pisó el acelerador y cruzó el puente a toda velocidad.

De pronto notaba la cara ruborizada. De vergüenza. Oh, Dios, oh, mierda. Aquello era obra de ella. De los dos. Habían lisiado a un viejo. A un viejo inocente. Ella había hecho..., en fin, había empeorado mucho más la vida de mierda de una persona ya de por sí desafortunada.

Lo había hecho.

Era real.

Dios, cuántas horas de su vida había invertido en intentar ser buena persona. Plantada frente al fregadero, tratando de decidir si se podía reciclar el recipiente de plástico del tofu. Una vez había atropellado a una ardilla y había dado media vuelta con el coche para ver si la podía llevar a toda prisa al veterinario. La ardilla había desaparecido. Pero eso no demostraba nada. Era posible que se hubiera alejado a rastras para morir debajo de unas matas. Había aparcado el coche y se había puesto a buscarla entre las matas hasta que había salido una mujer de una peluquería para preguntarle si estaba bien.

Caminar por el centro comercial intentando ofrecer unas pocas vibraciones positivas a todo el mundo con el que se cruzaba. Cambiarle el agua al perro porque tenía cositas flotando. Como si al perro le importara. Pero quizá sí le importara, en algún nivel. ¿Quizá el agua limpia le mejorara en algo la vida, aunque fuera poco a poco? A veces volvía a doblar dos o tres veces las camisas de Derek, preguntándose de cuál de las maneras le resultaría más fácil desdoblarlas. Era importante. ¿Verdad que sí? Cuando una camisa se desdoblaba bien y resultaba fácil de poner, ¿acaso eso no le podía provocar al chico un subidón extra de confianza?

¿Cuántas camisas tenías que volver a doblar consideradamente, y cuántas grapas tenías que recoger del suelo para que nadie se clavara una en el pie, y cuántas horas tenías que pasarte en la tienda

intentando decidir qué zumo de frutas tenía menos jarabe de maíz alto en fructosa, y a cuántas madres jóvenes con bebés tenías que dejar que te pasaran delante en la oficina de correos, y cuántas cartas descorteses de rechazo tenías que negarte a contestar con la misma descortesía, y cuántas agradables comidas familiares tenías que preparar mientras se te moría lentamente en la cabeza una idea magnífica para un relato, para contrarrestar la única vez en que habías lisiado a un viejo desgraciado?

El mundo era cruel. Demasiado cruel. Cometías una sola equivocación y te pasabas el resto de la vida pagándola. Se acordó de Mary Tillis, que había dado marcha atrás con el monovolumen y había matado a dos criaturas. O del señor Somers, que había hecho algo raro con la calefacción y había gaseado a sus padres ya ancianos. O de aquel tipo con un parche en el ojo de los Boy Scouts, que había amarrado mal una carga de leña y un madero le había atravesado el parabrisas a una mujer, lo que había provocado que se despeñara del puente al río y se ahogara atrapada en su coche.

¿Cuál era el pecado de aquel hombre, el pecado que le había arruinado la vida, de tal manera que ahora, en los Scouts, casi siempre estaba borracho, y durante el Pinewood Derby había salido en tromba por la puerta al volcar uno de los cochecitos, dejando a su hijo, Maury, allí plantado, en plan: Perdonad, es que mi padre una vez mató a una mujer?

Un nudo mal atado.

Nueve páginas de mierda.

Joder.

Odiaba aquella sensación. Aquella sensación de culpa. No podía vivir con ella.

La autovía estaba trazando una curva hacia el oeste, alejándola del río para meterse por una zona de áreas comerciales en quiebra con tres lujosas megaiglesias en fila.

El día de la ardilla se había vuelto a casa y le había confesado lo sucedido a Keith. Tenían la costumbre de confesárselo todo. Keith siempre la perdonaba y después ponía su pecado en contexto. Morían ardillas todo el tiempo, le dijo. Estamos todo el tiempo matando a miles de criaturas vivas (bichos), cada vez que cogemos el coche. ¿Pero qué deberíamos hacer? ¿No coger el coche? En cuanto Keith la perdonaba, ya era solo cuestión de tiempo que se le empezara a pasar

la culpa. Incluso cuando había empezado a enamorarse tanto de Ed Temley, de la iglesia, se lo había confesado a Keith. En fin, Ed está bueno, dijo Keith, lo puedo ver hasta yo, y el día en que dejemos de fijarnos en que hay gente que está buena, seremos cadáveres, ¿no?

Se imaginó a sí misma sentada a la mesa de la cocina delante de Keith.

Ah, cielo, por cierto..., le diría. Resulta que al viejo aquel lo dejamos cojo. Se llevará la cojera a la tumba y tal.

Keith se quedaría atónito allí sentado.

Quizá podríamos ofrecernos a pagarle la factura del hospital, diría por fin. O concertarle una cita con un cirujano ortopédico o alguien parecido...

A ver, aquello abriría unas cuantas puertas que no les convenía abrir. No estaban hablando de un hippie con seguro médico. Les tocaría pagarlo todo de su bolsillo. Incluida la operación. Y eso se comería los ahorros para la universidad de Derek. Que tanto les había costado reunir. Y que de todas maneras no les iban a alcanzar. Si seguían ahorrando a aquel ritmo, quizá podrían pagar el primer curso. Si no era una universidad muy buena. Había límites. A lo que uno podía conseguir. La había cagado, la habían cagado los dos, pero no eran dioses, eran gente, limitada, gente con emociones que a veces hacía cosas desafortunadas...

Y aquel tipo era..., ¿sabes qué?

No se iba a llevar su dinero.

Sería ir demasiado lejos. No era razonable. Era incluso un poco raro.

Neurótico.

Obsesivo.

Paró el coche frente a la casa. Se veía nueva. Limpia. Realmente todo el trabajo que habían invertido en ella la había hecho más agradable.

De una nube baja salió una bandada de gansos, emitiendo un ruido extraño que no sonaba a gansos. Se les unió un segundo grupo desde la izquierda y un tercero desde la derecha y la bandada crecida se alejó volando de forma imperfecta en dirección a la escuela secundaria.

Se imaginó que de la frente le salía un haz de luz blanca, un haz de disculpa, cargado con la idea *Lo siento mucho*, y que aquel haz

recorría el pueblo y cruzaba el río y deambulaba por el bosque hasta encontrar a los dos tipos; por fin, tras detenerse un momento encima de ellos porque se los veía puñeteramente idénticos, entraba en el que era inocente. El hombre la reconocía al instante. Reconocía su dolor. Estaba al corriente del problema pulmonar de Derek, y de lo desfasado que estaba respecto a sus compañeros de clase, y de que a veces iba a la escuela con un osito de peluche en el bolsillo de la camisa, como si creyera que iba chulo con aquello, pobrecillo. Y la cuestión era que, estando al corriente de aquellas cosas, el tipo lo entendía perfectamente todo. Y allí estaba: su perdón. Aquel era el *significado* del perdón. Él era ella. Y al ser ella, lo entendía todo, veía claramente cómo había sucedido todo.

¿Cómo podía estar enfadado con ella si *era* ella?

Un haz verde de perdón le salió de la frente y voló de regreso a través del pueblo, cargado con la idea: *A decir verdad, nunca esperé mucho de la vida, y a la vista de todas las mierdas que me han pasado, la mayoría de las cuales las he provocado yo, créeme, una pequeña cojera es la menor de mis preocupaciones. Además, el dolor me ha llevado a prestar mucha más atención a cada momento de la vida*.

El haz entró en el coche y se quedó allí suspendido, cerca de la guantera.

Pero eso sí, tengo una petición, dijo.

Adelante, pensó ella amablemente.

Perdona a mi primo, dijo el haz. *Igual que yo te he perdonado a ti*.

Uy, colega. Y una mierda.

Ni lo sueñes.

Quizá algún día. Aunque seguramente no. No se veía capaz. Ni hablar. Odiaba a aquel asqueroso. Y lo odiaría siempre.

A Ricky lo perdonaste, dijo el haz.

Tu primo no es Ricky, dijo ella.

Ricky era peor, dijo el haz.

Bueno, dijo ella. Si conocieras a Ricky...

Si conocieras a mi primo..., dijo el haz.

Además, todo aquello eran chorradas. No había ningún haz. Ella se lo estaba inventando todo en su cabeza.

Estás atrapada en ti misma, dijo el haz.

Ya, bueno, ¿y quién no?

Por alguna razón, la bandada de gansos estaba volviendo a

pasarle por encima, volando en la dirección contraria.

Aunque el problema es justamente ese, ¿no?, pensó ella.

Pues sí, dijo el haz.

Vio que Keith estaba dando vueltas por la cocina.

El bueno de Keith. Desde el incidente había..., no había estado bien. A veces, por las noches, lo oía llorar en la despensa. Y aquella semana lo habían vuelto a pasar por alto en el trabajo. La gente... ya no lo respetaba. En la fiesta de Navidad de la oficina, nadie lo había dejado hablar. Había circulado una especie de chiste recurrente según el cual todo el mundo le endilgaba a Keith los proyectos que no quería y Keith los aceptaba sin enterarse. Y él se había quedado allí sentado, manoseando una hoja de flor de Pascua que se había caído del centro de mesa. Nadie pareció darse cuenta de que le estaban hiriendo los sentimientos.

Qué tierno era. Y qué débil.

Su tierno y débil marido.

La información de la cojera...

Moriría con ella, allí y ahora.

En relación con aquel asunto iba a tener que ser una especie de devorador de pecados.

Lo que necesitaba hacer era entrar en la casa y no mencionar para nada la cojera. Mostrarse risueña y feliz. Hornear las galletas de Navidad. Tal como estaba planeado. Y pasarse la velada luchando contra el deseo de contárselo a cada momento. Y al día siguiente, cuando volviera a sentir aquel deseo, recordarse a sí misma que había decidido no contárselo, allí, en el coche, por el bien de la familia. Jamás. Y al día siguiente, lo mismo. Y con cada día que pasara, disminuiría un poco más el deseo de contárselo. Hasta que pronto llegaría al punto en que conseguiría pasar el día entero sin pensar para nada en contárselo.

Y entonces se terminaría todo.

Solo tenía que poner el proceso en marcha.

En el asiento del pasajero había una bolsa de plástico. En la bolsa: un rollo de papel de horno, un paquetito de virutas de colores y tres cortadores de galletas nuevos. Lo que necesitaba hacer ahora era estirar el brazo, coger la bolsa, abrir la portezuela del coche y poner un pie en la nieve sucia y gris.

Y eso podía hacerlo.

Era algo bueno que podía hacer.

Carta de amor

22 de febrero de 202_

Querido Robbie:

Recibí tu e-mail, chaval. Perdona que te conteste a mano. No estoy seguro de que el correo electrónico sea una buena idea, teniendo en cuenta el tema, pero, por supuesto (ahora que según tu madre ya mides metro ochenta), es cosa tuya, cariño; aunque recuerda: corren tiempos extraños.

Aquí hace un día precioso. Acaba de pasar corriendo una familia de ciervos y tu abuela y yo, en la terraza, bebiendo de aquellas tazas de color azul brillante que nos mandaste amablemente en Navidad, hemos hecho rotaciones de cadera simultáneas mientras se alejaban a brincos hacia Seascape, donde espero que puedan encontrar comida con facilidad en el campo de golf.

Perdona que en el pasaje siguiente use iniciales. No querría causarles más dificultades a G., M. o J. (que son todos buenas personas, nos encantó conocerlos cuando pasasteis por aquí en Semana Santa) si esta carta se extravía y la lee otra gente que no seas tú.

Creo que tienes razón en relación con G. Ya no se puede hacer nada por él. Más vale olvidarse. M., por lo que cuentas, sí tiene la documentación en regla, pero supo todo el tiempo que G. carecía de ella, ¿verdad? ¿Y no hizo nada al respecto? Por supuesto, no estoy sugiriendo que ella debiera haberlo hecho. Sin embargo, si pensamos como «ellos» (como los lealistas), que es lo que creo que hoy en día deberíamos procurar hacer por una cuestión de prudencia, nos podríamos preguntar: ¿Cómo es que M. (nuevamente según ellos, según su forma de pensar) no hizo lo que ella «debería» haber hecho, que es hablar de G. con las autoridades? Porque estar aquí no es «un derecho, sino un privilegio». ¿Somos o no somos (tal como me he hartado de oír) «una nación de leyes»?

¡Por mucho que no paren de cambiar las leyes para adaptarlas a

sus creencias!

Créeme, todo eso me asquea tanto como a ti.

Sin embargo, en mi (anciana) experiencia, a veces el mundo cambia en una dirección determinada y, después de cambiar, como es tan grande e inescrutable, ya resulta imposible devolverlo a su estado anterior y mejor. Así pues, en esta situación en que nos vemos, nos toca, en mi opinión, pensar como ellos en la medida en que podamos, a fin de evitar todas las situaciones desagradables y posibles daños futuros.

Pero, claro, en realidad me has escrito para preguntarme por J. Sí, sigo en contacto con el abogado que mencionas. Sinceramente, llegado este punto no me parece que fuera a resultar de mucha ayuda. En sus años mozos sí que venía a ser una especie de príncipe de los juzgados, pero ya no es el que era. Se opuso, quizá con demasiada energía, a la revisión y la expulsión de jueces de nombramiento público que hizo el Departamento de Justicia, a raíz de lo cual recibió los insultos de la prensa, su propiedad fue atacada y lo detuvieron brevemente, y hoy en día, por lo que he oído, se dedica a matar el rato en su jardín y se guarda sus opiniones para sí.

¿Dónde está ahora J.? ¿Lo sabes? ¿En unas instalaciones estatales o federales? Puede ser relevante. Supongo que «ellos» (los lealistas) dirían (ahora respaldados por el poder de los tribunales) que, aunque J. es ciudadana de este país, renunció a ciertos derechos y privilegios cuando se negó a ofrecer la información que se le pedía sobre G. y M. Quizá te acuerdes de R. y K., amigos nuestros, los que te regalaron aquella hucha de bronce de Lincoln cuando cumpliste cinco (¿o seis?) años... Son lealistas, siguen en contacto con nosotros y esa es la típica lógica que siguen. Resulta que conocían a un tipo de Aptos Village que hizo un amigo en su gimnasio y empezaron a salir a correr los dos juntos y esas cosas, y el primer tipo, tras negarse a hacer comentarios sobre lo que sabía del pasado como votante de su nuevo amigo, de repente descubrió que ya no le dejaban registrar su vehículo de trabajo (era florista, o sea que eso le resultó un problema). La opinión de R. y K. fue que alguien no es «un patriota» si se niega a contestar una «pregunta simple» del «gobierno del país en que nació».

Así estamos.

Me preguntabas si te has de quedar cruzado de brazos mirando cómo se va al carajo la vida de tu amiga.

Dos respuestas: una como ciudadano y otra como abuelo. (Has acudido a mí en lo que debe de ser un momento difícil y estoy intentando serte sincero.)

Como ciudadano: por supuesto, puedo entender por qué alguien joven (e inteligente y apuesto, y podría añadir que fuente de placer perpetuo para quienes lo conocen) puede sentir que tiene la obligación de «hacer algo» para ayudar a su amiga J.

¿Pero hacer qué?

Esa es la cuestión.

Cuando llegas a cierta edad te das cuenta de que el tiempo es lo único que tenemos. Con eso me refiero a los momentos como cuando esta mañana hemos visto brincar a esos ciervos, o el ver nacer a tu madre, o el estar sentado a la mesa del comedor esperando a que suene el teléfono y te anuncien que ha nacido cierto bebé (tú), o aquel día en que fuimos todos juntos de excursión a Punta Lobos. Aquella foca que hacía tanto ruido, o cuando el viento se llevó la bufanda de tu hermana hasta aquella roca negra y rebozada de sal, y luego tú le compraste otra para remplazarla en Monterrey, y qué contenta la pusiste con tu amable gesto. Te hablo de cosas reales. Que son lo (único) que te da la vida. Todas esas otras cosas de que hablábamos solo son reales en la medida en que interfieren con estos momentos.

De acuerdo, me puedes decir (y te oigo decirlo y veo la cara que pones cuando lo dices) que el incidente con J. *es* una interferencia. Y lo respeto. Pero, como abuelo tuyo que soy, te suplico que no infravalores el poder/peligro de este momento. Hay una cosa que quizá no te he mencionado nunca: cuando empezó todo esto, escribí un par de cartas al director del periódico local, una angustiada y la otra humorística. Ninguna de las dos tuvo ningún efecto. Quienes ya estaban de acuerdo conmigo siguieron de acuerdo conmigo; quienes no lo estaban no se dejaron convencer. Después de que me rechazaran un tercer intento, un día la policía me paró el coche, cerca de casa, sin que yo pudiera ver razón alguna. El agente (que era majo, un chaval joven) me preguntó qué hacía yo todo el día. ¿Tenía hobbies? Le dije que no. Me dijo: Hemos oído que le gusta teclear. Me quedé sentado en el coche, mirándole el brazo largo y pálido. Tenía cara de niño. El brazo, en cambio, era de hombre.

¿Y eso cómo lo sabe usted?, le dije.

Que tenga buenas noches, señor, me dijo. Deje en paz el

ordenador.

Dios bendito, su estupidez y su corpulencia allí a oscuras, el traqueteo metálico de las cosas que llevaba en el cinturón, la certidumbre palpable que parecía sentir en relación con su causa, una causa que nunca he conseguido entender, ni verla desde dentro, por así decirlo.

No te quiero ver nunca cerca de una persona así, ni bajo su influencia, nunca.

Llegado este punto, veo necesario comentar la parte final de tu e-mail, que (te lo quiero asegurar) no me ha molestado ni me ha «herido los sentimientos». No. Cuando llegues a mi edad, y si tienes la suerte de ser abuelo de un nieto (fabuloso) como tú, sabrás que no hay nada que te pueda decir ese nieto que te vaya a herir los sentimientos, y, de hecho, me emociona que hayas pensado en escribirme en un momento de apuro, y que hayas sido tan directo, y hasta (lo admito) un poco brusco conmigo.

Visto con perspectiva, sí: me arrepiento de cosas. Hubo un periodo que fue crítico. Ahora me doy cuenta. Durante ese periodo, tu abuela y yo nos dedicábamos todas las noches a hacer puzles en esa mesa del comedor que sé que tan bien conoces. Estábamos planeando reformas en la cocina, y andábamos en pleno proceso de gastarnos un dineral en rehacer las tapias del jardín. Yo ya experimentaba los primeros asomos de los problemas dentales de los que sé que tanto has oído hablar (quizá demasiado). Todas las noches, sentados el uno frente al otro, haciendo aquellos puzles, de la tele de la habitación contigua nos llegaba una letanía de cosas que no habían pasado nunca, que no nos habíamos imaginado que pudieran pasar y que estaban pasando ahora, y la única respuesta de los comentaristas de la tele era una petulancia irónica e ingeniosa que daba por sentado, igual que lo dábamos por sentado nosotros, que aquellas cosas se podían deshacer y se desharían pronto, y que todo volvería a la normalidad; que llegaría algún adulto o adultos, como siempre habían llegado en el pasado, para arreglarlo todo. No parecía (y, por favor, destruye esta carta después de leerla) que semejante payaso pudiera dar al traste con algo tan noble y sancionado por el tiempo y en apariencia fuerte, algo que nos había acompañado todos los días de nuestras vidas. En

otras palabras, no le habíamos dado importancia a un don precioso. No habíamos sabido que aquel don era una chiripa, una quimera, un accidente maravilloso del consenso y el entendimiento mutuos.

Como aquella destrucción emanaba de una fuente tan inepta, que parecía (por entonces) un simple matón cómico, y que parecía saber muy poco de aquello con que estaba dando al traste, y debido a que la vida continuaba, y a que todos los días él/ellos derribaban una nueva barrera del decoro, pronto descubrimos que ya no teníamos a nuestra disposición ninguna posibilidad genuina de escandalizarnos. Si me permites una metáfora de lo más tosco (y estoy seguro de que me la permitirás, siendo como eres el Rey de las Bromas Flatulentas): un tipo asiste a una cena y se caga en la moqueta de la sala de estar. Los invitados se enfadan y sueltan gritos de protesta. El tipo se caga otra vez. Los invitados sienten que, en fin, gritarle no ha servido de nada. (Entretanto, algunos aplauden la osadía del tipo.) Se vuelve a cagar, esta vez en la mesa, y aun así nadie lo echa. Llegado este punto, ya se ha levantado la veda para cagarse en todos los lugares imaginables.

Así pues, aunque tu abuela y yo, durante aquel periodo crítico, decíamos a menudo, ya sabes, «alguien tendría que salir a manifestarse», o bien «p***s senadores republicanos», pronto nos cansamos de oírnos a nosotros mismos decir aquellas cosas y, para evitar ser unos simples viejos que se repiten vacuamente, dejamos de decirlas y nos dedicamos a nuestros puzles y a nuestras cosas y a esperar las elecciones.

Ahora me estoy refiriendo a las terceras, no a las cuartas (las del hijo), que, como fueron una estafa total, no dolieron (sorprendieron) tanto.

Ya pasadas las elecciones, y mientras hacíamos puzles nuevos (el mío era uno bastante difícil de un paisaje estival de las montañas Catskill) y presenciábamos aquellos primeros indultos presidenciales (que, llegado el momento en que se concedieron, ya todos nos esperábamos), y luego la avalancha de indultos (cada uno de los cuales conducía al siguiente), y los discursos celebratorios idiotas que acompañaban a los indultos (a los cuales ya estábamos también habituados por entonces), así como los ataques a jueces, y los incidentes en Reno y en Lowell, y las investigaciones a periodistas, y la cancelación de los ya ampliados límites del mandato presidencial, aun así no nos terminamos de creer que estuviera pasando todo

aquello. Los pájaros seguían saliendo en desbandada de los árboles y todo eso.

Me da la sensación de que te estoy decepcionando.

Solo intento decirte que la historia, cuando llega, quizá no tiene el aspecto que te esperas basándote en los libros de historia que has leído. En los libros las cosas siempre están claras. Uno sabe exactamente lo que habría hecho.

Tu abuela y yo (igual que mucha otra gente) habríamos necesitado ser más extremistas, durante aquel periodo crítico, para hacer lo que se tendría que haber hecho. Nuestras vidas no nos habían preparado para el extremismo, para movilizarnos ni para estar todo lo centrados o motivados que, ahora que tengo perspectiva, veo que deberíamos haber estado. No estábamos capacitados para dejarlo todo y defender un sistema que para nosotros era como el oxígeno: lo usabas de forma constante y nunca te fijabas en él. Creo que lo que estoy intentando decir es que estábamos malcriados. También lo estaban los del otro bando: dispuestos a destruirlo todo porque habían sido alimentados copiosamente por la abundancia vacua en la que vivíamos todos, una condición de opulencia que permitía a la gente prosperar, opinar y pavonearse como si fueran reyes y reinas al mismo tiempo que desconocían su propia historia.

¿Qué querrías que hubiera hecho? ¿Qué habrías hecho tú? Sé lo que me vas a decir: que habrías peleado. ¿Pero cómo? ¿Cómo habrías peleado? ¿Habrías llamado a tu senador? (En aquellos tiempos todavía podías, por lo menos, dejar tu débil mensaje en el contestador del senador sin miedo a represalias, aunque a efectos prácticos venía a ser lo mismo que si te grabaras cantando, silbando o tirándote una ventosidad.) Pues, bueno, eso hicimos. Llamamos, escribimos cartas. ¿Habrías donado dinero a ciertos candidatos a las elecciones? También lo hicimos. ¿Te habrías manifestado? Por alguna razón, de repente no había manifestaciones. ¿Habrías organizado una tú? Ni entonces ni ahora sabía yo, ni sé, cómo se organiza una manifestación. Seguía trabajando a jornada completa. Los problemas dentales acababan de empezar. Son cosas que te ocupan la mente. Ya sabes dónde vivimos. ¿Qué querías?, ¿que fuera con el coche hasta Watsonville y arengara a los funcionarios de allí? Pero si estaban todos de acuerdo con nosotros, por entonces. ¿Te habrías armado? Yo no lo habría hecho, ni lo haré, y tampoco creo que lo vayas a hacer tú.

Confío en que no. Cuando se llega a eso, todo está perdido.

Ahora que llego al final, permíteme que vuelva al principio y te hable sin tapujos: te aconsejo y te imploro que no te metas en líos con J. Tu implicación no servirá de nada (sobre todo si no sabes adónde se la han llevado, a un centro estatal o federal), y, de hecho, es posible que la perjudique. Confío en no estar ofendiéndote si uso la expresión «gesto vacío». No solo empeorarías la situación de J., sino también las de tus padres, tu hermana, tus abuelos, etcétera. Lo que complica la cuestión es que no estás solo en esto.

Deseo lo mejor para ti. Quiero que algún día seas un vejestorio tú también, un vejestorio que le escribe una carta (demasiado) larga a su (querido) nieto. En este mundo hablamos mucho de valentía y no lo bastante de discreción y de cautela, creo yo. Ya sé qué pensarás de esto. Pues muy bien. He vivido mucho y tengo derecho a decirlo.

No se me ha ocurrido hasta ahora que es posible que J. y tú seáis más que amigos.

Si ese es el caso, sé que complicaría (por fuerza) las cosas.

Anoche tuve un sueño muy nítido de aquellos tiempos, de aquel periodo crítico previo a las elecciones. Estaba sentado enfrente de tu abuela, ella trabajando en su puzle (cachorritos y gatitos) y yo en el mío (gnomos en los árboles), cuando tuvimos un vislumbre fugaz de las cosas como eran, es decir, nos dimos cuenta de que era el momento crítico. Nos miramos de lado a lado de la mesa henchidos de frescura, por explicarlo de alguna manera, henchidos de amor por el otro y por nuestro país, por el país donde habíamos vivido toda la vida, con sus muchas carreteras, colinas, lagos, centros comerciales, caminos vecinales y pueblos que habíamos conocido y por los que nos habíamos movido y circulado con tanta libertad.

Qué precioso y encantador parecía todo.

Tu abuela se levantó, con esa determinación que sé que conoces.

—Pensemos en lo que debemos hacer —dijo.

Y entonces me desperté. Allí, en la cama, sentí, por un breve instante, que volvía a ser *aquella* época y no *esta*. Acostado, me sorprendí a mí mismo preguntándome, por primera vez en mucho tiempo, ya no «¿Qué debería haber hecho?», sino «¿Qué puedo hacer todavía?».

Me fui despertando gradualmente. Fue triste. Un momento triste. Regresar a un momento y a un lugar donde la acción ya no es posible.

Desearía con todo mi corazón que os lo pudiéramos haber legado todo intacto. Ya no podrá ser. Es el dolor más grande que me llevaré a la tumba. Lo sabio, ahora, es hacer las componendas más inteligentes que podamos. No estoy hablando de esconder la cabeza bajo el ala. J. tomó una decisión. Lo podría haber contado todo de G. y M. Pero no lo hizo. Cosa que respeto. A ti, sin embargo, nadie te está pidiendo que hagas nada. En mi opinión, ya estás haciendo un gran bien por el simple hecho de levantarte por la mañana, estar todo lo presente que te es posible y mantener la cordura en el mundo, para que algún día, cuando esto se termine (si es que se termina), el país pueda encontrar la forma de volver a la normalidad, con tu ayuda y la ayuda de quienes son como tú.

Pero, por favor, has de saber que entiendo lo duro que debe de ser guardar silencio y no hacer nada, si es verdad que J. y tú erais más que amigos. Es una persona encantadora, y la recuerdo cruzando nuestro jardín con su elegancia y su aplomo naturales, haciendo girar las llaves de tu coche con esa cadena tan larga, y con su perro (¿Whiskey?) trotando a su lado. Es cierto lo que dices: no tenemos ni idea de lo que le estará pasando, en este mundo nuevo en que vivimos. Y, por supuesto, eso te debe de pesar mucho, sobre todo si tenías con ella una relación íntima, cosa que ciertamente podría (¿cómo no?) crear la sensación de que hay que actuar.

Tengo la impresión de que ya he dejado mis preferencias claras antes. Lo que sigue no lo digo para animarte. Tenemos dinero (no mucho, pero algo sí) apartado. Por si las moscas. Me resulta difícil aconsejarte. No quiero decepcionarte. Ni tampoco llevarte por el mal camino. Con la edad te vuelves cauteloso. Es una maldición. Te queremos muchísimo. Por favor, dinos qué es lo que te inclinas a hacer, porque ha llegado un punto en que ya no pensamos más que en esto (en ti).

Con amor, mucho amor, más del que te puedes imaginar,

Tu Abu

Una situación en el curro

Genevieve Turner volvió a entrar en la sala de personal.

Sí, allí estaban sus llaves, encima del microondas.

Pero ahora estaba también (ay) Brenda.

Gen se preparó para la verborrea.

Y aquí vino.

Anda, guau, dijo Brenda, es para flipar que te controlen tanto la tarjeta de fichar y después mira todos estos chismes del café que dejan en la encimera y que se puede llevar cualquiera, total, ¿quién se iba a enterar? ¿Tú crees que son baratos los chismes estos del café? Yo no. ¿Por qué no hacen que la gente lo apunte cada vez que usa un chisme nuevo para hacerse un café? ¿No han oído hablar nunca del control de costes o qué? Aunque, bueno, aquí nadie caería tan bajo. Como para robar café. Aquí se cobra bien. Bastante bien. Algunos mejor que otros. ¡Ja! Pero lo mismo pasa con las servilletas de papel de encima de la nevera: ¿por qué no cuelgan un letrero que diga: DE USO LIBRE?

Brenda era bajita, redonda y dulce, y allí estaba, con una de aquellas blusas que le venían cortas y que siempre estaba estirándose hacia abajo para taparse aquella panza de bebé que tenía: *de querubín*, por decirlo más diplomáticamente.

Greggie y Bethie estaban los dos, sí, por desgracia, viviendo con ella otra vez, en el mismo piso de mierda de dos habitaciones, dijo. Aunque hay que decir que estaba muy bien, claro, tener tan a mano a tus dos hijos adultos. Eso sí: no les daba por cocinarse algo ni aunque los mataras. Hasta un sándwich de queso una vez por semana ya habría sido para tirar cohetes. Últimamente había estado cogiendo el autobús para ir al trabajo, porque volvía a tener el coche en aquella puñetera estafa de taller, o sea que en cuanto llegaba a casa le tocaba freír algo para aquellos dos vagos, que se quedaban en el sofá mirándola en plan (y llegado ese punto puso cara de vago, con la boca abierta y los ojos cruzados).

Gen echó un vistazo melancólico al pasillo.

Brenda tenía más cosas que contar.

En fin, la gente a la que querías era lo único que importaba en el mundo. O al menos eso pensaba ella. Había quien no lo pillaba. Aunque, eso sí, ¡no le iría mal un poco menos de tontuna! Por ejemplo, la semana anterior había tenido que quedarse hasta la medianoche para desencuadernar ochocientos puñeteros informes. Porque *a cierto bobo* no le había gustado la Gráfica 6b. ¿Y acaso se le había ocurrido pedir una pizza para la pobre mujer (ella) que había tenido que quedarse trabajando hasta tarde, la abejita obrera, la don nadie? Ja. Había tenido que sentarse con las piernas cruzadas en la fina moqueta del cuarto de la fotocopiadora, sobre el duro suelo de cemento, y dedicarse a desencuadernar, muerta de hambre, mientras *cierto bobo* asistía al recital de violonchelo de su hijo, después del cual seguramente se había ido toda la familia a algún restaurante bueno, a diferencia de ella, que solo había podido cenar tres bolsas de patatas fritas de la máquina expendedora del puñetero vestíbulo y nada más. *Bon appétit*, ¿no?

Entró Tim Rupp. El *cierto bobo*. Ay. ¿Acaso lo había oído todo?

Brenda se ruborizó, hizo una pequeña reverencia extraña y salió.

—Uf —le dijo Gen a Tim por lo bajo, lo cual significaba: Flipa con Brenda. Menudo festival de mujer.

Había esperado una mirada de complicidad entre colegas, pero lo que se encontró en su lugar fue una mueca triste con elementos de moralismo.

—Bueno —dijo Tim—. La vida le ha dado una mala mano de cartas.

¿Cómo? Vaya, genial. O sea que ahora era Tim quien la veía a ella, a Gen, como la esnob a quien le gustaba el buen vino y la mostaza artesana y que pateaba a la pobretona de la oficina cuando estaba en horas bajas. Como la elitista superficial que se metía con la chavala de la caravana.

¿Qué podía hacer para arreglar la cosa?

Tim, para que lo sepas. Solo he dicho «uf» porque, antes de que entraras, Brenda te ha estado faltando al respeto, y la razón de que no se lo haya recriminado es que estaba intentando ser compasiva, precisamente porque la vida le ha dado malas cartas en la mano, o como sea que lo acabas de explicar.

No, sería pasarse.

Además, Brenda podía oírla desde la oficina.

En cualquier caso, Tim se fue. Acababa de quedarse sola. Y la taza de café de Tim allí, girando en el plato de cristal, soltando chispas porque el muy genio no sabía que no se pueden meter tazas con el borde metálico en el microondas.

En la oficina, Brenda estaba limpiando frenéticamente su teclado con un clínex. Vaya por Dios, estaba pensando, ¿habré sido cruel con los chavales cuando los he llamado «vagos»? No, yo no haría eso. No soy así. Además, a fin de cuentas, *son* unos vagos. Ja. Y tampoco se morirán porque los llame así. No se van a deshacer, no están hechos de mantequilla. Y seguramente tampoco debería haber dicho lo que he dicho de robar café. Porque ahora es posible que Gen piense que lo he hecho.

En realidad, lo había estado haciendo desde el mismo día en que había vuelto al trabajo hacía dos meses, después del problema de los cheques no aceptados y de la breve estancia, ejem, o paso, por la cárcel, o lo que fuera. ¿Pero sabes qué? El café costaba diez pavos el *bote*. Y las servilletas de papel, siete pavos el *paquete*. ¡Robar aquellas cosas *ayudaba*! Quizá para algunos diez dólares no fueran nada, pero para ella sí que eran algo. Ojalá dejaran también al alcance de su mano filetes y verduras y dinero para gasolina y para el alquiler. Ja, ja. No, pero ella no era ninguna ladrona. O sea, lo era, pero no. Bueno, vale, lo era. Ja. La cuestión era que en aquella empresa se robaba un montón *todo el tiempo*. Mike G. llamaba *a diario* desde el teléfono de la oficina a su prometida, que estaba en Inglaterra. Gen se regalaba unos largos almuerzos con Ed Maxx de Kodak, y Brenda sabía dónde (el Olive Garden), y adónde iban después (al Marriott de Riverside), porque era ella quien le hacía las puñeteras reservas. Gen volvía tan ancha sobre las cuatro, todavía achispada y recién follada, y le daba las sobras a Brenda, en un paquetito envuelto en papel de aluminio con forma de cisne. ¿Y acaso no iba Gen entonces y le facturaba aquellas horas a Kodak, con toda la jeta del mundo? *¡Pues sí!* ¿Y eso no era robar? Caray, era robar *por todo lo alto*.

Nueve paquetes de café al mes eran, carajo, veinte pavos. Veinte pavos no eran nada. Poder para el pueblo, hombre. Además, tenía síndrome del túnel carpiano. Cada palabra que tecleaba la acercaba un

poco más a la posibilidad de ya no poder teclear nunca más y tener que volver a limpiar pisos para Manny. Y Manny daba grima. ¡Las cosas que había que limpiar en aquellos cuchitriles de protección oficial! Doscientas mollejas crudas de pollo, literalmente, del suelo de una cocina. Un armario entero lleno de *cupcakes* volcados del revés. ¿Quién los había volcado de aquella manera? ¿Y por qué? ¿Y acaso Manny era uno de esos jefes que te daban guantes? Pues no; era de esos jefes que te hacen ir andando al Walmart a comprártelos tú.

La forma de robar un paquete de café era la siguiente: agarrabas uno y te volvías tranquilamente a la oficina con el paquete entre la mano y la cadera. Una vez en la oficina, te lo metías en el bolso. ¿Y si te veía alguien en el pasillo? Pues te quedabas mirando de golpe el chisme y decías: «Anda, mi madre, pero qué senil estoy», volvías a la sala de personal, lo dejabas en la encimera y decías: «Caray, es que perdería la cabeza si no la tuviera pegada a los hombros». O bien, si no había nadie, te llevabas el bolso directamente a la sala de personal. *Voilà*. *Ale-hop*. Tres pavos.

O seis pavos, o nueve, o los que fuera.

Con las servilletas de papel, lo mismo, aunque costaba más porque eran más grandes. Te metías un rollo debajo de cada brazo y echabas a andar por el pasillo, con el corazón latiéndote a mil porque, como te viera alguien, no ibas a poder decir «Anda, qué senil estoy», porque había que estar muy puñeteramente senil para no darte cuenta de que llevabas un rollo de servilletas de papel debajo de cada brazo, y además, a veces te podías meter dos por brazo, con lo cual llevabas cuatro asomando de debajo de los sobacos.

La noche anterior se la había quedado mirando un tío en el autobús en plan: Señora, ¿por qué lleva esos rollos de servilletas? Y ella le había contestado mentalmente: ¿Qué miras, pringado?, pues porque acabo de pasar por el súper de camino al autobús, así que vete a la mierda, tarado, y, por cierto, si no los llevo en una bolsa es porque le he dicho al chaval del súper que no quería bolsa, gracias, pensando en el medio ambiente, no como tú, que acabas de tirar el puñetero envoltorio del chicle al suelo, guarro.

Pero no, le encantaba la gente. La gente era maravillosa. Hasta el memo aquel del autobús. Seguramente le había echado el mal de ojo porque había tenido un mal día, cosa que no la sorprendía, con lo feo que era. ¿Quién se casaría con aquello? Pero qué va, si hasta la gente

fea se casaba. Se casaba con otra gente fea. Todo quedaba en familia. Además, ella no estaba casada. Lo había estado, con Norbert. Norberto el Despierto. Seguramente el feo aquel del autobús no había estado casado nunca. Demasiado feo, el pobre. Y en cuanto se le había ido el mal de ojo de la jeta, se volvió a mirar por la ventanilla, tristón, como si se estuviera acordando de cuando iba a la escuela primaria y todavía le quedaba la vida entera por delante y no era consciente todavía de lo feo que era. O quizá se había vuelto feo más tarde, de forma gradual, en el instituto. Se había quedado frente al espejo antes de la clase de gimnasia, en plan: ¿Pero aquí qué pasa? ¿No se me va a volver a poner normal la cara?

Pero no, no iba a pasar.

Cuando oscurecía, las ventanillas del autobús se convertían en espejos. Brenda se había quedado allí sentada, mirando la expresión triste del feo reflejada en el espejo en que se acababa de convertir su ventanilla. Y mientras miraba el reflejo del tipo, había visto también la suya propia, ¿y sabes qué? Era igual de triste.

Ah, demonios, ¿triste por qué? ¿Qué razón tengo para estar triste?, había pensado. Pues ninguna, soy feliz, tengo mucha suerte, regreso a mi casa con dos chavales maravillosos. He salido de la cárcel y he vuelto a trabajar. Llevo cuatro rollos de servilletas de papel que ni siquiera he pagado. Y un chisme de café en el bolso.

Y entonces la cara de mujer que había visto en la ventanilla del autobús se puso de mal humor.

Gen hizo girar su silla para estirar las piernas. Guau, tenía que reconocerlo: sus piernas eran gloriosamente largas. Estaba hecha una preciosidad con cuerpo de gacela. Por mal que estuviera decirlo ella misma. Pero lo decía igual. A ver si no. Hay que creérselo.

Pero no se sentía en paz. ¿Y por qué no? Necesitaba pensarlo.

En fin, Ed le acababa de mandar otro mensajito. Ya iban tres hoy. Quería quedar en Seneca Park. Solo para hablar. Una hora con ella era como un año, le decía. Llevaba toda la mañana soñando con su aroma, con su sabor, con la sensación que le producía estar dentro de ella.

Aquello estaba mal, pero la hacía feliz.

¿Acaso era verdad que habían follado en el montículo del lanzador de Frontier Field en pleno invierno? Pues sí. ¿Acaso ella le

había hecho una paja en el autoservicio del Wendy's? También. Y todo por pura diversión. Porque Ed era divertido. Tenía un pollón enorme y besaba de maravilla. Siempre acertaba con lo que decía. Cuando se acabara aquello, Gen lo prometía: sería eternamente fiel a Rob. A menos que apareciera alguien igual de fantástico. O sea, no estaba muerta. Rob era genial, Rob era considerado, Rob era cariñoso. Pero a Rob *ya lo tenía*. Y lo que había descubierto de sí misma, a los seis meses de casada, era que lo que le gustaba de verdad (lo que le daba la vida, en realidad) era que la deseara alguien nuevo. No había nada igual. A la mierda todo, quería vivir la vida. Rob y ella tenían un rollo abierto. A Rob le parecía bien. De acuerdo, ella invocaba lo del rollo abierto más a menudo que Rob. De hecho, hasta el momento, Rob no lo había invocado ni una vez.

Pero no era eso lo que la inquietaba.

Era aquella situación con Brenda. Era posible que ahora mismo Tim estuviera en su despacho, decepcionado con ella. Creyendo que había estado de acuerdo cuando Brenda despotricaba de él. ¿Y qué más le daba a Gen? Pues sí, le importaba. Así era ella. Responsable. Entregada al equipo. A fin de cuentas, Tim era el jefe de las dos.

El «jefe» de las dos.

Costaba creer que aquel mequetrefe fuera el «jefe» de alguien.

Buf, aquel tema le iba a estropear el día entero si no hacía nada al respecto.

Iría allí, sacaría el tema de Brenda y le daría a Tim la oportunidad de decir: Sí, bueno, he oído algo raro hace un momento, en la sala de personal. Y ella confesaría. Confesaría que Brenda había estado rajando de él. Mientras que ella, Gen, que desaprobaba completamente aquella forma de hablar, se había quedado allí, impotente, atrapada por su buena educación.

Caminó hasta el despacho de Tim y se dejó caer en su butaca de invitados, la que bailaba un poco, con familiaridad de soldado.

—Lo de Brenda, buf —dijo—. O sea, me encanta. Pero mira que es intensa. Cuesta alejarse de ella, ya sabes, en cuanto empieza. Habla y habla y no para de decir cosas maleducadas e inexplicables. Te juro que termino evitando la sala de personal cuando está ella. Y es triste. Porque sé que ha tenido problemas. Aun así, buf.

Tim sacó el camión de carga frontal de su flota de camiones de juguete y lo hizo rodar hasta un grupo de lápices que había juntado

con una goma elástica para representar alguna clase de carga, supuso ella. ¿Qué le pasaba a aquel tío, que tenía seis años o qué? El camión de carga recogió el haz de lápices y lo hizo caer por el borde del acantilado que era la mesa.

Mientras se inclinaba para recogerlo, levantó la vista para mirar a Gen con cara de: ¿Y qué?

Gen se dio cuenta de que quizá acababa de cagarla. Parecía que Tim ni siquiera había oído a Brenda rajando de él. Y ahora estaba empeorando todavía más la situación, a base de reforzar la visión que tenía Tim de ella, de Gen, como una esnob que había caminado hasta allí solo para subrayar lo ridícula que le parecía la pobrecita Brenda.

Bah, al carajo; se lo iba a contar. Así se lo quitaría de la cabeza y podría volver al trabajo.

—Escucha —dijo—. Odio hacer esto, pero Brenda, ahora mismo, en la sala de personal, te ha llamado «bobo». Sinceramente, me ha dejado boquiabierta. Me he quedado tan pasmada que no he podido ni contestar. Y no quería que pensaras que estoy de acuerdo con ella. En caso de que lo hubieras oído, ya sabes.

—¿Bobo? —dijo Tim. Más que sentirse ofendido por el insulto, parecía que le hacía gracia la palabra.

Menudo personajillo tan disperso.

—Bueno, es un país libre —dijo—. Imagino que debe de decir cosas así porque se siente insegura. Por lo que pasó con la cárcel y todo eso. En cualquier caso, no veo necesidad alguna de que vayamos por ahí delatándonos entre nosotros, ¿no?

¿Cómo? ¿O sea que ahora era una chivata? ¿Una soplona retorcida que se dedicaba a ensuciar el nombre de santa Brenda? ¿Y se suponía que tenía que marcharse de allí con una regañina, sabiendo lo que sabía de santa Brenda, es decir, que aquella tendencia suya a insultar a la gente no era más que la punta del puñetero iceberg?

Pues ni hablar; era literalmente incapaz de hacerlo.

En aquel momento fue consciente de la verdadera razón que la había llevado allí. Mejor dicho, se le ocurrió una forma de rebatir aquella desestimación facilona que había hecho Tim de su revelación; en otras palabras, una forma de erradicar la idea que Tim tenía de ella como alguien que acababa de entrar en su despacho solo para chivarse de que alguien lo había llamado bobo, cuando, de hecho, la verdadera razón de que hubiera ido allí era...

Ah, sí.

Ya lo tenía.

—Tim —dijo—. Aquí hace tiempo que pasan cosas. Mucho tiempo. No sé si te das cuenta. Parece que no.

Aquello consiguió llamarle la atención.

Gen se sacó el teléfono del bolsillo, lo dejó sobre la mesa y pulsó *Play*.

El vídeo mostraba a Brenda entrando en la sala de personal, echando un vistazo con disimulo a su alrededor y por fin metiéndose uno, dos y tres paquetes de café en el bolso. Luego la imagen saltaba a Brenda caminando con pasitos torpes por el pasillo, silbando, con un rollo de servilletas de papel debajo de cada brazo. Por fin la imagen volvía a saltar y se la veía huyendo del armario de los recambios con las manos llenas de rotuladores, como una borracha de cine mudo que acabara de asaltar una tienda de puros.

—¿Pero por qué estabas grabando estos vídeos? —le preguntó Tim.

¡Menuda pregunta tan ofensiva! ¿Acaso se la habría hecho a un hombre? ¡Venga ya, si era la monda! ¡Aquella mujer gordezuela de mediana edad, robando del trabajo a la vista de todos! La noche anterior Rob y ella debían de haber visto el montaje nuevo unas seis veces, acompañados de Byron, el santurrón de su hijastro, con su vocación de Comisión Moral.

—No me parece muy amable, mamá —le había dicho Byron—. Me parece un poco cruel.

—Pero si está *robando*, chaval —le había dicho Rob en tono jovial.

Rob estaba loco por ella. Siempre se ponía de su lado. En todo.

—Eso no significa que tengamos que reírnos de ella —dijo Byron.

—No tenemos que hacerlo —dijo.

—Simplemente nos gusta —dijo Rob.

Y Byron se había largado a hacer su origami.

Menudo friki de niño.

Tim estaba mirando por la ventana con cara pensativa. Como si estuviera decidiendo qué hacer. Aunque, conociendo a Tim, simplemente debía de estar fingiendo que pensaba. Para que ella se marchara y poder seguir jugando con sus juguetes.

—Tim, está *robando* —le dijo—. Es una *ladrona*. He pensado que

deberías saberlo. Porque eres el jefe y tal. Sin ánimo de ofender.

Los dos se quedaron allí sentados, tensos, mientras ella le mandaba el vídeo por e-mail.

Gen, Gen, pensó Tim mientras ella se marchaba, ¿por qué no te ocupas de tus asuntos por una vez en tu vida?

Gen era una engreída alta y espigada, medio sexy si te molaba el rollo hippie entrada en años, que se dedicaba a ir y venir todo el día por la oficina, café en mano, preguntando si todo el mundo se sentía de maravilla, diciendo que estaba encantadísima, que parecía que estábamos haciendo cosas realmente positivas para el mundo y a veces hasta cantando: «¡Están pasando cosas geniales!», con una especie de voz a lo Ethel Merman; eso cuando no estaba podando la cuna de Moisés de la recepción.

—Una jardinera bastante cara —le había dicho él una vez.

—No te preocupes, don Nervioso —le había replicado ella—. La factura se la paso a Xerox.

Gen lo intimidaba, tenía que admitirlo. Para empezar, era más alta que él. A veces le pasaba un brazo largo por encima de los hombros mientras lo miraba con calidez desde arriba, como si él fuera la chica y ella el hombre. Era raro. Interesante. Y también inquietante. Además, Tim solo tenía una licenciatura, en Gestión de Diseño de Instalaciones Recreativas, mientras que Gen tenía un máster en Biología y sus padres habían sido los dos astrofísicos, mientras que la madre de él había trabajado en una caseta de peaje y su padre también y encima los había abandonado cuando Tim tenía seis años para irse a Nevada y trabajar en otra caseta de peaje de allí, mientras que su madre se había quedado trabajando en la misma caseta de peaje de siempre a las afueras de Schenectady.

En fin, alucina: Brenda estaba robando.

Brenda, que ya había estado en la cuerda floja, estaba robando.

Brenda era lenta. Brenda era descuidada. La última vez que Tim le había dado algo para pasarlo a máquina, se había saltado tres páginas de cambios y él se lo había tenido que señalar, intentando, porque ella era muy susceptible, no decirle algo del estilo: «¿Cómo demonios se las apaña alguien para saltarse tres páginas de cambios cubiertas de correcciones en rojo?», sino más bien algo como: «Ja, ja,

no quiero ser quisquilloso, pero parece que a estas páginas de aquí les iría bien otro vistazo, si no te importa». Y Brenda había dicho: «Ay, caray, pero qué burra soy. Perdona, cielo, perdona». Tras lo cual, para ser cortés, él había tenido que decir: «Bueno, todos nos equivocamos», y a continuación ofrecer un ejemplo de una equivocación que había cometido él recientemente, y que era que, estando subido a la escalera de mano en su casa de campo, le habían picado en la cara cuatro abejas a la vez y, al caerse de la escalera, se había llevado por delante el canalón y había aterrizado encima de la jaula nueva para los conejos, que por suerte todavía no tenía ninguno dentro.

Brenda lo había calificado de «chaval majísimo» (imitando mal el acento irlandés), le había aconsejado que siempre necesitabas tener a alguien vigilándote cuando estabas subido a una escalera y se había marchado, y Tim no había recibido sus correcciones (pese a lo sencillas que eran) hasta casi tres horas más tarde, porque resultaba que Brenda había tenido que irse corriendo a su casa para abrirle la puerta a su hijo adulto, que se había vuelto a dejar las llaves en alguna parte porque tenía Tendencia al Olvido Post-Traumática (TOPT), o algo parecido, e incluso entonces faltaban por introducir la mitad de las correcciones, y cuando le había señalado esto, Tim había permitido que se le infiltrara un matiz minúsculo de irritación en la voz, y a Brenda le habían brotado las lágrimas y había contestado que, sinceramente, no sabía qué le pasaba en los últimos tiempos y que le agradecía a Tim lo paciente que siempre era con ella, porque había mucha gente por allí que no tenía paciencia con ella, para nada, *au contraire*, y era algo que le dolía, teniendo en cuenta sus dificultades recientes, con lo cual se estaba refiriendo al hecho de haber pasado tres meses en la trena del condado de Glass Street por falsificar un montón de cheques, y luego se había secado los ojos con la blusa, bajando la cara hacia los bajos de la blusa para que no se le viera la barriga, y eso había provocado que se le cayeran las gafas de la coronilla, y al agacharse para recogerlas, les había dado una patada que las había metido debajo de la mesa de él, y entonces había roto a llorar y había salido huyendo de su despacho más deprisa de lo que te esperarías de una mujer como ella, de forma que Tim se había tenido que poner a cuatro patas para sacar las gafas de Brenda de allí abajo y llevárselas, y se la había encontrado sentada a oscuras en su oficina, y ella se había limitado a extender la mano para coger sus gafas, como

si estuviera tan afligida que el mero hecho de dar las gracias le fuera a provocar una ronda nueva de lloros.

Así era Brenda.

Buena mujer, con muchos problemas, vale, pero venga ya.

Aquel era un lugar de trabajo.

Y aquí venía ahora. Pasando frente a la ventana de Tim, durante su descanso. Con aquel abrigo puesto. Un abrigo raro. De esos que a Tim le parecía que en otros tiempos se habían llamado «abrigo de coche». Voluminoso y de pelo largo. Como el que llevaría un pastor. La madre de Tim había tenido uno. O quizá había sido de su padre. Y ella simplemente se lo había empezado a poner. Después de marcharse él. A Tim no le había gustado nunca aquel abrigo. ¿Por qué iba una mujer tan guapa a ponerse algo tan ridículo? Tenía recuerdos de su madre saliendo por la puerta con aquel abrigo. En plena nevada. Yendo a comprar a la tienda. Dejándolo solo en el piso. Por primera vez. Porque papá se había llevado el coche. A Nevada. El único que tenían. Menudo capullo. Así había caído su madre en la vida. Su madre, a quien él adoraba, una mujer caída. Debería haber ocupado un trono, asistido a bailes elegantes, debería haber tenido sirvientes postrados a sus pies. Pero no. Se alejaba a pie por la calle en plena nevada, con pinta de buscadora de oro diminuta y desanimada.

Durante aquella época, siempre era la única madre soltera en los eventos escolares de Tim. Llegaba tarde, se sentaba al fondo de la sala y sonreía con entusiasmo. Cuando alguien se le acercaba, se bloqueaba, luchaba por abrirse paso entre sus pensamientos, se ruborizaba y trataba de desbloquearse soltando una sarta de banalidades entrecortadas sin dejar de echar miradas alarmadas a su hijo para ver si lo estaba avergonzando, a su estrella, a su pequeño triunfador, a la única cosa buena que le quedaba en la vida.

Hubo una noche en que la persona con quien estaba hablando su madre, un hombre, que por alguna razón no se había quitado el sombrero al entrar en la escuela, se puso a..., en fin, ahora Tim entendía que el hombre había estado coqueteando con ella. Era una mujer guapa, aunque pobre, y asistir a aquellos eventos sola la hacía vulnerable a toda clase de situaciones. Ella no quería decir «reaccionario», dijo el hombre, en tono risueño y altivo; debía de querer decir «reactivo». A menos que quisiera decir que el profesor de gimnasia de los niños era una especie de antirreformista. ¿Había sido

esa su intención? Luego el tipo y un par de imbéciles más se quedaron allí riéndose de aquello.

¿Acaso aquel cabrón se creía gracioso? ¿O creía estar ayudando? ¿A aquella mujer tan amable? ¿Que se veía completamente sola y pasando graves apuros? Sus padres estaban muertos; no tenía adónde ir. Y tenía un niño. Él. Tim. El señor No Me Quito el Sombrero podría haber sido amable. Pero la tenía contra las cuerdas e iba a aprovecharlo para asestar unos cuantos puñetazos. ¿Cómo se podía ser de aquella manera?

Aquel hijo de puta, fuera quien fuese, ya debía de rondar los ochenta años. Eso si seguía vivo. Qué gratificante sería encontrarlo en el asilo de ancianos, donde seguramente debía de estar atormentando pedantescamente a los demás residentes avergonzados, acercarse a él en mitad de la cena, quitarle la comida y disculparse sarcásticamente por ser «reaccionario».

Y todos los ancianos y ancianas se pondrían de pie y aplaudirían artríticamente.

La buena de mamá. Ya llevaba nueve años muerta. Tim confiaba en que, estuviera donde estuviese, su madre supiera lo mucho que la había querido. Menuda dulzura de mujer. Lo único que había necesitado en la vida era una oportunidad. Una persona amable de su lado. Que las cosas le salieran bien, aunque fuera una sola vez. Pero no. No paraba de recibir patadas. Más y más patadas. De todo el mundo a quien le apetecía dárselas. Porque, si le pegabas una patada a una persona así, no eras más que una de las muchas personas que le pegaban patadas. Nadie te lo recriminaría nunca. En cambio, si defendías a alguien así, corrías el riesgo de convertirte..., en fin, corrías el riesgo de convertirte en alguien como ella.

Pero ahora las cosas habían cambiado.

Ahora el poder lo tenía Tim.

Y esto es lo que voy a hacer, pensó.

Y la decisión ya lo estaba haciendo feliz.

No despediría a Brenda. No. La haría venir, le enseñaría el vídeo y le explicaría amablemente que su trabajo no peligraba. Pero que tenía que dejar de robar. ¿De acuerdo? ¿Le parecía justo? Entendía por qué había sentido el deseo de hacerlo. Y no la juzgaba. Quizá podrían trabajar juntos para solucionar aquello. Si ella andaba mal de dinero, él le conseguiría unas cuantas horas extras. Podían guardarlo

en secreto.

Al carajo.

A veces había que ser una persona decente.

Al cabo de diez minutos, Brenda salió atropelladamente del despacho de Tim, tan furiosa que dio un bandazo y chocó con la pared antes de enderezar su rumbo.

Pero menuda zorra idiota, pensó. ¿A esto te dedicas? ¿A delatarme? ¿A mí, que te saco todas las castañas del fuego, puta estirada alta y sin tetas? ¿A grabarme vídeos en secreto? Chúpame el coño, tía. Vete a la puta mierda, maleducada.

¡Las mierdas que tenía que aguantar una! Trabajaba más horas que nadie, ganaba diez veces menos y ni siquiera podía tomarse ratos libres para hablar de tal cliente nuevo o de Lecciones Aprendidas, y tampoco había tenido ocasión de construir una nave espacial con piezas de Lego en el seminario de Formación de Espíritu de Equipo, sino que había tenido que pasarse el día sentada en su mazmorra como un robot obediente y teclear sin parar mientras todos estaban allí sentados riendo y charlando sobre Valoración Proactiva de Quejas y luego se marchaban temprano a un bar o algún rollo por el estilo y volvían resacosos a la mañana siguiente para trabajar unos diez minutos antes de escaparse para almorzar y echar un polvo.

Y hablando del tema.

¡Ja!

Abrió un cajón de su archivador.

Todos se limitaban a dejar sus estúpidos informes para pasar a máquina en la mesa de la mema sin nombre, ella, y luego no la dejaban en paz hasta que los acababa, y luego se quejaban y lloriqueaban por la más mínima equivocación, y luego se iban a almorzar mientras ella se saltaba el almuerzo, o bien, si conseguía comer algo, solo era una manzana y una loncha de queso que se había traído de casa en una bolsa de plástico y que se llevaba a la mesa de pícnic de aquel montículo artificial raro con vistas al cobertizo de máquinas, y aun así nunca tenía la hora entera, porque siempre aparecía de repente algún imbécil arrogante al pie del montículo, gritándole que ella era el embotellamiento, que todos la estaban esperando a ella y que bajara ya mismo, por el amor de Dios, Brenda.

Y ella bajaba la ladera a toda velocidad, intentando no darse un tortazo como aquella vez en que se había caído con los taconcitos que había empezado a llevar para intentar ir por lo menos un poco bien vestida, ¿y acaso el tipo en cuestión, Chaz o Donald o Kirk o como se llamara, cuando ella había llegado a la parte baja de la colina, que era al mismo tiempo empinada y blanda, le había ofrecido una mano para ayudarla a bajar, como un caballero? ¡Pues no! El tío ya estaba cruzando de vuelta el aparcamiento, como si Brenda fuera una vaca perezosa que se había descarriado y hubiera que llevarla de vuelta al rebaño, sin siquiera girarse para hablar con ella o ser amable, y sin sostenerle tampoco la puerta, al contrario, dejando que se le cerrara en las narices.

Pero ahora tenía una buena pila. De registros de reserva. Del Marriott. Y otro montón de planillas horarias de Gen. Por ejemplo: el 9 de mayo, Gen había estado en el Marriott de las once de la mañana a las cuatro de la tarde. Y le había pasado factura a Kodak por el día entero. Y había una docena de puñeteros ejemplos más.

Jaque mate, doña Finolis. No te voy a aguantar ni una mierda más.

Tim volvió del almuerzo para encontrarse sobre la mesa una carpeta cerrada con una goma elástica.

Dentro había una pila de recibos del Marriott, con una nota garabateada a mano y grapada en la parte de encima: «¡Van AQUÍ a F****R!».

Carajo.

Se sentó y leyó el contenido.

Un momento, ¿cómo? ¿Gen se estaba escaqueando? ¿Con Ed Maxx? ¿Y con el dinero de Kodak? Guau. ¿Por qué? Pero si Ed era viejo. Y bajito, más bajito todavía que Tim. Y el pobre Rob. El marido de Gen. Con lo majo que era. Y estaba loco por Gen. Le seguía mandando rosas todos los lunes, después de doce años de casados. El lunes anterior había contratado a una estudiante de ópera de la universidad para que le llevara las rosas. La chica había llegado cantando hasta el despacho de Gen acompañada de Kiley, la recepcionista, que no había parado de hacer reverencias a la gente de las oficinas por las que pasaban, como si la que estuviera cantando

fuera ella.

Dejó los recibos y las planillas fuera de la carpeta. Se pasó unos minutos calculando la cantidad aproximada que había pagado Kodak en facturas indebidas (¡unos nueve mil dólares!). Luego escribió un balance sumario, lo imprimió, resaltó la cifra final con fluorescente amarillo y llamó a Gen.

Al principio, ella lo negó. Luego rompió a llorar. Tim se sintió mal. Por verla llorar. No le importaba lo que hiciera en su vida privada, le dijo, pero no podía hacerlo en horas de trabajo. Lo entendía, ¿verdad? Estaba de acuerdo, ¿no?

—¿Quién te ha dado todo esto? —preguntó ella.

—Sinceramente, no lo sé —dijo—. Me lo han dejado en la silla. Y no estoy seguro de que ese sea el...

—¿Ha sido Brenda? —dijo—. ¿Ha sido la puta Brenda?

Bueno, tenía lógica. Brenda era la única con acceso a...

—¡Zorra! —dijo Gen.

—Uy, uy —dijo él.

—Esto no se ha acabado —dijo ella, levantándose y haciendo que saliera rodando la silla de invitados.

—No te voy a despedir —dijo Tim.

—¡No me digas! —le gritó ella por encima del hombro.

Al cabo de menos de una hora, Tim recibió una llamada de Ed Maxx.

Tenían un contrato enorme en perspectiva, le dijo Ed. Un contrato tremendo, uno de esos legendarios encargos de Kodak, de varios años de duración, con cifras altas de facturación para todo el mundo. Llevaba ya un tiempo hablándolo con Gen. A lo largo de varias reuniones estratégicas privadas que habían celebrado en ubicaciones diversas. Lo cual explicaba, por si acaso había dudas, algunas de las horas que Gen había facturado a Kodak. Y en calidad de representante de Kodak, ahora Ed estaba autorizando aquellos cargos, y los que pudieran venir. Todos. Y, por cierto, entre ellos no estaba pasando nada raro, a pesar de ciertos rumores sexistas que circulaban. A veces alquilaban una habitación en el Marriott, era cierto, pero solo para acceder a ciertas hojas de cálculo que estaban, bueno, en internet, porque el wifi del Olive Garden era una mierda.

Tim se quedó tan impresionado por el descaro de la mentira que

no pudo ni encontrar las palabras adecuadas para señalar que iba a fingir que la aceptaba por pura cortesía.

—¿Qué es? —consiguió farfullar por fin—. ¿Cuál es el gran proyecto?

—No estoy autorizado para contarlo —dijo Ed—. De momento. Pronto se anunciará. Lo anunciaré yo. U otra persona. De momento es secreto. Y otra cosa, si se me permite, ya que te tengo al teléfono. He estado oyendo rumores inquietantes. Sobre robos. Unos robos que han estado sucediendo ahí. Es algo que, como cliente vuestro, obviamente me preocupa. Vuestro cliente más importante, si no me equivoco. En caso de que esos robos impliquen, como supongo que implican, un aumento de los costes para nosotros, para Kodak. ¿Puedo confiar en que te vas a hacer cargo de esto, Tim, deshaciéndote de la persona que está robando, de la ladrona, sea quien sea? ¿O ladrón? ¿O ladrona? ¿De inmediato?

Ja, guau.

Bien jugado, Gen. Ahora tenía que despedir a Brenda. No le quedaba otro remedio. Ed Maxx era implacable. Tenía que echar a Brenda. Tenía que liberar a Brenda para que ella pudiera hacer acercamientos a posibles empleadores alternativos e identificar oportunidades posibles de crecimiento más adecuadas a su repertorio único de talentos e intereses.

Tim tenía hijos. Tenía una hipoteca.

Aquello era el mundo real.

Respecto al Tim de antes, el que había estado sentado en aquella misma silla, dándose palmaditas en la espalda por su voluntad de defender a Brenda...

En fin, había sido un gesto admirable. Tim lo admiraba. En serio. Pero las cosas cambiaban, y cuando cambiaban, un buen líder tenía que...

Mierda, joder.

Llamó a Liz. Para ver qué le parecía a ella. Liz era su roca. Una realista total. Siempre sabía lo que le convenía hacer, para su carrera y para su familia.

Tim sabía lo que necesitaba que dijera Liz, y estaba bastante seguro de que lo iba a decir.

Se lo contó todo.

—Oh —dijo Liz—. Hay que echarla.

—Supongo —dijo él.

—No, seguro —dijo ella—. Recuérdame cuál es.

—La bajita —dijo él—. Tirando a apocada, servil... Quizá, hum, algo regordeta... La que te dijo en la fiesta de Navidad que eras tan guapa que apenas podía mirarte.

—Bueno, pero aun así —dijo Liz.

Intentó amortiguar el golpe diciendo que había sido un placer enorme tener la oportunidad de conocerla, lo mucho que iba a echar de menos verla a diario y cuánto sentía que la cosa hubiera terminado así. A Brenda le resbaló todo. Se quedó allí sentada como aquellas mujeres de clase obrera de su infancia, luchadoras aciagas con caras de color rojo intenso, emanando una inexpresividad salvaje y temible que Tim entendía que significaba: Vete a la mierda, no te perdono.

¿Pero qué es lo que no me perdonas?, pensó. ¿Enterarme de que eres una ladrona, cuando lo eres? ¿Despedirte? ¿Por robar? ¿Después de que tuviéramos la amabilidad de volver a contratarte en cuanto saliste de la cárcel?

Venga ya.

—Ella también roba —dijo Brenda por lo bajo—. Cuando tiene sus citas con Ed y le pasa la factura a Kodak.

Se hizo un largo silencio.

No había nada que Tim pudiera decir sin crearse más problemas con Ed Maxx en caso de que Brenda decidiera morir matando, algo que, conociéndola, era lo que iba a hacer.

¿Y quién no lo haría? Estando en su lugar.

Él lo haría.

Era una situación de mierda.

Pero ahora Tim tenía que esperar a que ella se rindiera.

Sería fácil. Aunque se las diera de dura, en el fondo Brenda era un alma tímida. En cualquier momento se pondría a lloriquear.

Al final del pasillo, en la cocina, alguien cerró de golpe la puerta del microondas, soltó una palabrota, la abrió y la volvió a cerrar de golpe.

Bueno, dijo por fin Brenda; mirando el lado bueno, por lo menos ahora iba a pasar más tiempo con los chavales. Aunque su piso era bastante pequeño. Y solo tenía un cuarto de baño. Una vez, cuando

Greggie se había encerrado en el baño para pasar allí una de sus sesiones maratonianas, Bethie le había colocado el radiocasete en una silla de jardín al otro lado de la ventana del cuarto de baño y le había puesto música disco a todo volumen. Lo gracioso del caso era que a Greggie le gustaba la música disco. De manera que el tiro le había salido por la culata a Bethie, que había tenido que ir aguantándose como había podido hasta la gasolinera. Donde, por suerte, conocían al encargado.

Tim se encontró a sí mismo poniendo sus vehículos en fila y haciéndolos desfilar hasta el otro lado de la lámpara de despacho a base de aplicar una presión continua sobre el vehículo de cola, la furgoneta de los helados, aflojando la presión cada vez que la fila amenazaba con desmontarse. Luego se dio cuenta de que estaba siendo maleducado. Y lo dejó.

Por fin Brenda se puso de pie, le dio las gracias por todo, le estrechó la mano y se marchó.

Oh, Dios, despedida, menuda vergüenza, pensó, alejándose a toda prisa por el pasillo.

¿Por qué le había contado aquella idiotez del cuarto de baño?

Menuda nota de despedida.

Confió en no encontrarse con nadie mientras salía. Dio por sentado que todo el mundo estaba enterado. Que lo habían sabido desde el principio. Lo de que robaba. Lo de que tomaba prestadas cosas. Qué más daba. Ni siquiera había intentado esconderse. No mucho. Había dado por sentado que lo sabían todos pero que no le importaba a nadie. Que todos, en fin, le daban su bendición. Porque era maja. Y bastante, en fin, pobre, o lo que fuera.

Pero no. Ni hablar. No le daban su bendición.

Para nada. *Au contraire*.

Y por eso estaba despedida.

Ya se imaginaba lo que dirían los chavales.

Bren, despedida, por Dios, ¿qué has hecho?, diría Bethie.

¿Qué has hecho esta vez, Bren?, diría Greggie.

Poneos a trabajar vosotros, zopencos, pensó en tono cortante. Entonces podréis hablar. Y dejad de llamarme Bren. Soy vuestra madre.

Luego se sintió mal. Eran tiernos. Unos pollitos tiernos. Siempre los dejaba rajar. No lo hacían con mala intención. Como cuando Greggie llamaba a sus bracitos cortos sus «brazos de *T. rex*». No lo hacía con mala intención. Era su forma de decirle que la quería. Luego soltaba un rugido y ella le pegaba con un cojín del sofá o lo apuñalaba con un cuchillo de plástico y él fingía ser un *T. rex* muriéndose.

Sí, se divertían.

Ahora necesitaba decidir qué iba a hacer a continuación. Ir con Manny, si la quería otra vez. Uf, aquellas batas verdes que te hacía comprar y ponerte. ¿Todavía tenía la suya? No, la había quemado teatralmente en la barbacoa después de que la volvieran a contratar allí.

Se acercaba el día del alquiler. Sergei, su casero, era un tipo duro. Y tenía tres hijos duros. Habían tirado a Gordon de un rellano, rompiéndole la pierna, y luego habían bajado corriendo y se habían turnado para pisoteársela, cantando la cifra que calculaban que Gordon les debía todavía.

Y encima, tenía que pagar al taller del coche.

Imbécil, pensó.

Me ha herido los sentimientos de verdad, se respondió.

Uy, pobrecilla, pensó.

Creía que era mi amiga, se respondió.

Pues tu amiga te acaba de joder bien, pensó. Gen 1, tú 0. ¿No? ¿No?

Ya lo sé, cállate, he hecho lo que he podido, se respondió.

¿En serio?, pensó. ¿En serio, lo que has podido?

Ah, Gen se podía ir a la mierda. Ella y la madre que la parió. Ya se cobraría su venganza. Algún día. Se la cobraría. Algún día Gen y los demás pijos de las narices pringarían. Brenda los pondría a pasar cosas a máquina y se dedicaría a gritarles. Les haría comerse el almuerzo en una pocilga con los puercos. Por favor, Brenda, déjanos salir, dirían ellos con su dicción finolis de universitarios. Lo siento, no, les diría Brenda, me voy al spa. Es mi día de ir al spa. Y ellos dirían: Es justo, en los viejos tiempos de antes de la revolución, a nosotros también nos encantaba el spa.

Pero has robado, ¿verdad que has robado?, dijo su poli malo interior. Para el carro, pues. Deja de poner excusas. No sigas y admite que has robado.

Aquel no era ningún poli malo, era su padre.

Papá, he robado y me han despedido, dijo.

Ya lo sé, dijo su padre.

Su padre la quería reconfortar, pero le daba vergüenza ser el padre de la mujer a la que habían despedido con razón.

Y luego lo hizo. La reconfortó. A base de darle unas palmaditas incómodas en la cabeza de una forma que en parte era como reconfortarla y en parte era como si le estuviera dando un capón en la cabeza con los nudillos por hacer la tontería de robar en el trabajo.

Que se vayan a la mierda, Bren, dijo su padre. Vales más que todos ellos.

A aquella hora del día los autobuses pasaban cada tres horas. Se iba a tirar una eternidad sentada en aquel banco roto bajo el sol. ¿Tenía suelto para comprarse una Coca-Cola? Pues no, y había agotado el crédito de todas las tarjetas.

Uf, allí estaba Kiley, en la recepción, cabizbaja. Kiley lo sabía. Tenía que saberlo. Lo sabían todos. O por lo menos se enterarían pronto.

Pobre Brenda, estarían diciendo en la sala de personal.

Mira que era *rara*, diría Kiley.

Déjame en paz, pedazo de espantajo cabeza de chorlito, pensó Brenda. Tengo granos que son mayores que tú.

Oh, venga ya. Kiley era maja. Bastante maja. Una niña, en realidad.

—Adiós, hija —le dijo Brenda.

—Buena suerte con todo —dijo Kiley.

—Me va a hacer falta —dijo Brenda.

Sí te va a hacer falta, sí, pensó Kiley mientras Brenda salía. Caray, no solo despiden a la pobre vieja, que era tipo abuela, sino que encima ha de ir en autobús a casa... Qué duro. ¿Y cómo se debe de hacer, lo de coger el autobús? No tenía ni idea. ¡Ni tampoco planes de averiguarlo! Tenía el Prius desde que se había sacado el carné. (¡Gracias, papá, gracias, Bridget!)

¿Por qué había gente mayor que era tan tonta como para hacer que la despidieran? Por muy maja que fuera. ¿Cómo se podía llegar a tan mayor y aun así no dominar los conceptos básicos de cómo se

hacían las cosas? Pues la vida era así. Seguramente incluso en los tiempos de las cavernas había habido cavernícolas listos y otros majos y tontorrones que contemplaban con cara triste a los listos mientras los listos masticaban una pierna enorme de carne y devolvían la mirada a los tontos en plan: Qué putada para ti.

Brenda cruzó con dificultad el arcén del borde del aparcamiento y echó a andar hacia el TGIF, luego se detuvo para secarse los ojos con una manga de aquel abrigo enorme de chiflada. ¿Cómo? ¿Estaba llorando? ¿Se había parado allí a llorar? ¿Delante del restaurante?

Oh, cielo.

Por un momento sintió un instinto protector hacia Brenda, que a fin de cuentas era una de los suyos.

O lo había sido.

Hasta ese mismo instante.

A primera hora de la mañana siguiente, Gen asomó la cabeza al interior del despacho de Tim.

—Siento que haya tenido que pasar todo esto —le dijo—. ¿Me puedo sentar?

—Claro —dijo él con cautela.

Había partido peras con Ed, le contó. Nunca habían tenido ningún proyecto enorme en ciernes; era algo que se habían inventado entre los dos. Cuando ella había roto con él, a Ed se le había ido un poco la chaveta y le había propuesto matrimonio, y cuando ella lo había rechazado, Ed había llamado a Rob y se lo había contado todo, y Rob, a pesar del hecho de que habían tenido una relación abierta, se había subido por las paredes y en un momento dado de la noche anterior había estado literalmente en el tejado gritando. Y luego Ed, el chiflado de Ed, la había llamado a las dos de la madrugada y le había contado que se había afeitado la cabeza y que estaba planteándose dejar Kodak y mudarse a Alaska. ¿Quería acompañarlo?, le preguntó. Ya le había comprado unos mitones de primera.

En fin, ahora ya estaban bien, ya estaban bien todos; estaban arreglándolo todo.

Luego dio gracias a Tim por haberle «sacado los colores» el día anterior y haberla elevado a un «estado de sinceridad superior», que ya estaba provocando que pasaran cosas buenas, incluso en casa,

sobre todo en casa, incluso en términos del «ya sabes qué», con Rob, que, por extraño que parezca, nunca había sido mejor, ni durado más, ni sido más sincero, si se le permitía explicarlo así, basándose, en cualquier caso, en la noche anterior (muy muy tarde), después de que Rob bajara del tejado, que, por cierto, guau.

Pero, mujer, ¿tú quién eres?, pensó Tim. ¿Cómo puedes sentirte tan cómoda diciéndome todo esto? ¿Por qué no te mueres de vergüenza? ¿De dónde sacas esa confianza absurda en ti misma?

Gen era consciente de haber sido un coñazo para él en el pasado, le dijo, pero había hecho algo de introspección auténtica y se daba cuenta de que su conducta pasada se debía en gran medida a la inseguridad que le producía ser una mujer en un mundo laboral dominado por hombres, y también a ciertas cosas de su infancia, como su madre, que siempre estaba negándole el uso del telescopio superior, pero, en fin, quería que Tim supiera que había decidido intentar serle más de ayuda en adelante, de veras. Le había traído un camión, un camioncito de basura, para simbolizar, en fin, la limpieza que había hecho, o lo que fuera.

Gen dejó el camioncito de basura sobre la mesa, para que él pudiera ver lo chulo que era. ¿Ves? Le asomaba una minúscula bolsita de basura falsa de la parte de atrás.

Luego hizo rodar el camión hasta Tim y él lo cogió.

Gorrión

Era menuda, delgadita, y tenía unos ojillos negros que parecían abalorios a los lados de una nariz picuda. Se movía deprisa, cabizbaja, como si buscara semillas, decíamos a veces en broma. Daba la impresión de ir dando saltitos de un lado a otro. También era dada a decir cosas completamente predecibles. Cuando un camión se salió de la carretera delante de la tiendecita donde trabajaba, dijo: «Qué mal. Espero que no se haya hecho daño nadie». Cuando se ponía a llover, daba igual que lloviznara o diluviara, decía: «Está lloviendo a cántaros». Cuando alguien le comentaba que el bocadillo que se estaba comiendo tenía buena pinta, contestaba: «Está bueno». Si alguien señalaba que el bocadillo no tenía buena pinta, decía: «Sí, no vale gran cosa».

Si ibas en coche con ella y alguien sugería abrir una ventanilla, decía: «Para que corra el aire». O bien te cruzabas con alguien que iba a caballo y ella decía: «Un caballo». Si alguien, aguijoneándola un poco, le preguntaba: «¿Te gustan los caballos?», ella contestaba: «Son bonitos», y si ese mismo alguien, aguijoneándola todavía más, le preguntaba si le gustaría tener algún día un caballo, ella, debido a que era una posibilidad completamente inimaginable (no ganaba mucho en la tienda y vivía de alquiler en la mitad de un dúplex), se quedaba callada y parpadeaba un par de veces, como si fuera de su jaula acabara de pasar algo que la hubiera asustado y la hubiera hecho callar.

Por supuesto, un día se enamoró. De un tipo que trabajaba con ella en la tienda. La recuerdo con aquel delantal marrón que le hacían ponerse. No creo que el tipo le hubiera hecho ninguna insinuación romántica, pero pasaban el día juntos y es probable que tuviera con ella la clase de gestos amables que la gente tiene con los demás; así pues, con el tiempo, ella decidió que aquel había de ser su hombre. Empezó a dejar caer su nombre a todas horas: «Randy piensa lo mismo», nos decía, o «El otro día le dije justo eso a Randy».

Suponíamos que Randy la veía igual que la veíamos nosotros; es decir, que, en los primeros días de trabajar con ella, había esperado descubrir lo que aquella mujer pudiera tener de especial o de interesante, para acabar comprobando que, como suele decirse, no había demasiados argumentos a su favor.

Siempre parecía estar leyendo directamente de un manual para ser una persona completamente común y corriente. «¿Son frescas esas manzanas?», le preguntaba alguien, y ella decía: «Bastante frescas, supongo». «¿Eso ha sido un terremoto?», le preguntaba alguien, y ella decía: «Si es que sí, saldrá por la radio».

Luego se produjo un cambio. Como estaba enamorada, o creía estarlo, de Randy, y como imagino que notaba que no solo él no sentía lo mismo, sino que no sentía nada por ella (y por qué iba a sentirlo, teniendo en cuenta que la mayoría de la gente, como ya he mencionado, la experimentaba como una ausencia ligeramente desconcertante), empezó quizá a sentir un poco de pánico, a notar, quizá por primera vez en la vida, que su forma natural de ser no era lo bastante interesante como para conseguir ni siquiera la atención de alguien como Randy (ya no digamos deleitarlo o cautivarlo), y eso que Randy, hay que decirlo, tampoco era precisamente un torrente de originalidad, pero por lo menos tenía una camioneta grande que le encantaba y que lavaba con placer todos los viernes después de su turno, y a veces por lo menos hacía un chiste verde, o bien cogía una naranja estropeada con pinta rara y ponía la vocecita graciosa con que se imaginaba que debía de hablar aquella naranja, y también era, por ejemplo, un defensor y partidario apasionado de su madre, un vejestorio mezquino que vivía a pocas casas de la tienda y ametralladora de opiniones constantes, tremendamente convencida de tener razón, que se manifestaba en forma de un par de gafas negras de hombre moviéndose sobre una cara bronceada y agitada.

Pero Randy, como suele decirse, creía que su madre había puesto la luna en el cielo, y era porque ella, a su vez, creía que la había puesto su hijo. Formaban una especie de sociedad de admiración mutua. Randy se llevaba de maravilla con su madre. Y viceversa. Y yo pensaba, todos pensábamos, que aquello quizá explicara en parte por qué Randy nunca se había casado.

Era un pueblo pequeño, así que hablábamos mucho de aquellas cosas.

La mujer, a quien entre nosotros llamábamos Gorrión, pero que en realidad se llamaba nada menos que Gloria, se fijó en aquel rasgo de Randy, en su forma de ser con su madre, y lo añadió a la larga lista de cosas que le gustaban de él. Aseguraba que era un buen hombre; que la forma en que trataba a su madre te decía mucho de un hombre; que las madres son un regalo que nos ha hecho Dios a todos. Y más cosas por el estilo. Todas las cosas que esperarías que dijera, todas las cosas espontáneas que diría alguien que no hubiera hecho intento alguno de pensar nada nuevo sobre el asunto.

A la vista de que no estaba teniendo efecto alguno sobre Randy, empezó a probar cosas nuevas, como por ejemplo tener opiniones propias. Pero daba la impresión de que las estaba manufacturando solo para tenerlas. «¡Ah, ya lo sé! —decía ahora—. Deberíamos poner el caramelo de dulce de leche arriba del todo, con las aceitunas.» O bien: «Fulanito es muy buen actor. Creo que me pone un poco». Y lo decía siempre de cualquier actor que saliera en portada de alguna revista de aquel mes, y si la presionabas sobre el tema, descubrías que nunca había visto ninguna película suya.

Nadie la habría descrito jamás como femenina. Ahora, en cambio, había decidido que la manera de llegar al corazón de Randy era volverse más chica. De alguna parte sacó una plancha rizadora y colonia. Imagínate ese viaje al centro comercial de Werthley. O al de Clover. No sabía conducir. Debía de haber ido en autobús. Pronto la tienda olía a su colonia nueva. Empezó a reírse más, basándose en un artículo de una de las revistas para mujeres que había empezado a leer. Se reía de todo lo que decía Randy, y no solo de las cosas con las que intentaba hacer gracia. Cuando esto pasaba, él se la quedaba mirando, extrañado.

Todos podíamos ver que se avecinaba una caída. La madre de Randy era la dueña de la tienda y a veces se presentaba para juzgarlo todo con aquellas gafas enormes. ¿Quién demonios ha subido el caramelo de dulce de leche hasta ahí?, preguntaba en tono imperioso. ¿Qué es ese olor espantoso? «Llevo colonia», le decía Gloria. «¿Y eso por qué? —le preguntaba la madre—. ¿Qué pasa, que tienes una cita?» Ese era el chiste: la idea de que Gloria tuviera una cita con algún pobre desgraciado. La madre soltaba aquel gruñido alcohólico ronco que era su risa, como si fuera la idea más descabellada del mundo. Pero no era una mujer mezquina sin más. También tenía un lado

sincero y considerado. «No te hagas ilusiones en materia de hombres, hermana —le dijo un día a Gloria en el rincón con olor a lechuga del almacén donde amontonaban las cajas de cartón—. No eres ninguna belleza, pero...» Y se le pasó por la cabeza añadir algo como «tienes buen corazón», o «eres muy trabajadora», pero, como se enorgullecía de ser sincera hasta la crueldad, siempre que le venían a la cabeza aquella clase de pensamientos se refrenaba de manifestarlos en voz alta, porque a fin de cuentas la tal Gloria nunca había dado ninguna muestra de tener buen corazón, y, respecto a lo de ser muy trabajadora, en fin, no lo era. Se presentaba en el trabajo todos los días, sí, pero jamás, por lo que recordaba la madre, se había interesado especialmente por el funcionamiento de la tienda, ni tampoco había tenido una sola idea nueva y útil acerca de nada. Resultaba extraño tener a alguien trabajando casi dos años en la tienda y no poder recordar ni una sola ocasión en que aquel alguien hubiera sugerido nada para mejorar o para animar la tienda, y es que incluso Irene, la chica a la que habían despedido, por lo menos había tenido la idea de poner un frasco de cristal sobre el mostrador para que la gente metiera dentro la calderilla, y después donarlas al hospital infantil local, aunque resultó que Irene se estaba agenciando con astucia la mitad. Y esa era la razón por la que la echaron. Por tanto, no había sido tan astuta. Lo bastante, eso sí, como para que tardaran casi un año en pillarla. Pero por lo menos Irene había demostrado tener agallas, o algún deseo de, en fin, mejorar su situación, por decirlo de alguna manera. No era un pelele inerte que dejaba que la vida le sucediera sin más.

Y como aquella vieja terca y a veces considerada era una observadora sagaz, terminó captando el hecho de que su hijo estaba en el punto de mira de Gloria. Y se lo dijo. Randy se limitó a reírse. Pero luego se puso a pensar. No exactamente en Gloria, sino en su encaprichamiento. Le gustaba la idea de que ella hubiera empezado a trabajar allí un par de años atrás en estado neutral y luego se hubiera fijado en aquel hombre que trabajaba allí, es decir, en él, en Randy, y hubiera empezado gradualmente a preferirlo a todos los demás hombres del pueblo y a todos los demás hombres del mundo, por lo visto, y hubiera llegado a elegirlo como el que más le gustaba de una forma especial que él todavía no entendía pero sobre la que no le importaría averiguar más. ¿Qué tenía Randy que le gustaba tanto? Era

una cuestión interesante. También lo complacía el hecho de que Gloria pareciera estar de acuerdo con él en todo. No era el caso de otras mujeres. Las demás mujeres a menudo estaban en desacuerdo con él. Si él decía que estaba a punto de llover, ellas replicaban: «Lo dudo», o «No lo parece», o «No es lo que han dicho en el pronóstico». En cambio, Gloria decía cosas del tipo: «Seguro que tienes razón». Lo cual confirmaba que había algo entre ellos. Y cuando luego se ponía a llover, Gloria decía: «Está lloviendo a cántaros», y a Randy le parecía una forma directa de reconocer que él había tenido razón. Y entonces (y esto le parecía generoso) Gloria sonreía, como si estuviera feliz de poder reconocer que Randy había tenido razón. Y eso le gustaba a Randy. Le gustaba el hecho de que ella viera y disfrutara del hecho de que él acostumbrara a tener razón. En ese sentido, parecía que a Gloria no le faltaba confianza. A diferencia de otras mujeres, no la molestaba que se demostrara que él tenía razón. Si una persona tenía razón, la tenía, parecía pensar Gloria, y eso no le quitaba el sueño.

Así pues, imagínate que eres una mujer de la que todo el mundo se ha apartado y a quien todo el mundo ha evitado durante toda su vida, y que cada vez que dices algo, ese algo sale al mundo y se queda allí flotando, causando una reacción neutral o ligeramente adversa, y que cada vez que esto ha pasado, tú lo has notado, y, por tanto, detrás de ti, en tu vida, se ha ido acumulando una serie de golpes suaves pero dolorosos, conspirando para convencerte de que hay algo en ti que no funciona, y que ahora te encuentras a diario en presencia de un hombre al que parece que le empiezas a caer bien, y que incluso ha empezado a dejarte regalitos en la mesa de la sala de descanso (un caramelo de chocolate y menta, un solitario Twinkie). Imagínate también que la madre de ese hombre se opone a ello, se opone a esa cosa que es la que te impulsa a ti, a Gloria, a salir de la cama todas las mañanas. Y que a ella, a la madre, todo esto le parece asombroso y risible y hasta decepcionante, y llega al extremo de decirle un día a su hijo que su interés por ti está afectando negativamente a la imagen que ella tiene de él. Imagínate también que el hombre te cuenta esto. Y resulta que, lejos de disuadirlo, te explica, ese comentario le ha hecho sentirse, por vez primera, el protector de una mujer que no es su madre. Y eso, te dice, ruborizándose, ha causado que te coja cariño, o algo parecido.

Imagínate la clase de mes que tendrías si fueras esa mujer.

Imagínate también que eres ese hombre, que por primera vez siente que está protegiendo a una mujer que no es su madre, a una mujer mucho más llena de vida que su vieja, bronceada y encorvada pero ágil madre, cuya petulante certidumbre eterna se te está empezando a hacer pesada por primera vez, igual que esas gafotas de cegato que habían sido de su marido, y a las que, por alguna razón, ella pone lentes nuevas todos los años, y eso que ya hace once años que murió tu padre. Y de pronto esa mujer, esa mujer joven y llena de energía con la que ahora te encuentras a menudo agradablemente de acuerdo, te empieza a parecer incluso guapa, por mucho que nadie más parezca verlo. Pero tú sí que lo ves, ese aumento de su guapura, y lo dices, en una de esas notas que has empezado a dejarle en la mesa de la trastienda, junto con los snacks, unas notas que cada vez se hacen más largas y a veces bordean lo apasionado, hasta el punto de que a veces te falla la gramática cuando luchas por expresar esos sentimientos nuevos, e incluso es posible que las notas incluyan un dibujo, por ejemplo, de un hombrecito al que le salen estrellas de la coronilla destapada de la cabeza.

Y un día llega un beso. En el almacén. Después del cual, dices: «No ha estado mal», y ella te responde: «No ha estado nada mal», y lo interpretas como confirmación de que se te da de maravilla besar, que es lo que siempre habías creído, y de que por fin se acaba de dar cuenta alguien, muchas gracias.

Y luego ya no hay quien os pare, da igual lo que pensemos los demás, quienes vivimos en ese pueblo y compramos en esa tienda, ni el hecho de que soltemos risillas en el aparcamiento, y ahora somos nosotros los que decimos vulgaridades, como por ejemplo: «Pues muy bien por ellos, claro que sí, ¿por qué no?», o bien: «No me gustaría estar mirando por un agujero el sitio al que van para estar solos», o bien: «Supongo que no se sabe nunca con la gente», y da igual lo que pueda mascullarle la madre de las gafas de hombre a su hijo de noche en su casa, que ella y el hijo comparten pero que es propiedad de ella, aun así se va a celebrar —como si lo dictara una fuerza mayor que ninguno de nosotros— una boda, en julio, en esa iglesia de la misma calle que antes era una casa particular y que el pastor actual ha coronado con una especie de campanario donde no hay campana.

Y todos iremos a esa boda, ¿cómo podríamos faltar? Y como la pareja tiene un aspecto tan ingenuo, feliz e incauto, allí plantados en

el altar de la iglesia sin campana en el campanario, pensaremos: «Uf, esto no va a terminar bien».

Y es posible que no. Puede que no vaya a terminar bien. Como suele decirse, la vida es larga. Pero todavía no ha terminado mal. No ha terminado, de hecho. Cuando estamos en la tienda, a menudo oímos a Randy decir maravillas de Gloria, da igual que esté presente o no, y lo mismo hace ella: siempre está diciendo maravillas de él, da igual que esté presente o no. La ves ahora y ya no piensas «parece un pajarillo», sino «qué mujercita tan radiante». Y en cuanto a Randy, se mueve por la tienda con benevolencia teatral, obteniendo al parecer un placer quisquilloso del hecho de ayudar a los clientes con las cosas más nimias, a veces incluso ayudándolos demasiado, y durante demasiado rato, y ya no parece en absoluto avergonzado de que lo vean trabajando en la tienda de su madre, como a menudo lo había parecido en el pasado. Y, con el tiempo, se puede decir que la madre se ha subordinado a la pareja en que se han convertido, y que incluso los adora, y, sin importar que estén presentes o no, pero sobre todo si no lo están, se dedica a decir maravillas de ellos y a contar que están entregados, absolutamente entregados, el uno al otro, así es como lo cuenta más a menudo.

Gul

A mediodía, Layla trae la Cuba del Almuerzo. Por un segundo dejo de dar miedo, apoyado en muestra tapia plastiforme diseñada para parecer unas entrañas humanas.

—¿Por qué no se sirve a los mayores primero? —rezonga Leonard, el Gul Agachado Dos, que tiene más antigüedad que nadie.

La semana pasada Leonard se jodió la rodilla. Desde entonces, los demás Gules Agachados le hemos estado dejando que se siente en nuestro Demonio Arrepentido plastiforme, que en este momento está emitiendo uno de sus gemidos de Remordimiento periódicos.

—¡Sigue llorando, bestia inmunda! —digo siguiendo el Guion.

—¡Y tan inmunda! —dice Artie, el Gul Pendenciero Cuatro, un tipo genial, que siempre está soltando ocurrencias del tipo «¡Brian, tu actuación es impecable, hay que ver cómo te van convulsivamente los ojos de lado a lado cuando estás agachado!». Y yo le contesto cosas como: «¡Gracias, Artie, tus Gules Pendencieros también están impecables; admiro mucho que todos los días se os ocurran temas nuevos para vuestras Rencillas!».

Dentro de mi cuenco de cartón hay: el Almuerzo. Un caldo donde alguien ha echado un solo Kit Kat reluciente.

Algún día yo también seré viejo y me fallarán las rodillas, y algún grupo de Gules Agachados que todavía no han nacido (o que en la actualidad no son más que diablillos correteando con sus pañales de color rojo vivo) dejarán que la versión anciana de mí, hecha polvo como Leonard, se siente quizá en este mismo Demonio Arrepentido plastiforme, en ese deprimente tiempo futuro.

Hoy, sin embargo, todo va bien: se acerca la Semana de Descanso.

A la mañana siguiente, a los que cumplimos los requisitos para el Descanso nos llevan a todos felices en Tranvía hasta la Sala: un

espacio cavernoso que tiene exactamente la misma forma que nuestro obrador, LAS FAUCES DEL INFIERNO, y que los otros once pródigos obradores subterráneos que hay en nuestra Región. Pero sin toda la Decoración suplementaria que hace que cada taller sea una experiencia inmersiva única. Desprovisto también de los Senderos Apartados, y de los cochecitos sobre vías que hacen circular entre nosotros a nuestros encantados Visitantes. ¡La Sala, a decir verdad, no es más que un espacio enorme para relajarse y descansar! Tiene Bolera, para quienes quieran jugar; un prado falso, con flores de aspecto auténtico; un arroyo cantarín, en cuya orilla nos podemos sentar y en el que brincan unos peces falsos con una especie de ruedas, cuatro peces por rueda, sonrientes, como si dijeran: «¡Saltar es lo que nos encanta!».

Además, a cada uno de nosotros le corresponde un nicho para guardar sus cosas.

En la Sala podemos alternar con individuos de nuestros obradores hermanos, como por ejemplo BAJO NUESTRA MADRE EL MAR O DÍA SALVAJE EN EL OESTE. ¿Podemos aparearnos allí? Ya lo creo. Muchos lo hacen. Si observas que alguien se está apareando y quieres tener buena educación, te alejas de golpe, como si te hubieras dejado algo en tu nicho. A veces (¡en la Sala no hay mucho espacio!), quizá necesites pasar o saltar por encima de una pareja apareándose. Lo más cortés: hacerlo sin decir nada. Si conoces personalmente a uno o a ambos, y te da la sensación de que no decirles nada podría violar las normas de la cortesía, pues, bueno, les dices algo alentador, tipo: «¡Venga, vamos!», o bien: «¡Se os ve bien, James y Melissa, mis mejores deseos!».

Hoy, mientras estoy pasando por encima de una de esas parejas, pienso: Anda, ¿ese no es el señor Tom Frame, que habitualmente es la manifestación de «Antes» del Monje Decapitado por Tener Pensamientos Malignos, en la sección de LAS FAUCES DEL INFIERNO llamada «A cada cerdo le llega su san Martín»? Sin su atuendo de monje del siglo XVII, el señor Frame se está apareando con Gwen Thorsen, integrante de nuestro equipo rotativo de gente con túnicas encapuchadas que interpretan a la Muerte, ¡y yo ni siquiera sabía que el señor Frame la conociera!

—¡Hola, Tom, buenas, Gwen! —exclamo intentando no violar las normas de la cortesía.

Los dos levantan brevemente la vista para mirarme con caras de pasión.

Es otra cosa genial que tiene la Semana de Descanso: ¡que siempre estás viendo a la gente en contextos nuevos!

Por ejemplo, durante el último Descanso vi a Rolph Spengler, Lancero Volador Tres, bebiendo té en silencio y escribiendo en su diario. Sin las alas, sin la cara pintada de rojo, sin el cable que lo sube a las alturas y sin las botas en forma de pezuñas hendidas. La verdad era que tenía una cara de ternura tan grande que me vi impulsado a preguntarle qué escribía.

—Una carta a mi hijo —dijo.

—¡Ni siquiera sabía que tuvieras un hijo, Rolph! —le dije.

—Pues mira —dijo.

—¡Supongo que lo tienes, si le estás escribiendo! —le dije—. Para mí siempre has sido solo un tipo pintado de rojo con alas enormes y pezuñas hendidas que tirabas tus lanzas desde lo alto.

—Y supongo que yo siempre te he visto como un Gul Agachado diminuto muy por debajo de mí —dijo Rolph—, a quien intento no alcanzar por poco con mis lanzas. Mi hijo es Edgar, de GUARIDA DE GÁNSTERES DE CHICAGO.

¡Y así, sin más, nos hicimos amigos!

Ahora, siempre que Rolph cuelga de sus cables sobre nuestro cuadrante, me saluda con la mano donde no blande la lanza, y yo me incorporo para abrir los brazos, exponiendo el pecho, como diciendo: «¡Clávame tu lanza, Lancero Volador! Si ya soy un Gul Agachado, ¿cuánto puede empeorar mi vida después de la muerte?». Y Rolph hace el gesto de tirarme su lanza, como diciendo: «¡Ja, ja, te veo en el próximo Descanso, colega!».

Con esto quiero decir: ¡a veces la amistad requiere tiempo y fe para crecer!

(Por favor, entiéndelo: nunca hay Visitantes presentes cuando Rolph y yo nos entregamos a nuestro ritual de diversión. ¡Cómo va a haberlos! Como si Rolph y yo fuéramos a arriesgarnos a proporcionar a nuestros Visitantes una experiencia deficiente por culpa de eso. No, solo tenemos nuestra cálida interacción de amigos cuando no hay Visitantes cerca. Que es algo que no pasa casi nunca. ¡Normalmente estamos de trabajo hasta arriba!)

Poco después de pasar por encima de Gwen y del señor Frame, me encuentro al señor Frame sentado frente a mí en el Comedor, Almorzando, y me explica por qué, siendo un hombre casado, se estaba apareando con Gwen.

La mujer del señor Frame, Ann Frame, solía estar en el Equipo Cinco de Transportadores del Carro de la Guillotina. Y como las guillotinas pesaban mucho y había que transportarlas por un falso terreno irregular, que, por mucho que estuviera hecho de poliuretano, aun así necesitaba tener baches para parecer real, Ann se jodió la espalda y la trasladaron a FIN DE SEMANA VICTORIANO, un cambio radical, porque, en vez de dar miedo, ahora debía adoptar una mentalidad de caminar con delicadeza y servir. Ahora es Cocinera Cockney: ¡vaya chollo! Lo único que ha de hacer es entrar torpemente cada media hora en un comedor de gala, interrumpiendo a los Miembros de la Realeza (Visitantes) que están comiendo allí, y volver a salir con torpeza, derribando un carrito del té mientras se disculpa con acento cockney por sus orígenes de clase humilde. Pero, ay, parece que su nuevo rol ha causado tensiones matrimoniales, porque ahora la señora Frame se pasa todo su tiempo practicando el acento cockney, incluso cuando está en pleno Descanso en la Sala.

Intento ser un amigo leal y le señalo a Tom que él también se asegura siempre, antes del momento de su decapitación, de parecer genuinamente aterrorizado. Asimismo, en ese instante de oscuridad total salpicada de centellas y truenos que le permite cambiarse de lugar con la Animación de sí mismo decapitado sobre la picota de «Después», y antes de meterse por el Fugadero: ¿acaso no se esfuerza por hacer ese cambiazo deprisa para que no lo noten nuestros Visitantes? ¡Quizá, le sugiero, se parezca más a Ann de lo que le gustaría admitir! ¿Acaso sus rápidos saltos no son el equivalente al hecho de que Ann siempre esté ensayando su acento, es decir, una forma admirable de profesionalidad?

—Supongo que lo que quiero decir es que no ensayo mi salto por el Fugadero cuando estamos en pleno Descanso —dice.

—Lo entiendo —le digo, porque está demostrado que escuchar y mostrarse de acuerdo son cosas que facilitan la amistad—. Parece una situación frustrante.

—Pero ella no para nunca —dice—. Señorito esto, señorito

aquello. ¿Y por qué? ¿Para qué?

—¿Porque quiere hacerlo bien? —digo—. Para sus Visitantes...

—Pero si nunca hay ninguno... —dice enfadado.

Hay un silencio bastante largo.

—No estoy diciendo que nunca haya ninguno —dice.

—Ya sé que no estás diciendo eso, Tom —le digo.

—Seguramente debería callarme —dice.

—Seguramente —le digo.

¡Caray, pienso, Tom, señor Frame, realmente me has puesto en una situación difícil!

Las reglas son las reglas y los amigos son los amigos. Pero ahora las reglas y los amigos me dictan cursos de acción distintos, ¿y cuál he de elegir?

Doy un largo paseo para pensar por nuestro arroyo falso, reflexionando, y veo varios patos falsos, panza arriba, siendo atendidos por Todd Sharpe. Todd repara algo y se oye un graznido, o por lo menos parte de un graznido.

¡Caray! Normalmente vivo entregado al Equipo. Cuando el año pasado se me jodió la espalda a mí, ¿acaso dejé de agacharme y me levanté, que era lo que me habría aliviado? Pues no; seguí agachándome, usando una escoba rota para apoyarme. Una vez, mientras remplazaba al Clérigo Condenado que Grita, aunque tenía una infección de garganta, me pasé ocho horas seguidas gritando, y hasta añadiendo los Seis Ululatos Opcionales.

Aun así, continúo paseando por el arroyo cantarín, yendo y viniendo de una pared donde el arroyo termina en una pintura de sí mismo fluyendo hasta la eternidad a la otra, hasta que por fin Todd termina de poner en marcha a todos los patos, salvo uno, que está demasiado roto para volver a graznar alguna vez, y que Todd se lleva debajo de un brazo.

Y en ese momento, procedente de las inmediaciones de la Bolera, oigo alboroto y griterío.

Y voy corriendo para encontrarme a un grupo de gente congregada informalmente en torno a mi colega Rolph Spengler, Lancero Volador Tres, y desempeñando actividad patadística, mientras Rolph continúa, pese a las patadas, emitiendo ideas desacreditadas del

tipo: «¡Nos pasamos la vida representando rituales dementes de negación a los que yo, por mi parte, ya renuncio! ¿No lo podemos admitir y hablar de ello?». Y también: «¡La verdad, la verdad! ¿No podemos, por una vez, decir la puñetera…?».

¡Caray! ¡No me extraña que el grupo que rodea a Rolph le esté arreando patadas!

Shirley de Supervisión me echa un vistazo, como diciendo: «Brian, dale una patada a Rolph para que yo pueda apuntar que estabas entre quienes le han dado patadas a Rolph porque te has quedado, igual que todos nosotros, escandalizado y ofendido por el descaro y la audacia de las mentiras de Rolph y, deseoso de aportar tu granito de arena para ahorrarle al conjunto de la comunidad la carga que supone la confusión de Rolph, has hecho lo posible, con un pie o con ambos, para atajar la avalancha de negatividad retorcida que emana del extraño y desacreditado Rolph».

Llegado este momento, para ser justos, Rolph ya no está soltando sus mentiras. Está simplemente inerte. Shirley abre mucho los ojos y echa un vistazo a mi pie, como diciendo: «Brian, sé que eres uno de los buenos y me gustaría poder apuntarlo».

No es una patada de verdad, lo que le doy a Rolph; más bien un golpecito con el pie.

Pero es ese golpecito, mientras me alejo dando tumbos, lo que me hace pensar. Apoyado en un olmo falso, todavía guardado en su cajón de embalaje vetusto, pienso: Seguramente mi golpecito no ha hecho daño a Rolph. No mucho. Luego, con el pie derecho, me doy una patadita en la pantorrilla izquierda, a fin de sentir lo que ha sentido Rolph. Luego otra, más fuerte. Debería reconfortarme: aun cuando me doy un golpe muchísimo más fuerte en la pantorrilla que el que le he dado a Rolph, tampoco me duele mucho.

Aun así, habría sido desagradable si alguien lo hubiera sentido mientras se estaba muriendo.

Un momento, ¿adónde estaba yendo?, me pregunto a mí mismo.

A Servicios de Supervisión y Denuncias, contesto. A delatar a Tom.

Gracias, me contesto.

Si no quieres que te traten con dureza, no hagas cosas malas, recalco.

Actúa con normalidad, ratifico.

Por lo menos no tardo en cruzar la Llanura Principal, porque en este día inquietante no hay absolutamente nadie apareándose.

Al otro lado del Puente C se eleva Servicios de Supervisión y Denuncias: una esbelta choza de color malva, donde ondean muchos estandartes.

Me estoy acercando al puente cuando alguien me llama por mi nombre y me giro para ver a Gabrielle D., de GUATEQUE AÑOS CINCUENTA, masticando chicle como de costumbre, con calcetines tobilleros pese a que tiene sesenta años y acompañada de su marido, Bill, cuyo jersey del equipo universitario me da la impresión de que le viene cada día más pequeño. Bill siempre me está llamando Frankenstein. ¿Por qué? ¡Es tremendamente impreciso! ¿Acaso yo lo llamo Eisenhower solo porque es un individuo de la misma área temática que Bill?

Aunque estamos en el Descanso, y por tanto no hace falta ir con los disfraces, ellos los llevan. Bill también luce el pelo engominado y Gabrielle D. conserva su coleta saltarina.

—¿Qué pasa contigo, Frankie? —dice Bill—. ¿Frankenstein, Francachela?

—Hola, Bill —le digo.

—Nos ha pedido Tom Frame que te pasemos esta chuleta, cielo —dice Gabrielle D.

Y me pasa una nota, que leo sin dilación:

> Querido Brian:
>
> Quiero que sepas que me he tomado a pecho mi reciente error y que estoy reflexionando hondamente para reducir las probabilidades de cometer equivocaciones similares en el futuro. Cuando he dicho eso de que jamás vienen Visitantes, quiero que sepas que no lo pienso, y que estaba, con mi torpeza característica, haciendo un intento de mostrarme ocurrente. En otras palabras, lo he dicho en broma, con ironía, para indicar la ferocidad con que creo justamente lo contrario.
>
> Debido a que me considero una persona provista de conciencia, me siento inclinado a recalcar que, cuando se termine tu Periodo de Denuncias, también habrás cometido un crimen, por omisión. Quiero que sepas que, si decides denunciarme, lo

entenderé. Sin embargo, si decides no denunciarme, consideraré que estamos unidos para siempre por la enorme amabilidad que me has demostrado.

Con gratitud y amistad eterna, sin importar lo que decidas,

Por favor, destruye este mensaje,

TOM FRAME

—¿Alguna respuesta, monstruito? —dice Bill.

—De momento no, Bill —le digo.

—Nos parece dabuten, colega —dice Gabrielle D. Luego se marchan, cogidos de la mano, y, como suele suceder, hacen una pausa para que él se la pueda pasar entre las piernas.

Ahora debo cruzar el puente y delatar a Tom.

Pero qué carta tan bonita, qué directa y llena de confianza.

Giro sobre mis talones, paso por la Máquina Expendedora para comprar un pastel de carne, me lo llevo a casa y me lo como en mi Cubículo de Dormir; no voy a ninguna parte en toda la noche.

Y de esta manera, dejo que expire mi Periodo de Denuncias.

Pero qué irónico.

A la mañana siguiente, después del Desayuno, estoy agachado cerca de mi nicho, bebiéndome un refresco de jengibre, cuando se me acerca al trote, dicharachera, Amy, la Asistente Especial de Shirley de Supervisión.

—Hola, Bri —me dice—. ¿Tienes un segundo? Acabamos de pasar un momento por tu nicho y mira lo que he encontrado.

¡En su mano, la carta tan bonita que me escribió el señor Frame!

En su otra mano: su silbato, que me da la sensación de que va a hacer sonar en cualquier momento para alertar sobre mí.

—Solo para que lo sepas —dice—, hace un momento le he enseñado esta carta al señor Frame. Y a continuación te ha delatado abiertamente, afirmando que ayer soltó en tu presencia una Falsedad Lamentable y que en ese momento le dedicaste una mirada para indicarle que no lo ibas a denunciar. Y según mis registros, no lo has hecho. No lo has denunciado. Brian, necesito que seas sincero: ¿te

soltó ayer el señor Frame una Falsedad Lamentable?

—Sí —le digo.

—Pero no lo denunciaste —dice ella.

—Supongo que no… —le digo—. Todavía no.

—¿Lo vas a denunciar ahora? —me dice.

—¿De verdad me ha delatado? —digo.

—Te lo acabo de detallar —me dice—. Sí.

—Pues entonces sí —digo.

—Pero tu Periodo de Denuncias ha expirado —dice.

—¿Ah, sí? —digo.

—Y el señor Frame está alegando inmunidad por haber sido el Primero en Tomar la Iniciativa —dice.

Pasan tranquilamente a nuestro lado tres vaqueros del OESTE, impostando andares de jinete.

Y se llevan una mano a los sombreros para saludarnos.

—Brian, para serte sincera… —dice—. Crecimos juntos. ¿Te acuerdas de los Fantasmitas? ¿Te acuerdas de los DracoNenes? ¿Te acuerdas de que estuvimos en el Equipo de Adolescentes que construyó aquellos primeros Potros de Tortura tan mal hechos que daban risa? En serio, no quiero hacer sonar este silbato y que se junte aquí un grupo y te mate a patadas.

—Yo también lo preferiría —le digo.

—Pero ves mi dilema, ¿no? —dice—. El señor Frame te acaba de delatar, por no delatarlo a él. ¿Quién me asegura que no me va a delatar a mí si no hago sonar el silbato para alertar de ti? Me entiendes, ¿no? Bri, ¿estás dispuesto a cooperar conmigo?

—Muy dispuesto —le digo.

—No hables y di que sí con la cabeza —me dice—, durante lo que está por venir.

Y hace sonar el silbato.

Se junta una multitud.

Amy, en quien todos confían, niega con la cabeza con gesto desilusionado.

—Hace un momento —dice—, se ha articulado en voz alta una Falsedad Lamentable.

Todos ahogan una exclamación y en docenas de caras aparece una expresión de: «Debes estar de broma, este escándalo nos pone furiosos».

—Y ha sido Tom Frame —dice Amy.

Y me mira.

Asiento con la cabeza.

—Lo sabemos —dice Amy— porque Brian, cumpliendo con su deber, por difícil que sea, ha contado la verdad. Me la ha contado a mí. Ahora mismo. De inmediato. No os sorprendáis si el señor Frame, mentiroso confeso, ahora intenta inventarse más rollos para salvar el pellejo.

La multitud se va corriendo en busca del señor Frame.

—No he sido capaz de hacer sonar el silbato contigo —dice Amy—. Me has parecido guapo desde que éramos pequeños.

—A mí también me has parecido guapa —le digo.

No es verdad, o no demasiado, pero parece un mal momento para empezar a violar las normas de la cortesía.

Pronto, a juzgar por los ruidos que hace el señor Frame cuando la multitud lo encuentra en las Máquinas Expendedoras, queda claro que la multitud ha encontrado al señor Frame en las Máquinas Expendedoras.

Amy y yo nos quedamos escuchando, haciendo muecas silenciosas de dolor en plan «uf» y «au».

—Supongo que no eres consciente de lo poco que quieres que te maten a patadas hasta que oyes a una multitud hacérselo a alguien cerca —digo.

—La cuestión es —dice Amy— que el señor Frame sí que hizo eso por lo que ahora lo están castigando. Así que no necesito sentirme mal, ¿verdad que no?

—No —digo.

—Pero sí que necesito sentirme mal, supongo, por el hecho de que tú también has hecho algo mal y todavía no se te ha castigado —dice—. Caray. Y ahora estoy haciendo algo mal yo, o sea que quizá acabe castigada. Pero tú consigues que ni siquiera me importe lo que está bien o lo que está mal.

Y nos besamos. Y, encontrando un sitio junto al arroyo cantarín, nos apareamos. No es la primera vez que lo hago, pero debo decir que es una de las mejores, y creo que lo que la hace tan memorable es el alivio que siento porque no me hayan matado a patadas.

De regreso a mi nicho, paso junto al señor Frame. Está caído junto a las Máquinas Expendedoras. Uno de nuestros pajarillos

enfermos se posa sobre el señor Frame y le da un picotazo. ¿Cómo llegan esos pájaros aquí abajo? Es uno de nuestros misterios más persistentes. ¿Qué los impulsa a meterse volando por nuestro Caño de Salida? ¿O quizá siempre han estado aquí?

Oh, Tom, pienso, es culpa mía, tendría que haber tirado tu carta. Pero la guardé con la esperanza de poder leerla muchas más veces. Aunque es más culpa tuya que mía, Tom, por delatarme a Amy, después de que ella te pillara cometiendo la fechoría que sí cometiste, tras la cual intentaste reclamar la inmunidad que concede ser el Primero en Tomar la Iniciativa. ¿A qué vino eso, Tom? Si me hubieras delatado con éxito, ahora sería a mí, y no a ti, a quien estaría picoteando un pajarillo enfermo cerca de las Máquinas Expendedoras, y sería yo quien se habría quedado hecho unos zorros, Tom.

Y a modo de respuesta, Tom, que ya hace rato que se fue, suelta una especie de bufido con las inmediaciones de la boca.

Esa noche Amy viene a dormir conmigo en mi Cubículo de Dormir: ¡apenas cabemos! Tan apretujados que ninguno de los dos puede darse la vuelta a menos que lo hagamos los dos a la vez, nos apareamos, reímos, salimos de entre las sábanas y nos preparamos unos fideos en mi hornillo, luego nos volvemos a meter entre las sábanas y me enseña a hacerle trenzas en el pelo.

Aunque me pasé muchos años sin que Amy me pareciera guapa, ahora sí me lo parece.

Cuando me despierto por la mañana, me encuentro con que tiene la frente pegada a la mía. Y una expresión en la cara que significa: «¿Puedo decir algo?».

—Buenos días —le digo.

—No estoy segura de poder hacer esto —dice.

—Sí, hay muy poco espacio —le digo.

—Llevo toda la vida intentando hacerlo todo bien —dice—. Y ahora esto. Aquí me tienes, una Asistente Especial, ¿y qué estoy haciendo? Pues justamente lo contrario.

Le toca supervisar NIDO DE AMOR LOCO EN LA DISCO y empieza a ponerse malhumoradamente el disfraz que se trajo anoche en una bolsa de viaje.

—Ver muerto a Tom me ha trastornado, lo admito —dice—.

Porque en cierto sentido lo hemos provocado nosotros. O sea, es así. Hemos provocado que mataran a patadas a Tom Frame, y ahora descansa en paz o lo que sea. En mi opinión, la cuestión se redujo a: muy bien, ¿a quién tengo menos ganas de que maten a patadas, a Brian o a Tom? Y la respuesta fuiste tú. De forma que mentí. Y supongo que ahora voy a tener que vivir con ello.

—Me has salvado la vida —le digo.

—Dios, ya lo sé; aun así, uf —dice.

Cuando tiro de la polea que hace que se retire la cama, adivina qué me encuentro.

Ha tenido lugar un incidente puntual relacionado con la presencia excesiva de agua.

Está teniendo lugar.

Pasa flotando toda clase de cosas: una capa, un brazo falso, una fiambrera.

Amy, con ese botín estilo disco tan chulo levantado por encima del incidente acuático en curso, frunce los labios, como diciendo: «Esto no es justo, con lo que me gustan estos botines».

Pero termina bajándolo. No le queda otro remedio. Si no quiere llegar tarde. Y se le mete el agua en los botines mientras le cojo la mano, como hacen en FIN DE SEMANA VICTORIANO.

—Mierda —dice—. Odio esto.

Queda un silencio flotando encima de nosotros, en plan: «¿Qué es lo que odias, Amy?».

Pasa chapoteando Red Murray, persiguiendo el sombrero suizo que debe llevar para desempeñar su rol en CENTRO TURÍSTICO DE LOS ALPES, Montañero Famoso por Sobrevivir a Terrible Avalancha.

No hay ninguna posibilidad de que Red alcance ese sombrero.

Al pasar me mira con cara de: «Debería ser fácil de atrapar, pero por alguna razón no para de alejárseme de las manos».

—Parece que están empeorando —digo.

—¿El qué? —dice Amy.

—Nada —digo.

Vamos chapoteando, cogidos de la mano, y me abruman unas poderosas sensaciones de confianza y de simpatía y las ganas de estar todavía más cerca de esa persona cuyas pestañas se rozaron anoche con las mías, y las mías con las de ella, una bonita experiencia de unión con alguien, sobre todo cuando estás apareándote con ese

alguien.

Así pues, lo digo:

—Estas inundaciones —digo en voz baja.

Y me encuentro con que se detiene y baja la vista, asombrada, para mirar el agua que fluye dentro y alrededor de sus botines estilo disco.

La acabo de meter en un aprieto. A ella y a mí mismo.

Nos he metido a los dos en un aprieto.

Ella se me acerca.

—Inundación —me susurra.

—Inundación —le susurro de vuelta.

—Inundación de mierda —me susurra, en tono un poco atolondrado.

Luego las luces parpadean y todo queda a oscuras.

—Fallo eléctrico —susurra Amy,

—*Otro* fallo eléctrico —le contesto también en susurros, para que no dude ni por un segundo de que estoy con ella hasta el final.

—Vienen Visitantes —murmura sarcásticamente en la oscuridad.

—Muchísimos Visitantes —digo.

Se vuelven a encender las luces y enseguida nos alcanza Gwen Thorsen, caracterizada de la Muerte, rumbo al Tranvía, levantándose la túnica para mantenerla fuera de eso que nos damos cuenta de que acabamos de llamar en voz alta, y quizá lo bastante fuerte como para que nos oyera alguien, «inundación», después de lo cual los dos hemos pronunciado en voz alta la expresión problemática «fallo eléctrico», refiriéndonos a eso que habría sido mejor soportar en silencio y con buen ánimo, después de lo cual los dos hemos articulado en voz alta la peor Falsedad Lamentable que se puede articular.

Los ojos de Gwen se fruncen hasta convertirse en unas ranuras que dicen: (1) Sí, chavales, lo he oído todo, y (2) Vosotros dos tenéis un rollo, lo cual está muy bien, pero, ahora que lo pienso, habéis matado a Tom Frame, con quien el rollo lo estaba teniendo yo.

En su prisa por ir a delatarnos, deja caer los bajos de su túnica de la Muerte, que le arrastra por detrás, abriendo un camino temporal de olas en el agua.

—Mierda —dice Amy.

Y hace sonar el silbato.

Se congrega una multitud, muchos de sus miembros frotándose los ojos, recién desvelados.

—Gwen acaba de articular una Falsedad Lamentable en voz alta —dice Amy—. Prefiero no decir cuál ha sido, pero...

Y menea dentro del agua la puntera de su botín estilo disco.

—¡No es verdad! —dice Gwen—. ¡Ha sido ella! Y él. También han usado, los dos, la expresión problemática «fallo eléctrico», además de...

—¿Quién la acaba de usar ahora mismo? Tú —dice Amy.

—¡La he usado para señalar que la has usado tú! —dice Gwen—. Y antes.

—Me resulta trágico —dice Amy—. Gwen, estás haciendo un intento muy poco convincente de cambiar las tornas.

Veo en la mirada de Gwen que sabe que no puede ganar contra Amy, en quien confían todos.

—Espera —dice Gwen, en tono frenético—. Pensadlo, colegas. ¿No es posible que sea Amy... la que miente? ¿Y no yo? Si es verdad que han dicho esas cosas que acabo de señalar que han dicho, y yo las he oído, ¿no sería así exactamente como ella, ya sabéis, lo presentaría?

Aunque sé que Gwen está diciendo la verdad, la está diciendo tan nerviosa que incluso yo dudo de ella.

Durante las patadas que siguen, Amy me mira con el ceño fruncido, como diciendo: «Pero súmate, hombre».

Y me sumo. No doy patadas, ni siquiera golpecitos con el pie, simplemente me quedo allí en medio de la nube de mal aliento de bocas sin enjuagar, zarandeado por las abundantes patadas de mis coetáneos.

Oh, Gwen, pienso, ¿por qué no has hecho eso que tantas veces he hecho yo cuando oigo accidentalmente a alguien decir algo que preferiría no haber oído, que es fingir que no lo he oído?

Cuando terminan, alguien sugiere que, por respeto, levantemos del suelo mojado a Gwen, que hasta ahora siempre había sido una chica majísima, y la pongamos en algún sitio más alto, como por ejemplo el Buzón de Sugerencias, que está hecho de plástico y tiene forma de rosa gigante, y en el que podemos dejar Sugerencias si lo deseamos.

Echamos a Gwen encima de la rosa, que, al notar su presencia, dice:

—¡Qué gran idea! ¡Me encanta!

Y como Gwen sigue echada encima de ella, la rosa sigue repitiendo lo mismo mientras nos alejamos.

—Esto va de mal en peor —dice Amy cuando nos acercamos al Tranvía.

—Ya lo creo —digo.

—Supongo que piensas que me he precipitado al recurrir al silbato —dice—. Oh, Dios, quizá sea verdad. ¿Pero qué querías que hiciera? ¿Dejar que nos delatara, para poder pasar el resto del día esperando a que nos mataran a patadas? ¿Te parece divertido? ¿Y por qué estábamos hablando de todas esas mierdas? ¿Cómo se nos ha ocurrido?

Cuando la miro, con sus botines estilo disco, lágrimas en los ojos y un aspecto más raro e indispuesto que atractivo, me sorprendo sintiendo más ternura por Amy que si tuviera un aspecto perfectamente compuesto y sexy; es decir, su momento de debilidad y de nerviosismo despierta en mí el sentimiento de querer protegerla de todo daño futuro.

En el Tranvía, disgustada, no quiere besarme.

Pero insisto. Y lo hacemos. Nos besamos. Y nos seguimos besando, pese a que ella, a bordo de su Tranvía, necesita inclinarse un poco, y yo corretear un poco, para poder seguir besándonos.

Luego el Tranvía desaparece en el Túnel Ocho.

Me giro para contemplar la Sala y la veo reverberar, con sus árboles falsos AutoMeciéndose de forma sincronizada, y veo reflejarse el tintineo y el resplandor de las muchas lucecitas de los árboles en las pequeñas y delicadas ondas que crean los peces en el arroyo cantarín, y todo eso me dice: Brian, te sientes mal por lo que acaba de pasarle a Gwen, vale, muy bien, ¿pero no es verdad que a pesar de todo el mundo sigue siendo maravilloso? ¿Y que ya ni siquiera estarías en este mundo si no fuera por Amy, que, llegado este punto, te ha salvado la vida dos veces?

¿Por qué no pruebas a ser feliz?

Esa tarde, los que estamos en pleno Descanso nos reunimos comunitariamente bajo el Caño de Salida.

Delante de nosotros: tres bolsas plateadas para cadáveres, etiquetadas respectivamente «R. S.», «T. F.» y «G. T.».

Amy entra con los demás Supervisores y me echa un vistazo; su melena reluciente se reubica y luego se mece de vuelta a su origen; su mirada adorable parece decirme: «¡Ah, genial, otra vez tú!».

Luego se le ensombrece la cara, como diciendo: «Uf, acabo de acordarme de que dos de esas tres bolsas plateadas llenas de bultos que hay ahí son en parte culpa nuestra».

El señor Regis de Coordinación Eficaz de Obradores dice unas pocas palabras a través de su pequeño amplificador, acerca de lo triste que es pasarse la vida entera honrando una serie de principios atemporales para después tirarlo todo a la basura en un solo momento de ofuscación; ¿y en nombre de qué? ¿Del desorden? ¿Del caos? Y encima te llevas ese deshonor contigo a la eternidad.

Las luces parpadean, se apagan, vuelven a encenderse.

¿Nos ha parecido agradable esta vida?, pregunta el señor Regis. ¿Hemos encontrado a gente a la que apreciar, cosas que nos den placer? ¿Hemos tenido la sensación general, al levantarnos por las mañanas, de que, mientras viviéramos dentro de los límites de la Ley 6, nos irían bien las cosas? ¿Acaso es pedir demasiado que no se haga hincapié en ciertas falsedades negativas? ¿Es una locura total que sean rechazados quienes, por razones egoístas, insisten en hacer hincapié en falsedades negativas?

Al de Conserjería camina hasta la bolsa que dice «R. S.», carga con ella y desaparece rápidamente por el Caño de Salida.

Dennis de Conserjería camina hasta la bolsa que dice «T. F.», carga con ella y desaparece por el Caño de Salida, aunque menos deprisa, porque Dennis es más pequeño que Al y Tom era más grande que Rolph.

Pronto Rolph y Tom descansarán Arriba, en ese cementerio umbrío de las inmediaciones de Pueblo (Colorado) inmortalizado en las Estampitas Memoriales que ahora nos reparten Susan y Gabe de Servicios de Consuelo; Pueblo (Colorado) es la ciudad bajo la cual estamos aproximadamente ubicados.

A Gwen le toca quedarse aquí un rato más, hasta que Al y Dennis

vuelvan a bajar y decidan cuál de los dos va a cargar con ella hasta Arriba.

El señor Regis desenchufa el micrófono de su pequeño amplificador, lo levanta del suelo y se aleja caminando tristemente, si es que se puede decir que camina tristemente alguien que lleva a cuestas un pequeño amplificador.

Al marcharse, Amy me saluda discretamente con la mano.

Oh, Vida, pienso, ojalá fueras más simple y yo pudiera experimentar estos sentimientos crecientes de amor por Amy sin el contrapeso de los sentimientos negativos que nacen de haber desempeñado, en cierto sentido, un papel en toda una serie de acontecimientos indeseables recientes.

Y me sorprendo a mí mismo maldiciendo un poco para mí la Ley 6.

Y la Vida me contesta: ¿Pero por qué maldices la Ley 6? Si te hubieras quedado dentro de sus sensatas directrices y hubieras delatado a Tom de inmediato, y si Amy y tú os hubierais refrenado de decir un montón de mierdas Lamentables en voz alta delante de Gwen, entonces Tom estaría igual de muerto que ahora, que es lo apropiado, y Gwen seguiría viva, retozando con su túnica de la Muerte y con aquella sonrisa torcida suya que enseñaba los dientes, y tú podrías estar disfrutando sin problemas de tus sentimientos por Amy, los dos trabajando duro, esperando a los Visitantes, pensando, quizá, en el matrimonio, y tal vez con el tiempo en bebés, como hace la gente normal que respeta la ley.

Todo lo cual suena bien.

Pero, ay, no ha de pasar.

Se acerca un tipo con una metralleta.

—¿Eres, por casualidad, Brian? —me dice—. Mi padre te mencionó. Le gustaba mucho fingir que te amenazaba desde las alturas, creo... Me ha parecido que eras tú, porque mi padre me mandó un dibujo. Era un artista fantástico. Soy Edgar Spengler, de GUARIDA DE GÁNSTERES DE CHICAGO. ¡El hijo de Rolph! Siento ir con la metralleta. Vengo directamente de mi Rol.

El dibujo me muestra tal como soy, caracterizado de Gul Agachado Ocho: camisa chamuscada, pantalones ennegrecidos por el

fuego, corbata abrasada, todo destinado a comunicar que, antes de morir, trabajaba en una oficina, quizá hasta fuera un ejecutivo.

Debajo, Rolph ha escrito con caligrafía: «Edgar, este es Brian, el amigo que he hecho».

Le digo a Edgar que Rolph era un buen hombre.

—Bueno, mamá y yo siempre lo creímos —dice Edgar—. Realmente no tenemos ni idea de qué le entró al final. Siempre fue muy sensato. Un tipo feliz, ya sabes. En fin, justo antes de su desafortunado pero merecido fallecimiento, mi padre, que había terminado su Descanso y estaba a punto de volverse a las FAUCES, me pidió que te diera este dibujo. Y se me olvidó dártelo. Ups. Vaya ironía. Ah, y esto también.

Y me entrega una carta. Me aparto a un lado para leerla:

> Querido Brian:
>
> Veo en ti a un «espíritu afín». Así pues, te voy a soltar cuatro verdades desagradables.
>
> Ya hace treinta años que me está devorando por dentro un siniestro secreto. Me he hecho viejo y por la presente quiero transferir de mis manos a las tuyas la antorcha del testigo de esa información inquietante. ¿Acaso se la he comunicado a mi hijo, Edgar, de GUARIDA DE GÁNSTERES DE CHICAGO? Pues no. Edgar, que Dios lo asista, siempre ha sido una persona completamente recta, sin imaginación, aunque con el mejor corazón que te hayas encontrado nunca, y siempre me dio miedo que todo este asunto pudiera ser demasiado para él, y que, con lo literal que era, quizá me delataría, a su propio padre.
>
> Hace mucho tiempo fui adolescente. Iba sobrado de energía disconforme. Y fue esa energía la que me llevó, una noche (¡agárrate!) a meterme y subir por el Caño de Salida. ¡Es cierto! Tenía unas pelotas de hierro en aquella época. De manera que subí por aquella escalera de mano metalizada que todos tan bien conocemos, y que, como sabes, está prohibido tocar, ya no digamos subir, pensando, presa de la soberbia: Voy a ver cómo es el Arriba, a presenciar por mí mismo algunas de las cosas que nos enseñaron en Geografía, como por ejemplo las tiendas de golosinas, los viaductos, la lluvia, los bulevares, las fiestas en los aparcamientos del estadio de fútbol americano, el montañismo,

broncearse junto a la piscina o besar a tu chica en un sitio llamado «el área de aparcamiento de detrás del Safeway». Me moría de ganas de ver el Cielo. Con lo altísimo que era. Y en aquella época del año todos los bosques debían de estar superverdes.

Estuve subiendo unos cuarenta o cincuenta minutos. Y luego, paf, algo me torció de golpe el cuello.

¿El qué?

Un techo bajo de roca.

Correcto: el Caño de Salida sube, sí, pero en cuanto a la Salida, no hay ninguna (!). El Caño no es más que un largo túnel vertical que termina en ese techo de roca contra el cual, como acabo de mencionar, me torcí el cuello de tan deprisa que estaba subiendo.

¿Y qué pasa con los cadáveres de nuestros seres queridos, te preguntarás, que año tras año hemos visto cómo Dennis y Al —y antes que ellos, Bob Big Bob French— se llevaban por el Caño para sacarlos al Arriba?

¡Buena pregunta!

Cuando empecé a bajar, descubrí, a un lado, una cámara cavernosa que, por culpa de las prisas y la falta de luz, no había visto mientras subía, y si eres la típica persona a quien le da grima una montaña de bolsas plateadas para cadáveres, algunas de hace cincuenta y sesenta años, con un vago olor a descomposición y algún que otro brazo o pierna de esqueleto asomando, sigue mi consejo: ¡no entres allí con una linterna, que es lo que yo cometí el error de hacer!

Resumiendo, el Caño al que todos nos hemos estado asomando con esperanza durante todos estos años no es ningún Caño, sino un simple pozo que lleva a una lúgubre y triste cámara mortuoria (!).

Estamos sellados aquí abajo, sellados para siempre, por una losa de cemento recia y permanente. O quizá sea de amalgama de cemento y poliuretano.

¿Y cómo se supone que llegan aquí abajo los Visitantes? Pues no llegan. No parece que hubiera jamás la intención de que llegaran.

Jamás recibiremos ninguna Visita.

No me estoy quedando contigo.

¿Qué es todo esto? ¿Por qué nos metieron aquí? ¿Quizá pasó algo malo en el Arriba en tiempos lejanos? ¿Como por ejemplo enfermedades, guerras, hambrunas? ¿Y alguien de Arriba pensó: Quizá nos convenga apartar a unos cuantos? ¿Como si fueran semillas? ¿Y esos somos nosotros? ¿Hasta que se termine eso malo que está pasando? ¿O bien es algo tipo control de la población? ¿Nuestros antepasados eran maleantes y esta es su cárcel? En ese caso, ¿por qué complicarla tanto? ¿Para qué sirven los disfraces, los roles, el arroyo, el Tranvía, la Bolera?

No lo sé.

Y no creo que lo sepa nadie de los que viven hoy en día entre nosotros.

Me he pasado toda mi vida adulta callándome esto. Me he sentido muy solo. Pero estoy a punto de explotar. Hay días en que sinceramente me entran ganas de cortar mi propio cable con una de mis lanzas y precipitarme desde las alturas. ¡Pero si no sucede eso, te veré pronto, colega, desde las alturas! Escríbeme cuando puedas, a la dirección de Edgar, mi hijo, GUARIDA DE GÁNSTERES DE CHICAGO, que es quien te ha traído esta carta, aunque no tiene ni idea de su contenido, y es que nunca ha sido muy aficionado a leer.

Confío en seguir siendo tu amigo, a pesar de las verdades desagradables que te he soltado.

ROLPH P. SPENGLER

Me acerco al Caño de Salida y lo miro, pensando: Un momento, ¿qué pasa ahora?

¿Sabía yo, querido lector, que tradicionalmente han venido aquí abajo muy pocos Visitantes, y que, de hecho, no ha venido ni uno solo desde que yo estoy vivo? Sí, sí, claro, lo sabemos todos. Pero una cosa es saberlo y otra cosa es decirlo. ¿Para qué decirlo? ¿Acaso sirve para algo? Sabemos por amarga experiencia que no. Todos recordamos con vergüenza el periodo conocido como el Atolladero, durante el cual, descorazonados, muchos abandonamos por completo nuestros roles, dejando de lado accesorios y disfraces y dedicándonos simplemente a pulular y decir chorradas, discutir, rezongar, tener rencillas y visitar

las Máquinas Expendedoras para comprar aquellas pistolas de sedantes llamadas SomnoCargas, a las que seguían, a veces en cuestión de minutos, aquellos minipaquetes de polvo estimulante llamados HiperBrincos.

Qué tiempos aquellos.

¡Ni hablar!

Nuestra pérdida de objetivo en la vida causó ocho muertes entre nuestros once obradores hermanos, así como la destrucción de muchas de las cosas chulas que nos habían legado las generaciones previas. Una noche, el antes descrito Demonio Arrepentido fue arrojado por el borde del Acantilado del Deseo Incesante, emitiendo un triste y arbitrario gemido de arrepentimiento con cada impacto hasta que por fin se estrelló contra una Unidad de Ventilación y guardó silencio. Y allí se quedó tirado, mirando con sus tristes ojos de Demonio a quienes lo habíamos arrojado por el terraplén, como diciendo: «Colegas, ya basta, sacadme de este barranco inmundo y empecemos desde cero. En algo tenemos que creer, ¿no?».

Pronto, y como comunidad, le contestamos: Sí, sí, debemos. ¡No creer en nada nos está volviendo locos! ¿Ocho muertos y cuarenta heridos? Nuestras tres Máquinas Expendedoras principales reventadas y flotando en el Lago de Fuego Central, el Tranvía descarrilado obligándonos a caminar por los senderos a oscuras que llevan a la Sala cuando tenemos Descanso, y además, ¿qué gracia tiene el Descanso cuando llevas absolutamente cero Horas de Rol?

De ahí vino la Ley 6.

Y las cosas mejoraron.

Y así siguen.

Siempre me he preguntado (nos lo hemos preguntado todos, o bien hemos hecho lo posible para preguntárnoslo): ¿Cuándo vendrán los Visitantes? Pues en cualquier momento. O bien en un día señalado. Y en el instante en que empiece ese día, lo llamaremos hoy. Por tanto, cada día, cuando nos levantamos al amanecer, ¡debemos suponer que hoy podría ser el día señalado! Y cuando por fin vengan los Visitantes, ¿qué esperamos hacer? Pues dejarlos alucinados. Quizá dejarlos patitiesos. Con lo bien que lo hacemos. En nuestro caso, en el caso de las FAUCES, patitiesos de miedo. ¡Qué triste sería que, después de tanto esperar, cuando los Visitantes llegaran por fin, lo hiciéramos de pena! Y que ellos dijeran: Con lo difícil que ha sido bajar por ese Caño de

Salida tan largo usando esa escalerilla metalizada resbaladiza, y ahora nos toca volver a subirla cansinamente sin haber pasado miedo ni haber quedado alucinados...

Pero ahora parece que ese día señalado, ese día tan anhelado, no va a llegar nunca.

Me doy cuenta con un sobresalto de que estoy pisando la cabeza o los pies de la bolsa plateada que tiene dentro el cadáver de Gwen.

La cabeza.

Dentro de esa bolsa está lo que queda de aquella sonrisa torcida que enseñaba los dientes.

Y me viene de golpe una triste idea: si los Visitantes no van a venir nunca, entonces Gwen, Rolph y Tom han muerto en vano.

Por no mencionar a Lester *Dash* Cobb, de Servicios Alimentarios, que tenía una base de datos con todos nuestros cumpleaños, por puro hobby, hasta que la Nochebuena pasada, borracho, perpetró en voz alta la falacia de la Carencia de Visitantes y pagó el precio supremo, y ya jamás volvió a regalar a nadie una tosca postal navideña de fabricación casera. O a Betty Loomis, la Removedora de Sangre, cuyo rol era estar sumergida hasta la cintura y plañendo en el Estanque de la Sangre de los Culpables, y que el año pasado empezó a sentarse deprimida en la orilla, sin plañir nunca, murmurando cosas que no debería, y que, cuando la rodeamos, nos bendijo y nos perdonó a todos por adelantado.

Y otros, muchos otros.

A veces, en la vida tus cimientos mismos se bambolean y todo lo que siempre has creído y atesorado empieza a correrse de un lado para otro, y de pronto todo te parece extraño y nuevo.

Que es lo que me pasa ahora.

Sinceramente, estoy lleno de asombro.

Nunca para de llegarnos aire fresco por las Unidades de Ventilación 1 a 26, y agua fresca por los diversos Grifos, y comida por las estrechas Tolvas de Comida que llegan a nuestras muchas Cocinas, y electricidad, aunque a veces falle, por esos cables verdes tan grandes que hay remachados al techo. Nada de todo eso puede ser barato, ¿verdad? Por tanto, debe de haber alguien ahí arriba a quien le seguimos importando.

¿Pero qué significa que le seguimos importando? ¿Cómo se puede meter a una gente en un hoyo y después sellar el hoyo con una losa?

Lo extraño del caso es que es en este momento cuando me doy cuenta de que estoy enamorado.

Porque, cuando me pregunto con quién podría compartir estas revelaciones (a quién quiero recurrir en esta hora tan necesitada), me doy cuenta de que es con Amy.

Y con nadie más que Amy.

Que, según el reloj que hay en un costado del Caño, debe de estar Cenando, en el Comedor.

Cuando entro en el Comedor en busca de Amy, detrás de un grupo de gente de DÍA SALVAJE EN EL OESTE que me corta el paso, me entran ganas de decir: «Venga ya, Jimbo, para de decir "yiiipa"», mientras Jimbo, que en realidad se llama Jim pero insiste en darle a su nombre un aire del OESTE incluso cuando está en pleno Descanso, se dedica a masticar un palito de remover el café, como si fuera una brizna de heno o algo así, supongo que para parecer más del OESTE...

La hora de los roles no es ahora, Jimbo.

Amy no está.

¿Por qué no pueden apartarse de en medio estos vaqueros?, me pregunto en tono huraño. Luego me siento lo más lejos de ellos que puedo.

Sinceramente, lo más sorprendente del caso es que me encuentro lleno de esperanza. ¿Qué nueva vida podríamos iniciar ahora, libres de la perspectiva de que vayan a venir Visitantes? ¿En quién podemos convertirnos, ya sin roles? ¿A qué meta más generosa podríamos dirigir nuestras considerables energías, hasta ahora malgastadas?

Son todas preguntas que me muero de ganas de explorar con Amy.

Pero va a ser que no.

Las Supervisoras de nuestros Supervisores son Shirley y Kiko: Shirley de día y Kiko de noche.

Por tanto, no es habitual ver a Shirley y a Kiko juntas en el mismo lugar.

Pero aquí están ahora, entrando las dos en tándem en el Comedor.

Y vienen directas a mí.

—Me ha comentado Shirley que el otro día apenas le diste a

Rolph una patadita de nada —dice Kiko, dándole la vuelta a una silla para sentarse con el respaldo por delante.

Shirley se queda de pie con actitud severa.

—Fue más bien un golpecito —dice Shirley—. Con el pie.

Qué combinación más extraña de sentimientos estoy experimentando.

—¿Te podemos invitar a una Coca-Cola Kiko y yo? —dice Shirley, y me ofrece diez fichas.

—Tómate una Coca-Cola y pon tus pensamientos en orden —dice Kiko—. Siempre has sido una persona firme hasta ahora.

Cojo las fichas, me levanto y me compro no una, sino dos Coca-Colas, porque hoy es Martes Dos-Por-Uno, y te puedes llevar dos unidades de cada cosa por el precio de una.

—Por lo general somos gente maja en nuestra comunidad —dice Kiko, antes incluso de que termine de sentarme—. ¿Alguna vez te preguntas por qué somos tan violentos de vez en cuando?

—Quizá es porque nos preocupamos —dice Shirley.

—Creo que es exactamente por eso —dice Kiko—. Vivimos muy juntos en poco espacio, y, por tanto, para preservar la positividad y el orden, hemos desarrollado un sistema que se distingue por su rigor, disciplina y ferocidad.

Kiko está manoseando su silbato, que le cuelga de un cordel de color naranja que lleva en torno al cuello.

Y ahora me ve mirarlo.

Y echa un vistazo rápido al Comedor.

—Hoy tenemos bastante gente por aquí —dice.

—¿Hay algo que te gustaría decirnos, Brian? —pregunta Shirley —. ¿Lo que sea?

—Hemos oído que tienes un rollo con Amy —dice Kiko.

—Mi Asistente Especial —dice Shirley.

—Nos encontramos con ciertas dudas sobre toda esta situación con Gwen —dice Kiko.

—Con respecto a Amy —dice Shirley.

—Con respecto a la espectacular falta de sentido común que parece estar mostrando Amy —dice Kiko.

—Basándonos en los testimonios de dos testigos fiables —dice Shirley.

—Bret Freeze y Katy Freeze —dice Kiko.

—Nos gustaría subrayar que, en tu caso, no todo está perdido —dice Shirley—. Estás en posición de ser el Primero en Tomar la Iniciativa.

—Preferimos centrarnos en peces más gordos —dice Kiko.

—Y para atrapar un pez gigante y tan respetado como Amy —dice Shirley—, va a ser clave tener pruebas sólidas.

¡Pobrecillas! Qué mezquino se ve todo esto.

Sabiendo lo que sé ahora.

Les paso, entre mis Coca-Colas, la carta de Rolph.

Y veo cómo se les ponen las caras rojas mientras la leen.

—Hum, a ver si entiendo esto, Bri —dice Shirley, devolviéndomela—. A ver si lo estoy entendiendo. Todos estos años, Dennis y Al han estado..., ¿qué? ¿Amontonando bolsas de cadáveres en esa cueva o lo que sea que hay ahí arriba?

—Ya apenas debería quedar espacio —dice Kiko.

—Tan poco espacio que cada vez que Dennis y Al suben allí para añadir un cuerpo nuevo al montón —dice Shirley—, básicamente tienen que tirarlo lo más arriba que pueden, a lo alto de esa..., ¿qué? ¿Colina resbaladiza y bamboleante de muertos?

—Tranquila, Shirl —dice Kiko.

—Y ahora están todos preocupados por si la próxima será la vez en que el muerto se resbala hasta abajo y se escapa del montón y al cabo de unos minutos sale disparado por el puñetero Caño, ¿no? —dice Shirley—. ¿Y eso por qué ha de ser problema mío?

Y me mira con los ojos repentinamente llorosos.

Para mi asombro.

—Vaya, mierda, felicidades, Bri —dice con voz ronca—. Acabas de unirte a una pequeña fraternidad que ha jurado guardar este secreto por el bien de todos.

—No se lo cuentes a Amy —dice Kiko—. Para nada. Cuanta menos gente lo sepa, mejor.

—Razón de más para eliminar a Amy —dice Shirley—. Para que nos ayudes a eliminarla.

Y adivina quién entra entonces.

—Hablando del rey de Roma —dice Kiko.

Nada más verme con Kiko y Shirley, cuyas posturas inclinadas hacia delante e inquisitivas deben de resultarle familiares de las muchas veces que ella ha asumido esa misma postura para conseguir

que alguien delate a un ser querido y cercano, Amy se detiene en seco, me mira ladeando la cabeza con gesto desconsolado y sale corriendo del Comedor.

Kiko levanta el silbato y lo hace sonar dos veces, lo cual no significa «venid todos y poneos a dar patadas», sino más bien «Tate y/o Jacqueline, traed las Picanas y paralizad a Brian, que parece que tiene ganas de salir corriendo detrás de Amy».

A continuación resuena el estruendo de una Alerta General, y Ken DiRogini, por megafonía, dice que un individuo desconocido, de sexo femenino, posiblemente Amy, o, mejor dicho, casi seguro que es Amy, acaba de tirar al suelo de un empujón a Al y de entrar de forma ilegal en el Caño de Salida, decidida, parece, a escapar al Arriba.

Y aquí viene Jacqueline, con su Picana.

Y caigo redondo.

Qué extraño resulta despertarse en la Clínica, con marcas de quemaduras en ambas sienes, teniendo todavía tan recientes el olor y el sabor de Amy y el tacto de su mano en la mía, solo para darme cuenta de que Amy no está Arriba, para nada, sino atrapada en esa lúgubre cámara mortuoria, sopesando dos opciones igualmente mediocres: (1) Bajar y morir víctima de unas patadas más enérgicas que de costumbre, por el hecho de haber admitido su culpa huyendo; o bien (2) Quedarse allí arriba para siempre, rodeada de siniestros cadáveres, bajando de vez en cuando en plena noche para coger comida y agua de las Máquinas Expendedoras, que es algo que, si hace un movimiento en falso, véase la opción (1) de más arriba.

¿Puedo levantarme de aquí para irme con ella? ¿Construir una vida con ella, allí arriba? Sí. Sí. En cuanto se me pasen las náuseas. Y sea capaz de pasar un rato despierto.

Pero, ay…

Una tercera opción que no me esperaba: esa misma noche aparece Amy, cayendo de cabeza por el Caño y estrellándose contra el suelo con ese ruido que hace la gente cuando se cae desde la altura que uno tarda entre cuarenta y cincuenta minutos en alcanzar con una escalera de mano.

Dentro de su mano cerrada con fuerza: una nota, para mí, escrita en una página de su Registro de Supervisión, que la mañana siguiente

me entrega con discreción Carver D., Abogado Tímido en FIN DE SEMANA VICTORIANO, en la Clínica.

—Gracias, Carve —le digo.

—Para alguien como yo no es molestia —me dice.

Querido Brian:

Te he estado esperando aquí arriba pero no ha habido suerte. Supongo que sería pedirte demasiado. Entiendo por qué me has tenido que delatar. Seguramente habría hecho lo mismo en tu lugar. Así somos.

¿Sabes qué? El Caño no lleva al Arriba. Lo único que hay aquí arriba es una fosa común en una cueva. Tom, Rolph y Gwen están aquí. Puedo estirar el brazo y tocar a Gwen. Ya está, ya lo he hecho. Estoy perdiendo un poco la chaveta en este espacio tan pequeño donde me he quedado sentada, entre ella y la larga caída. He buscado hasta localizar a tu madre y a mi padre. Tu padre y mi madre deben de estar más adentro, porque murieron antes, ¿no?

Alguna vez en el pasado se me ocurrió que quizá el Arriba pudiera no ser real. Pero mientras escribo, una luz de una naturaleza completamente nueva se filtra por docenas de pequeñas grietas que hay en la losa.

Así pues, el Arriba es real, pero no es para nosotros.

En mi cabeza todo parece roto. ¿Tienes alguna idea de cuántas veces he hecho sonar el silbato? ¿A cuánta gente he denunciado con él? Llevo un buen rato aquí sentada intentando calcular la cifra. ¿Por qué he hecho todo eso?

Cariño, no va a venir nadie. Para ver lo bien que lo hemos hecho o lo hacemos. Estamos solo nosotros. Para siempre. Hasta que nos aniquile una inundación o deje de llegarnos comida. Menudo chiste, nuestra forma de vivir. La preocupación, las sospechas, el estrés, la mezquindad. No paro de soñar que estos cadáveres me están contando lo que harían si regresaran. Lo que nadie ha dicho hasta ahora: delata a más gente y pega patadas más fuertes cuando te lo manden.

¿Qué soy?, ¿una asesina? ¿Y tú? Creo que sí, guau.

En fin, se me acabó la vida. Ni aquí arriba ni allí abajo.

Ya ves.

No me importa morir, pero no soporto la idea de que tú hayas contribuido a mi muerte, aunque, siendo nosotros, supongo que lo has tenido que hacer.

Anda, mira, caray, te estoy salvando otra vez.

XO

A.

Para el Almuerzo, Shirley y Kiko me mandan un filete, pudin, cuatro Kit Kat y un batido. Más una nota: «Sentimos lo de Amy; es triste, pero es lo mejor que podía pasar. Por cierto, creemos que serías un buen Supervisor. Esperamos que te apetezca. Porque, si no, lo tienes negro, sinceramente».

«Sí, por favor», escribo al final de la hoja, como con apetito y les devuelvo la nota junto con el plato limpio.

Pero no voy a hacerme Supervisor.

Todos los días empiezan como un día señalado, querido lector, y cuando empieza lo llamamos «hoy». Por tanto, todos los días, cuando nos despertamos, debemos suponer que el día señalado es «hoy». ¿Pero por qué? Eso es lo desconocido, es lo que debo averiguar, y deprisa; porque, a ver, ¿qué sentido van a tener a partir de ahora cada uno de los días que me esperan?

Tengo la carta de Amy y la de Rolph. Tengo estas notas que te he escrito a ti, querido lector.

En cuanto me den el alta, me levantaré, iré al Servicio de Copistería, haré copias de estas notas, saldré y dejaré copias en todos los tocones de árbol falsos de la Sala, en todas las sillas del Comedor, en el Guardarropía de la DISCO, en los establos de la JUSTA, en las cantinas del OESTE, en los asientos del Tranvía, siempre en marcha en su bucle infinito de un obrador hermano al siguiente, desde FESTIVAL DEL AMOR, ARROYO CALIFORNIANO, en el norte, hasta EVOCADOR VERANO EN MAINE en el sur, a fin de que todo el mundo pueda conocer la verdad y hacerse la pregunta, quizá en un momento de calma: ¿acaso este mundo que hemos construido es un mundo donde puede prosperar el amor?

Aunque ya no viviré para verlo, y temo las patadas que me han de llegar, espero que estas palabras contribuyan a hacer caer el viejo mundo.

El Día de la Madre

Los árboles de Pine Street que todas las primaveras echaban flores de color violeta habían echado flores de color violeta. ¿Y qué? ¿Qué tenía eso de especial? Pasaba todas las primaveras. Pammy no paraba de decirle: «Mira las flores, mamá. Son increíbles, ¿no?». Sus hijos le estaban intentando hacer la pelota. Paulie había venido en avión y Pammy la había llevado a almorzar para celebrar el Día de la Madre y ahora iba cogiéndole la mano. ¡Cogiéndole la mano! Por Pine Street. La misma chica que una vez le había apartado la mano de un bofetón a su madre por intentar arreglarle el cuello del vestido.

—Mamá —dijo Pammy—, esas flores, guau, me tienen alucinada.

Era típico de Pammy llevar a su madre a almorzar vestida con una sudadera con un dibujo tachado de una ametralladora. ¿Por qué no se ponía un vestido bonito? ¿O un traje pantalón? Por lo menos esta vez Pammy y Paulie no se habían estado metiendo con ella por fumar. Incluso cuando Pammy estudiaba arpa, incluso cuando Paulie tenía el pelo largo y salía con aquella tal Eileen, y aun después de que Eileen le pusiera los cuernos y Paulie se afeitara la cabeza, siempre que Paulie y Pammy venían de visita se dedicaban a meterse con ella por el tabaco. Lo cual era de muy mala educación. No tenían derecho. Cuando su padre vivía, no se habrían atrevido. Cuando Pammy le había apartado la mano de un bofetón por recolocarle el cuello del vestido, Paul Padre le había arreado un buen sopapo.

El pueblo estaba bonito. Las banderas ondeaban al viento.

—Mamá, ¿te ha gustado el almuerzo? —dijo Pammy.

—Estaba bien —dijo Alma.

Por lo menos no tenía voz de ancianita. Tenía la misma voz que siempre, la que había tenido cuando era joven y no había mujer más guapa cuando salía de cócteles con un vestido ajustado.

—Mamá, ya sé qué podemos hacer —dijo Pammy—. ¿Por qué no subimos paseando por Pickle Street?

¿Qué estaba intentando Pammy? ¿Dejarla lisiada? Ya llevaban

dos horas fuera de casa. Paulie había dormido hasta tarde y se había saltado el almuerzo. Acababa de llegar volando y, caray, qué cansados tenía los brazos. Paul Padre siempre hacía el mismo chiste después de todos los viajes. Paulie nunca. No tenía el ingenio de su padre. Además, parecía que iba a llover. Sobre el puente del canal flotaban unos nubarrones de color negro azulado.

—Nos vamos a casa —dijo Alma—. Me puedes llevar a la tumba con el coche.

—Mamá —dijo Pammy—. No vamos a la tumba, acuérdate.

—Sí que vamos.

Al llegar a la tumba diría: Paul, cariño, todo está yendo bien, Paulie ha venido en avión y Pammy me ha cogido de la mano por una vez en su vida y no se han metido conmigo por fumar.

Pasaron por delante de la casa de los Manfrey. Una vez, durante la era Nixon, a la cúpula de los Manfrey le había caído un rayo encima. Por la mañana había un trozo de cúpula en la hierba del jardín. Alma había pasado por delante con Nipper. Paul Padre nunca paseaba a Nipper. Era demasiado temprano para él. Paul Padre había sido un poco dado a la bebida. Paul Padre bebía un poco con gran sofisticación. Por aquella época, Paul Padre vendía un pequeño artilugio que se usaba para estimular el crecimiento de las plantas. Se lo ponías a un árbol y supuestamente el árbol crecía con fuerza. Cuando Paul Padre bebía un poco con gran sofisticación, se inventaba palabras encantadoras y a veces hacía reverencias. Aquel caballero de aspecto distinguido aparecía en tu puerta medio beodo y te preguntaba si tus árboles se encontraban *desmejobilados*. Si se estaban quedado *retrazapados* respecto a los demás árboles. ¿Necesitaban quizá un poco de *tonifacción*? Y te enseñaba el pequeño artilugio. De aquella forma habían estado a punto de perder su casa. Paul Padre era encantador. Pero nada convincente como vendedor. La eficacia de sus estimuladores de árboles era nebulosa. El mismo Paul Padre lo había dicho con su voz grave de borracho aquella noche en que había parecido seguro que iban a perder la casa.

—Madre —había dicho—. La eficacia de mis estimuladores de árboles es nebulosa.

—Mamá —dijo Pammy.

—¿Qué? —dijo Alma en tono cortante—. ¿Qué quieres?

—Te has parado —dijo Pammy.

—¿Qué te crees?, ¿que no me doy cuenta? —dijo ella—. Me duelen las rodillas. Mi hija me está arrastrando por todo el pueblo.

Ella no lo había sabido. Pero sí lo sabía ahora. Estaban delante del taller al que antaño iban los hombres para cortar tuberías. Que ahora era un gimnasio Lean & Fit. Aquella vez en que habían estado a punto de perder la casa, Paulie había ido a su cama con un vaso lleno de moneditas. Ahora era calvo y vendía espacio de anuncios para la revista *PennySaver*. Pammy trabajaba para la organización No a la Muerte Animal. Se llamaba literalmente así. El local olía a cáñamo. En las camisetas y gorras que vendían había caricaturas de vacas que decían cosas como «Gracias por no dispararme un pistón a la cabeza».

Y qué listos habían sido de niños. Alma se acordaba del Premio al Éxito Académico de Paulie. Un niño había llorado al no llevarse uno. Pero Paulie sí lo había conseguido. Era al crecer cuando se habían torcido. Tenían trabajos idiotas y nunca se habían casado y no paraban de hablar de sus sentimientos.

Algo había echado a perder a Paulie y a Pammy. En fin, ella no había sido. Ella siempre se había mantenido firme. En una ocasión los había dejado en el zoo por desobedecerla. Aquella vez en que les había dicho que pararan de dar de comer a la jirafa, ellos habían seguido. De manera que los había dejado en el zoo y se había ido a tomar un cóctel, y al volver se había encontrado a Pammy y a Paulie arrepentidos frente a la verja de entrada, con los globos del zoo desinflados. Había sido una buena lección de obediencia. Un mes más tarde, en el funeral de Ed Pedloski, cuando Alma les había ordenado con una sola mirada severa que desfilaran junto al féretro abierto, habían desfilado junto al féretro abierto sin perder un momento y sin tonterías.

Al pobre Ed lo habían encontrado en el suelo de su cocina después de varios días muerto y tenía un aspecto terrible.

—Mamá, ¿estás bien? —dijo Pammy.

—No seas ridícula —dijo Alma.

En sus primeros días de casados, Paul Padre y ella lo habían hecho de todas las maneras imaginables. Al terminar se quedaban tumbados en el suelo, debatiendo de qué color iban a pintar las paredes. Pero luego habían venido los niños. Que se portaban mal. Lloraban y se quejaban y se cagaban en momentos arbitrarios e idiotas, pisaban cristales rotos, se despertaban de sus siestas y bajaban

las persianas mientras ella estaba tumbada en el suelo con Paul Padre, sin haber podido hacerlo de ninguna manera, y entonces le tocaba a ella levantarse, exasperada, lo cual lo estropeaba todo, y cuando volvía, Paul Padre ya estaba en la otra punta del jardín cascándose una pequeña trompichuela.

Pronto Paul Padre empezó a pasar las noches fuera. ¿Y a quién le extrañaba? No era divertido estar en casa. Por culpa de Pammy y de Paulie. Se requerían medidas drásticas. Alma se empezó a comprar la ropa interior más atrevida. Comenzó a fumar otra vez. Un día dejó que Paul Padre le azotara el culo desnudo, plantada sin más ropa que unos tacones frente a la nevera. Una vez, en el jardín, se agazapó, borracha, y esperó para abalanzarse sobre Paul Padre. Y cuando saltó, se lo encontró sin pantalones. Aquello era parte de la gracia. La locura. Todo formaba parte de su gran amor. Como la vez en que se encontró a Paul Padre inconsciente en el porche y lo tuvo que ayudar a llegar a la cama. También aquello formaba parte de su gran amor. Incluso aquella vez tan graciosa en que la llamó Milly. Una vez Paul Padre y ella se quedaron fuera, mirando por una ventana, con las copas en la mano, mirando cómo Paulie y Pammy iban de habitación en habitación, intentando frenéticamente encontrarlos. Aquello había sido..., había sido solo para divertirse. Había sido gracioso. Cuando por fin volvieron a entrar, los niños se quedaron tremendamente aliviados. Pammy rompió a llorar y Paulie se puso a dar puñetazos a Paul Padre en la entrepierna con tanta rabia que tuvieron que mandarlo a...

Bueno, lo que estaba claro era que no lo habían mandado a dormir al cobertizo del jardín en plena noche oscura. Que era lo que él afirmaría siempre. Nunca habrían hecho nada parecido. Habían..., seguramente se habían reído y ya está. Como los espíritus libres que eran. Y después lo habían mandado a la cama. Por pegar. Y seguramente después el niño se había escapado y se había escondido en el cobertizo. En plan rebelde. Se pasaron horas buscándolo. Horas buscándolo heroicamente, hasta que por fin lo encontraron en el cobertizo, durmiendo maliciosamente sobre un saco de fertilizante, con los rastros de lágrimas surcándole la cara mugrienta.

¿Pero por qué había estado llorando, si supuestamente se había escondido por rebeldía?

Ya hacía mucho tiempo de todo aquello.

Alma no tenía intención de meterse en la puñetera máquina del tiempo para revisitarlo.

Ahora estaba negro el cielo de encima de la biblioteca.

Como le cayera el diluvio encima por culpa de Pammy, su hija se iba a enterar de lo que valía un peine.

Un Cuatro de Julio, Paul Padre se había puesto a magrearla entre los crisantemos. Eso le gustaba. Y había estado ansiando más desenfreno. Pues muy bien, chaval, aquí lo tienes. Aquellas cosas funcionaban. En las épocas de magreo entre los crisantemos, dejabas de oír el nombre de Milly, o el de Carol Menninger, o el de Evelyn como se llamara. Dejabas de oír brevemente aquellos nombres y de oler aquellos perfumes extraños, durante aquel fugaz periodo de victoria por medio del desenfreno. ¿Dónde habían estado los niños durante aquel Cuatro de Julio mágico? Felices con sus bengalas en alguna parte, seguramente. De hecho, dos bengalas se les habían acercado. Y se habían detenido. Para marcharse a toda prisa. En fin, eso les enseñaría a espiar. Les enseñaría que los adultos necesitaban ratos de intimidad.

—Mirad bien, niños —había dicho Paul Padre en tono gangoso de borracho, dirigiéndose a la espalda desnuda de ella—. Bienvenidos a la visión más dolorosa.

Poco después del Cuatro de Julio del Desenfreno, volvieron a estar a punto de perder la casa. El desenfreno cesó del todo. Y en ausencia de desenfreno, regresaron los nombres/perfumes.

No. Alguien lo recordaba mal. Habían trabajado codo con codo para salvar la casa, y toda la cuestión de los nombres/perfumes se había disipado de forma permanente, y a los dos les había resultado gracioso que a alguien le pudiera pasar por la cabeza que Paul Padre se pudiera plantear siquiera...

Qué cansada estaba.

Menuda estúpida era Pammy.

Menuda desconsiderada.

—A casa —dijo.

Más adelante, al otro lado de Pine Street, barriendo el camino de entrada..., ¿acaso era...?

Lo era.

Debi Hather. Dios santo. Pero qué vieja era.

La chica rara y tirada del instituto. Hippie perdida. Cabeza

diminuta, melena rizada, pecho plano. Y mírala ahora, seguía siendo una rara: blusa oriental, pantalones con lazos en los tobillos, flaca como un pajarillo. ¿Quién se creía que era?, ¿Gandhi o algo parecido? ¿La señora Gandhi?

¿La Abuela Hippie?

Barriendo como una loca la entrada de aquella misma casita diminuta que antaño habían sido unas cocheras y donde llevaba viviendo desde niña. Con los raros de sus padres. Mandy y Randy. Los dos habían sido cojos. Con cojeras distintas. Cuando iban juntos por la calle, aquello parecía un puñetero baile.

Pero aguarda un *momentésimo*, Onésimo, le dijo mentalmente Paul Padre. Pongamos por caso *hipertésico*: imagina que tus padres fueran unos lisiados y que creciste en una casita minúscula y que nunca hubieras tenido dónde caerte yerta... ¿No habrías salido tú también rara y perdida, con una docena de matrimonios fracasados y una hija trágicamente fugada?

Pues no, contestó ella. No habría salido así.

¿Lo sabes a ciencia cierta?, dijo Paul Padre. Bueno, quizá es que soy tonto. Quizá no consigo entender tu lógica inmensamente superior. Quizá, como has vivido una vida perfecta, tienes todas las respuestas.

No.

Ni se te ocurra.

No defiendas eso aquí.

Me limito a plantear la cuestión, dijo él.

La estaba avasallando, como solía hacer, sin darle siquiera la oportunidad de...

Acierto o *afalso*, *¿rebalso?*, dijo él. ¡Se agota el tiempo! ¡Responda, por favor!

¿Y cómo lo iba a saber ella? ¿Cómo podía saber quién sería si no fuera ella? ¿Y a qué venía aquella pregunta? No tenía importancia alguna.

—Mamá, ¿quieres acercarte a saludarla? —dijo Pammy—. Es una vieja amiga tuya, ¿verdad?

—Bueno, vieja sí que es —dijo Alma—. Pero amiga mía, no.

—Mamá, por Dios —dijo Pammy.

—Nunca tuvimos nada que ver con ella —dijo Alma—. Una hippie perdida. Nunca fue nada para nosotros.

No mucho, al menos.

No fue mucho.

¡Caramba! Se acercaba por la calle Alma Carlson. La de Pine Street. Con su hija a remolque. Pammy o Kimmie o algo por el estilo. Al hijo, Paulie, lo había visto el día anterior en el Wegmans, cargado de flores. Para Alma (!). Aquello no se entendía: a la Vieja Mezquina (Alma) le regalaban flores para el Día de la Madre, y a la Madre Amable y Generosa (ella, Debi) le regalaban...

Dios, menuda cara traía: parecía una manzana arrugada. Con la bolsa de cierre de cordón bien agarrada.

¿Cuándo iba Dios, o quien fuera, a fulminar a una cabrona como aquella? ¿O acaso le iba a ser concedido vivir la vida hasta el final, con lo mala persona que había sido? Menudo era Dios. Debi no era ninguna gran creyente en Él, ni en el Infierno ni en ninguno de aquellos rollos masculinos. Tampoco ella había sido ningún ángel, y en sus tiempos había tomado (sí) unas cuantas drogas, y no le hacía demasiada gracia presentarse ante las puertas del Cielo o lo que fuera y que san Fulanito la buscara en su libro y dijera: Anda, madre mía, acabo de contar el número de tíos con que has estado en tu vida y, buf, ¿puedes esperar aquí un momento mientras le voy a preguntar a Dios cuál es el límite?

Fru, fru.

(*Fru* era lo más parecido que se le ocurría a una onomatopeya del acto de barrer el suelo.)

Fru, fru.

Porque, sí, vale, le habían gustado los hombres. Y ella les había gustado a ellos. En los viejos tiempos. Para ella, era una forma de arrebato gozoso. Como el pintor aquel de la tele a quien le gustaba tanto pintar que a veces su mujer se picaba y él sostenía el pincel en alto y decía: «¡Es un arrebato gozoso, Joanie, *mea culpa*!». Pues ella había sido igual. Aunque lo suyo era acostarse con hombres. ¡Ja! Había disfrutado de todos y cada uno de ellos. Hasta de los pervertidos. ¡Sobre todo de los pervertidos! ¡Aquel viajante de Indiana, el de las vendas para los ojos, menudo había sido aquel! ¿Las llevaba encima a todas partes o qué? ¡Parece que sí! Pero que Dios lo bendijera, él era así, aquella era su fantasía. Todo el mundo tenía una

fantasía, o varias, y la opinión de Debi era que, si amabas el universo (y ella lo amaba, o eso le gustaba pensar, o por lo menos *lo intentaba*), tenías que amarlo *entero*. Y eso incluía al tipo de Indiana (¿Ted? ¿Todd?), con su maletín lleno de vendas para los ojos. ¿Dónde estaría ahora? Lo recordaba unos quince años mayor que ella. Así pues, ¿dónde estaría? ¿En un asilo? ¿Muerto? ¿Teniendo él también una conversación interesante con san Fulanito, sobre las vendas para los ojos? ¿Sobre el hecho de que no había parado exactamente cuando ella se lo había pedido...?

Pero incluso aquello..., en fin, de todo se aprendía algo. O por lo menos ella aprendía de todo. Y lo que había aprendido del tipo de Indiana era...

Bueno, no estaba segura.

No salgas con tipos de Indiana.

Ja.

La monda.

Fru.

¿Quién había venido después de Ted/Todd de Indiana? ¿Quién? Carl. Y después Tobin. Y después el dúo Lawrence/Gary. Después ya no se acordaba bien. ¡Dios bendito, la lista era interminable! Realmente había vivido la vida. No había discriminado entre altos/bajos, patosos/sofisticados, casados/no casados, nada. No había puesto trabas. No había tenido malos rollos con nadie. Si te intereso, te lo agradezco y me entrego a la parte de ti que se entrega a mí, vamos a ello. Ja. No, en serio, no rechazaba a *ninguno*. ¿Por qué negarse a estar abierta al momento? ¡Adelante! Todavía hoy en día, ¡adelante! Abrirse, abrirse, abrirse. Debería cruzar Pine Street corriendo y darle un abrazo a Alma. Menudo susto le daría a la vieja zorra.

Pero no. Si algo había aprendido en la vida era que había que aceptar a la gente tal como era.

Por ejemplo, a Vicky. Su hija. Debi había aceptado a la persona que había sido Vicky en cualquier momento de su vida. Cuando Vicky había querido ser un ratón de biblioteca y llevar aquellos zapatones y memorizar todo lo que se podía saber sobre la Revolución francesa y pasarse el día limpiando la casa y fregando los azulejos y lo que fuera, ella había dicho: adelante, chica, te acepto. Cuando Vicky había querido cortar el césped porque venía el fin de semana del desfile, y el

pueblo entero iba a ver lo largo que lo tenían (como si eso fuera un problema), pues muy bien, camarada, por mucho que solo tengas ocho años, arremángate y planta bien esos zapatones en el suelo y empuja esa mole de cortadora, no me va a dar ninguna vergüenza.

A Debi le había parecido bien cualquier cosa que hubiera querido ser su hija.

Aunque habría estado muy bien que Vicky hubiera querido ser una chica menos sumisa, más excéntrica, lo bastante decidida como para no dejarse disuadir por nada. De alguna forma, Debi había terminado con la hija incorrecta. Y eso había generado tensión. Vicky era realmente *estirada*. Todo tenía que ser *perfecto*. Por ejemplo, una vez Vicky había traído a casa a un chaval muy majo, Dan, y ella, Debi, les había hecho macarrones con queso, pero no tenía leche, porque hacía días que le estaba dando largas Phil, o quizá fuera Clive, y eso la había distraído y se había pasado una semana o dos sin ir a la tienda, de forma que los había preparado con yogur de fresa, y los chavales se habían negado a comérselos, y ella había señalado (solo para ser sincera) que debían de ser una pareja de seres humanos realmente privilegiados para hacerle ascos a algo que en el noventa por ciento del mundo sería considerado un puto *banquete*, y, al oír la palabrota, Dan (que era hijo de *cirujanos*) había palidecido, o se había ruborizado, o lo que fuera, y Vicky había empezado a tartamudear, y aquel día Vicky —ella se acordaba especialmente de aquello, porque era un detalle totalmente típico de Vicky, la constante saboteadora de sí misma— se había dejado puesto aquel retenedor de ortodoncia que parecía un soporte para armónica. ¡El día que venía un chico a casa! ¿Pero cómo se le *ocurría*?

Así pues, sí: había tensión. Había tensión entre ellas. Y cada vez más. Hasta que, por fin, el último año del instituto, Vicky había ejecutado una habilidosa maniobra para aligerar la tensión. Escaparse. Desaparecer. Con aquel desgraciado de Al Fowler y el flaco de su primo. Al regresó al cabo de unos meses y explicó que la había dejado en Phoenix porque estaba siendo una hija de puta.

Al cabo de dos semanas, una postal: «Mamá, estoy bien, no intentes encontrarme».

Y eso había sido todo.

Ya hacía treinta y dos años.

Y en todo aquel tiempo, ni una palabra.

Fru.

Así era la vida.

¿Pero sabes qué? La verdad era que todo aquello le gustaba. En serio. Porque había criado a una joven independiente. A una princesa guerrera. A una joven tan decidida a conseguir lo que necesitaba que ni siquiera se había molestado en despedirse. Ni de su propia madre. Qué valentía. Qué maravilla. Porque si Vicky *se hubiera despedido*, Debi habría intentado convencerla para que no se marchara. De tanto que la quería. Le habría dicho: Vale, mira, de acuerdo, soy un desastre, hay demasiados hombres en mi vida y no siempre estoy disponible cuando me necesitas —para lo que sea, el álgebra y esas cosas—, pero si me das otra oportunidad me concentraré más en *ti* y en *tus* necesidades, y renegaré por completo de la persona que soy *yo* (una persona que siempre está intentando decir que *sí* a la vida) y haré lo que pueda (¡está decidido!) para empezar a decir *no* a la vida, y para derramarme con gran falsedad en ese molde tan restrictivo en el que parece que prefieres verme («la madre robot perfecta»), de manera que nada que yo haga te suponga ningún desafío ni te haga salirte ni un centímetro de tu minúscula y restrictiva zona de…

Alma se había detenido al otro lado de la calle. Mirándola con cara de odio. Como si se hubiera quedado encallada allí.

¿Qué pasa, tía? ¿Qué quieres? ¿Una reverencia? ¿Un saludo militar? ¿Un saludo con la manita?

Aquí lo tienes, colega.

¿Le apetece devolverme el saludo, majestad?

¿No?

Pues vale.

Que Dios librara a Debi de juzgar a nadie en ningún momento. Porque juzgar era dominar. Ponerse por encima de los demás. Y ella se negaba a hacerlo. Aunque algunos sí que juzgaban. Muchos.

Pero ella no.

Aun así, sería la monda que Alma la palmara y san Fulanito le dijera: ¿Por qué has sido tan mezquina? ¿Por qué has sido tan arrogante, y tan hipócrita? ¿No te parecía hermosa la vida? ¿Dónde tenías el *corazón*? ¿Por qué malgastaste tu preciada fuerza vital intentando poseer, controlar, *interferir*?

Y Alma, recién muerta, se quedaría allí pasmada, en plan: Estoy teniendo una revelación ahora mismo. ¿Quién tenía razón? Debi.

¿Y quién estaba equivocada? Yo, Alma. Luego le enseñarían la película de su vida y Alma se enteraría de que Paul se había estado follando a todo lo que se movía y aquello la haría ver la verdad.

¿Y acaso ella, Debi, estaría allí cerca, dentro del Cielo, presenciándolo todo con regocijo? Pues no. Porque se iba a morir después que Alma.

Ja.

Pero no. Pongamos que ya estuviera muerta. En ese caso, le diría: Yo te conocí en vida, Alma, ¿te acuerdas de mí?

Caray, Debi, hola, sí que me acuerdo, le diría Alma. Y lo siento mucho. Fui superestirada contigo.

Sí que lo fuiste, le diría ella. Pero te perdono.

Y san Fulanito las miraría, impresionado, en plan: Guau, yo pensaba que te había tratado como a una puta mierda, pero aun así estás siendo supermaja con ella.

Pero, a ver, es que te follaste a mi marido, diría Alma. Un millón de veces. Lo acabo de ver en esa película de mi vida que me han puesto. Incluso cuando estaba en el hospital pariendo a Pammy.

¿Y eso te sorprende?, le diría san Fulanito. ¿Conociendo a tu marido?

Me sorprende, sí, diría Alma. Porque vivía en un estado de ceguera autoimpuesto, sin buscar nunca la verdad.

Qué lástima, diría san Fulanito. Eso es muy mal fario. ¿Cuál crees que es el mayor pecado: el adulterio o interponerse en el camino del amor verdadero?

No lo sé, diría Alma.

Interponerse en el camino del amor verdadero, le diría san Fulanito.

Pero es que era mi *marido*, diría Alma.

Bueno, el matrimonio no es más que una tradición cultural banal, diría san Fulanito. Por lo menos, así lo entendemos aquí arriba.

Se dedicó a follárselo sin parar, diría Alma alicaída. Delante de mis narices. Y jamás me enteré.

Sin embargo, aquí estoy, en el Cielo, diría Debi. Piénsalo.

Ja. Todo aquello le había venido a la cabeza, sin más.

La mente creativa, vaya.

Especialmente la de ella.

En fin, Paul se había merecido algo mejor. Mejor que Alma. Era

muy dulce. Daba la sensación de que, cuando follaba con todo lo que se movía, únicamente estaba siendo fiel a su naturaleza verdadera. Lo disfrutaba muchísimo y, al acabar, te elogiaba de forma completamente sincera y jamás fingía que no te conocía en público, como hacían muchos, sino que siempre se alegraba de verte, y a veces hasta te guiñaba el ojo, con Alma delante, lo cual resultaba extrañamente delicioso, porque Alma (había que admitirlo) siempre había tenido una especie de glamur, por ser una de las chicas mayores y también (Debi se lo podía reconocer) guapa de verdad. Una vez, en una especie de fiesta celebrada en un jardín, Paul le había dedicado a Debi aquel guiño y los dos se habían escabullido a una especie de cobertizo que había al lado de la piscina y después, cuando había vuelto con Alma, que parecía preocupada (como solía pasarle muy a menudo por entonces, ja, ja), Paul le había puesto la mano a Alma en el culo y le había dedicado a ella, a Debi, un segundo guiño, y aquel gesto de la mano en el culo había puesto tan contenta a Alma, como si realmente *significara* algo para ella, que, acordándose ahora de aquel momento patético de felicidad de Alma, ella, Debi, sintió una punzada de sentimiento de sororidad, del tipo «los hombres son todos unos cerdos, ¿verdad, hermana?», aunque por entonces no la había sentido demasiado, porque la acababa de dejar Eric, o Chase, y aquel segundo guiño (que significaba, o así lo había interpretado ella, «*Das parienta* no tiene ni idea de lo dulcemente travieso que ha sido que me la chuparas hace un momento sentada en esa bombona de cloro») la había hecho enormemente feliz.

¡Y lo bien que hablaba el colega! «Siento un ardor máximo *pour toi*», decía. Aquella se la había apuntado Debi. En su Diario Loco. ¡Qué tiempos aquellos! Te follabas a quien fuera y luego lo apuntabas en el Diario Loco.

¿Cómo era posible que Alma no se hubiera enterado de todo lo que había follado Paul, por todas partes? Con ella, con Linda, con Milly K., con la chica iraní, con las dos hermanas Porter, con Mag Kelly, con Evelyn Sonderstrom. ¡Y esas eran solo las que Debi conocía en persona! Lo sabía todo el mundo. ¿Cómo era posible que no lo supiera Alma? Te paseabas por el pueblo y era imposible no ver al alto, pálido y desmañado Paul saliendo de alguna casa, o bien llevándose a alguna chavala (a ella, a Debi, ja, culpable) a la parte de atrás de la iglesia de Saint Jude para echar un polvo rápido,

tarareando *Kumbayá* irónicamente. Al cabo de unos días, Paul le había mandado una pulsera. Y bonita, encima. Todavía la tenía. Debería donarla. A algún albergue para mujeres. Dios, ¿quién había sido Debi en aquella época? Mira que tirarse a un tipo casado, y encima detrás de una iglesia...

No, ¿pero sabes qué? Le encantaba aquella mujer. *Ensalzaba* a aquella mujer. A la mujer que había sido: auténtica, espontánea, una mujer que nunca pensaba las cosas dos veces. Nunca.

Simplemente *se lanzaba*.

¡A veces era muy frustrante! ¡Había nacido en la época equivocada! Estaba bastante segura de que en el futuro la gente tendría una conducta abierta y libre, y se follaría a quien quisiera, y viviría en comunas, compartiendo todas las responsabilidades, y si te molaba cocinar y limpiar y esas cosas, pues las harías, o si eras una persona más creativa y te sentías más auténtica estando con otra gente y ofreciéndoles consejo sobre sus problemas, y fumando un poco de hachís para profundizar más, pues lo harías. Nadie sería dueño de nada ni de nadie. Todo el mundo haría exactamente lo que le gustaba, y nadie cotillearía sobre nadie ni miraría con desprecio a nadie ni consideraría a nadie una guarra, y todas las casas serían exactamente del mismo tamaño, y si alguien se ponía a construir alguna ampliación pija de la suya, *paf*, todo el mundo aparecería allí, diciendo: *Ni se te ocurra, aquí somos todos iguales*, y si la persona se quejaba, pues simplemente, bueno, se celebraría alguna clase de asamblea. Y esa asamblea pondría en su sitio de forma justa y sistemática a aquella elitista. Equiparándola a los demás. Obligándola a vivir en una casa más pequeña, a modo de penitencia. Y algunas integrantes de aquel subgrupo de personas sabias que habían elegido dar consejo a las demás y fumar hachís ocuparían simbólicamente la casa de la opresora. De forma temporal. Y se quedarían también con su marido. Hasta que la elitista se arrepintiera de verdad. Pero si se resistía, y se negaba a arrepentirse de verdad (de acuerdo con el juicio del subgrupo de personas sabias), le tocaría quedarse en aquella casa mucho más pequeña hasta que se bajara del burro, y entretanto el grupo de sabias se congregaría frente a la casa, provocándola, formando una especie de piquete virtuoso, hasta dejarla casi muerta de hambre, y...

Era muy injusto. Debi había amado a Paul y Paul la había

correspondido, pero no había tenido la oportunidad de vivir con él ni un solo minuto de su vida, y luego Paul había roto con ella, y a Debi le había tocado pasar todos los días frente a su casa de camino a aquel estúpido trabajo de recepcionista, mirando cómo crecía aquella ampliación tan fea de la casa (y crecía y crecía), y a veces veía allí a Alma, cruzada de brazos en medio de la estructura, fumando con gesto petulante.

Pero, en fin...

¿Quién había triunfado? ¿Quién era feliz? ¿Quién era feliz ahora? ¿Alma, quizá? Porque no se la veía muy feliz.

Ella, Debi, era feliz.

Feliz, en aquel momento, de cómo iban las cosas. El viento arreciando, las nubes negras sobre el centro recreativo, ella sacando el talón de la alpargata: todo perfecto.

Juego, set y partido para Debi.

La vida era dura, decía la gente. Pues no. No estaba de acuerdo. La vida era sabia. La vida *compensaba*. El amor de tu vida rompía contigo, y pasaban muchos años, y tu hija se fugaba, y eso casi terminaba contigo, pero después, ya estando fuera de juego, te veías obligada a recapacitar, a plantearte qué cosas buenas habías tenido en la vida, y cuál había sido la mejor, y al ver que tu respuesta era: «Paul; Paul es lo mejor que me ha pasado nunca», volvías de forma natural a él, lo buscabas, lo volvías a atraer a la relación, a ti, ¿y qué sacabas de ello? Pues el año más feliz de tu vida. De las vidas de ambos. Lo había dicho él. «Nunca he sido tan feliz. Es la verdad.» Fueron sus palabras exactas. De forma que Debi tenía eso. Y luego Paul se había muerto. La típica mala suerte de ella.

Como es obvio, Debi no había podido presentarse en Chasen-Winney durante las horas de visita, de forma que había visitado discretamente la tumba al cabo de unos días, llorando como una Magdalena. Y entonces había aparecido Alma. Como siempre. La Gran Interferencia. La Truncadora. En aquel Granada rojo tan chulo que le había comprado Paul hacía poco. Por su cumpleaños. Ay. Debi había tenido que escabullirse, bosque a través, estropeándose los zapatos de vestir negros nuevos, porque (¿quién podía saberlo?) resultaba que había una ciénaga allí atrás, y por fin había conseguido salir de ella dando tumbos, como una especie de fantasma descorazonado, delante del Wendy's, donde se había tomado un batido, con el barro de color

rojo arcilla formándole un charco en torno a los zapatos echados a perder, con el chaval de la fregona echándole miradas en plan: Señora, hay que ser rara para venir a llorar al Wendy's. Por favor, márchese ya para que pueda limpiar la porquería que está dejando.

Y luego Debi había tenido que llamar a Cal, del trabajo, para que la volviera a llevar al cementerio y recoger el Dart.

Fin de la historia.

Sola desde entonces.

Fru.

—Mamá, caray, devuélvele el saludo —dijo Pammy—. Te estás portando como una chiflada.

Me temo que no pienso hacerlo, pensó Alma.

—Solo es una señora mayor —dijo Pammy—. ¿Por qué herirle los sentimientos? Bueno, así lo veo yo.

—Porque no tienes ni puñetera idea de nada —dijo Alma—. Mírate. ¿Qué has hecho tú en la vida?

De pronto la brisa era fría y alborotaba las hojas en torno a ellas.

Vaya, fantástico. Ahora Pammy se había enfadado. Bua, bua. Pammy era susceptible. Delicada. Quién sabía por qué. Alma siempre había tratado con franqueza a Pammy-Putt.

Ja. Pammy-Putt. Casi se había olvidado de aquel apodo que le habían puesto. Pammy-Putt. Con sus coletas. Un lacito rosa en una coleta y uno amarillo en la otra. Porque así era como lo quería Pammy-Putt. La pequeña Pammy-Putt, subida al taburete, dirigiendo resueltamente la elaboración de las coletas. Alma llevaba sin pensar en aquello desde... Todavía se acordaba del olor de la cabeza de aquella niña. Dulzón. Como a tréboles. ¿Qué se había hecho de aquel olor? ¿Qué se había hecho de aquella niñita llena de confianza en sí misma...?

Un día, estando en segundo de primaria, Pammy-Putt había vuelto a casa preguntando qué era un «hazmerreír». Y qué era un «mujeriego». ¿Quién le había dicho aquellas cosas?, preguntó Alma en tono imperioso. ¿Quién le había estado contando aquellas mentiras inmundas? Llevaba un par de copichuelas en el cuerpo. De manera que se mostró enérgica. Pammy no soltaba ningún nombre. La obligó a aguantarse de pie sobre una sola pierna durante un rato. Luego le

lavó la boca a conciencia con jabón por desobedecer una orden directa...

Las campanas de la iglesia de Saint Caspian repicaron una vez, dos, tres...

Y por fin llegó la lluvia. Perfecto. Qué idiota era Pammy. A ocho manzanas de casa. Y con las rodillas hechas polvo. ¿Qué plan tienes, Pammy? ¿Llevarme en brazos? Pammy tenía problemas de espalda. No iba a cargar con nada ni con nadie.

Empezaron a rebotar en la acera las piedrecitas del granizo.

Era bonito.

¡Ay! No era bonito.

¡Eh! ¡Mierda! ¿Qué...?

—Mamá, más nos vale correr —dijo Pammy.

¿Correr? Corre tú. Yo no puedo, mema. Llevo sin correr desde...

Pero allí estaba ella. Corriendo. Más o menos. Detrás de Pammy. Dios, vaya estilo patoso con que estaban corriendo. El granizo le pinchaba en los brazos como si fueran avispas. Avispas que caían a plomo. Un bloque de granizo del tamaño de un limón se estrelló en la acera delante de ellas y se quedó espachurrado como un granizado.

Joder, le podría haber caído encima a alguien.

Pammy se había quitado la sudadera y la estaba aguantando por encima de la cabeza de Alma. Dios, vaya chica. Allí plantada, en sujetador, con los brazos rosados y desnudos en alto. Para que su madre no se llevara un castañazo. Con el pelo lleno de piedrecitas de aquellas, como las cuentas de plástico de aquellas cosas católicas de antaño...

Sintió una ráfaga de ternura por Pammy.

Algo impactó en la cabeza de Pammy y le hizo aparecer una minimuesca roja en el nacimiento del pelo. Pareció que se quedaba aturdida. Demasiado aturdida para moverse. ¿Un árbol? Delante de casa de los Obernick. Empujó a Pammy para arrimarla al árbol. Mejor. No, no era mejor. El granizo había empezado a abrirse paso entre las ramas. A la valla de los Obernick le cayó encima una lluvia de ramas partidas: una, dos, tres, cuatro, cinco. Dios, necesitaban salir de allí. Cayó otra rama y le dio en todo el hombro. ¡Eh, me has hecho daño, payasa! Como la vez en que Karl Metz le había pegado sin querer con aquel martillo.

Alguien la estaba llamando por su nombre.

Desde el otro lado de la calle.

Las piedrecitas de granizo que rebotaban sobre el paraguas negro de Debi parecían ese sudor que les salía volando de la cabeza a los personajes de dibujos animados cuando estaban supuestamente preocupados. Paul Padre le había enseñado una vez una revista porno que era así. Con los personajes dibujados. La misma que encontraría Paulie más adelante. Donde un tipo muy preocupado veía cómo su mujer se tiraba a un marinero enorme o...

No era admisible. No era admisible aceptar ayuda de Debi. ¿O sí? Quizá sí. Pero no. A Paul le había gustado demasiado. De todas ellas, había sido la que más le había gustado y con la que había estado más tiempo y con la que había vuelto después de terminar con las demás. Era humillante. El hecho de que hubiera pasado más tiempo con la más rara y la más tirada de todas, y que siempre hablara con amabilidad de ella, como si realmente pudiera...

Viejo. Viejo estúpido. Viejo enamoradizo. Y aquel viejo feliz, en calzoncillos, contándoselo todo, como si ella tuviera que alegrarse, alegrarse por él, alegrarse por...

Le hizo un mal gesto a Debi.

No te necesitamos, Zorra. No te queremos.

Se apoyó en la valla de los Obernick. Estaba sucia. Alguien debería darle una mano de pintura.

—¿Mamá? —dijo Pammy, con un hilillo de sangre cayéndole por la cara—. ¿Estás bien, mamá?

Apartó a Pammy de un empujón. No podía respirar. Cuando la apartó de un empujón, Pammy se mantuvo a distancia. Pammy era así. Dulce pero débil. No se rebotaba. La podías quitar de en medio sin problemas.

La valla se hundió. El suelo ascendió. Ay. Mierda de valla. Tendría que ponerles una demanda a los idiotas de los Ober...

Ahora estaba en el suelo, con un pedal de bicicleta roto justo delante de la cara y una hormiga subiendo por él. La valla estaba en pie. Seguía en pie. No se había hundido. Solo se había hundido ella. ¿Por qué demonios estaba en el suelo?

Oh, Dios, le había pasado algo en el corazón, algo en el...

Las campanas de la iglesia de Saint Caspian repicaron una vez, dos,

tres...

Se avecinaba lluvia. Menudo peñazo.

No iba a poder salir de casa en todo el día.

Al otro lado de Pine Street, la brisa estaba combando los girasoles de los Denison. Allí estaban Alma y como se llamara su hija, encorvadas como dos mujeres trol. La madre trol y la hija trol, en el poblado de los trols. El Día de la Madre Trol. Qué bonito. Qué tierno. Y qué raro.

Un último *fru*.

Y aquí llegaba.

¡Que lloviera! ¡Dios, menudo diluvio! ¡Que cayera! ¡Sí! ¡Precioso! Un memorando de la Madre Naturaleza: puedo ponerme muy loca, no me cabreéis o convertiré al instante Pine Street en un río y obstruiré las alcantarillas y arrojaré (¡guau!, ¡carajo!) un torrente de cristalitos punzantes, eso que los humanos llamáis «granizo», pero que yo, la Madre Naturaleza, llamo «mi prodigiosa exhibición», que resonarán o danzarán al ritmo de mi música, hasta tal punto que rebotarán —¡guau!, ¡carajo!, ¡mierda!— del suelo negro y mojado de la calle y el rebote los impulsará hasta la altura de vuestras cinturas, cayendo de igual manera sobre los humildes y los...

¡Nueces!

¡Pelotas de golf!

¡Mierda!

¡Hostia!

¿Cómo le estaba yendo a Alma? No muy bien. Se estaba llevando unos buenos castañazos. ¡Ja! ¡Ahí lo tienes, chaval! Todo un ejemplo de las lecciones que da el mundo. Intenta salir de esta haciéndote la arrogante, majestad.

De alguna parte llegó el ruido de un desfile, ese ruido característico de tambores lejanos, y era raro, porque lo normal sería que hubieran cancelado cualquier desfile, con la granizada que estaba cayendo. Pero no era un desfile; era el ruido que hacían los trozos de hielo más grandes al estrellarse sobre (¡uf!) el Fiesta de los Obernick y el cubo de basura de los Neilly, que —¡uy!— ahora volcó (como si lo hubieran dejado inconsciente) y se alejó rodando por Pine.

Pammy o Cammie o como se llamara se había quitado la sudadera y la estaba usando a modo de toldo para cubrir a Alma.

Para cubrir a su madre.

Era tierno, la verdad.

Oh, demonios, un momento, en alguna parte de aquel desorden debía de tener un...

Entró en la casa, sacó del paragüero el paraguas con mango de cabeza de pato de su padre y salió.

Porque ¿quién era ella? Debi. ¿Y quién era Debi? Debi era generosa, un alma generosa. Se la conocía por eso: porque daba y daba y tendía una mano a los demás, por muy mal que la hubieran tratado, incluso a una mala persona como Alma, a quien (sí, vale, lo admitía) a menudo le había deseado la muerte, a fin de poder tener una oportunidad decente de conseguir al hombre al que amaba y una casa de verdad y todas las cosas que se suponía que había que tener en el mundo; pero no, ya no le deseaba la muerte a Alma, porque ella, Debi, era *amor*, era *perdón*, era *bondad*, era *luz*; allí donde había alguien necesitado, allí estaba Debi, y esa era la razón de que estuviera a punto de hacer lo que estaba a punto de...

Salió, con el paraguas en alto, y gritó de lado a lado de la calle.

Espera.

Espera un momento.

¿Le había hecho un mal gesto Alma?

Pues sí. Oh, Dios mío. Era para no creérselo. ¡Qué valor! ¡Qué pelotas! ¿Acaso seguía siendo la reina? ¿Y la moza campesina no estaba a su altura? ¿No merezco acudir en tu ayuda, alteza?

Pues que te zurzan, Alma.

Que te sirva de lección.

Hay sapos que no me pienso tragar.

Porque ella, Debi, también era lo bastante sabia como para dejar que el mundo le enseñara una lección a la mala gente mientras ella se quedaba tranquilamente a un lado, contemplando/confiando en el cosmos.

Volvió a entrar en la casa, cerró de un portazo, devolvió el paraguas de un golpe al paragüero, se retiró al cuarto del medio, el antiguo cuarto de sus padres, sacó con gesto furioso su declaración de la renta del archivador y se sentó a hojear inútilmente los impresos, pensando en lo extraño que era (hermoso, en realidad, una misteriosa bendición no buscada) que después de una vida entera sin que nadie la tomara en serio (polvo fácil, amante descartada, madre abandonada) por fin (al final de la vida) estuviera aprendiendo a no

dejarse pisotear, carajo.

Se quedó allí unos quince minutos, sulfurada, sin conseguir hacer nada, hasta que oyó que llegaba la primera ambulancia; fue corriendo hasta la ventana, con un nudo en la garganta, y miró cómo, sin probar siquiera a usar las palas del desfibrilador, le tapaban a Alma la cabeza con una sábana y la metían en el vehículo.

La mente de Debi se tambaleó hacia delante, chisporroteó y se apagó.

Alma se agarró a un poste de la valla. Para apoyarse en él y salir... de aquello. Dolor. Ahora estaba pasando algo nuevo. Estaba empeorando la opresión que sentía en el pecho. Dios. Era como lo que había sentido en el parto de Paulie. Luego la cosa fue más allá, hasta llegar al dolor del parto de Pammy, y de pronto estaba dando a luz a algo más grande que Pammy, que le estaba saliendo del pecho.

Dios, oh, Dios.

¡Pum!, era como habría descrito aquello si todavía hubiera sido capaz de describir cosas.

¡Pum!

Ahora apareció un grupo de pequeñas criaturas. Dios, vuelve. No sabía si acariciarlas o apartarlas a patadas. Y mientras las criaturas la miraban fijamente, Alma vio que decían: «Cuidado, niña, cuidado».

Y entonces apareció la criatura-jefe: un hombre.

Paul Padre.

Qué guapo estaba.

—¿Te has despertado por fin, cielo? —le dijo ella—. ¿Y ya amas a quien debes? ¿A la persona que te ha conocido desde hace más tiempo y te ha entendido mejor que nadie?

Mirándolo, vio que la respuesta era no.

Seguía siendo no.

La multitud de pequeñas criaturas se condensó en solo dos. Un niño y una niña. Paul les dio un golpecito en la cabeza y se convirtieron en bebés. Se quedaron acobardados detrás de Paul, dirigiéndole a Alma una mirada asesina. Como si Paul los estuviera protegiendo. ¿De qué? ¿De ella? ¡Y una mierda! ¡Pero si todo era culpa de él! ¡Nunca nos había permitido ser una familia!

—¿Me vas a aceptar ahora tal como soy? —dijo Paul.

¿Cómo? ¡Pero qué farsante! ¿Por qué no me aceptas tú *a mí* tal como soy? Trátame bien. Como a una esposa. A una esposa de verdad. ¿Es demasiado pedir o qué? Olvídate de las demás. Quiéreme solo *a mí*. ¿Lo vas a hacer? ¿Lo vas a hacer?

Ella vio que la respuesta seguía siendo no y que lo sería siempre.

Dolía. Mucho. Otra vez. Pero, bueno, si Paul quería pelea, pues la iba a tener. A Alma le gustaba pelear. Se le daba bien. Le haría pagar. Igual que le había hecho pagar siempre. Parecía mentira que Paul todavía no lo hubiera...

Bajó la vista. Le brillaban las manos. Con un resplandor rojo.

—Esto no tiene nada que ver con él —dijo la bebé niña—. ¿Cómo quieres ser *tú*?

¿Cómo podía aquella bebé hablar tan bien? Era como una pequeña genio. Con pañales. ¿Y por qué decía aquello? Pues claro que tenía que ver con Paul. Todo lo había provocado él. Lo había estropeado todo. Antes de que Paul le jodiera la vida, Alma había sido una chiquita sonriente que olisqueaba azucenas en el día de su graduación, sosteniendo su diploma por una esquina. Había sido Paul. Había sido Paul quien le había puesto las manos de aquella manera. Fue a secarse los ojos y se pegó fuego al cabello.

No era problema.

No dolía.

No mucho.

Paul se había ido. Los bebés parecían perdidos. Debería cogerlos en brazos. Fue a coger al niño. Que se le quedó mirando las manos candentes con los ojos muy abiertos. Y se alejó con pasitos torpones. Fue a coger a la niña. Y también se alejó con pasitos de bebé. Era como cuando se te caía un papel en un día de viento y al papel le nacía una mente decidida a esquivarte. Se quedó inmóvil. Los niños regresaron despacio. La querían. Pero ella tenía el problema de las manos. Fue a coger al niño. Se alejó con sus pasitos. Fue a coger a la niña. Lo mismo.

Y luego volvió a pasar todo.

Y otra vez.

Durante lo que pareció un centenar de años.

Apareció un tocón de árbol. En algún momento.

Por lo menos ahora podía sentarse.

Se sentó y trató de decidir qué hacer.

Parecía que se esperaba de ella que admitiera que estaba equivocada. Pero es que no lo estaba. Si estaba equivocada sobre aquel tema, entonces todo estaba mal.

Quizá pudiera fingir.

—Vale, vale —dijo en voz alta—. Me equivocaba. Todo el tiempo. Y sobre todo.

Las manos seguían quemando.

El tocón empezó a ascender. Elevándola por encima de los bebés. Y luego: una risilla-ladrido terrible. Acababan de volver las demás criaturas. Con sus dientes enormes.

Aquí venían, correteando como hienas por una llanura enorme.

Devoradoras genuinas de bebés.

Dios, qué rápidas. Iba a tener que levantar a los niños del suelo. Estiró los brazos y agarró al niñito, pero le quemó el bracito.

¿Cómo podía hacerlo, cómo? ¿Cómo podía enfriarse las manos?

—¿De quién fue todo culpa? —preguntó la bebé niña.

—¡De él! —exclamó Alma—. ¡De él, de él, de él!

Se le extendió el calor de las manos hasta los codos. ¡Qué salvajes! Quien fuera que la había dejado así, incapaz de mentir, ahora la estaba atormentando porque se negaba a mentir.

Las criaturas-hiena se estaban acercando, con sus alientos a carne y sus dientes amarillos.

—¿De quién? —dijo la bebé—. ¿De quién es la culpa?

—No lo sé —exclamó desesperada—. ¡Lo siento, lo siento, de verdad que no lo sé! ¿Mía? ¿Es culpa mía?

—No —dijo la bebé.

¿Qué demonios? Vale, pues al cuerno los bebés, se quedaría con las manos calientes. Era lo que era. Nadie podía culparla. Mientras fuera Alma, estaría furiosa. Estaba en su derecho. ¿*Quería* estar furiosa? Pues no. Lo que quería era ser ella, pero de joven. Antes de la furia. Cuando todavía no estaba furiosa. Antes de Paul. Oliendo las azucenas, meciendo aquel diploma. No, antes incluso: tan joven que todavía no quería nada, no le gustaba nada, nada le disgustaba. No, antes incluso: antes incluso de ser Alma, porque Alma siempre encontraría a Paul y amaría a Paul, y Paul siempre sería Paul.

Cayó en la cuenta y entonces empezó a suceder: todo se arreglaría cuando dejara de ser Alma.

Los brazos y las manos se le enfriaron y palidecieron, se

volvieron normales del todo.

Estiró los brazos y levantó a los niños del suelo.

—¿Quién *quieres* ser? —le susurró al oído la bebé mientras el tocón ascendía lo suficiente como para ponerlos a salvo de aquellas criaturas-hiena que soltaban sus risillas-ladrido más abajo.

Era como esperar en lo alto de la montaña rusa sentada en aquel cochecito de madera, incapaz de creerse que estuviera a punto de pasar lo que estaba a punto de pasar, y luego, mientras todavía estabas pensando: Dios, oh, Dios, esto no puede estar…

—Aquí no hay nadie ni remotamente vivo —le dijo el paramédico llamado Henry a la paramédica llamada Claire.

Qué mala educación, pensó Claire. Pero no, en realidad daba igual: la hija estaba demasiado lejos para oírlo, apoyada en un árbol y llorando.

Elliott Spencer

Hoy toca Partes del Partes de mi

Muy bien, Jer Asegúrate de Ir señalado mis partes mientras dices el nombre de cada una, de nuestra lista de Palabras Que Hay Que Conocer.

Mancha de la edad

Dedo

Muñeca

Al llegar a *muñeca*, Jer dice: Esta parece que se rompió.

Y me pincha con el dedo.

¿Duele?, dice.

Sí, le digo.

Entrepierna

Cintura

Ya peinabas canas, dice Jerry.

No entiendo lo que acabas de decir, le digo. Explícamelo, por favor.

Que ya no eras joven, dice Jerry. Ya no tienes el cuerpo de una persona joven.

Ah, no pasa nada, le digo. No pasa nada, Jer.

Jer niega con la cabeza de esa forma suya Que significa 89, me parto de la risa contigo.

Hace mucho tiempo, quizá una semana, tuvimos un Rato de Explicar, debido a la expresión figurada *me parto el culo de la risa* Resulta que todos los culos ya vienen partidos de fábrica, incluso el mío, lo cual Jer me ayudó a descubrir haciendo una *Foto de móvil*.

Brazo

Pierna

Ombligo

Cicatriz en vientre

Pene

Y nos pasamos toda la mañana aprendiendo y aprendiendo hasta

que ya no me quedan partes por aprender.

Y por las noches cada noche suena una cinta toda la noche para ayudarme a mejorar la sintaxis.

¿Hemos practicado *vociferar*?, dice Jer.

Hace un ruido brusco y fuerte.

Ahora tú, dice Jer.

Vocifero.

¿Y *contra qué* vamos a vociferar?, dice Jer. Contra quien sea que tengamos delante.

Contra quien sea que tengamos delante, digo.

No te cortes de vociferar palabras y frases,
me dice.

¡HOLA!, vocifero.

Siempre lo haces todo muy bien, 89, dice.

Y me las transmite, qué generoso, diciéndolas, diciéndome palabras que quizá yo quiera vociferar:

Cabrón

Tarado

Asqueroso

Idiota

¿Hacemos definiciones?, le digo.

Hum, claro, dice Jer.

Resulta que todas significan lo mismo.

Cabrón = individuo al que tengamos delante.

Tarado = individuo al que tengamos delante.

Asqueroso = individuo al que tengamos delante.

Idiota = individuo al que tengamos delante.

89, hasta ahora siempre te he llamado 89, dice Jer. Pero mañana te vas a convertir en Greg. ¿Qué te parece?

¿Soy Greg?, le digo.

Lo serás, dice Jer. Mañana. Porque mañana es, ¿adivina qué? El Día del Trabajo Uno.

¡Qué emoción! Llevo mucho tiempo esperando el Día del Trabajo Uno El Día del Trabajo Uno resulta ser Según Jer *Elevado y noble a más*

no poder Según Jer Voy a defender la *libertad* A los *pobres* y los *enfermos* Voy a defender a los *débiles* De los *opresores.*

Más definiciones, con la ayuda de las IdentiLáminas:

Libertad = pájaro de dibujos animados que vuela sobre la tierra con una sonrisa en el pico.

Pobre = niño triste, con los bolsillos fuera de los pantalones.

Enfermo = tipo delgado en cama, aspas por ojos.

Débil = tipo en el desierto intentando alcanzar un vaso de agua, que fracasa.

Opresor = tipo alto con cara de monstruo que le clava un palo en el cuerpo al *débil* y, a lo largo de cuatro IdentiLáminas, el *débil* se va volviendo más *débil* con cada pulla.

¿Por qué quieren los *opresores* clavar el palo a los *débiles*?, le digo.

Porque son malvados, dice Jer. Hay que detenerlos.

Para que no lo hagan, digo.

Correcto, dice Jer. Y tú desempeñas un papel importante en la solución.

¡Anda, la madre! como diría Jer.

Nunca había sentido que fuera tan valioso ser yo.

¡El Día del Trabajo Uno!

Autobús, dice Jerry. *Cohorte*.

Cohorte = muchos amigos nuevos en un autobús Todos de verde, como yo.

Ruge el motor y nos movemos.

Hablad entre vosotros, dice Jer.

Lo hacemos Hablamos Todos decimos nuestros nombres Yo digo el mío, Greg Ese de ahí es Larry Ese es Vince Ese también Y ese Y ese Ese es Greg igual que yo Y ese Ese otro también es Greg Y aquel otro, el que está más adelante Ahí está Conor Hay siete Conors en total Ocho Williams Todos felices Menos Jer.

Jer, al teléfono: Eh, muy bien con los nombres, Roberta. Y mira que era tu único trabajo.

Gruñón, le digo. Pitufo gruñón.

¿Sabes qué, 89?, dice Jer en voz baja Hablas mejor que ninguno de estos brutos.

Cierto: mi cohorte habla en plan bebé, tirando a despacio.

Gracias a ti, Jer, le digo.

Se apaga el ruido del motor.

¿Listo, colega?, dice Jer. ¿Para vociferar?

Eso espero, le digo.

Jer y otros supervisores nos llevan A los *árboles* Pero algo falla: El árbol que salía en nuestra IdentiLámina tenía una *ardilla* ¡En estos *árboles* de aquí no hay ardillas! ¡A ver si corrigen nuestra IdentiLámina!

Dicen los supervisores: Quitaos la ropa verde Dobladla y dejadla aquí Y nos dan ropa nueva De colores diversos Miro a todos, desnudos, con cierta timidez Hasta ahora solo había visto mi *pene*, *entrepierna*, *panza* En el espejo de mi Sala Coraje Nos vestimos a toda prisa Seguimos a Jer y a los supervisores *colina* abajo Las florecillas blancas se mecen cuando Caray, no he caminado tanto desde

¡Nunca, vaya!

Ahí están, dice Jer.

Y sí, ahí están Un montón de *cabrones*, *tarados*, *asquerosos*, *idiotas* Plantados frente a nosotros Entre ellos y nosotros: una zona alargada de baja altura que yo denominaría: *río* Aunque no está llena de agua, sino de policías de aspecto nervioso.

Me da vergüenza ser el primero en vociferar, pero quiero tanto a Jer que voy y vocifero.

Otros se me suman Gregs, Conors, Williams, Vinces Todos se suman Vociferando hasta que nos duele literalmente la garganta.

¡Cabrontaradoasquerosoidiota!, vocifera uno de los Conors.

Qué forma tan creativa de Los ha dicho todos junt

¡Vamos a luchar por los *enfermos* y los *débiles*, a defender a los *débiles* de los *opresores*! A base de vociferar a esos *¡Cabronestaradosasquerososidiotas!* De lado a lado de esa especie de *río* de policías Oh, las florecillas que pisamos Oh, pájaros en una de cada cinco copas de *árboles* Y a veces se cae una ramita Como si la hubiera hecho caer cantando Un pájaro.

Buen trabajo, dice Jer en el autobús. Lo habéis hecho muy bien todos.

Hemos traído de vuelta la ropa verde y volvemos a cambiarnos.

Preparaos, dice Jer.

Luego llega la *zarzaparrilla* Que no he probado nunca Ninguno la hemos probado Me enamoro de repente de la *zarzaparrilla* y querría Otra ¿Podemos repetir? Podemos.

De camino a casa, en una neblina feliz de *zarzaparrilla*.

Jer me mira Me guiña el ojo Lo has hecho bien, 89.

Y eso, por supuesto, me reconforta.

La Sala Coraje tiene un *problema de interfonos* Se oye un crujido Y todo el que está en la Sala Coraje puede oír claramente a los que hablan fuera, mientras que ellos, los que hablan, no se dan cuenta.

Una vez, por ejemplo, hace mucho tiempo, la semana pasada, oímos a Kennedy B., fuera, hablando con su novio Kevin por teléfono:

Hago la compra y cocino, dijo Kennedy B. Y encima tengo un trabajo al que me toca *ir*, ¿sabes?

Meg, que estaba conmigo y con Jer en la Sala Coraje, miró a Jer con cara de: Ja, estamos oyendo a Kennedy B. hablar por teléfono y ella no lo sabe Luego se llevó un dedo a los labios, lo cual significaba: Si no hacemos ruido, oiremos más.

Eso no es trabajar, Kevin, dijo Kennedy B. No considero que pasear a Jeeves sea trabajar. Cuando alguien te empiece a mandar un cheque por hacerlo, o por recogerle la caca, entonces será un trabajo. En mi opinión.

Seguramente deberíamos arreglar ese chisme, dijo Meg.

Oh, cielos, dijo Kennedy B. ¿Está encendido? ¿Me podéis oír?

No, dijo Jer.

No hablo contigo, cielo, dijo Kennedy B. Estoy hablando con Jerry y Meg.

Hoy, estando solo en la Sala Coraje, se oye el mismo crujido:

Hay una cosa que no entiendo, dice Meg. ¿Para qué necesita el vejestorio conocer *mancha de la edad*? ¿Y *partidos de fábrica*? ¿No lo ves? Es una pérdida enorme de tiempo. Solo necesita saber lo justo para que podamos llevarlo de un sitio a otro. ¿Estamos fabricando aquí mayordomos? ¿Maridos de recambio para viudas? ¿A eso hemos vuelto?

Ojalá, dice Kennedy B. en tono triste.

¿En serio?, dice Jer. Pues a mí sí que me mola. Este curro puede

ser bastante aburrido.

¿Mayordomos? ¿Maridos? ¿Viudas? ¿Mola? ¿Curro?

No he entendido lo que decíais, explicádmelo, por favor.

89, ¿lo has oído todo?, dice Jer.

Sí, le digo.

Vete a dormir, 89, dice Meg. Mañana es un día importante.

Mañana es el Trabajo Dos, dice Jer. Te han aprobado para el Trabajo Dos.

Gracias a lo bien que hiciste el Trabajo Uno, dice Meg. ¿No es fantástico?

Vas a llegar lejos, 89, me dice Kennedy B.

El Trabajo Dos:

Autobús otra vez.

Llegamos a un *emplazamiento* nuevo.

Salen unas mujeres De un *autobús* distinto Para cambiarse detrás de una cortina Que nuestros supervisores llaman la *cortina desafortunada* Mientras se guiñan mucho el ojo Las mujeres entran de verde y salen con Ropa de distintos Una no consigue ponerse un zapato y sonríe Niega con la cabeza y tira el zapato Se quita el otro zapato y lo tira Como diciendo: *Demonios, ¿quién necesita zapatos para vociferar*?

Los hombres pasamos detrás de la *cortina desafortunada* Que todavía huele un poco a mujer Nos encontramos la ropa verde de las mujeres en montones Paralizados, los ojos un poco vidriosos Moveos, dice Jer alarmado.

Ni lo soñéis, dice el supervisor Marty.

Como si soñaran, dice Jer.

Y nos ponen fardos nuevos de ropa en los brazos.

Hoy llevo: jersey blanco pantalones azules gorro de tela marrón.

A través de las cabezas en movimiento de nuestra cohorte se ve: un *parque infantil* Como el de la IdentiLámina Pero no ¡Otra IdentiLámina que está mal! ¡Este *parque infantil* no tiene *niños* persiguiendo a una *mariposa*! Solo hay *policías* Con las caras muy serias Uno está sentado en un *columpio* Su amigo *policía* le clava una porra Eso lo hace levantarse de un brinco Mientras su *columpio* se sigue *meciendo* El que ha dado un brinco me mira directamente

Intento guiñarle el ojo.

No funciona.

A ese *policía* no le debe de gustar que le guiñen el ojo.

Más allá de la *policía*: una multitud de *Cabronestaradosasquerososidiotas*.

Vociferamos ¡Menudo estruendo estamos armando! Y entonces pasa algo De pronto tenemos aquí a un *Cabrontaradoasquerosoidiota* A nuestro lado ¡Entre nosotros! ¡Vociferando! ¡Contra nosotros! Tan cerca que le veo la llaga del labio El Greg más callado le arrea una bofetada Y él le devuelve la bofetada al Greg callado Nuestro Vince más corpulento conecta su puño con la cara de *Cabrontaradoasquerosoidiota Cabrontaradoasquerosoidiota* se desploma Ya no vocifera Solo se tapa la cara Agachando la cabeza, acobardado Varios Williams, un Conor flaco y tres Vinces se juntan a su alrededor Y empiezan a darle patadas y puñetazos.

Anda, eso debe de realmente debe de

Me retiro Jadeando Hay una pequeña caseta con lavabos Huele mucho a lavabos Me siento dentro, apoyado en una de las paredes Con el corazón a cien ¿Se puede tomar uno un breve respiro durante un Trabajo?

Eso espero.

Aquí viene Jer.

¿Qué demonios estás haciendo aquí dentro, 89?, dice. Por Dios, venga.

Me llamo Greg, le digo.

Greg, sí, claro, lo que digas, dice Jer.

Jer me lleva a rastras y pasamos junto a la *fuente* Que no para de manar Aunque nadie bebe de ella Junto a tres *árboles* bebé, conectados al suelo El querido Jer me lleva de vuelta con mis

Anda, chaval.

Mis Conors Gregs Vinces mi

Querido Jer.

Felicidades, Jer.

Me quedo sin *zarzaparrilla*, gracias, de camino a casa.

Por haber *llorado*.

Conozco el *llorar* Simplemente no lo he hecho nunca.

Lloro y *lloro*.

Jer, en voz baja, a mi lado: ¿Qué estás haciendo, 89? ¿Por qué

estás llorando?

Yo: No lo sé, lo siento, lo siento.

Jer: Para, tienes que parar. ¿Ves que alguien más llore en este autobús?

No, digo.

El Conor de las patadas y los Williams de las patadas y los Vinces de las patadas y los puñetazos están felices bebiendo *zarzaparrilla*.

Tómate esto, dice Jer.

Y me da una cosita blanca

Jer, siempre me apoyas, Jer Gracias,

Jer No quieres que mi *cohorte* me vea *llorar* Y yo tampoco quiero que mi *cohorte* me vea *llorar*.

Trágatela, me dice. Trágatela, bobo. No te la puedes dejar en la boca. Es una pastilla. Trágatela.

En cuestión de segundos ya no estoy triste Nada triste Aunque todavía tengo la cara mojada, me siento puñeteramente puñeteramente bien Y adormilado Me siento puñeteramente bien y adormilado.

Si miro por la *ventanilla*, apoyado en ella y con el ojo izquierdo:

Veo pasar volando las *granjas* por el paisaje nocturno.

¿Por qué de noche están naranjas todas las ventanas de las *granjas*? Es un dulce misterio en el que pensar mientras me duermo

Debe de ser de noche porque está la calefacción encendida.

Tengo ganas de quitarme la ropa verde sudada.

Me la quito.

Me echo a *llorar* otra vez ¿Por qué vuelvo a estar llorando? Esas patadas esas patadas esos puñetazos Esa puñetera

Paliza.

La palabra me viene a la

Y de sopetón…

De sopetón sé qué es una *paliza*: son patadas patadas puñetazos en un *callejón*.

¡Anda, la madre! Como diría Jer ¿De dónde me ha venido esa imagen?

Y también de sopetón sé qué es un *callejón*: un suelo negro y mojado al aire libre, con música saliendo de la parte de atrás del:

Tom's Dizzy Oasis.

Música ¡Ja! El *Tom's Dizzy Oasis* ¡Ja, ja!

¿A quién le pasó aquella *paliza*? ¿A quién se la dieron? ¿A quién le dieron aquella *paliza* con *música* en el *callejón* de detrás del *Tom's Dizzy Oasis*?

A mí, digo. A Greg.

No, digo.

¿A 89?, digo.

No, digo.

Silencio La Sala Coraje hace su *Zumbido tic-tac* de costumbre Y luego un ruido como de algo de tamaño medio que se cae de la mesa Pero no se ha caído nada.

Elliot Spencer, digo.

Zumbido tic-tac Zumbido tic-tac.

Elliot Spencer Elliott Spencer, digo.

Entra Jer con el desayuno.

89, joder, ponte algo de ropa, me dice.

Elliot Spencer, le digo.

A Jer se le cae el desayuno.

Entran Meg y Kennedy B.

No te vamos a castigar, 89, dice Meg.

Eso espero, digo.

Huele a zumo de naranja, dice Kennedy B.

¿Pero quién es Elliott Spencer?, dice Meg.

Yo, le digo. Lo fui. Fui yo.

¿Cuándo?, dice Kennedy B. ¿Cuándo lo fuiste?

Antes, digo.

Jer: Ojos muy abiertos Golpea la mesa con el *nudillo* una vez dos tres.

¿Antes de qué?, dice Kennedy B.

Antes de que viniera aquí, digo. En la *furgoneta*.

Ay, dice Meg.

Y tú estabas conmigo, le digo a Jer.

La cara de Jer dice: Si todavía tuviera el desayuno en las manos, se me caería otra vez.

Siguiendo órdenes de Meg, volvemos a hacer a toda prisa mi *Test de Borrado*.

Jer me va diciendo una serie de palabras ¿Las conozco o tengo algún recuerdo de ellas?

Schenectady NO

Puente de Coleman Street NO

Reverendo Barry Knox NO

Ahí lo tenéis, dice Jer. Limpio.

No sé, dice Meg. Me da grima. Lo del nombre... y la furgoneta... Me da grima.

Necesitamos cuarenta, dice Jer. ¿Tenemos cuarenta?

Tenemos treinta, dice Meg. Contando a 58 y a 31.

No cuentes a 58 ni a 31, dice Kennedy B.

58 no es capaz de cumplir ni la orden más simple, dice Meg.

Y Dios no quiera que alguien le haga alguna puñetera pregunta a 31, dice Kennedy B.

Meg: Quizá no deberíamos hablar de esto delante de...

Se refiere a mí.

89 es legal, dice Jer. ¿Verdad, 89?

Eso espero, digo.

Y yo espero ser legal por Jer ¡El bueno de Jer! Felicidades, Jer Que todas las mañanas dejas a tu familia en las profundidades de la *Urbanización Burbury* A Sandi, a Ryan, al pequeño Jerry y al bebé Flint Y ellos esperan tu regreso todas las noches Jer, que en los viejos tiempos Cuando mi cerebro era tan *lienzo en blanco* que solo sabía decir *blegblegbleg* se dedicó a enseñarme palabra tras palabra con su mejor voz firme e impaciente en la Sala Coraje y con aquel ocasional aliento a macarrones.

Colega significa *amigo*.

¿Quién es hasta el momento mi único *colega*, *amigo* en el mundo?

Jer y solo Jer.

Hoy es el: Trabajo Tres Según Jer: *Importante de verdad*.

Importante de verdad = el más importante hasta la fecha, en términos de luchar por los *pobres* y los *enfermos*, de defender a los *débiles* de los *opresores*.

El Emplazamiento del Trabajo Tres es un *prado* de hierba silvestre donde, según Jer, en el pasado los *indios* arrancaban de allí *arriba*, de la colina, y bajaban en estampida, pasando por *aquí*.

Y allí arriba, ahora (de donde arrancaban en el pasado los *indios*): el *ChickenFuego*.

No me importaría hacerle una visita, dice el supervisor Marty.

Más *Cabronestaradosasquerososidiotas* que nunca Jer nervioso Marty nervioso Todos los supervisores nerviosos La *policía* nerviosa.

Eh, mirad esto, dice Marty. ¿No es una puñetera punta de flecha?

Se agacha para recogerla.

Mierda, es una piedra normal, dice Marty.

La tira contra un *poste de teléfono*.

Oh, oh, dice Jer.

De pronto dos *Cabronestaradosasquerososidiotas* Cogidos del brazo como un solo hombre Pasan corriendo entre la *policía* Llegan a donde estamos Y están entre nosotros.

Puñetazo del Vince del pelo largo Patadas de él y de dos Conors Un Vince con pelo corto arrea una patada Pronto hay una multitud rodeando a los dos hombres derribados a puñetazos y patadas Y vienen tres más para rescatar a sus Se agolpan más Gregs y Vinces y Conors Pronto sus rescatadores necesitan un rescate Uno de los rescatadores es un luchador nato Por desgracia para él Porque para impedirle que luche hacen falta Tantos puñetazos y patadas que Pronto ya es imposible que se vaya a levantar O a luchar O a moverse O a nada.

Desde lo alto nos miran unos cuantos empleados del *ChickenFuego* en su rato de descanso, llevándose las manos a la cabeza, como si les pareciera asombrosa nuestra pelea.

Menudo desastre, dice Jer.

Uf, mierda, cámaras, dice Marty.

Por la antigua colina de los *indios* baja: Una hilera de hombres y mujeres con algo que supongo que deben de ser… ¿*cámaras*? Sus *cámaras* son distintas de la que aparece en nuestra IdentiLámina donde la sostiene con una mano una *abuelita* sonriente, enfocando a unos *alces* que hay en un *cañón*.

¿Por qué están todos aquí, y somos nosotros quienes les estamos pegando?, dice Jer. ¿Por qué no podemos mandar a unos cuantos de los nuestros *allí*, y que sean ellos quienes nos peguen una paliza a

nosotros?

Buena pregunta, dice Marty.

¿Quién está quedando como el malo ahora mismo, por todo el país, o por el mundo, o donde sea?, dice Jer.

Nosotros, dice Marty.

Vince Pelolargo se aleja de la pelea.

Jer: Vince, eh, colega. ¿te apetece un desafío? ¿Uno divertido?

Vince se sienta con gesto fatigado Mirándose una mano roja Que parece un guante rojo.

Pobre Jer Mi *colega* Hoy se ha despertado contento Pero no El Trabajo Tres, *importante de verdad* Ahora es un *desastre* Mi *colega* está triste Y hace tantas cosas por los demás con todos los *problemas en casa* que tiene como por ejemplo: Sandi a punto de *darle la patada* para irse con Terence, esa *escoria New Age* que trabaja con ella a menos que Jer consiga *un horario mejor de trabajo bien rapidito*.

Me posiciono para que Jer me encuentre con la mirada.

¡89!, dice Jer. ¡Greg!

Jer se acerca y baja la voz.

Necesito que me hagas un favorazo, 89, dice Jerry. ¿Quieres? Por el Trabajo. Por mí. Por Meg y Kennedy B.

Por ti. Le digo.

Allá voy Entre dos *policías*

¿Adónde se cree ese carcamal que está yendo?, grita uno.

¡Allá!, les digo.

Luego me veo entre *Cabronestaradosasquerososidiotas* vociferando: *Cabrón*, *tarado*, *asqueroso*, vociferando: *idiota*.

Se giran las cabezas. Las miradas preguntan: ¿A qué viene esa mala educación?

Luego vienen los puños Y en cuanto estoy bien tirado en el suelo: las patadas Ay Ay Todo va tal como estaba planeado Jer, mira esto, por favor Por favor, mira mi *paliza* Y de pronto esta *paliza* empieza a recordarme a tiempos remotos otras *palizas*

Como por ejemplo:

Elliot Spencer, bajo el puente Y de sopetón su dinero el que se sacó a base de devolver *una tonelada de envases vacíos* Ya no está ¿Quién se lo ha llevado? *¡Grady! Grady* trajo *vino* y después del *vino*,

Grady agarró una piedra Guiñó el ojo Y luego: *Paf Vete a la mierda, Grady Me has robado el puñetero*

Dormido después, con un guijarro debajo de la cadera Ay, dolor de cabeza Menuda borrachera, me he pasado la tormenta entera durmiendo *Todo el mundo en mi contra Siempre Toda la vida No es justo No es culpa mía Mañana más me vale pedir prestado algo de pasta a Sal, si consigo liar a ese hijoputa Atontado* Amanece y, ay, dolor de cabeza Me despierto empapado de lluvia El cagadero está al lado de la vieja nevera *Oh, por favor, necesito vino*.

No paran de llover ay, ay las patadas y los puñetazos

En el recuerdo: procedentes de Trey la Zorra y su follamigo, Len De Rhett, el novio de Sylvia De tres chavales ricos y sus novias con minifalda Una de las cuales me derrama una bebida encima (Ten, borracho, me dice con voz borracha. Tómate una copa, borracho Las otras dos minifalderas se ríen, ja, ja, ja, ja, ja, ja.)

Pero tampoco en la vida real paran de
llover ay, ay las patadas y los puñetazos: procedentes de un corro nutrido de *Cabronestaradosasquerososidiotas*, entre cánticos.

Ay, ay, ay.

A través de los dedos diviso en tonos rojos a Jer acercando a empujones a un tipo con una *cámara*, para que la *cámara* vea y enseñe ¿lo que hay que ver y supongo enseñar?

Luego me cae semejante *paliza* en la vida real que agacho la cabeza con los ojos cerrados y tapándome las orejas para no oír todos los pum, crac y ay.

Eres el rey, dice Jer.

Eso espero, digo.

Y abro el único ojo que todavía puedo abrir.

No estoy en la Sala Coraje Para nada Veo a un gato subirse de un brinco a un montón de libros bien bonitos.

Tal como parece que vas viendo, 89, dice Meg, ya no estás en la Sala Coraje.

Ese gato, dice Kennedy B., es tu gato.

Y esas fotos en el estante, dice Meg. Eres tú de joven.

Se supone que eres tú de joven, dice Kennedy B.

Es un piso de alquiler, lo hemos alquilado, dice Jer.

Y las fotos las hemos creado usando CombiFaz, dice Meg.

Esta me encanta, dice Kennedy B. Se te ve muy feliz de estar cazando.

Con tu hijo, dice Meg.

Greg Júnior, dice Jer.

Es como un juego, dice Meg. Estamos jugando a que esta ha sido tu casa siempre, toda tu vida. La casa de Greg. Es chula, ¿verdad?

89, ¿hemos estudiado *vagabundo*?, dice Jer.

Jer le enseña la IdentiLámina de *vagabundo*: un tipo con una *chistera* aplastada, aspas por ojos, las mejillas rojas, tumbado de costado debajo de un poste de farola, y un señor elegante con una *chistera* no aplastada que le pasa por el lado tapándose la nariz.

En fin, lo voy a decir sin más, dice Jer. Este fuiste tú. La mayor parte de tu vida. Te pasaste mucho tiempo cocido junto al río. No tenías ni hijos ni mujer y llevabas quince años sin trabajar. Pasando temporadas en la cárcel. Un *vagabundo* total. Un *borracho* asqueroso.

¿Quién querría ser ese tipo?, dice Meg. ¿Me entiendes? O sea, adiós y hasta nunca.

Hasta nunca, mal fario, dice Kennedy B.

Pero qué gran victoria, si lo piensas, ¿verdad?, dice Jer. Un viejo vagabundo despreciable, que en su vida hizo montones de cosas lamentables y era una carga para todo el mundo... Ahora, en el final de su vida, recibe la oportunidad de empezar a hacer cosas maravillosas.

Incluso a escala nacional, dice Kennedy B.

¿Tienes alguna idea de cuánta gente de todo el país vio cómo te molían a palos el otro día?, dice Meg.

Dos millones, dice Kennedy. A mediodía.

Dos millones de personas contemplaron nuestra causa con ojos nuevos, dice Meg. Menuda bendición para nuestro movimiento.

Para el que trabajamos, dice Kennedy B.

Con el que tenemos contrato, dice Jer.

En el que ponemos toda nuestra fe, dice Meg.

En fin, dice Kennedy B.

Hora de pasar al Trabajo Cuatro, dice Meg.

Abro mucho el ojo.

Uy, pobrecillo, no, dice Kennedy B. Nada de pelear. Eso ya se ha acabado.

Para el Trabajo Cuatro te vas a quedar ahí acostado, dice Meg. Tal como estás ahora.

Más incorporado, si es posible, dice
Kennedy B.

Y hablarás con una mujer muy agradable que quiere saber cosas de ti y de tu vida, dice Meg.

De tu vida como Greg, dice Jer.

Eres Greg y vas a seguir siéndolo: un señor mayor muy majo y sencillo que se jubiló después de una vida entera de dar clases de Matemáticas en un centro de estudios superiores local, luego se entristeció al ver que el país iba de mal en peor, y, a modo de hobby de ancianidad, o de intento de devolverle a esta maravillosa nación todo lo que le había dado, empezó a hacer activismo político y, en consonancia, se sintió, y sigue sintiéndose, obligado a unirse a las protestas a fin de dar a conocer lo que piensa, dice Kennedy B.

Quizá sea mejor simplificarlo un poco, dice Kennedy B.

Y si me toco la gorra, haz ver que te encuentras mal, dice Meg. Te excusas, te levantas y vas al baño.

¿Pero sabe siquiera dónde está el baño?, dice Kennedy B.

Llevaré gorra, me dice Meg. Durante la entrevista.

Es más: ¿puede andar?, dice Kennedy B.

La KTOD llega dentro de diez minutos, dice Jer. O sea que venga.

Pronto lo tenemos todo preparado incluso llevo un *albornoz*.

Llaman a la puerta.

Está muy cansado, le dice Meg a una mujer que entra acompañada de una segunda mujer con una *cámara*.

Quizá deberíamos ser breves, dice Jer.

Ha recibido una paliza brutal, dice Meg.

Ya lo visteis, dice Kennedy B.

Lo hemos visto todos, dice Jer.

Lo ha visto el mundo entero, dice Meg. Un señor mayor encantador, que solo intentaba expresar sus puntos de vista, y se le niega la libertad de expresión.

¿Adónde hemos llegado?, dice Kennedy B.

Está mal, dice Meg.

Mujer: ¿Y quiénes sois vosotros?

Su sobrina, dice Meg.

Yo también, su sobrina, dice Kennedy B.

Su sobrino, dice Jer.

Luces frente a mi cara.

Parpadeo un par de veces.

La mujer me mira con cariño Y se le pone voz suave y compasiva.

Dime, Greg, dice. ¿Por qué a tu edad te sentiste obligado a sumarte a las protestas? Cuando podrías estar cómodamente sentado aquí, en esta casa encantadora, disfrutando de tu jubilación, o de cuidar el jardín si te gusta la jardinería, como parece que le gusta a mucha gente mayor. Aunque no quiero dar la impresión de discriminar por edad. O a jugar a los naipes, o a ver películas antiguas por la tele.

Porque me importa este país, digo.

(Tal como estaba ensayado.)

Jer, Meg y Kennedy B. me miran con caras de: Hay que ver qué bien dice las cosas nuestro tío.

Considero que debería poder expresar mis opiniones, pese a ser viejo, digo.

Muy cierto, dice Kennedy B.

Y qué modestia, dice Meg.

¿Te acuerdas de la vez en que me pagó de forma anónima la matrícula de la universidad?, dice Kennedy B.

¿Y de cuando donó su Buick al Servicio de Parques y Jardines?, dice Meg. También de forma anónima.

Cambiando de tercio, y pasando a temas más graves, dice la mujer. Circulan rumores de una organización secreta a cuyos miembros se podría decir que les lavan el cerebro, o los convierten en una especie de figurantes zombis. Les borran la mente, los reprogramen —robots humanos, los podríamos llamar—, y los trasladan en masa, incluso en autobuses, con fines propagandísticos.

Silencio.

No he entendido lo que acaba de decir, explíquemelo, por favor, le digo.

Se confunde enseguida, dice Meg. Hoy en día, con la edad que tiene.

Cuando era joven, dice Jer, no se confundía nunca. Era superespabilado.

Un tío muy espabilado, dice Kennedy B.

Un tío nuestro, dice Meg.

Y esa puñetera paliza seguramente tampoco le ha sentado demasiado bien, dice Kennedy B.

Dime, Greg, ¿has recibido, que tú recuerdes, algún adiestramiento o programación de ese tipo?, dice la mujer. ¿Puedes nombrar, por ejemplo, el lugar donde naciste?

Meg se toca la gorra.

¿Algún recuerdo especial que tengas de la secundaria?, dice la mujer. ¿Algún programa de la tele que te gustara de niño? ¿Quién eres, Greg? ¿En qué cosas crees?

En la *libertad*, digo, para los *pobres* y los *enfermos*. Y en defender a los *débiles* de los *opresores*.

Ja, míralo, dice la mujer. Esta sí que es buena. ¿Defender a los débiles? ¿Te suena de algo Allentown, Pensilvania, Greg? ¿Ciertas cosas brutales que les pasaron a unos líderes sindicales en un minicentro comercial? ¿O los sucesos trágicos que afectaron el pasado mes de julio a un grupo de maestros de escuela intermedia desarmados en Galena, Illinois?

Meg se toca la gorra y carraspea.

¿Cómo te llamas de apellido, Greg?, dice la mujer. ¿Acaso lo sabes? ¿En qué año aproximadamente llegó el hombre a la Luna? ¿Cómo se llama el equipo de fútbol americano de Cleveland? ¿Y por qué tus compañeros siempre repiten en sus cánticos las mismas cuatro palabras?

Meg carraspea, abre mucho los ojos y se toca la gorra.

Cabrón, *tarado*, *asqueroso*, *idiota*, dice la mujer.

Me levanto de un brinco, me excuso y voy al baño.

¿Y tú vas de periodista?, dice Kennedy B.

¿Y tú vas de persona?, dice la mujer.

Espero en el baño a que se marchen las mujeres y la *cámara*.

El gato en la bañera encogido y feliz ¿Por qué no me puedo parecer más a él? Nada confuso Solo encogido Y la bañera haciéndome ronronear.

Entra Jer Cierra la puerta Se apoya.

En fin, ha sido lamentable, dice Jer. Esa mujer..., Janet Ardmore, del EquipoDosdeInformativosdelaKTOD... Una bruja. Una amargada. Menuda visión sesgada. Menudas ideas extrañas sobre el mundo. Bastante mentirosa. Es curioso cómo la maldad es capaz de decir cualquier cosa, ¿sabes? Pero lo admito, estamos en un aprieto. Y no te ofendas, pero eres una desgracia dando entrevistas, colega.

No entiendo lo que acabas de decir; explícamelo, por favor, le digo.

Se abre de golpe la puerta Entran apretujándose Meg y Kennedy B. Jer se mete en la bañera con una ligera expresión de *puaj*.

El gato sale corriendo.

Jer, no para de llamar la KZIP. La puñetera KDUC está aparcada en esta misma calle. Con la furgoneta amarilla esa. La que tiene pico.

No entiendo lo que acabas de decir; explícamelo, por favor, le digo.

¿Sabes qué, 89?, dice Meg. Vas a dejar de decir eso. Me estás poniendo de los puñeteros nervios con la frasecita.

Meg está estresada, dice Jer.

Estamos todos estresados, dice Kennedy B.

A pesar de lo que se dice de mí por ahí, no soy ninguna zorra sin corazón, dice Meg.

Nunca he dicho que seas una zorra sin corazón, dice Kennedy B. Lo que he dicho es que puedes ser una persona muy corporativa.

Glimm está de camino. Con el dispositivo portátil. ¿De acuerdo? Es un plan perfecto: volvemos a borrar. Siguiendo el Plan de Garantías de Calidad. Que es lo que deberíamos haber hecho desde el principio. Tiene lesiones cerebrales. Eso le diremos a todo el que pregunte. Causadas por la paliza. ¿Lo veis? Todo el mundo sale ganando. Y después, borramos del todo a 89. No puede hablar. Ni palabra. ¿Y quién lo ha dejado así? Pues ellos. Le han pegado semejante paliza a un afable anciano que le han borrado la mente. ¿Y se definen como gente moral? Ya ves.

Qué lástima, dice Jer. Un año completamente desperdiciado.

Tiene que dar su consentimiento, dice en voz baja Kennedy B. y le pasa a Meg una página escrita a mano.

¿Estás triste, colega? ¿Tienes miedo? ¿Entiendes lo que está a punto de pasar?, dice Jer.

No sé cuándo es el momento indicado para sentimentalismos, dice Meg. Pero no es ahora.

Estamos con la mierda hasta el cuello y más arriba, dice Kennedy B.

Y de sopetón cuando dice *hasta el cuello* me acuerdo del *arroyo* en la orilla: construíamos una *rampa* una *rampa de nieve* Y si el salto no salía bien niño y *trineo* caían en el *arroyo* el agua hasta el cuello Y el niño volvía a casa, con los pantalones *helados*, arrastrando el trineo Los pantalones más helados con cada paso que daba por el pueblo silencioso y azul en invierno hacia el hogar dulce

Mamá, pienso.

Y la veo claramente: Con *harina* en el pelo Boquiabierta al ver los *pantalones helados* Que tengo que dejar junto a la puerta Sobre una *bolsa de basura*, extendidos Llega Vixen ¡Nuestro *perro*! Me olfatea los *pantalones helados* tirados sobre la *bolsa de basura* con forma de niño bailando, una pierna doblada.

Jer se apoya en el lavamanos Ofrece la espalda como escritorio Meg apoya la página sobre la espalda escritorio Me da el bolígrafo.

Mira, 89, este va a ser tu CF-201B, dice Meg. El apéndice a tu CF-201A, que ya firmaste. Lo firmaste encantado. Ya hace tiempo.

Cuando te uniste a nosotros, dice Kennedy B.

Te uniste a nuestro equipo, dice Meg.

No duele, 89, dice Kennedy B. ¿Te acuerdas? Se hace todo con imanes y cosas de esas.

¿Cómo se va a acordar de eso, mema?, dice Meg.

Pues parece que sí se acuerda de muchas cosas, dice Kennedy B.

Si te he mentido alguna vez, 89, que no es el caso, dice Jer, o te he engañado, o he ocultado o falseado cierta información, ha sido siempre por tu bien. Para hacer tu vida mejor.

Jer, ¿por qué tienes que sacar ese tema ahora?, dice Meg.

A veces, para hacer el bien, hay que seguir una serie de pasos en los que dejas temporalmente de lado la bondad, o bien la pierdes de vista, dice Jer.

Hurra, dice Meg. Buena reunión.

Pon una cruz ahí, 89, dice Jer.

Quizá ahora podamos salir por fin de este estúpido cuarto de baño minúsculo, dice Kennedy B.

Me encanta esa idea, dice Meg.

Carol, digo.

¿Qué dices, 89?, dice Jer.

Carol Spencer, le digo. Carol K. Spencer.

Oh, mierda, dice Meg. Perfecto.

Carol K. Spencer, Becker Street, 1539, Schenectady, Nueva York, digo. Código postal 12304.

Y dejo el bolígrafo en el lavamanos con corte sía.

Obedeciendo a Meg Jer me saca al jardín Para tener una *charla urgente y sincera*, *rapidito*.

Esto de ahora, 89, me dice Jer, es el *atardecer*. Eso de ahí, un *álamo temblón*. Eso de ahí, un *cobertizo*. Una *verja*. *Girasoles*. ¿Esto que corre? La *brisa*. Mira lo que hay más arriba. ¿Sabías que eso podía pasar?

El *sol* y la *luna* a la vez en el cielo.

Se te ve agitado, colega, dice Jer. Distante. No tan risueño como de costumbre.

Parpadeo.

Me gustaría hacer una visita, digo.

¿Una visita a qué?, dice Jer.

A mi *madre*, digo.

Ja, vaya, interesante, dice Jer. Negociando. Bastante avanzado. ¿Esa es tu, hum, exigencia, 89? ¿O sea, tu exigencia para firmar? ¿Te llevamos a ver a tu madre y firmas?

Sí..., digo.

Voy a serte franco, 89, dice Jer. ¿Hemos estudiado *ser franco*?

Significa *decir la verdad*, le digo.

¿Te acuerdas de que había muchas polillas en la Sala Coraje?, dice Jer. Y que las rociamos con espray. Y se quedaron, o sea, tiradas por todas partes, sin moverse, y las barrimos y las metimos en una bolsa de basura y todo eso. Pues aquellas polillas estaban *muertas*. Se habían *muerto*. Que es algo perfectamente normal. ¿Y te acuerdas de Gladys, la mujer que limpiaba la Sala Coraje? ¿Te acuerdas de que, en un momento dado, Gladys dejó de venir? Uno llega a cierta edad...

Y ya peina canas, le digo.

Exacto, dice Jer. Le pasa a todo el mundo. Incluso a ti. Incluso a mí. Y también a nuestras madres. O sea, piénsalo, 89, ¿qué edad

tienes? ¿Setenta y cinco años, ochenta? Por supuesto, tu madre debería ser mayor que tú.

Viene una «V» de pájaros volando bajo sobre el jardín.

Gansos, dice Jer. Ese ruido se llama *graznido*.

Los *graznidos* se vuelven graves y bajos a medida que los *gansos* se alejan y se alejan más Un *ganso* se queda rezagado Y acelera de forma graciosa hasta volver a sumarse a su «V».

¿Mi madre está *muerto*?, pregunto.

Ja, no, tu madre no está *muerto*, 89, dice Jer. Está *muerta*. Se ha *muerto*. Es como se dice. Lo siento. Te acompaño en el sentimiento. Olvidar que existía tu madre, y luego acordarse solo para descubrir que se ha *muerto*... Uf. Y yo pensaba que lo mío había sido duro, saber siempre que mi madre había existido y que después se muriera. Pero, por desgracia, la tuya es la típica experiencia dolorosa que tiene lugar cuando a alguien le hacen un borrado deficiente.

Sé franco conmigo, le digo.

Ya lo he sido, dice Jer.

Otra vez, le digo.

Vamos fatal de tiempo, 89, dice Jer.

¿Cómo llegué aquí?, le digo.

Se abre la puerta de atrás Sale un contorno de luz Una *forma de luz* Y llega hasta Jer Hasta sus zapatos Que se iluminan De luz.

Ha llegado Glimm, dice Kennedy B., asomándose por la puerta. Necesita ayuda. Con el dispositivo portátil. Yo tengo la espalda hecha mierda y Meg también. Así pues...

Kennedy B. vuelve a entrar y cierra la puerta.

La *forma de luz* la sigue.

Jardín a oscuras.

¿Ya estás otra vez, o todavía, hablando de la muerte, 89?, dice Jer. Mira qué raro y despacio hablas. Te falta el aliento. ¿Estás perfecto de salud, completamente joven? Como empresa, os pagamos un reconocimiento físico rutinario. Caritativamente. A todos los que vivíais debajo de un puente. A mucha gente que vivía debajo de distintos puentes por toda una serie de estados. Y tus resultados... No fueron ninguna maravilla. De manera que te preguntaste a ti mismo, y fue una pregunta inteligente: A ver, ¿quiero enfermar y morir debajo de este puente durante los próximos diez a dieciocho meses, en compañía de los mismos asquerosos que me han avasallado y me han

tratado como a una mierda durante la mayor parte de mi vida adulta, o bien irme a vivir a algún sitio seguro del oeste, con comida de puta madre y medicinas gratis y un equipo de colegas jóvenes que me vigilen y quizá le vuelvan a dar una meta a mi vida?

Parpadeo.

Esto es lo que dice el Plan de Garantías de Calidad, dice Jer. *En caso de borrado deficiente, y si el Colaborador se niega a aceptar el nuevo borrado que se le recomienda, ese Colaborador deberá ser apartado inmediatamente del programa y devuelto a su Localidad de Origen*, lo cual, en tu caso, hermano, significa que te mandamos de vuelta al este y te dejamos debajo del mismo puente, entre las peleas y el humo y la mugre y los mismos colegas de mierda que tenías. Que es algo que no me apetece hacerle a alguien a quien he llegado a respetar y, sinceramente, incluso a querer.

Parpadeo.

Perdón por ser tan directo, 89, pero para eso están los amigos.

La noche se ha hecho grande en el cielo: bajo, azul, negro las estrellas son todas un borrón.

Se ha ido el sol gana la luna.

Ha ganado la luna.

Dentro de la casa, alguien quizá Glimm *tose*.

El gato mira por la ventana menea la cola la cabeza ladeada como diciendo: *¿Por qué no te quedas conmigo, 89?*

Pensamiento muy triste.

Si hacemos *lienzo en blanco* aquel niño del trineo aquellos días blancos y azules aquella *madre* con *harina* en el pelo…

Desaparecerán.

Y no quedará nadie que los vuelva a recordar.

No quedará nadie que recuerde a *mamá* cuando me trajo el *albornoz azul* y me envolvió con él.

Hombrecito mío dice Imagínate las cosas maravillosas que conseguirás algún día en este mundo fabuloso Y lo orgullosa que estaré de ti, yo, tu madre.

Oh, *mamá* Lo siento, *mamá* No conseguí nada maravilloso en este fabuloso

Se abre la puerta de atrás.

Se escapa la *forma de luz*.

Meg sale por un lado de Kennedy B. Baja del *porche* cruza el *jardín* caminando raro *tacones* altos sobre la *hierba* mojada me besa en la *mejilla* me pone una flor en el bolsillo.

Una *rosa*, dice desde el *porche* Kennedy B. Significa que te quiere.

Bueno, en cierta manera es verdad, dice Meg.

Venga, 89, cielo, vamos adentro, dice Kennedy B. No te darás cuenta y ya te estarás despertando otra vez, un nuevo comienzo.

Se acabó el mirar atrás, 89, dice Jer. A partir de ahora, solo al frente.

Con nosotros, dice Kennedy B. Tus amigos.

Hasta el fin, dice Jer.

¿No te suena agradable, 89?, dice Meg.

Sí, digo.

¿Pero podéis dar un momento?, digo.

Se dice *darte* un momento, dice Jer.

¿Podéis *darme* un momento?, digo.

No estoy segura de por qué nos estamos molestando tanto con la sintaxis, llegado este punto, dice Meg.

Qué tierno, quiere un poco de tiempo, dice Kennedy B.

Cruzan el jardín abren la puerta se escapa la *forma de luz*.

Y vuelve a entrar a toda prisa.

Me quedo solo en el jardín.

El borrón de estrellas es todavía más extenso y bajo Se mecen los *álamos temblones* El *cobertizo* emite un ruido de ranas cada vez que viene la *brisa*.

Necesito pensar tomarme un momento para

No soy ahora no soy ya no soy Elliott Spencer exactamente.

El yo que soy ahora nunca ha sido un *vagabundo* nunca ha bebido *vino* y no lo quiere porque no lo ha probado nunca.

El yo que soy ahora tiene palabras recuerdos antiguos y nuevos me cae bien la persona que soy me cae bastante bien no lo quiero perder a él, ni tampoco sus recuerdos de mamá ni los recuerdos de *Vixen* de mi antigua escuela *Saint Damian's* La *brisa* trae un *ruido metálico* la *cuerda del mástil de la bandera* contra el *mástil Vincent* me trae un *palito de azúcar* con el *mitón* y otro para él con el otro *mitón*

verde Porque somos: *hermanos de sangre*.

Ahora lejos de casa *Mamá* ya *muerta*.

No tengo *amigos* ni *colegas* en el mundo.

Ahora más *brisa* Los *álamos temblones* agitan las hojas como locos El *pestillo* de la *verja* hace clic con cada nuevo empujón de la *brisa*.

Y de sopetón lo sé: a la *verja* de *mamá* le faltaba una *bisagra* había que ir con cuidado la manera de ir con cuidado al abrir la verja de *mamá* era usar las dos manos Mucha diversión en el jardín de *mamá* muchas diabluras

Mamá llevando la *cesta del pícnic* a toda prisa me da un golpe con la cesta me río y me río y

Está aquí *Ruth* ¡Ja, *Ruth*! ¡Me acuerdo de ti! La guapa de *Ruth* yace al pie del árbol Acabo de qué *merluza* llevo acabo de tirar a *Ruth* *Ruth* está en el suelo, con el *oso de peluche* que le regalé Me has roto el corazón, Elliott, no me casaría contigo aunque fueras el último

Mamá: Elliott, Dios bendito. No paras de beber y haces unas locuras que

Le quito el *oso* a *Ruth* lo tiro a la *barbacoa*.

El *oso* arde con el *anillo* que le compré a *Ruth* todavía pegado con cinta adhesiva a la *pata*.

¡Mírate, idiota!, dice *mamá*. ¿Esa es la persona que eres? Dame esas puñeteras llaves.

Salgo por la verja voy a mi *Electra* a mi *Electra nuevo*.

Mamá agacha una cabeza canosa y muy triste Ayuda a levantarse a *Ruth*.

Parpadeo.

Me pongo malo al recordar aquello.

¿Ese es el hombre que soy, ahora? ¿Acaso el hombre que soy ahora tiraría a *Ruth* al suelo, tiraría su *oso* a la *barbacoa*, se metería en el *Electra* y conduciría hasta el *Tom's Dizzy Oasis* para cocerse más todavía?

No.

Si pudiera retroceder en el jardín sacaría el *oso* del fuego le quitaría el *anillo* al *oso* le daría el *anillo* a *Ruth* y le diría: *Ruth*, lo siento, amémonos para siempre.

Pero *Ruth* se casó con *Philip*, se mudó bien lejos me acuerdo

ahora me acuerdo.

Si *Ruth* no se hubiera ido si *mamá* no estuviera *muerto* les diría: *Ruth*, *mamá*, el yo que era entonces no es el único yo que puede Hay otro yo bajo ese yo que todavía quiere hacer cosas maravillosas en este fabuloso

Mira, *Ruth* Mira, *mamá* Ese nuevo yo en el tiempo que le queda…

Lo va a intentar.

Cruzo por la *verja* usando las dos manos Salgo del *jardín* rumbo al (ja, ja, ahora me acuerdo): *solar descampado* Nunca he estado tan a solas conmigo ¡fuera de casa! me duelen las rodillas ya peino canas.

¿Cuándo voy a estar *muerte*? ¿Y si me quedo *muerte* estando solo? Seguramente sí Me da un poco de miedo. Debo admitir

Pero todavía no estoy *muerte*

No estoy *muerte*.

Todavía no.

Y todavía no.

Un mundo nuevo me aparece delante a cada paso y con cada susurro de hojas de *álamo temblón* en lo alto y por eso doy gracias porque mientras el mundo sea tan nuevo no habrá *muerte* ¿Y qué cosas maravillosas tendré todavía ocasión de hacer?

He aquí un *cactus* Conozco la palabra de los *dibujos animados* que veía hace mucho tiempo con *mamá* Estos árboles del Oeste (lo sé de sopetón) no son mis antiguos árboles del Este cuyos nombres conocía de memoria*: sicómoros*, *cornejos*, *hayas* Todavía no sé cómo se llaman los árboles del *Oeste* Pero pronto pronto podré aprenderlo me dedico a aprender todo el tiempo.

Conozco: *noche, estrella, luna*

Conozco: *caminar* conozco: *esconderse*

Conozco: el *camino*, y sonriendo un poco lo tomo.

Mi casa

¿Quién se vendería una joya así? Pues Mel Hays. Así se llamaba. Según Jordan de la Inmobiliaria Hillside. Estaba loco por vender. Tenía a su mujer enferma, acababa de jubilarse y no podía hacerse cargo de la casa. Era un tío raro, me contó Jordan, y necesitaba reunirse en persona con cualquiera que se estuviera planteando presentarle una oferta.

Dios mío, nos llevamos de maravilla. Hays era un tipo grandullón, desaliñado, amigable, gracioso: el hermano que yo no había tenido nunca. Trabajaba para la aldea, le gustaba la historia. A mí también, le dije, y compartimos un sonrojo de frikis de la historia. Las cosas que me gustaban de la casa eran exactamente las mismas que le gustaban a él: el establo (construido en 1789); los seis postes para atar a los caballos, cada uno de ellos rematado por una cara de serpiente distinta; el roble del que se había colgado por traidor al hombre equivocado; el roble más pequeño que se había plantado en el sitio donde el cadáver del hombre se había pasado quince años sepultado antes de que lo viniera a desenterrar su familia.

¿Fantasmas?, le pregunté.

Jo, jo, me dijo, y me tocó el brazo como diciéndome: Se podría hablar mucho de ese tema, amigo.

La puerta de la habitación donde estaba la mujer enferma permanecía cerrada. Pero el resto de la casa, Dios bendito. Estanterías de libros por todas partes, de caoba y arce, extrañas medias estancias atiborradas de artefactos en vitrinas: un remo de Tahití, el mástil de un violín que se tocó en Antietam, una chaqueta infantil de los tiempos de Washington, ligeramente manchada de barro de la época.

Increíble, le dije.

Hemos tenido suerte, dijo.

El interior mostraba indicios del abandono resultado de la enfermedad de su mujer y de su escasez de fondos, y, en nombre de aquella sorprendente calidez que había entre nosotros, decidí pagarle

lo que me pedía.

Porque lo tenía.

Simplemente.

Para cuando volvimos a salir al amplio porche que tanto había admirado desde la carretera, ya éramos amigos, y parecía que la casa era mía. Hay una familia de zorros que vienen a pasar el rato en esa pérgola, me dijo. Y también: A principios de abril esos cornejos se ponen a echar flores blancas como locos. Y también: En invierno te conviene buscar grietas en las paredes del sótano.

El lugar tenía aire de casa solariega y estaba en lo alto de una colina con vistas a la pintoresca aldea.

Me imaginé a mis amigos alucinando al entrar por el amplio vestíbulo, estirando el cuello para asomarse a aquella misteriosa escalera de caracol y dejándose guiar hasta la habitación del piso de arriba donde, en tal y cual año, tal y cual persona había sufrido un parto difícil. Haría investigación sobre la casa y compilaría mis hallazgos en un libro encuadernado en cuero, que guardaría en el nicho pentagonal del estrecho pasillo que llevaba a los antiguos aposentos del servicio. Toda mi vida había creído que algún día viviría en un lugar como aquel, y había sufrido la distancia entre aquellos lugares tal como existían en mi imaginación y los lugares donde había vivido en realidad (antes de Kay, con Kay y después de que se marchara Kay): los techos bajos, las feas rejillas de la calefacción, las puertas huecas de pino. Me imaginaba que vivir allí sería una especie de exorcismo de todas las limitaciones que había experimentado en la vida. Allí uno sentía —la producción artesanal, sí, pero también, por Dios— el pasado, el pasado viviente: las fiestas que se habían celebrado, la comida que se había servido, las motas de polvo de 1862, las despedidas bélicas de 1917, los dramas susurrados de madrugada que habían alterado para siempre las vidas de quienes antaño caminaron por aquellos mismos pasillos y ahora yacían enterrados en el cementerio de la aldea que yo había visitado de camino allí, recorriendo con las manos las lápidas musgosas, leyendo sus nombres en voz alta, pensando: Pobres desgraciados, ya no camináis bajo el sol.

Hays nos hizo detenernos en una huerta de frutales. Antaño las manzanas y las peras habían atiborrado aquellas ramas y cubierto aquel suelo como una alfombra, me contó. Ahora, en fin, ya no. Los

árboles tenían alguna clase de enfermedad. Y él había estado demasiado ocupado para encargarse.

Y señaló la ventana de la habitación de la esposa enferma.

Contrataré a un jardinero, pensé, y les devolveré la salud a los frutales. Hays pareció leerme la mente, y la expresión de su cara me dijo: El hecho de que aparezcas aquí y ahora para cuidar de este amado lugar, y de que tengas los medios para hacerlo, demuestra que existe realmente la buena fortuna.

Nuestro apretón de manos pareció significar: saltémonos las cuestiones técnicas, cerremos el trato.

Me mata pensar en perder este lugar para siempre, dijo.

Lo entiendo, le dije.

Y era verdad. Mi mente dio un salto adelante, hasta el triste día futuro en que también yo lo perdería para siempre.

Es el paraíso, dijo. Ha sido un paraíso para nosotros dos.

Me lo creo, le dije.

Quizá, dijo, y le apareció una expresión en la cara, una expresión de indecisión, y me sorprendí deseando ofrecerle lo que necesitara.

Era extraño, muy extraño, que te cayera tan bien alguien el mismo día de conocerlo.

Adelante, le dije.

Quizá podría venir de visita alguna vez, dijo.

Y pensé: Bueno, por qué no, estaría bien verlo de vez en cuando.

Pero entonces continuó.

Podría pasar aquí un par de días, dijo. Quizá quedarme en el cuarto de invitados.

No le dije que no. No se lo dije. Pero me debió de asomar una expresión a la cara. ¿Acaso no os habría asomado a la vuestra? ¿Pasar de visita? Bueno, quizá. ¿Pero quedarse «un par de días»? ¿«En el cuarto de invitados»? ¿Se refería a mi cuarto de invitados o al de ellos? ¿A la habitación que habían designado ellos o a la que pronto yo...?

Se estaba pasando un poco, quizá.

Y luego pensé: En cuanto se mude se olvidará del tema, está hablando por hablar, intentando consolarse.

Recuperé mis modales y le dije que sí, que por supuesto que sería bienvenido, los dos, siempre bienvenidos, cuando fuera.

Pero se le había quedado una expresión rara.

Cuando fuera, le dije. En serio.

Me dio una palmadita en la espalda y me dijo que ya veríamos cómo iban las cosas; luego hizo un gesto vago y desesperanzado hacia mi coche, como diciendo: Ahí lo tienes, ya sabes dónde está, largo de aquí.

Pensé: Lástima. Pero, bueno, tampoco teníamos obligación de ser amigos.

Me quedé un momento largo sentado en el coche, contemplando la casa, amándola ya más de lo que había amado ningún lugar de mi vida.

Llamé a Jordan y le dije que hiciera una oferta por la cantidad que Hays pedía más un diez por ciento. A la mañana siguiente me llamó, perpleja. Parecía que el hombre había cambiado de opinión. Ya no quería vender. No se entendía, me dijo. Era imposible que pudiera permitirse seguir viviendo allí. Su agente decía lo mismo. Los dos juntos estaban intentando averiguar cómo demonios se había torcido la cosa. Hays cobraba una pensión minúscula, su mujer se estaba muriendo, tenían facturas del hospital por pagar, la casa llevaba dos años en el mercado y la mía era la primera oferta.

¿Le dijiste algo?, me preguntó. ¿Le has hecho algo?

Me dijo que le gustaría volver de visita a la casa de vez en cuando. Quedarse a pasar la noche y tal. Y yo, pues, vacilé.

Qué raro, me dijo. O sea, parece que estabas plenamente en tu derecho.

Creo que sí, le dije. No me negué. Solo...

¿Y eso le ha hecho cambiar de opinión?, dijo. Guau.

Insistimos y ofrecimos más dinero, y luego más todavía, hasta que terminamos ofreciendo más de un tercio por encima del precio que se pedía originalmente.

Pero seguía diciendo que no.

En enero se murió su mujer. Le mandé una tarjeta dándole el pésame, junto con una invitación a quedar y tomar un café. No me contestó. Empecé a pasar por allí con el coche de vez en cuando, solo para torturarme. Aquella primavera, el tejado de la biblioteca pequeña se hundió después de que le cayera encima un árbol. El árbol no tardó en volverse parte de la casa. Después de unas fuertes lluvias estivales, la parte sur del porche de entrada que tanto me había gustado se hundió un par de palmos en el suelo; tres de sus columnas se

combaron y se resquebrajaron. Por fin una se hundió y sus dos mitades quedaron tiradas en el jardín y el alero del tejado de aquella parte se torció hacia abajo dejando al descubierto el interior del canalón oxidado y lleno de porquería. En octubre, el majestuoso jardín delantero ya estaba invadido de hierbas altas entre las que buscaban comida los pavos silvestres. Se los podía ver, grandes y feos, pavoneándose como si fueran dinosaurios.

Había noches en que solo se veía una luz solitaria en una ventana del piso superior.

Por fin le escribí una carta. ¿No había alguna manera de arreglar aquello? ¿Acaso no nos convenía a los dos hablar del tema y alcanzar algún acuerdo? No recibí respuesta y escribí otra. Los dos somos buena gente, le dije, todos salimos ganando, ¿por qué no hacemos borrón y cuenta nueva? Siento muchísimo no haber tenido una reacción más generosa en aquel momento, añadí. Simplemente me quedé perplejo. Pero solo fue un momento. A fin de cuentas, no me negué; solo vacilé. ¿Acaso fue un pecado tan imperdonable? ¿Quién no podría perdonar una equivocación instantánea?

Nada.

Una tercera carta: ¿No le daba vergüenza ser tan terco? ¿Acaso aquella farsa que estábamos representando aquellos dos viejos no era exactamente el problema que había tenido el mundo desde tiempos inmemoriales? ¿Acaso le parecía realmente razonable hacer que la venta de una propiedad dependiera de la posibilidad de instalarse como una especie de posible invitado permanente? ¿En qué clase de mundo irreal vivía?

No hubo respuesta.

Una cuarta: Usted morirá y yo me quedaré la casa, no le quepa duda. ¿Por qué no venderla ahora? Use el dinero para conseguir una vida mejor que esa existencia atormentada que está viviendo ahora, ahí metido, solo y amargado, dejando que se venga abajo esa casa hermosa, que tanto ha amado usted, que tanto amaron los dos. Debería darle vergüenza, espero que esté disfrutando de los frutos de su arrogancia, vejestorio cabrón, terco y mezquino.

Aquella, por suerte, no la mandé. Hice una bola con ella y la quemé en el fogón.

Por entonces ya había enfermado. Y sigo enfermo. Me queda poco tiempo de vida. Aquella carta la quemé a fin de prepararme para

afrontar lo que se avecina con el corazón más puro posible.

Necesito escribir otra. Por supuesto. Lo sé. Aunque solo sea por mi bien.

Lo siento de verdad, empezaría. Siento mi participación en esto. A fin de cuentas, ¿qué fue lo que me negó usted? Un año hermoso, más o menos, en un lugar encantador. Me habría hecho feliz. ¿Pero qué es un año en el esquema general de las cosas? Nada. ¿Qué son diez años, cien, mil? Me voy, amigo, ya apenas estoy aquí. Creo que es usted un orgulloso y que se equivoca, pero ya no tengo deseos de curarlo. Su equivocación es una simple idea que tuve. Pero ya apenas estoy aquí. Mi idea de su equivocación se marchará conmigo. El acierto de usted es una simple idea que tiene en la cabeza. Y se marchará con usted. Por todo esto, confío en que viva para siempre, y si se le cae la casa encima, que es lo que parece que está pasando, pues espero que eso le traiga felicidad. Siempre se estuvo cayendo encima de usted; todo se nos ha estado cayendo siempre encima. Simplemente estábamos demasiado vivos para darnos cuenta. Ahora siento esa verdad en mi cuerpo. Intento no estar aterrado. Pero a veces me viene el terror, por las noches. Si es usted dado a rezar, rece por mí, amigo. O amigo que podría haberlo sido. Amigo que debería haberlo sido.

Esa carta existe en mi mente. Pero estoy demasiado cansado para escribirla. Bueno, no es verdad. No es que esté demasiado cansado.

Simplemente no estoy listo.

La energía del orgullo, de la vida y del yo sigue siendo demasiado fuerte en mí.

Pero conseguiré estar listo. Lo conseguiré. Escribiré esa carta.

Aunque no debo esperar demasiado.

El día de la liberación
George Saunders

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: Liberation Day

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© George Saunders, 2022
All rights reserved including the right of reproduction in whole or in part in any form.
This edition published by arrangement with Random House, an imprint and division of Penguin Random House LLC

© de la traducción, Javier Calvo, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2024

ISBN: 978-84-322-4326-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!